EL QUE ALGO QUIERE, ALGO LE CUESTA

EL EXTRAÑO CASO DE CONRAD JONES

ALEXANDER RHODE

EL EXTRAÑO CASO DE CONRAD JONES

ALEXANDER RHODE

Título original: El Extraño Caso de Conrad Jones

© Christopher Rhode, 2022

Diseño de portada: Alexander Rhode

Primera edición: octubre, 2022

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi hija y a mi hijo,

A mi mujer

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 1

Una mañana cualquiera, todo cambia

Hanna se despertó esa mañana con dos pensamientos en la cabeza, el festival de música de Dana y su segundo aniversario con Luke. Bonito y emocionante día el que tenía por delante. Dos poderosos pensamientos que le hicieron abrir los ojos a pesar de estar medio dormida. La noche anterior había sido intensa. Romántica. Mágica. Como siempre soñó que serían las noches de los viernes junto al hombre con el que compartiese su vida. Llevaba desde los quince años fantaseando con esa imagen y era ahora, recién cumplidos los cuarenta y dos, cuando por fin parecía que ese sueño se estaba haciendo realidad. Quien la sigue la consigue, se dijo con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Se dio la vuelta en la cama y a su lado no había nadie. Tan solo esa fragancia a madera que el cuerpo de Luke dejaba impregnado en las sábanas. Se incorporó y al respirar con profundidad pudo sentir cómo llegaba hasta su nariz ese suave y apetitoso aroma que desprende la mantequilla recién fundida sobre el pan tostado. Alguien estaba preparando el desayuno en el piso de abajo. A ese aroma se le sumó el de las naranjas recién exprimidas y, después, cuando su oído, el último de sus sentidos en despertar, estuvo afinado, escuchó el ruido de alguien cascando unos huevos en el metal de la sartén y apenas un segundo después cómo el aceite empezaba a burbujear. De

nuevo, en su boca se dibujó una sonrisa de enorme satisfacción.

Tras ese agradable despertar, empezó a escuchar poco a poco el resto de sonidos provenientes de la vida familiar, el maravilloso ajetreo, la música de la vida. Todos los días la misma canción, y que nunca deje de sonar. Pensó mientras se incorporaba y se desperezaba con verdaderas ganas por entrar de lleno en ese bonito día. En apenas unos segundos todo a su alrededor se había llenado de ruido de vida, como si alguien en algún lugar estuviese haciendo girar la rueda del volumen hacia la derecha con delicadeza. Poco a poco. Dana hacía chillar las patas de la silla al reacomodarse y también las cuerdas de su violín, prácticas de última hora para la función musical para la que llevaba preparándose durante los últimos seis meses. Dylan soltaba carcajadas mientras veía videos en su portátil, y Luke estaría sonriendo y contemplando esa escena familiar mientras preparaba un apetitoso desayuno para su familia, su familia adoptiva, por decirlo de algún modo.

Tras asearse bajó al piso de abajo, y la imagen con la que se encontró no fue muy diferente de la que se había imaginado momentos antes. Dana haciendo chillar al violín mientras no dejaba de reacomodarse en la silla. Dylan pasándolo en grande mirando la pantalla de su portátil, y Luke, esperando verla llegar con esa eterna sonrisa suya en los labios. Definitivamente, esa imagen, ese sueño con el que creció y por el que luchó, llevaba ya demasiado tiempo instalado en su vida como para ser considerado algo anecdótico y pasajero. Aquello que tenía justo delante de ella era su vida, y le encantaba. Todo controlado y sin altibajos. A su medida.

—Buenos días, chicos. Buenos días, Luke.

—Buenos días, mamá —respondió Dana sin quitarle los ojos de encima a la partitura que tenía frente a ella. A sus catorce años, Dana estaba ya en ese punto en el que no sabes si todavía estás delante de una niña o ya tienes enfrente a una adolescente con unas terribles ganas de ser una mujer adulta.

—¿Y tú qué, jovencito? ¿No dices nada? ¿Qué te está haciendo tanta gracia si se puede saber? —Hanna puso una mano sobre el hombro de su hijo y pensó de nuevo en lo rápido que había crecido en los últimos años. Su espalda era tan ancha como la de Luke y le sacaba a ella al menos dos cabezas. Su hijo sería un jovencito, pero ya tenía diecisiete años y su cuerpo ya estaba tan desarrollado como el de cualquier hombre, tal vez incluso más que el de muchos ellos. Dylan se giró con desenfado y sin apartar los ojos de la pantalla le dio un rápido y casi inexistente beso en la mejilla.

A Hanna se le dibujó una graciosa expresión en la cara. Se está haciendo mayor, y al parecer ya prefiere los besos de mujeres que no sean su madre. Pensó mientras buscaba con sus ojos algo de comprensión en los de Luke, que la recibió de nuevo con esa eterna y cálida sonrisa suya. Siempre a punto para recogerla entre sus brazos.

—Buenos días, cariño —dijo Hanna dándole un tierno beso en los labios.

—Buenos días, princesa, ¿qué tal has dormido?

—Estupendamente bien. He dormido bien y me he levantado mejor.

Los dos se sonrieron con la misma ilusión de una pareja de recién enamorados y volvieron a darse un tierno beso en los labios.

—Bueno, chicos, esto ya está, todos a la mesa —dijo Luke cogiendo los dos platos en los que había preparado el pan tostado con mantequilla y los huevos revueltos.

No era nada sencillo lo que había conseguido Luke con aquella familia después de todo lo que pasó. Pero él le prometió a Hanna que, si le dejaba, si le abría la puerta de su corazón, daría su vida por hacer feliz la suya y la de sus hijos, por hacer que todo a su alrededor fuese más fácil y, sobre todo, más normal. Le prometió reconducir a Dylan, el chico estaba en esa edad y con esa actitud en la que no sabes si ya has llegado tarde, más aún después de aquello. Pero lo hizo. No solo recondujo a su hijo mayor, sino que parecía que entre ellos se había ido forjando una relación de amistad y de respeto mutuo tan grande que cada día se entendían y comprendían mejor. Incluso hacían muchos planes juntos, como un par de buenos amigos. También le prometió querer a Dana, protegerla con su propia vida y tratar de comprender y de respetar cualquier cosa que se le pasase por la cabeza a la pequeña. Incluso si lo que se le pasaba eran cosas como «tú no eres mi padre» o «tú no tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer». Eso también lo hizo, y lo hizo estupendamente bien. Dana había aprendido a quererlo e incluso lo había llamado en más de una ocasión «papá». Pero, sobre todo, Luke prometió amarla a ella como nunca nadie antes lo hubiese hecho. Amarla como nunca imaginó que alguien pudiese amar. Y lo cierto es que Luke estaba cumpliendo con creces con todas esas promesas. Desde luego que sí.

Se sentaron los cuatro a desayunar acompañados por el matutino trino de los pájaros y esos primeros rayos de sol que poco a poco iban ganándole terreno a esa acogedora cocina que el propio Luke se encargó de reformar cuando se instaló definitivamente con ellos.

Antes de siquiera haberse terminado la primera tostada, el teléfono que había sobre una de las paredes de la cocina empezó a sonar, y Dana salió disparada a cogerlo. Apenas un par de segundos después de haber descolgado, su rostro se volvió blanco.

—Mamá... es para ti. Es del Emerson Hospital —Dana extendió el brazo con el auricular del teléfono en la mano y un incipiente temblor en los labios. Un temblor que parecía ser el principio de un auténtico ataque de ansiedad.

Hanna y Luke se buscaron con la mirada y los dos vieron el pánico en los ojos del otro. Esa llamada no podía significar nada bueno. De ninguna manera. Dylan dejó de masticar el bocado que tenía en la boca y también sintió cómo un súbito ardor le subía desde lo más profundo de su ser hasta situarse justo en el centro de su cabeza. Problemas.

Hanna cogió el teléfono y todos permanecieron en silencio a la espera de las noticias que venían desde el otro lado de la línea, desde el Emerson Hospital, el lugar donde ya llevaba siete años ingresado…

—¿Señora Flanagan? ¿Es usted Hanna Flanagan?

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre?

—Señora Flanagan, soy la doctora Baker y llamo desde el Emerson Hospital. Verá, todavía no sabemos muy bien cómo ha

ocurrido y, ciertamente, aquí estamos todos un tanto desconcertados, pero el caso es que… su marido, Conrad Jones, ha despertado del coma.

La doctora Baker hizo una pausa esperando una reacción, entrecerró los ojos y se mordió el labio inferior a la espera del chaparrón emocional de Hanna.

Hanna no daba crédito a lo que acaba de escuchar, pero en cierta manera sintió como si esa extraña sospecha de que algo, en cualquier momento, podría hacer que todo volviese a ir mal otra vez, ese irracional miedo a lo desconocido, hubiese estado siempre ahí a la espera de lanzarse a su cuello en el momento menos pensado. Los milagros ocurren, sí, y las desgracias también, pensó. Que Conrad hubiese despertado tras siete años en coma parecía una broma de mal gusto, una pesadilla hecha realidad. ¿Cómo podía ocurrir algo así? El corazón se le encogió y pensó: con Conrad despierto, se acabó el sueño.

—¿Cómo que ha despertado? ¿Cómo ha podido ser eso posible? ¿Y ha dicho algo? ¿Está consciente? ¿Ha preguntado por mí o por mis hijos? —*¿Y no hay forma de volverlo a dormir? O mejor aún, ¿de hacer que duerma para siempre?* Eso no lo dijo, pero lo pensó y lo deseó con todas sus fuerzas.

Luke, que ya había deducido cuál era esa mala noticia que acababa de recibir Hanna, se llevó las manos a la cara. A Dana empezaron a caerle un par de lágrimas, y Dylan apretó un puño y soltó un suspiro cargado de… grandes problemas.

—Verá, señora Flanagan, todavía estamos tratando de averiguar

cómo ha podido despertar. Ciertamente, no lo esperábamos, aunque también tiene que entender que a veces estas cosas pasan, el cuerpo humano no deja de ser un completo misterio y no es la primera vez que el cerebro experimenta a lo largo de los años y ante todo pronóstico un proceso de regeneración como el que debe de haber experimentado el de su marido. Y en cuanto a qué ha dicho o cómo está Conrad en estos momentos… en fin, esto es difícil de decir, qué caray, es incluso difícil de creer, pero su marido no está aquí, se ha marchado y, obviamente, todavía no hemos podido hacerle ningún tipo de prueba ni de examen médico.

—¿Cómo que no está ahí? ¿Cómo que se ha marchado? ¿Y por qué narices han dejado que se fuera? —En la voz de Hanna no solo había miedo y rabia, sino también un fuerte reproche. Incomprensión infinita.

—Señora Flanagan, haga el favor de tranquilizarse. Ya le he dicho que todavía no sabemos ni cómo ha podido despertar ni tampoco cómo ha podido marcharse así sin más sin que nadie más lo viera. Quiero que sepa que nosotros somos los primeros interesados en saber dónde está y cuál es su estado actual. Solo la he llamado para informarla de lo sucedido porque así lo pone expresamente en su historia clínica. «Si ocurre algún cambio importante en su estado, llamar inmediatamente a su mujer, Hanna Flanagan». Además, según nuestros informes, usted y sus dos hijos son los únicos familiares vivos que tiene y no sería de extrañar que en estos precisos instantes estuviese dirigiéndose hacia allí, creo que urgía avisarla, eso es todo…

El color de piel de Hanna se había vuelto completamente blanco.

Aquello no podía ser cierto, debía tratarse de algún tipo de broma. La gente no se despertaba así como así tras siete años en coma y se ponía a andar como si tal cosa. Esa pesadilla no terminaría nunca.

—Señora Flanagan, si tenemos cualquier tipo de novedad usted será la primera persona a la que llame, créame. Pero si quiere saber lo que pienso de todo esto, lo más probable es que su marido aparezca de un momento a otro tirado en cualquier esquina una vez le hayan fallado las piernas o haya empezado a ser consciente de dónde está y cuál es su situación. Le aseguro que en estos momentos su estado de consciencia no debe ir mucho más allá de la que tiene alguien que está sonámbulo, por decirlo de algún modo. Debe de haberse despertado solo en mitad de la noche, se ha asustado, se ha puesto unas zapatillas y se ha largado. Qué quiere que le diga. Nadie esperaba algo así, pero así ha sido. Le recuerdo que la herida de bala dejó graves daños en su cerebro y que su estado físico general, a pesar de las sesiones de fisioterapia que recibía a diario, deja mucho que desear. Así que no creo que deba tener motivos para estar preocupada, no creo que su marido pueda hacerle daño ni a una mosca, sinceramente.

La doctora Baker estaba tratando de quitarle drama a la situación. Pero la realidad era que hasta que Conrad no apareciese y estuviese bien amarrado, la situación no podía ser más dramática.

—Mire, doctora Baker, en primer lugar, le agradecería que dejase de dirigirse a Conrad Jones como mi marido, ¿está claro? Bien. Conrad Jones dejó de ser mi marido hace muchísimo tiempo. Y, en segundo lugar, en estos momentos me traen sin cuidado todas sus teorías y todas sus estimaciones. Todos dijisteis que no sobreviviría a

un impacto de bala como aquel y ante todo pronóstico, lo hizo, después dijisteis que nunca despertaría del coma y ya ves, no solo se ha despertado, sino que también se ha puesto a andar como si tal cosa. Así que, doctora Baker, permítame que ponga en duda lo que usted crea o piense, porque lo único que yo sé es que en estos momentos anda suelto un asesino de niños y nadie sabe ni dónde ni qué puede estar haciendo ahora, y por si no lo recuerda, yo fui quien lo delató, yo, así que me parece que tengo unos cuantos buenos motivos para estar muy asustada y muy enfadada, ¿lo entiende? —Hanna terminó de hablar elevando aún más si cabe la voz. Indignación. Dos lágrimas habían empezado a rodar por sus ojos. Calambre en la parte posterior de los muslos. Apretó con fuerza los párpados y suspiró con pesadez. Una llamada, una simple llamada y lo que estaba siendo una maravillosa mañana había pasado a ser el principio de la más horrible de las pesadillas.

—Señora Flanagan, siento mucho todo esto, solo espero que pueda solucionarse lo antes posible. Tenga por seguro que si tenemos cualquier tipo de novedad usted será la primera persona a la que llamemos.

Las manos de Hanna habían empezado a temblar y sus dientes a rechinar. Con cada nuevo argumento o intento de justificación, la doctora Baker solo estaba logrando ponerla más nerviosa. Como cuando alguien te va a hacer un reproche y antes de hacerlo te dice: «tranquila, no te enfades, y que no te siente mal lo que te voy a decir».

—¿Qué dice la policía?

—¿La policía? Ah, sí, claro. También acabamos de llamarlos, una

patrulla está de camino. Imagino que deben estar a punto de ponerse en contacto con usted, imagino…

Aquello alteró a Hanna aún más. ¿Cómo que una patrulla está de camino y deben estar a punto de ponerse en contacto con usted? ¿Por qué narices no estaban ya allí y todavía no se habían dignado ni a llamarla?

—Adiós, doctora Baker, avíseme si tiene cualquier tipo de novedad. Si no le importa, yo tengo una familia a la que proteger de alguien cuya custodia era responsabilidad suya.

Hanna colgó el teléfono de un fuerte golpe antes de que la doctora tuviese tiempo de contestar. Alargar más esa conversación, en esos momentos, solo conseguiría ponerla más nerviosa y hacer que dijese cosas de las que más tarde se avergonzaría.

Sus dos hijos y Luke la miraban con la más grande de las preocupaciones en sus rostros. Incomprensión y miedo. Toda esa burbuja de agradable armonía familiar bajo la que trataban de rehacer sus vidas y ser lo más felices posible, acababa de reventar como un globo contra la punta de un alfiler. Los tres habían podido escuchar lo suficiente para saber lo que había ocurrido, cuáles eran esas malas noticias que acababa de recibir Hanna. Dana había empezado a llorar de puro miedo y su cuerpo entero estaba temblando. Dylan miraba al suelo con las mandíbulas y los puños apretados. Luke fue el único que pudo mirar a Hanna a los ojos preguntándole, con esa especie de telepatía que con los años desarrollan algunas parejas, algo así como, *y ahora, ¿qué va a pasar ahora?*

La cabeza de Hanna empezó a evaluar la situación con la mayor

rapidez posible. No podían quedarse quietos ni perder ni un segundo más de tiempo, por lo que pudiese pasar. Lo primero sería asegurar la casa, cerrar todas las puertas y ventanas y evitar a toda costa que entrara Conrad. Porque no sería de extrañar que, como había dicho la doctora Baker, en aquellos precisos instantes estuviese dirigiéndose hacia allí y no precisamente para jugar una partida al Scrabble. Y lo segundo que haría sería llamar a Christopher Ran. El inspector al mando del caso de «el Hombre del Saco» y autor del disparo que abatió a su marido cuando trataba de escapar.

—Luke, Dylan, ¿podéis encargaros vosotros de asegurar todas las puertas y ventanas de la casa? Me refiero a asegurarlas bien. Cualquier punto por el que Conrad pueda entrar lo quiero tan cerrado que no sea capaz de entrar ni una sola mosca.

Luke y Dylan asintieron con un nudo en la garganta. ¿De verdad todo aquello era cierto? ¿Y hasta qué punto estaban en peligro realmente? Que Conrad fuese un asesino de niños no tendría por qué significar que también podría ser capaz de hacerle daño a su propia familia, ¿verdad?

—Dana, cariño, te juro por lo que más quiero que no dejaré que te haga ningún daño, ¿de acuerdo? Sé fuerte, por favor, no vamos a dejar que vuelva a hacernos daño —Hanna había cogido a Dana por los hombros y trataba de transmitirle ese valor y esa determinación de la que ella misma se había llenado en los últimos segundos tras el shock inicial. Dana se secó las lágrimas y asintió, no como la niña, sino como la adolescente que desea con todas sus fuerzas ser ya una mujer adulta.

—Yo voy a ir arriba a buscar la tarjeta del inspector Christopher Ran, enseguida bajo. Si hay alguien que conozca bien a Conrad y todo lo que pasó es él.

Antes de desaparecer en dirección al primer piso, la voz de Luke hizo que se detuviese de golpe al pie de la escalera.

—¿Estás bien, cariño? ¿Puedo hacer algo más? —dijo de nuevo con esa inseguridad en la voz, esa que ya creía haber dejado atrás. En el fondo siempre tuvo un lejano y casi vergonzoso temor a que algún día Conrad despertase, regresase y que al verlo allí a él… en fin, puede que no se lo tomase demasiado bien. Como cuando uno se sienta en la silla equivocada y sabe que en cualquier momento llegará el dueño de ese asiento y hará que te levantes.

—Pues no, no estoy bien, Luke. ¿Cómo demonios crees que estoy? Y no, no puedes hacer nada más… —Hanna suspiró entrecerrando los ojos. Sabía que no debía pagar su miedo y su rabia con Luke, pero aun así…—. En fin, perdona por hablarte así, Luke, tú solo asegúrate de cerrar bien todas las puertas y ventanas de la casa, enseguida bajo.

Luke asintió con cierto pesar y Hanna despareció por las escaleras.

En cuanto llegó a su habitación abrió el primer cajón de su mesilla de noche y allá en el fondo, después de siete años, encontró la tarjeta del inspector Ran, exactamente en el mismo sitio que ella misma la dejó y que, como un viejo reflejo, se encargaba de revisar de tanto en tanto que allí seguía. Como la que escapa de la mafia y duerme de por vida con un revólver debajo de la almohada.

«Si alguna vez tiene algún problema, si recuerda algo más o si

simplemente le apetece hablar, llámeme, Hanna. Esto ha sido muy duro para todos, pero sobre todo para usted».

Pues sí, Christopher, tenemos un problema, y sí, me apetece que hablemos un poco de cómo va proceder y de por qué todavía no se ha puesto nadie en contacto conmigo.

Pulsó su número de teléfono y tras escuchar que daba tono, respiró aliviada y esperó a que el inspector al mando del caso más famoso y espeluznante de la historia reciente de todo el estado de Massachusetts cogiese la maldita llamada.

CAPÍTULO 2

La vieja radio de Christopher Ran

Cuando el teléfono empezó a sonar, Christopher estaba justo en el otro extremo de la casa terminando de engrasar la cadena de su vieja motosierra Stihl. Pronto llegaría el otoño y con él su nueva costumbre de llenar el granero de leña. Y para ello necesitaba que la cadena de la Stihl mordiese donde tenía que morder.

Dejó sonar el teléfono y respiró aliviado cuando se cortó la llamada. Hacía tiempo que nadie llamaba a ese número, y cuando lo hacían solía ser para tratar de venderle algo, y eso se traducía en una incómoda y molesta conversación y más tarde en una jarra bien fría de cerveza para calmar un poco los nervios. Algo que, desde hace tiempo, trataba de controlar y reducir distanciando el espacio de tiempo entre jarra y jarra.

Pero en cuanto se cortó la llamada, el timbre del teléfono volvió a empezar con su molesto *ring*. Y dos llamadas tan seguidas ya eran otro asunto. Se dijo que tal vez podría ser su hermana Jane, la única familia que le quedaba junto a sus dos sobrinas, Rachel y Aurora. Hacía tiempo que no hablaban, más del que le gustaría, y Dios no lo quisiera, a lo mejor necesitaba algo de él o, simplemente, quería ver cómo estaba su hermano pequeño. Pero justo antes de levantar el teléfono recordó otra cosa. Esa mañana se había levantado con esa

vieja intuición suya picándole en algún lugar de su cabeza. Como un abejorro que por más que lo intentas no consigues deshacerte de él. Lo apartas unos segundos, pero enseguida vuelve.

A él siempre le hizo cierta gracia cómo funcionaba ese extraño y medio averiado instinto suyo para resolver problemas y para adelantarse un poco, solo un poco, a lo que iba a pasar. Normalmente, esa intuición le permitía ver con mayor claridad la imagen que formaban ciertos hechos cuando los observaba en conjunto, y eso, a su vez, le permitía resolver ciertos problemas cuando nadie más parecía encontrarle un sentido a las pruebas, a la sucesión de hallazgos y evidencias que tenían delante. Pero eso solo le solía ocurrir cuando llevaba bastante tiempo pensando en algo, cuando le había dado ya unas cuantas vueltas a un problema. Pero esa mañana, el picor en la cabeza había empezado así, sin más, sin haber estado dándole vueltas a nada en concreto. En el fondo él sabía que esa extraña habilidad se debería a algún proceso mental que operaba en el interior de su cerebro, en algún lugar de su inconsciente y que le arrojaba una respuesta cuando llegaba a una buena conclusión, pero, por otra parte, a él le hacía especial ilusión pensar que aquello era como una especie de don sobrenatural. Uno especial y que nadie más tenía. Pensar en él le hacía sentirse bien. Lo único malo era que no siempre funcionaba. A él le recordaba a una de esas viejas radios que a veces pierden de golpe la señal y tan solo emiten el sonido de un montón de moscas dándose golpes contra el cristal, así que, a veces funcionaba, y a veces no. Pero el caso era que aquella mañana, y más tras esa segunda llamada telefónica, esa vieja radio había empezado a sonar con fuerza

en su interior, y en aquellos momentos le estaba diciendo al oído que moviese el culo y cogiese el teléfono. Alguien al otro lado tenía algo importante que decirle. Si era su hermana u otra persona, lo descubriría inmediatamente. Y eso fue lo que hizo en cuanto se limpió tímidamente las manos con un pedazo de estopa sucio.

—¿Diga?

—Hola, Christopher, soy Hanna Flanagan. No sé si me recuerda…

En ese momento Christopher sintió cómo se removía todo su interior, y que su nueva y apacible etapa existencial, estaba a punto de terminar. Así que la llamada no era de su hermana. Si no de esa otra mujer que, por alguna razón, siempre ejerció en él un poderoso e inexplicable influjo.

—Por supuesto que la recuerdo, señora Flanagan, cómo olvidarla. Dígame, ¿cuál es el problema? ¿Qué ha ocurrido?

—Es por lo de Conrad…

—¿Conrad? ¿Qué ocurre con él? ¿Le ha pasado algo?

—¿Cómo que si le ha pasado algo? ¿Es que no le han informado? Conrad ha despertado esta mañana del coma, pero lo peor de todo es que se ha fugado y ahora mismo podría estar en cualquier sitio, empezando por las inmediaciones de mi casa. Pensé que usted ya estaría enterado.

Christopher hizo una pausa antes de responder. Desde la última vez que habló con la señora Flanagan habían pasado muchas cosas, como por ejemplo que su carrera como inspector se había ido al traste.

—No sabía nada, señora Flanagan, ¿cree que de lo contrario aun estaría aquí de brazos cruzados? Es la primera noticia que tengo, pero le puedo asegurar que ahora mismo voy a llamar a comisaría y me van a oír. Por supuesto que me van a oír —Christopher dijo aquello tratando de fingir indignación, algo en su interior actuó por él y no quiso confesarle a Hanna que en realidad no tenían por qué avisarlo.

—¿Puedo saber por qué mi ex marido no estaba vigilado? —dijo Hanna con exigencia.

—Señora Flanagan, déjeme que le explique algo, su marido estaba vigilado, muy vigilado, de hecho. Pero usted ya sabe cómo funcionan estas cosas, los recursos de la policía no son infinitos, ¿entiende? Y los médicos dijeron que no despertaría, que sería casi un milagro que lo hiciese y que si por alguna de aquellas eso sucedía, no pasaría de estar dormido a estar despierto así de buenas a primeras. Dijeron que atravesaría diferentes estados cercanos a la consciencia antes de estar despierto del todo, como un náufrago en alta mar que se acerca poco a poco hasta la orilla. El problema, por lo que me cuenta, es que su marido debe de haber estado remando hacia la orilla con bastante fuerza durante los últimos días y los médicos no se han dado ni cuenta.

—¿Se está riendo de mí, Christopher? ¿Qué me está queriendo decir?

—En ningún momento me he reído de usted, señora Flanagan. Solo trataba de hacerle ver que a veces pasan cosas que nadie espera ni prevé y que cuando eso sucede solo queda arremangarse y ponerse a la faena para resolver el problema. Y si me lo permite, eso es

precisamente lo que vamos a tratar de hacer.

—Me parece muy bien, pero todavía no ha respondido a mi pregunta. ¿Entonces estaba o no estaba vigilado?

—Sí, ya le he dicho que sí, que había agentes vigilando a su marido, pero eso fue al principio, ¿qué pensaba? ¿Que íbamos a tener a una pareja de agentes día y noche a los pies de su cama durante toda la vida? Sea razonable, señora Flanagan. Estuvo vigilado, hubo agentes, pero la vigilancia policial, como todo en esta vida, se va aflojando cuando la causa deja de apretar. Es triste, pero es la verdad.

Hanna soltó un suspiro cercano a una pataleta.

—Bueno, lo que usted diga, ¿y qué hay de las ataduras? Porque según tenía entendido, Conrad debería haber estado atado, ¿no es eso lo que hacen con los presos peligrosos?

—No, señora Flanagan, permítame que la corrija, pero eso tampoco estaba dentro de los protocolos habituales, por lo que tengo entendido, no era una prescripción médica tener a su marido atado. Eso solo se hace cuando el paciente en cuestión tiene cierta actividad motriz, ¿comprende? Pero no cuando está en el más completo estado vegetativo. En serio, Hanna, lo que estoy tratando de decirle es que quiero que sepa que no ha habido negligencia, al menos que yo sepa, a veces estas cosas pasan y cuando le toca a uno es fácil preguntarse por qué a él, en esta ocasión le ha tocado a usted y se está preguntando por qué y por culpa de quién. Pero créame, lo mejor que puede hacer en estos momentos es concentrar sus esfuerzos en mantener la calma y esperar a que los profesionales hagan su trabajo y terminen con esto lo más rápidamente posible, no creo que tratar de

buscar un culpable ayude en estos momentos, señora Flanagan.

Tras las últimas palabras de Christopher, Hanna rompió a llorar. Un llanto de puro miedo y estrés.

—¿Puede imaginarse cómo me siento ahora? ¿Cómo se sentiría usted en mi situación? ¿Eh? ¿Cómo?

—Entiendo cómo debe sentirse ahora, señora Flanagan, por supuesto que sí, pero le aseguro que su marido aparecerá cuando menos se lo espere y que volverán a atraparlo...

Christopher hizo una pequeña pausa tras decir aquellas últimas palabras. «Volverán a atraparlo...». Una pausa que no pasó desapercibida para Hanna. Siempre tan atenta, tan aguda e inteligente.

—¿Cómo que volverán a atraparlo? ¿Es que usted no participa? ¿No estaba al mando del caso?

—Sí, claro que yo estaba al mando del caso, pero verá, desde el incendio en la comisaría de hace un par de años... esto es un poco vergonzoso para mí, pero... fui relegado del cargo de inspector —Christopher apretó los párpados con fuerza. Reconocer en voz alta que había sido degradado profesionalmente no lo llevaba nada bien.

—¿Cómo que relegado? ¿Entonces ya no es policía? —La voz de Hanna crecía en indignación.

—Sí, claro que sigo siendo policía, pero ya no me dedico a perseguir a nadie, hago tareas administrativas, tramitar denuncias, cumplimentar partes de baja, cosas así.

—¿Y entonces quién se va a hacer cargo del caso de mi ex

marido?

—No lo sé, señora Flanagan, pero le prometo que en cuanto deje de hablar con usted lo primero que haré será llamar a mis compañeros para que me informen de todo lo concerniente al caso de su marido. Y le aseguro que en cuanto sepa algo usted será a la primera persona a la que llame.

Hanna soltó un suspiro que más bien parecía un gemido. No le gustaba nada lo que estaba oyendo aquella mañana.

—¿Y no podría volver usted? ¿No podría hacerse cargo otra vez?

—No lo creo, señora Flanagan, ciertamente no creo que yo pueda volver. Es una historia un poco larga que si le parece bien me gustaría contarle mejor en persona, pero tenga por seguro que, si hay algo que pueda hacer para ayudar a encontrar a su marido, lo haré. Mire, señora Flanagan, hagamos una cosa, deje que me ponga una camisa limpia, que haga un par de llamadas a mis colegas y si no es ninguna molestia, vaya hasta su casa para hablar mejor en persona. ¿Le parece bien?

Hanna volvió a soltar uno de esos suspiros tan cargados de sentimiento, de doble sentido.

—Sí, me parece bien, Christopher, aquí le espero.

—De acuerdo, calculo que en una media hora como máximo estaré ahí. Ah, y otra cosa. Ya sé que me ha dicho que en estos momentos su marido podría estar merodeando cerca de su propia casa, pero permítame que dude de eso. ¿Tienen alguna otra propiedad en la que se haya podido esconder o algún familiar cercano con el que

haya podido ponerse en contacto? Lo digo porque es precisamente eso mismo lo primero que le preguntarán mis colegas en cuanto se pongan en contacto con usted, así que, si ya tiene preparada la respuesta, ese tiempo que ganamos.

—No tenemos familiares cercanos, y las únicas propiedades a las que podría haber ido son esta casa y la cabaña del bosque del lago Walden, el resto de propiedades son kilómetros y kilómetros de terreno sin edificar que Conrad se encargó de ir comprando poco a poco por todo el estado. Ducho mucho que haya acudido a alguna de ellas. No hay donde esconderse.

—De acuerdo, señora Flanagan. Muchas gracias por llamar y por su comprensión. Enseguida nos vemos. Ustedes simplemente quédense en casa y dejen que los profesionales hagan su trabajo, y por si acaso cierren puertas y ventanas, nunca se sabe.

Christopher colgó el teléfono y se quedó pensando en si las manecillas del reloj de pared habrían recorrido ya ese trayecto que se había marcado como distancia mínima a recorrer entre jarra y jarra. Ni la más remota idea, pensó. La llamada de Hanna Flanagan, antes Hanna Jones, lo había dejado completamente fuera de juego. Desconcertado. Nunca pensó que Conrad pudiese sobrevivir a un disparo como aquel, mucho menos despertar del coma y ponerse a andar tantos años después. Pero así había sido, de eso no cabía ninguna duda, y volverían los problemas, en todos los sentidos. Se empezaría otra vez a remover el pasado, la memoria de un pueblo y unas familias que poco a poco se habían ido recuperando de aquel

horror, y empezarían otra vez las declaraciones, los interrogatorios, los miedos, las acusaciones y… la búsqueda de pruebas. Porque tras el incendio, el mismo que a él le costó su puesto de trabajo, se perdió mucho, incluido todo lo relacionado con el caso del Hombre del Saco.

Se puso una camisa limpia y, antes de llamar al jefe de policía para suplicarle que le dejase volver o, al menos participar, su mente voló de nuevo hacia aquella cabaña de madera junto al lago Walden, la misma en la que Conrad llevaba a…

…Dios… qué horror.

Recrearse en aquello, en aquel dolor, no era bueno en ese momento. Pero era precisamente eso lo que mejor se le había dado siempre, convivir con el dolor, enfundarse esa piel y sentir lo que sentían las víctimas, sentir lo que sentían los responsables de todo ese sufrimiento. Así es como hacía funcionar la radio de su intuición.

Se subió al destartalado Dodge a prueba de tierra, agua y balas y pensó que no sería mala idea pasar por la cabaña del lago Walden antes de ir a ver a la señora Flanagan. Tal vez, Conrad se hubiese levantado melancólico y hubiese pensado que no sería mala idea reencontrarse con ese sucio y oscuro pasado. De camino aprovecharía para llamar al jefe de policía para ofrecerse de nuevo como inspector al mando de aquel terrorífico caso que, se dijese lo que se dijese y pasase lo que pasase, nunca llegó a resolverse por completo. Entre otras cosas porque él mismo fue quien abatió a Conrad antes siquiera de que pudiese celebrarse el juicio.

CAPÍTULO 3

La cabaña del lago Walden

Cuando Conrad despertó en mitad de la noche tuvo un pequeño ataque de ansiedad debido a una severa desorientación. Como un lapsus, pero infinitamente peor. Al principio sintió como si se le hubiese olvidado respirar y se hizo un lío con la nariz, la boca, y todo el enjambre de cables que tenía a su alrededor. Se llevó una mano a la cara y se topó con un pequeño tubo que le entraba por el orificio izquierdo de la nariz y que le llegaba hasta la garganta. La angustia al intentar tragar saliva era casi insoportable. Se lo arrancó de un tirón y eso le provocó una fuerte y desagradable arcada. Acto seguido se sintió algo mejor, aunque con violentos carraspeos y cierto picor. Sobre su boca y atada por detrás de su cabeza, tenía una mascarilla de plástico rígido por la que recibía bocanadas de aire con una frecuencia inusualmente molesta. Uno...dos, uno...dos, uno...dos. También se la quitó de un tirón y ahí fue cuando empezó a pitar uno de los diversos monitores que tenía a ambos lados de la cama en la que se encontraba. Consiguió sentarse a duras penas y los desenchufó todos, uno a uno. Cables fuera. Silencio. Eso también hizo que se sintiera algo mejor. A continuación, llegó el mareo. En el dedo índice de su mano derecha tenía enganchada una especie de pinza, en su pecho también había pegados, como extrañas sanguijuelas, unos cuantos electrodos. Todo fuera. Incluido el cable de plástico de la sonda

uretral que llevaba puesta. Eso le produjo un fuerte y novedoso dolor peneano.

Se arrastró hasta el borde de la cama y trató de orientarse. Apoyó los pies en el suelo y una pequeña descarga eléctrica recorrió toda su espina dorsal. Cerró los ojos y se concentró en respirar. Tan solo eso, respirar. Hasta el momento se había movido solo por impulsos, cero pensamientos, puro instinto. Deshacerse de todo aquello cuanto le molestaba se había convertido en su única prioridad. Dedicación exclusiva a sacudirse todas esas cadenas que de algún modo lo habían mantenido atado a esa cama durante... ¿Cuánto tiempo llevaba allí exactamente? Esa fue una de las primeras preguntas complejas que se hizo.

Trató de pensar, de recordar quién era y qué lugar era aquel. Fue una sensación bastante desagradable porque fue estar dándose golpes constantemente contra una pared. Tan desagradable como cuando te estás quedando sin aire y lo único que quieres es sacar la cabeza, abrir la boca, y respirar.

Se levantó y rápidamente sintió una fuerte sensación de vértigo que hizo que todo a su alrededor empezase a dar vueltas con mucha rapidez. Apoyó sus dos manos en la pared y trató de mantener el equilibrio, la posición. Luego se dirigió al cuarto de baño y se miró al espejo tratando de buscar una respuesta. Nada. En blanco. Se miró las manos, los pliegues de su rostro, sus ojos. Tampoco nada. Se remojó un poco la cara y buscó algo que ponerse encima. Necesitaba salir de allí. De pronto, todo a su alrededor empezó a resultarle tremendamente asfixiante. Amenazante. Tenía que salir cuanto antes.

Aquello era una especie de jaula. Una jaula para mantener a las personas encerradas.

Abrió la puerta de la habitación y el frío empezó a subir por la planta de sus pies con rapidez. Al menos eso hizo que se despejase un poco más. Hormigueo en las piernas. Todo a su alrededor estaba oscuro. Olor a medicamento. Olor a enfermo. Dio unos cuantos pasos y, tras comprobar que tenía cierta estabilidad al andar, entró en una habitación que encontró entreabierta a su paso. Era como una especie de vestuario masculino. Se puso un pantalón vaquero que le venía bastante grande, una sudadera con un fuerte olor a cerrado y unas viejas botas con la piel cuarteada y muy húmedas en la parte del empeine.

A su alrededor tan solo se escuchaba el ruido de los monitores, de los respiradores insuflando aire, pero por lo demás, todo en silencio. En calma. Salió de allí siguiendo las indicaciones que indicaban «salida» y en cuanto llegó a la calle se giró y pudo ver a sus espaldas el rótulo luminoso con las palabras «Emerson Hospital». Claro. Cómo no se le había ocurrido antes. Lentitud de reflejos. Lentitud de cerebro. Pero al menos supo verle la lógica a todo aquello. Algo es algo, pensó.

Por alguna razón estaba ingresado, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo podría llevar allí ni el motivo de su hospitalización. Lo único que sentía era que tenía que salir de allí lo antes posible.

Y empezó a caminar hacia la nada. Las luces de los coches le molestaban. El ruido de los cláxones y los motores se clavaban en sus oídos como si fuesen punzones. El humo procedente de los tubos de escape le empezó a resultar nauseabundo. Las farolas parpadeantes lo

deslumbraban. También los semáforos. Todo cuanto lo rodeaba lo estaba viviendo como una amenaza. Se sentó a coger aire junto al portal de una casa y de pronto, como cuando a alguien se le destapona un oído que lleva horas o incluso días habiéndolo dejado sordo como una tapia, recordó.

Conrad Jones. Ese era él. Conrad Jones, el famoso escritor de novelas de intriga y de terror.

Una sonrisa inundó su cara.

Aun así, todavía le era imposible recordar mucho más, sentía como si tuviese la cabeza llena de agua. Inundada. Como si la tinta con la que hubiese sido escrita su memoria se hubiese mojado y desdibujado y ahora fuese imposible leer nada en ella. Tinta mojada. Eso es lo que había en su cabeza.

Conrad Jones, el famoso escritor. Algo era algo, aunque de momento demasiado escaso. Pero pensar en su nombre le llevó a recordar un poco más...

La cabaña del lago Walden. Ese debía ser su hogar. La cabaña de madera que él mismo construyó imitando al gran Henry David Thoreau para llevar una vida en los bosques, conviviendo con la naturaleza. Vuelta a las raíces, a la tierra. Sonrió viendo cómo poco a poco iba recuperando los recuerdos. *Después de todo*, pensó, *la tinta con la que fue escrita mi memoria no debe de estar tan mojada como pensaba, o al menos, no tan desdibujada.*

Trató de orientarse como pudo, pensar en qué lugar de aquella ciudad debía encontrarse el lago Walden, y tras pasar por un par de

gasolineras, hacer unas cuantas preguntas y pegarle un vistazo a un par de mapas, consiguió llegar gracias a un bondadoso camionero que lo acercó a las inmediaciones de ese frondoso y casi mágico bosque sin apenas hacer preguntas. Un palillo en el lado izquierdo de la boca, una camisa a cuadros, una gorra de lubricantes «Esso» y cero ganas por llegar a donde se dirigiese, porque daba la impresión de que estaba loco por hablar con alguien.

Cuando vio la cabaña allá a lo lejos, los primeros rayos de sol asomaron por el horizonte. Estaba exhausto. De momento no tenía la noción del paso del tiempo afinada. Para él podrían haber pasado tanto unos pocos minutos como unas cuantas horas desde que había despertado. Aunque en ese momento nada de eso le importaba. Las piernas le temblaban, pero ver que había conseguido llegar hasta allí hizo que sacará fuerzas de algún lugar de su cuerpo y avanzara un poco más. Ya estaba. Su casa. Sintió como si hubiese vuelto a nacer, como si hubiese vuelto a la vida después de un extraño y largo paréntesis.

La sonrisa que se le había dibujado en la cara cuando reconoció la particular silueta de esa casa de madera entre los árboles y el bonito porche al que daba forma la prolongación del tejado, desapareció por completo cuando vio que estaba tapiada.

La puerta y las ventanas habían sido cubiertas por tablones de madera. Algo en su interior hizo que le entraran auténticas ganas de llorar, como si hubiese sido invadido por una profunda tristeza. ¿Por qué había hecho alguien algo semejante? ¿Por qué habían cerrado su casa de esa manera? Se acercó más todavía y lo que vio a

continuación hizo que se le pusiese la piel de gallina. Algo todavía peor a los tablones clavados en puertas y ventanas.

Sobre las paredes de la fachada había pintadas. Pintadas con cosas horribles escritas.

«Asesino de niños».

«La casa de la bruja».

«Aquí vivió el hombre del saco».

«Asesino».

«Arderás en el infierno».

«Asesino».

Pero no solo era eso. En algunas zonas podía apreciarse cómo alguien había tratado de prenderle fuego. Había restos de cristales rotos. Trozos de madera quemada. Por lo visto no habían tenido demasiado éxito. También habían escrito a cuchillo, grabado en la madera, nuevas palabras del mismo estilo.

«Asesino de niños».

«Arderás en el infierno».

«La casa del hombre del saco».

Una fuerte y súbita náusea hizo que se doblegara hacia delante y que echase una buena vomitona en el suelo. Fluido marrón. Mal olor.

¿Qué clase de broma era todo aquello?

¿Era una pesadilla?

¿Estaba dentro de algún sueño parecido al del universo de sus propias novelas?

Eso hizo que sonriera. Que se tranquilizara un poco. Desde luego que debía ser un sueño. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Dio una vuelta completa a la casa y comprobó como toda ella estaba cubierta por las mismas pintadas y grabados en la madera. Colillas tiradas. Restos de meadas. Más cristales rotos. Latas vacías de cerveza. Incluso trozos de papel del váter tirados aquí y allá.

Pero de pronto tuvo el horrible presentimiento de que aquello no podía ser un sueño. Los sueños no estaban llenos de tantos detalles. Los sueños eran más bien ideas generales. Sensaciones. Pero aquello era real. Podía sentirlo. Tan real como inexplicable.

A unos cuantos metros de distancia vio algo en el suelo que llamó su atención. Eran unas cintas de plástico color negro y amarillo que habían empezado a reflejar la luz de los primeros rayos del amanecer. Se acercó hasta allí y de nuevo le volvió esa náusea. Esa bocanada de horrible realidad. Eran esas cintas que la policía coloca en la escena de un crimen para acordonar un perímetro de seguridad y que llevan escritas las palabras «policía, prohibido pasar». Las conocía perfectamente. Él las había utilizado una infinidad de veces como objeto decorativo en sus novelas.

Pero aquello no tenía nada de decorativo. Era un objeto real que había sido utilizado, y ahora retirado, con un propósito en particular.

Trató de hacer que su cerebro funcionase más rápido. Pero lo notaba demasiado aletargado. De nuevo, como si lo tuviese inundado. Todos sus pensamientos eran demasiado primarios. Aunque al menos era consciente de ello, de su incapacidad para pensar. Algo era algo.

Debía de haberse cometido algún tipo de crimen mientras él estaba en el hospital y por eso habían tapiado y acordonado la zona. Pero, ¿qué tipo de crimen debía de haberse cometido como para hacer todas esas pintadas en las paredes? Además, esa era su casa, ¿por qué alguien iba a decir semejantes barbaridades de él? Aquello era una completa locura. No tenía ningún sentido. Ninguno. De nuevo volvieron las ganas de llorar. La angustia vital.

Se acercó a la puerta y empezó a tirar con fuerza de uno de los tablones de madera. Los brazos le temblaban. Apenas tenía fuerza. Atrofia muscular severa. ¿Cuánto tiempo había estado ingresado en el hospital? Otra vez el mareo y la desorientación, la náusea.

Buscó a su alrededor algo con lo que hacer palanca. Un lateral del cercado del porche estaba medio roto y uno de los pequeños listones de madera que lo formaban estaba a medio arrancar. Lo soltó dándole un par de fuertes tirones y empezó a hacer palanca contra los tablones de madera. Nada.

Lo lanzó con rabia contra una de las paredes de la cabaña y se dejó caer en el suelo, junto a la puerta. Estaba agotado. Todo su cuerpo lo sentía tremendamente fatigado. Le costaba coger aire. Sudor en la frente. Dolor en las manos, en las articulaciones.

Y de pronto, esas ganas de llorar que llevaban un buen rato trepando por su garganta, estallaron en un fuerte e irrefrenable llanto.

No sabía qué significaba todo aquello ni qué era lo que le había pasado, pero intuía que, indudablemente, era algo malo. Muy malo.

Cuando logró calmarse un poco y antes siquiera de seguir

pensando, de seguir intentándolo, apoyó la cabeza sobre la puerta de la cabaña y en apenas unos segundos se quedó completamente dormido.

CAPÍTULO 4

Rine y Hills

Hanna comprobó una por una todas las puertas y ventanas que Dylan y Luke se habían encargado de cerrar. No es que no se fiara de ellos en particular, es que con los años se había acostumbrado a confiar solo en ella, a confiar solo en lo que viesen sus ojos y tocasen sus manos. Además, ella sabía mejor que nadie que cuando Conrad se proponía algo se convertía en alguien muy obstinado y muy resolutivo. Cualquier mínimo descuido podría aprovecharlo. Era paciente y se le daba estupendamente bien observar. En esos precisos instantes podría estar al acecho, escondido tras unos árboles, esperando su momento hasta que bajasen la guardia. O tal vez a mayor distancia, observándolos con unos prismáticos y decidiendo a quién matar primero. La situación no podía ser más terrorífica. Y la policía sin llegar. Al menos se habían puesto en contacto y le habían dicho que ya iban hacia allí.

Se reunieron los cuatro en el salón de casa a esperar. Qué otra cosa podían hacer. La consigna estaba más que clara, nadie saldría de aquella casa hasta que la policía lograse atrapar a Conrad. Ni por asomo.

El cuerpo de Dana temblaba. No recordaba demasiado bien a su padre, pero le tenía auténtico pavor a esa imagen con la que había

crecido. Dylan, en cambio, aparentaba estar algo más tranquilo. Lo llevaba de otro modo. Lo suyo era más bien rabia. Una rabia contenida por no poder hacer nada, por ver cómo de nuevo, esa figura paterna emergía cuando menos lo esperaba para destrozarles la vida con su presencia. Con su mera existencia.

Hanna empezó a castigarse internamente y a preguntarse de nuevo por qué no se marcharon de aquel pueblo. Por qué no abandonaron Concord. Debieron marcharse de allí y empezar de cero en otro lugar. Mandar a sus hijos a un colegio y a un instituto que quedaba a una hora de distancia de allí había impedido que crecieran escuchando susurros, insultos y miradas desconfiadas, pero ahora veía que eso no había sido suficiente. Por supuesto que no. Pero claro, enseguida recordó lo que le dijeron en el banco. Y los abogados. No podían vender ninguna de las propiedades porque tenían como primer titular a Conrad, que, aunque en coma, técnica y legalmente todavía estaba vivo, y oficialmente todavía no había sido ni juzgado ni condenado. Así que...

Ella no tenía ni un solo recurso para empezar de cero con dos niños en otro sitio. Abandonó su prometedora carrera como periodista porque deseaba más que nada dedicar su vida a estar con sus hijos, verlos crecer. Así que el único dinero que tenía era el que había en las cuentas, que no era poco. Lo suficiente como para vivir ella y sus dos hijos holgadamente durante unos cuantos años. No obstante, al no poder vender ningún terreno, tuvo que buscar un trabajo, porque el dinero de las cuentas no duraría eternamente y sus hijos cada vez gastaban más. No le costó demasiado lograr un contrato discreto para

un periódico local. Además, le permitían hacerlo desde su propia casa, así que eso le permitía tener más tiempo para su familia, para sus hijos. Hacía un poco de todo; redactora, editora y correctora. Y eso fue otra de las cosas que, junto a su relación con Luke, le permitieron volver a soñar con tener una vida normal.

—¿Qué estás pensando, Hanna? —preguntó Luke viendo a Hanna tan cabizbaja. Ella lo miró con cara de preocupación, él le devolvió esa mirada que ella tan bien conocía. La mirada del miedo a que la mujer a la que amaba se marchara. Algo que adoraba y que detestaba al mismo tiempo.

—Ya sabes lo que estoy pensando, Luke. Debería haberme marchado hace mucho, y no quedarme a vivir en este asqueroso pueblo... debería haber empezado de cero en otro sitio y nada de esto estaría pasando ahora.

Apenas un segundo después, Hanna fue consciente de lo que significaban esas palabras. De lo que implicaban en su relación con Luke. Arrepentirse de no haberse ido de Concord daba a entender que no le hubiese importado no haber empezado una relación con el hombre que tenía delante. Pensó en pedirle disculpas, iba a hacerlo, la segunda vez esa mañana, pero el estridente sonido del timbre de la puerta hizo que todos se sobresaltaran un poco y dejaran para más tarde lo que cada uno estuviese pensando en esos momentos. Incluido el replantearse si los cimientos de esa relación tenían la solidez suficiente para soportar uno de esos fuertes embates de la vida.

—Ya voy yo —dijo Luke levantándose.

—No, iré yo —dijo Hanna mirándolo con cierto reproche. No

tenía ni idea de por qué, pero lo cierto es que estaba como molesta con él, como enfadada. Desde que todo ese ajetreo había empezado, su mera presencia le molestaba, y no era la primera vez que, ante una situación de estrés, le ocurría algo similar. Cosas mías, pensó. En cierta manera puede que no se sintiera demasiado cómoda volviendo a confiar en un hombre después de todo lo que pasó con Conrad. Es posible que desde algún lugar de su interior le echase en cara a Luke el ser tan perfecto y haber hecho que poco a poco hubiese ido replanteándose esa actitud, esa decisión. Aunque lo cierto era que la vida le había enseñado que, con el paso de los años, había ciertas actitudes y decisiones que una no elegía, sino que era la propia vida la que parecía ser quien las imponía con sus reveses y sus amargas sorpresas. Ser terriblemente defensiva con los hombres puede que fuese una de esas actitudes que la vida le había «impuesto» por alguna siniestra razón.

—Buenos días, la señora Flanagan, supongo. Somos los agentes Rine y Hills —dijo el más alto de los dos policías que había bajo el umbral de la puerta. Iban perfectamente uniformados. Azul marino de arriba abajo.

—Sí, soy yo. Pasen, por favor.

Los dos policías pasaron al interior de la casa y saludaron tímidamente. Luke se situó al lado de Hanna. Dylan y Dana permanecieron sentados en el sofá.

—¿Saben ya algo? —preguntó Hanna con palpitaciones en el pecho.

—Sabemos algo. Todavía no hemos logrado localizarlo, pero sí

hemos podido saber qué pasos siguió cuando salió del hospital y a dónde creemos que puede haber ido. Por lo visto estuvo haciendo preguntas en comercios y gasolineras cercanas relacionadas con la cabaña del lago Walden, finalmente un camionero le abrió la puerta y pensamos que lo dejó en un lugar próximo. Si no recuerdo mal, dicha propiedad todavía está a nombre suyo, ¿cierto? —dijo Rine, el más alto de los dos.

—Sí, así es.

—Perfecto, en estos momentos hay una patrulla dirigiéndose hacia allí y no tardarán en llegar. Tal vez en cosa de pocos minutos sepamos algo y, con un poco de suerte, todo esto haya quedado en tan solo una extraña anécdota.

Hanna se llevó una mano al pecho en señal de tranquilidad. Luke pasó una mano por detrás de sus hombros y le dio un beso en la frente.

—¿Sabe si su marido tiene alguna otra propiedad o familiar cercano con el que haya podido ponerse en contacto, señora Flanagan? Lo digo por saber dónde podría estar en caso de que no le encontremos en las inmediaciones de la cabaña del lago Walden.

—No, al menos que yo recuerde. ¿Han hablado ya con Christopher Ran? Curiosamente él me preguntó exactamente lo mismo.

En el rostro de los dos policías se dibujó una expresión de malestar, de ofensa.

—No, no hemos hablado con Christopher Ran, pero por lo que

veo, usted sí lo ha hecho —dijo Hills, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

Por el tono de las palabras del policía, Hanna dudó qué debía decir a continuación. Percibió que, de algún modo, tal vez acababa de meter la pata mencionando la conversación con Christopher. ¿Pero cómo iba a saber ella que el inspector Ran había sido relegado de su cargo? Bastante tenía ya con lo que tenía como para tener que andarse con miramientos por extrañas y, a su modo de ver, estúpidas rencillas y resquemores entre policías. Así que no entraría en ningún extraño juego ni presunción. Las cosas cuanto más espontaneas, más sinceras, pensó.

—Sí, he hablado con él, fue la persona que estaba al mando del caso de Conrad, ¿hay algún problema con ello?

—¿Se ha puesto él en contacto con usted? —pregunto Hills de nuevo.

Hanna resopló.

—¿Qué demonios importa eso ahora? Hay un asesino suelto, por el amor de Dios, eso es lo único que debería importaros. Y no, no ha sido él quien se ha puesto en contacto conmigo. He sido yo la que lo ha llamado. ¿Pasa algo?

—Tranquilícese, señora. Créame, somos los primeros interesados en acabar con esto lo antes posible. Si le hago estas preguntas es porque el señor Christopher Ran, por si no lo sabe, ya no está al mando de este caso ni tampoco ejerce como inspector, solo quería informarla de ello porque cualquier implicación suya en este caso

podría considerarse como obstrucción a la autoridad, y eso significa que usted, por su parte, tampoco debería permitir que meta sus narices en esto. Bien, en cuanto tengamos algún tipo de novedad la avisaremos inmediatamente. Que tenga un buen día, señora —dijo Rine haciendo ademán de marcharse.

A Hanna no le sentó nada bien la forma en la que habló de Christopher. Ese hombre se entregó en cuerpo y alma a resolver el caso del «Hombre del Saco» y siempre fue tremendamente atento y considerado con ella, incluso después de que todo se descubriera. Cuando nadie más parecía atreverse ni siquiera a saludarla en aquel pueblo de... mierda.

—¿Se marchan?

—Sí, señora, nos marchamos. Acabo de decirle que es posible que en breves momentos todo esto haya acabado. Ahora mismo no podemos hacer otra cosa, tan solo esperar a que los demás hagan su parte del trabajo. Quiero que sepa que estamos poniendo todo por nuestra parte para atrapar cuanto antes a su marido.

Que la gente siguiese dirigiéndose a Conrad como «su marido» era algo que no soportaba. Primero por las connotaciones que ello conllevaba, y segundo porque no era cierto. Solicitó ante el juez el divorcio unilateral y le fue concedido.

—¿No van a ponernos vigilancia? —preguntó indignada.

Los dos policías volvieron a mirarse y dudaron qué responder.

—Señora, no hemos recibido ninguna orden para articular un operativo de control. Pero, si no me equivoco, por la información que

hemos recibido, ni usted ni su familia están amenazadas. ¿Cierto? Así que no veo por qué deberíamos invertir recursos en dicho puesto ni a qué viene tanto miedo. No sé si se me ha pasado algo por alto, pero a mi modo de ver, no creo que haya un fundamento con demasiado peso —dijo Hills con acritud.

Hanna puso cara de incredulidad y miró a Luke tratando de ver reciprocidad en su rostro, algo que, por suerte encontró. No estaba loca, ese policía, además de estar pareciéndole un arrogante, parecía no estar al tanto de todo lo relacionado con el caso de Conrad.

—Agentes, por si no lo saben, fue Hanna quien delató a su… a Conrad antes de que, en fin, de que tratara de huir y le dispararan. Fue ella quien encontró lo que se ocultaba en la cabaña y también la primera de las pruebas de peso, la que encontraron en el maletero de su coche. ¿No lo sabían? Así que me parece que si hay alguien que en estos momentos puede sentirse amenazada por su huida es ella —Luke intervino tratando de mostrar sensatez.

A los dos policías no les hizo mucha gracia su intervención.

—¿Y usted es…? —preguntó Hills con algo de soberbia.

—Disculpen, agentes, yo soy Luke Klein, y soy el… —Luke tuvo miedo a decir algo inapropiado. Por otra parte, ¿qué eran Hanna y él en realidad?

—Es mi pareja, y vive aquí con nosotros, ¿hay algún problema también con eso? —Hanna salió al rescate de Luke, que por primera vez desde la llamada del Emerson Hospital volvió a sentir que su relación con Hanna no era para ella un simple parche o algo

transitorio, algo cómodo, sino algo real y verdadero. Lo que, desde el día en que la conoció, siempre deseó.

—Señora Flanagan, agradeceríamos que controlase el tono de sus palabras, percibo cierta hostilidad en su voz —dijo Rine con seriedad.

En ese instante se produjo un silencio incómodo entre los cuatro. Tensión.

—Está bien, agentes —dijo por fin Hanna—, disculpen si mis palabras les han incomodado. ¿Podrían decirme antes de que se marchen con quién debo hablar para conseguir que un policía vigile nuestra puerta hasta que aparezca Conrad? Porque, que no les quepa la menor duda de que tarde o temprano lo hará. Y si no esperen y vean. Esperen y vean lo astuto y escurridizo que puede llegar a ser Conrad Jones.

La indignación y el malestar se hizo presente en la cara de los dos policías. Nadie les daba lecciones sobre cómo hacer su trabajo. No a Rine y a Hills. No obstante, demasiados problemas habían tenido ya en los últimos meses como para buscarse otro más.

—Me parece que no hay ninguna necesidad de hablar con nadie, señora Flanagan, acabamos de informarle de nuestros avances y de cuáles son los pasos a seguir en el protocolo. Le ruego que tenga un poco de paciencia y espere noticias nuestras. Por lo que veo han cerrado ventanas y puertas, bien hecho, aprovecho para recordarle también que ante cualquier emergencia puede llamarnos sin ningún problema. Para eso estamos. Así que, señora, es mi deber tranquilizarla y no fomentar un estado de alarma que no creo que ayude en nada.

—Me parece muy bien, y ahora, si son tan amables, díganme con quién tengo que hablar para solicitar que alguien vigile mi puerta, o mejor, da igual, no me lo digan, llamaré directamente a la comisaría y pediré que me pongan directamente con vuestro jefe, seguro que él tendrá la amabilidad de atenderme como es debido. Buenos días, agentes, hasta luego —Hanna les cerró la puerta prácticamente en las narices y los dos policías tardaron unos segundos en decidir qué hacer, si volver a llamar para pedirle disculpas a la señora Flangan o llamar a su jefe antes de que lo hiciera ella. Era su orgullo o un tirón de orejas. Las llamadas al jefe, nunca eran buenas. El jefe Grayson solía darle la razón al ciudadano, siempre. Según él, la gente no se ponía a bailar si no escuchaba algo de música, al menos, no siempre. Pero su orgullo, era intocable.

Por una parte, lo que los dos policías les habían contado los había tranquilizado un poco. Con algo de suerte encontrarían a Conrad en la cabaña o en sus inmediaciones y fin de la historia, o al menos fin de una parte de la historia. Después habría que ver de qué forma lo procesaban. Pero, por otra parte, el hecho de que Conrad hubiese sido capaz de llegar él solo hasta la cabaña, en el estado en el que se encontraba, era algo por lo que preocuparse. Si había conseguido llegar hasta allí él solo, qué más podría haber hecho o estar haciendo en aquellos precisos momentos. Nada de aquello tenía mucha lógica si se tenían en cuenta las valoraciones y estimaciones sobre su estado que la doctora Baker había predicho momentos antes aquella mañana. Y ella mejor que nadie conocía el ingenio de Conrad y lo ingenioso

que podía llegar a ser.

—Voy a volver a llamar Christopher, no sé por qué narices tarda tanto en llegar. Tal vez él pueda conseguir que alguien monte aquí una guardia, o tal vez sea él mismo el que quiera quedarse a protegernos —dijo Hanna antes de que Luke o sus hijos tuviesen tiempo a opinar o preguntar «y ahora qué». Hanna estaba nerviosa y había tomado la iniciativa sin ni siquiera preguntarse qué opinaba el resto de todo aquello. Algo a lo que estaban acostumbrados y con lo que no solían comulgar demasiado.

Mientras esperaba a que Christopher le cogiese el teléfono, Luke tuvo un pensamiento un poco feo, «uno de los feos», como él mismo se refería a esos oscuros pensamientos que a veces tenía y que hacía bastante tiempo que no aparecían. Se preguntó por qué narices el tal Christopher Ran o ese par de hiperhormonados policías podían ser unos perfectos ángeles de la guarda para Hanna y para sus hijos y él no.

A veces tenía la impresión de que cualquier día se hartaría de todo aquello y entonces… bueno, lo que pasase entonces era algo en lo que no quería ni se atrevía a pensar.

CAPÍTULO 5

La vieja radio vuelve a sonar

El teléfono de Christopher empezó a vibrar en su bolsillo, pero eludió coger la llamada. Acababa de llegar a la cabaña y se había encontrado con una más que agradable sorpresa. *Volvemos a la brecha*, pensó con una sonrisa de oreja a oreja, *parece que la vieja radio aún funciona*, se dijo a sí mismo al comprobar que no había errado el tiro, todo lo contrario, justo en el blanco. Esa maravillosa intuición suya, de nuevo al rescate.

—Vamos, Conrad, se acabó el paseo, levántate, volvemos a casa —Christopher encontró a Conrad hecho un ovillo frente a la puerta de la cabaña. Estaba dormido, y su estado era lamentable. Delgado y sin apenas masa muscular. Hacía años que no lo «visitaba» y le impresionó bastante lo mucho que había envejecido en el hospital. Pero a pesar de no dar la impresión de ser amenazante, lo apuntó con su arma reglamentaria. Nunca se sabía con el escritor.

—Venga, Conrad, hay que levantarse. Hora de regresar. Por cierto, ¿qué tal la siesta? Siete años durmiendo deben de haber dado mucho de sí, aunque por lo que veo todavía tienes deuda de sueño.

Conrad entreabrió los ojos y al ver a Christopher apuntándolo a tan solo dos metros de él no pudo evitar asustarse. Abrió mucho los ojos y se hizo hacia atrás con la intención de huir. Pero detrás solo

tenía la puerta tapiada de la cabaña.

—Ni lo intentes, Conrad. Ya te he dicho que el paseo se acabó, hay que volver, hay ciertas personas que te están echando de menos desde que anoche se te ocurrió salir a dar un paseo. ¿Te las pones tú o prefieres que lo haga yo? —Christopher le quitó el seguro a la pistola y apretó sus dedos con firmeza sobre la empuñadura. Con su mano izquierda le enseñó unas esposas.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me está apuntando con una pistola? —En los ojos de Conrad había verdadero miedo. Christopher sonrió con cierto sarcasmo.

—¿Estás de broma? Sabes de sobra quién soy y por qué te estoy apuntando, así que, si eres tan amable, agradecería que tuvieses el detalle de ahorrarte el teatro. No tengo todo el día y tu mujer y tus hijos andan un poco preocupados desde que decidiste fugarte del hospital. Ya sabes, no se sienten lo que se dice tranquilos sabiendo que andas por ahí merodeando.

Los ojos de Conrad se agrandaron cuando escuchó lo de su mujer y sus hijos. El móvil de Christopher empezó a vibrar de nuevo en su pantalón. Lo ignoró, pero aun así pensó que la próxima vez no solo quitaría el volumen, sino también esa molesta vibración.

—¿Co-cómo que mi mujer y mis hijos? ¿Qué está diciendo? ¡Yo no tengo mujer ni hijos! ¡Si esto es una broma no tiene ninguna gracia! ¿Qué quiere? ¿Dinero?

Christopher iba a repetir lo de que se dejase de cuentos, pero vio algo en sus ojos que parecía real. Parecía el auténtico miedo del que

no entiende absolutamente nada. De alguien que está completamente aterrado porque piensa que, o bien está siendo objeto de una macabra broma, o bien tiene la mente completamente en blanco.

—Mira, Conrad, no sé si este es otro de tus trucos o qué, pero te aseguro que poner cara de susto no te va a librar ni de venirte conmigo ni tampoco de lo que hiciste. Así que, vuelvo a repetirte la pregunta, ¿te las pones tú o lo hago yo? Lo cierto es que hace tiempo que no pongo unas y ya sabes cómo van estas cosas, es posible que le haya perdido un poco el punto y que… bueno, ya sabes, no sé si tendré mucho tacto.

Conrad estaba realmente asustado, su cabeza no dejaba de darle vueltas a eso de que tenía una mujer e hijos, a eso de que tenía que pagar por lo que hizo. Nada de aquello tenía ningún sentido. Sintió una fuerte ansiedad en el pecho. Algo en su interior regurgitó y le dijo que, tal vez, las pintadas que había en las paredes de la cabaña estaban dirigidas precisamente a él, porque él…

—No, no puede ser. Debe de haber algún tipo de error, yo no tengo ni mujer ni hijos, ni mucho menos he cometido algún tipo de delito. Yo soy Conrad Jones, maldita sea, soy escritor de novelas, un escritor de éxito, llame a mi agente si quiere y pregúntele. Se llama Katherine Wolfe. O mejor, ¿por qué no llama mejor a mi abogado? Se llama Kurt Elston. Sí, eso es, tal vez le interese saber que tienen a uno de sus mejores clientes amenazado con un arma por un agente de policía que ni tan siquiera se ha molestado ni en decirme de qué se me acusa ni mucho menos en enseñarme la placa —Conrad fue el primer sorprendido tras comprobar que ya recordaba más cosas. El nombre de

su agente y el de su abogado le salieron de algún lugar de su interior de la misma forma que recordó su nombre tirado en aquel portal, como si se le hubiese destaponado un oído. Bien. Recuperando facultades, se dijo.

—Por lo que veo sí recuerdas ciertas cosas, aunque, no todas. ¿No es eso? Bien, te diré algo, Conrad, podemos llamar a quién a ti te dé la gana, faltaría más, tienes derecho a una llamada, solo a una. Y por lo que a mí respecta, soy el inspector de homicidios Christopher Ran, y se te acusa de lo mismo que se te acusó hace ahora siete años, de haber asesinado a cuatro niños, concretamente en el verano de 2011, y más concretamente en el interior de esa cabaña que tienes a tus espaldas —Christopher sintió cómo se le hacía un doble nudo en la garganta al recordar todo lo que ocurrió. Todo el dolor. Angustia y repulsión. Todo ese sufrimiento y horror que sintieron las víctimas y sus familias.

Conrad miró fijamente a Christopher y trató de estudiar su mirada y de ver si encontraba algún indicio de que aquello formase parte de alguna broma o juego macabro. Pero desgraciadamente no vio nada de aquello en los ojos del hombre que tenía enfrente, así que no tendría más remedio que marcharse con él y esperar a que todo se solucionase en cuanto lo llevase a comisaría. De todas formas, no tenía absolutamente nada que temer porque él no había hecho nada aparte de escribir unas cuantas novelas endemoniadamente buenas, valga la expresión.

—Está bien, de acuerdo, enséñeme su identificación y me iré con usted. No tiene sentido continuar más con esta absurda situación, le

aseguro que esto tendrá repercusiones, y que, aunque esto no deje de ser una estúpida broma, le aseguro que pagará por ella.

Christopher decidió que al final le pondría él mismo las esposas, no le hizo mucha gracia aquel último comentario. Y, efectivamente, había perdido el punto de apriete. Conrad soltó un gemido ahogado cuando sintió el frío metal clavándose en sus débiles muñecas.

Subieron al coche y antes de salir rumbo a la comisaría central de Concord, el ex inspector Ran pensó en las llamadas que había recibido y se imaginó que no estaría de más avisar a Hanna antes de nada para tranquilizarla. No era momento ni lugar para una llamada, pero sí para un mensaje. Si podía evitarle unos minutos de sufrimiento a esa mujer, mejor. Más puntos para Christopher.

«Hola, Hanna, acabo de atrapar a Conrad. Usted y sus hijos pueden respirar tranquilos. En estos momentos me dirijo a la comisaría central de Concord para procesarlo debidamente. En cuanto tenga un rato la llamo. Un saludo».

En cuanto arrancó, su móvil empezó a vibrar nuevamente, esta vez era su antiguo jefe, Grayson.

Enseguida te veo, Grayson, *he vuelto, y voy con un bonito regalo*. Se dijo mientras abandonaba las inmediaciones del lago Walden. La vieja radio vuelve a sonar, y esta vez con más fuerza que nunca.

CAPÍTULO 6

El bloqueo del escritor

En lugar de ir a la comisaría de Concord, a donde fue Christopher con su presa fue al Emerson Hospital. Al poco de abandonar el lago Walden, Conrad perdió la consciencia en el asiento de atrás del Dodge y tuvo miedo de que lo acusaran a él de haberlo rematado. Lo cierto es que, tras siete años en coma, bastante había hecho el escritor llegando hasta donde había llegado.

En cosa de pocas horas todo se rodeó de un nada conveniente circo mediático. La noticia de que Conrad había despertado, escapado y, por suerte, vuelto a capturar, se había extendido por cada rincón de Concord y todo el mundo había sentido cómo se le revolvían las tripas. Como en una mala digestión.

Tanto el jefe Grayson, como los recientemente ascendidos al cargo de detectives Rine y Hills, como Bill Lowell, el inspector de homicidios estrella de la oficina desde que él fue relegado, estaban esperando en el hospital cuando él llegó. Ninguno de ellos lo recibió con una sonrisa, ni mucho menos con un abrazo. No les sentó nada bien que hubiese sido él quien posara de nuevo ante las cámaras. «El héroe de Concord vuelve de su retiro para poner otra vez a salvo a sus habitantes». Grayson ya podía leer los titulares de los periódicos en su cabeza y eso hizo que apretara los dientes con todas sus fuerzas.

Tendría que agradecerle en público el servicio prestado y cuando le preguntasen si iba a readmitirlo como inspector de homicidios contestaría que estaba considerándolo. No estaba bien privar al pueblo de héroes, y el bienestar de su pueblo, para él, era lo primero.

El equipo médico del Emerson Hospital, con la doctora Baker a la cabeza, aceptó que Conrad estuviese acompañado en todo momento por una pareja de policías, premio para Rine y Hills. La parejita se había ganado a pulso la fama de ser un poco bruscos. Llevaban tres años patrullando por las calles de Concord, y se decía de ellos que primero golpeaban, después preguntaban. Así es como entendían la lucha contra el crimen. La violencia se combate con más violencia. Ese era su lema. Y lo cierto era que, a nivel profesional, de momento no les había ido nada mal. Los dos habían sido ascendidos recientemente al cargo de detective. Estaban bajo las órdenes directas del inspector Bill Lowell, ellos eran como sus largos y musculosos brazos con los que sacudir cuerpos para conseguir hacerles hablar. Bill era el cerebro, y ellos el cuerpo.

Tras un escáner y una resonancia magnética, el equipo médico procedió a realizarle a Conrad un electroencefalograma. Desde que Christopher lo había llevado de vuelta al hospital, había entrado en un estado de aturdimiento y confusión tal que no solo no se negó a que le realizasen ninguna de esas pruebas, sino que tampoco puso ningún tipo de resistencia. Tal vez el ver a toda aquella gente a su alrededor, ver el año en el que se encontraban y cómo todo a su alrededor había cambiado sustancialmente, había hecho que abandonara momentáneamente la idea de que todo formaba parte de una broma.

En su cabeza estaban en el año dos mil, tenía veintisiete años, acababa de publicar su tercera novela y tenía ante él una prometedora y fascinante vida por delante. El resto era como un mal sueño que ya estaba durando demasiado. Se resistía a creer que todo aquello fuese cierto. Se sentía como si lo hubiesen metido en una máquina del tiempo y hubiese despertado dieciocho años después en el interior de un cuerpo mucho más viejo.

Durante el primer año en coma le estuvieron haciendo una resonancia magnética al mes. Pero tras ese primer año sin haber observado ningún cambio significativo, esas costosas pruebas se fueron distanciando cada vez más en el tiempo. Concretamente hacía bastante más de un año desde la última resonancia, y todos se quedaron más que sorprendidos cuando vieron los asombrosos cambios que se habían producido desde esa última vez.

La bala proveniente de la pistola de Christopher quedó alojada en el lóbulo temporal izquierdo del cerebro de Conrad. Tras una larga y complicada operación, lograron extraer el proyectil provocando el mínimo daño posible. Aun así, además del tejido cerebral que la bala había destruido, se había formado un derrame tan grande que tardó semanas en reabsorberse. A todo ello había que sumarle que, al no despertar del coma, nunca pudieron evaluar el alcance del daño real que Conrad tenía ni, obviamente, empezar una rehabilitación lo más precozmente posible, algo fundamental en la recuperación de pacientes con lesiones similares. Por todo ello, nadie podía imaginar que el cerebro de Conrad estuviese en tan buen estado. Era casi como un milagro.

Se había producido, tal y como había imaginado la doctora Baker cuando descubrió que Conrad había despertado en mitad de la noche, un paulatino proceso de regeneración del tejido cerebral hasta tal punto que entre el cerebro de Conrad y el de una persona normal, prácticamente apenas había diferencia, solo pequeños restos de tejido cicatricial y de tejido cerebral algo más inmaduro. Según la doctora Baker, era algo que pasaba, a veces, y que nadie entendía muy bien por qué ocurría ni tampoco por qué en unos pacientes sí y en otros no. Pero el caso era que a Conrad le había ocurrido. Aunque la gran duda de todo el asunto, el gran misterio, era que, si se había producido una regeneración de masa encefálica de un tamaño tan grande, ¿qué había ocurrido con aquello que había almacenado en los tejidos que fueron arrasados por la bala? ¿Se había perdido toda la información y funcionalidad o el propio cerebro había encontrado alguna forma de recuperar toda esa información de igual modo que se hace con una copia de seguridad?

A priori, una lesión en el lóbulo temporal del cerebro podía provocar problemas muy graves relacionados con diferentes funciones vitales. Como la comprensión del lenguaje, la función auditiva o la memoria, entre algunas otras. En el interior de dicho lóbulo temporal también se encontraba el hipocampo, órgano cerebral encargado de transformar la memoria a corto plazo en memoria a largo plazo y que al parecer Conrad tenía parcialmente dañado. No obstante, hasta que no hubiesen terminado de hacerle todas las pruebas no podían determinar qué tipo de daños le provocó la herida de bala y qué secuelas le había dejado.

Tras las pruebas cerebrales pasivas, hicieron una pequeña pausa que aprovecharon para darle a Conrad algo de comer y de beber y de paso observar si tenía conservadas las funciones de la deglución, el reconocimiento de sabores y la sensación de hambre y saciedad. A simple vista, no observaron ningún problema relacionado con dichas funciones. Conrad tenía apetito y pareció que incluso daba muestras de estar disfrutando de esa escueta y sencilla comida hospitalaria. Tras siete años siendo alimentado con comida triturada por una sonda nasogástrica, tendrían que ir muy poco a poco para no dañar su aparato digestivo, que en aquellos momentos sería tan sensible como el de un bebé.

Las siguientes pruebas en realizarle fueron unos tests de psicomotricidad. Y la respuesta no pudo ser mejor. Buena coordinación, buena percepción de los esquemas corporal y espacial, equilibrio correcto, lateralidad conservada y motricidad gruesa y perceptiva aceptables.

Tras comprobar que Conrad tenía las funciones corporales perfectamente conservadas, les llegó el turno a las funciones puramente intelectuales. Ver la respuesta cerebral frente al estímulo. Era el turno de la comprensión, la cognición, la memoria y la percepción de emociones. Antes de empezar con ese bloque de pruebas y, a pesar de permanecer en ese silencioso estado medio catatónico, Conrad pidió hacer esa llamada a la que tenía derecho. La doctora Baker lo consultó con el jefe de policía Grayson, que no le quedó más remedio que dar el visto bueno. Con tanta gente alrededor viendo y escuchando aquel circo solo les faltaba que alguien quisiera

aprovechar su oportunidad para sacar provecho de todo aquello y publicar en algún medio local que la policía y el equipo médico del Emerson Hospital tenía retenido a un paciente al cual le estaban negando un derecho fundamental, aunque ese paciente fuese el llamado «Hombre del Saco».

Conrad realizó esa llamada bajo la atenta supervisión de Rine, Hills y Bill Lowell. Todos pudieron escuchar perfectamente cómo se dirigía a Kurt «el Cuervo» Elston, su abogado. Maldición, pensaron. A nadie le hacía la menor gracia tener como enemigo al «Cuervo», aunque todo pareciese estar completamente a su favor. Se decía que cuando el «Cuervo» se anudaba el babero al cuello y afilaba sus garras, es porque olía sangre, y cuando eso ocurría, siempre acababa llevándose un buen bocado al estómago. No salía de su guarida para ver qué tiempo hacía, salía para comer. Y comía bien. Habría que esperar a que llegase y ver con qué actitud lo hacía, pero, sobre todo, ver si decidía representar a Conrad o se desentendía de él. Otra de las «grandes virtudes» de Kurt era que no se casaba con nadie. Solo trabajaba cuando y con quien él quería, nunca por obligación, compromiso o encargo. El Cuervo era un alma solitaria, y así seguiría hasta el fin de sus días.

—Tienen exactamente treinta minutos para seguir preguntando y haciendo las pruebas que a ustedes les dé la gana. Ese es el tiempo que tardará mi abogado en llegar, así que ya pueden ir dándose prisa y escoger bien sus cartas, porque puede que sean las últimas que jueguen —dijo Conrad tras finalizar su llamada con Kurt.

Todos se encogieron de hombros y se quedaron pensando qué

demonios había significado aquello y con qué derecho se veía Conrad Jones a sí mismo para exigir nada o mostrarse de ese modo tan arrogante, incluso amenazante. Aun así, sabiendo que el Cuervo estaba en camino, decidieron elegir bien las siguientes pruebas médicas, por si acaso.

Con la comprensión del lenguaje o la audición no parecía haber indicios de que Conrad tuviese problema alguno, así que decidieron pasar a la siguiente fase de la exploración, que era la que en esos momentos más les inquietaba: el estado de su memoria.

La doctora Baker se sentó frente a Conrad acompañada por su mejor neurocirujana, la joven doctora Jaycee Trawick. Observó el tamaño de sus pupilas y su reacción a la luz. Le pidió permiso para colocarle unos electrodos en la cabeza y otros en el pecho. Conrad arrugó el entrecejo y dudó qué responder a aquello. *Están jugando su mejor carta, supongo*. Pensó viendo el despliegue de cables y monitores que tenía frente a él.

—Señor Jones —dijo la doctora Jaycee con una voz muy dulce—, como ya habrá podido observar, estamos tratando de conocer con la mayor exactitud posible en qué estado se encuentra su cerebro. Necesitamos saber qué áreas del cerebro tiene afectadas y cuáles son sus repercusiones, cuál es la actividad eléctrica de su encéfalo y cómo reacciona frente a los estímulos. Es muy importante para poder determinar un punto de partida y escoger el mejor tratamiento posible para las secuelas que pueda tener, acaba de despertar tras siete años en coma debido a una herida de bala en la cabeza, algo que, como ya puede imaginar, no deja de ser un hecho tremendamente excepcional.

Hay muy pocas personas en el mundo que consiguen sobrevivir al impacto de un proyectil en la cabeza, menos todavía que despiertan tras tantos años en coma. Entiendo que deba usted sentirse confundido y aterrado, así que, entendería que prefiriese que dejásemos las pruebas para más adelante. Le aseguro que es totalmente libre para decidir si continuamos o no. Independientemente de la decisión que tome, todavía no le he preguntado cómo se encuentra en líneas generales, ¿cómo se siente, Conrad? ¿Qué piensa usted de todo esto?

La joven doctora Jaycee Trawick era la primera persona desde que se había despertado que se había molestado en preguntarle cómo se encontraba o qué sentía, que lo trataba con algo de humanidad y no como si fuese un monstruo. Conrad se dijo que nunca olvidaría ni esa cara ni ese nombre: Jaycee Trawick. Nunca. Por otra parte, eso de que acababa de despertar tras siete años en coma después de haber recibido un impacto de bala en la cabeza lo había escuchado ya demasiadas veces durante las últimas horas como para tratarse de un error o de algún tipo de broma. Las tripas se le revolvieron y sintió unas terribles ganas de vomitar y de llorar. Nunca en su vida se había sentido tan indefenso y asustado como lo estaba en esos momentos, pero por alguna razón, quería dar una imagen de estar por encima de todo eso. Una extraña arrogancia parecía querer dirigir su forma de actuar y de pensar desde algún lugar de su ser.

—No sabe lo mucho que agradezco sus palabras, doctora Trawick. Si le soy sincero todavía no sé de qué va todo esto ni qué hago aquí ni quién me pudo disparar ni por qué, pero no le mentiré, me encuentro muy confuso y muy aterrado. Puede proceder a realizar las pruebas

que usted considere, tiene mi beneplácito, cuanto antes terminemos con esto antes podré volver a casa y descansar.

La dulce sonrisa de Jaycee Trawick desapareció de golpe cuando escuchó aquella última frase. En el fondo Conrad todavía pensaba que se habían confundido de persona. Miró a la directora médica del centro, la doctora Baker, y esta se encogió de hombros. Al parecer, nadie se había molestado en explicarle bien a Conrad cuál era su situación, nadie le había dicho que su casa ahora era ese hospital y, cuando estuviese un poco mejor, la cárcel.

—Agradezco su colaboración, señor Jones, si le parece empezaremos con una batería de preguntas sencillas para determinar el estado de su memoria, ¿de acuerdo? —La doctora Jaycee tenía una graciosa forma de enarcar las cejas cuando terminaba las frases, hecho que hizo que Conrad bajase un poco la guardia. *Una dulce y bonita forma de enarcar las cejas*, pensó Conrad, *me gusta*.

Una enfermera terminó de colocar de forma correcta la malla de electrodos en la cabeza de Conrad y también los que iban directamente pegados en su pecho. Después les hizo un gesto con la cabeza a las dos doctoras para que procediesen cuando estimasen oportuno.

—Si le parece, empecemos, señor Jones —dijo Jaycee con una suave sonrisa—. Usted déjese llevar y trate de responder lo primero que le venga a la mente, si se bloquea con alguna pregunta no hay ningún problema, pasaremos a la siguiente. ¿De acuerdo?

Conrad asintió con un cierto temor en la base del cráneo. Le pasó por la mente que había sido una estúpida idea dejarse poner todo

aquello en la cabeza sin haberlo consultado antes con Kurt Elston. Se sintió como si le estuviesen a punto de violar el cerebro.

—Bien. ¿Podría decirme en qué año estamos?

Conrad se quedó pensando durante unos instantes, ¿en qué año le había dicho que estaban ese tal Christopher Ran? ¿2018?

Las doctoras Baker y Trawick observaron cómo las ondas cerebrales correspondientes al razonamiento se elevaban. Tanto las pulsaciones como la tensión arterial también aumentaron ligeramente.

—Por favor, señor Jones, conteste lo primero que le venga a la mente, es importante que no piense la respuesta, cuando queramos que piense en una respuesta se lo haremos saber, es importante que conteste con rapidez para que veamos en qué estado se encuentra su memoria. La naturalidad es fundamental.

Las ondas cerebrales correspondientes al lóbulo frontal volvieron a elevarse.

—Si no recuerdo mal, estamos en el año dos mil, aunque el hombre que me ha traído aquí se empeña en decir que estamos en el año dos mil dieciocho, así que... —dijo Conrad con resignación.

—De acuerdo, Conrad, sigamos. ¿Ha estado o está usted casado?

De nuevo, se pensó qué contestar. Le habían dicho que tenía mujer e hijos, ¿cómo podía ser eso cierto? Y si fuese ese el caso, ¿quién podría ser esa mujer con la que se casó y por qué ni ella ni sus hijos estaban ahí para verlo? Eso le pareció muy poco coherente.

—Por favor, Conrad, sé que es difícil, pero evite pensar las respuestas. Es de vital importancia que responda con espontaneidad —

Jaycee volvió a enarcar las cejas y a Conrad se le ablandó un poco esa arrogancia defensiva que lo gobernaba.

—No. No estoy ni he estado casado, ni tampoco tengo hijos, si esa es su siguiente pregunta. Aunque por lo que he oído, eso no se corresponde demasiado con la realidad que ustedes están describiendo...

Jaycee sonrió tímidamente. Tanto ella como la doctora Baker observaron cómo las ondas cerebrales del lóbulo temporal se elevaban de forma significativa.

—¿Quién es el presidente de los Estados Unidos de América?

—Bill Clinton.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete.

—¿Podría decirme a qué se dedica?

—Soy escritor.

—¿Cuántas novelas ha escrito hasta la fecha?

—Tres.

—¿Recuerdas sus nombres?

A Conrad se le dibujó una sonrisa en la cara. Pero al ver la seriedad con la que lo miraban las dos doctoras que tenía frente a él eludió hacer comentario alguno.

—«Trae la noche», «El hombre del sombrero» y «La pareja perfecta». Publicadas por ese orden.

—¿Dónde reside actualmente?

—En una cabaña junto al lago Walden, una que yo mismo construí con mis propias manos.

—¿Cómo se llaman sus padres?

—Anne y Franklin.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

Conrad abrió la boca para contestar, pero de pronto sintió un pequeño pinchazo en el lado izquierdo de su cabeza que lo hizo detenerse de golpe. Volvió a intentarlo y de nuevo sintió ese pinchazo.

Las dos doctoras observaron un inusual aumento en las ondas tanto del lóbulo frontal como del lóbulo temporal del cerebro de Conrad.

—¿Se encuentra usted bien, Conrad? ¿Ha sufrido un bloqueo? Si quiere podemos pasar a la siguiente pregunta —Jaycee volvió a poner esa mirada de comprensión.

—No. Puedo responder. Vi a mis padres hace más o menos dos semanas en el cumpleaños de mi hermana Margaret.

—¿Vive alguien con usted?

—No. Bueno, miento. Sí, en la cabaña vivimos yo y Fitzgerald —A Conrad se le dibujó una amplia y sincera sonrisa en el rostro al decir aquello, pero rápidamente su cara se inundó de puro terror.

—¿Quién es Fitzgerald, Conrad?

—¿Cómo que quién es Fitzgerald? Es mi perro, maldita sea, ¿dónde está ahora? ¿Qué han hecho con él? Necesito saber si está bien, no le he puesto comida y tendrá hambre —Conrad se levantó nervioso y todos los cables a los que estaba atado se tensaron. Las

ondas de su cerebro y de su corazón se elevaron de forma alarmante.

—Por favor, señor Jones, vuelva a sentarse y trate de calmarse —dijo la doctora Baker sin poder evitar cierto temor a que Conrad la atacase. Hasta donde ella sabía, el hombre que tenía delante era el llamado «Hombre del Saco», y no sabía hasta qué punto estaba trastornado.

—¿Cómo que me siente? No pienso sentarme hasta que me digan cómo está Fitzgerald. Quiero verlo, ahora —Conrad estaba de pie. Su rostro se había vuelto rojo y las piernas le temblaban. Debilidad muscular severa.

—Por favor, Conrad, le ruego que se siente —intervino Jaycee casi con una súplica en la voz—. Deje que terminemos y después hablaremos de todo. Sé que esto es muy difícil para usted y que es completamente normal que todo esto le parezca una broma o una especie de mal sueño. En cierta manera es como si acabase de hacer un largo viaje en el tiempo, y como usted podrá imaginar perfectamente, cuando uno viaja en el tiempo las cosas con las que se encuentra al despertar no son exactamente las mismas que eran antes de hacer el viaje. Desgraciadamente nada se detiene, Conrad. Tampoco la vida de su perro Fitzgerald —Jaycee hizo una pausa al ver las dos lágrimas que habían empezado a caer por las pálidas mejillas de Conrad. La doctora Baker observó cómo las ondas correspondientes al lóbulo temporal y, más concretamente, al sistema límbico o de las emociones, volvían a elevarse. Esa reacción de Conrad no parecía fingida, esa tristeza era auténtica.

La voz y el tono de la doctora Jaycee lograron calmar de nuevo a

Conrad. Volvió a sentarse sin poder quitarse de la cabeza a Fitzgerald ni tampoco a.... de pronto pensó que, si todo aquello del coma era cierto y también que estaban en el año 2018, tal vez sus padres y su hermana Margaret también podían haber sufrido algún tipo de daño durante todos esos años que se había perdido.

—Antes de continuar, me gustaría que me dijesen si mis padres y mi hermana se encuentran bien —Los ojos de Conrad estaban enrojecidos. Las ondas correspondientes a la parte más profunda del lóbulo temporal continuaban con una actividad más intensa de lo normal.

Jaycee miró a la doctora Baker buscando una respuesta. Indecisión.

—Señor Jones —dijo la doctora Baker—. Le puedo asegurar que desconozco cuál es el estado actual de sus padres y de su hermana, pero puedo decirle que en cuanto terminemos yo misma hablaré con el jefe Grayson para que pueda informarle de todo lo concerniente a sus parientes cercanos —La doctora Baker dijo aquello con seguridad y rotundidad, aunque de sobra sabía cuál era la situación de los familiares por los que había preguntado Conrad.

—De acuerdo, pero dense un poco de prisa, por favor, me está empezando a doler la cabeza —dijo Conrad entrecerrando un poco los ojos mientras se le escapaba un inesperado bostezo. No mentía, ese arrebatador sueño que lo abrazó cuando estaba en la cabaña del bosque y más tarde cuando volvió a apoderarse de él en el asiento trasero del coche de Christopher Ran, estaba volviendo con fuerza.

—Sepa que agradecemos mucho su colaboración, señor Jones —

dijo la doctora Baker inclinando la cabeza hacia delante—. Puede continuar, doctora Trawick.

Jaycee asintió y cogió de nuevo el cuaderno en el que tenía anotadas las preguntas que le estaba haciendo a Conrad, arrugó un poco la frente antes de leer la siguiente en la lista. Estaba a punto de entrar en una nueva fase de preguntas. Interacción y reacción frente al estímulo.

—¿Conoce a alguien de nombre Hanna?

—No.

—¿Dana?

—No.

—¿Dylan?

—No.

—¿Luke Klein?

Conrad se detuvo en seco y las ondas cerebrales del lóbulo frontal se dispararon hacia arriba.

—Sí.

—¿Podría hablarme un poco de Luke, por favor?

Conrad buscó algo en la mirada de las dos doctoras, tal vez algún tipo de pista o indicio de qué era exactamente lo que querían saber y por qué le preguntaban por Luke.

—Luke y yo estudiamos juntos en la facultad de Harvard. Éramos bastante amigos hasta que...

Las ondas cerebrales de Conrad seguían en aumento. Aquello no

le gustaba. ¿Por qué le preguntaban por Luke? ¿Qué tenía él que ver con todo aquello?

—Continúe por favor, Conrad, lo está haciendo muy bien. Ha dicho que el señor Luke Klein y usted eran amigos hasta que... —Jaycee dejó la frase sin terminar dando pie a Conrad para que la terminase él.

—Hasta que publiqué mi primera novela. «Trae la noche». Estábamos en el último año de la facultad, pronto nos graduaríamos, los dos habíamos escrito cosas interesantes hasta entonces, ya sabe, sueños de escritor joven, sueños grandes, pero fue a mí a quién decidieron publicar, fueron mis sueños los que se cumplieron. En cosa de pocos meses «Trae la noche» empezó a subir como la espuma y pasé de ser un estudiante más a estar en las portadas de todas las revistas y medios de literatura del país. Digamos que Luke no se tomó demasiado bien mi éxito y a partir de entonces nuestra relación se empezó a enfriar bastante, él siempre pensó que... en fin, que tuve la suerte que le faltó a él. Supongo que siempre pensó que su talento era superior al mío y no era justo que yo sí y él no. ¿Puedo preguntar otra vez por qué quieren que hablemos de Luke? ¿Qué ocurre con él? ¿Está metido en todo esto?

—Por nada, Conrad, solo queremos saber en qué estado se encuentra su memoria, nada más. Y lo está haciendo francamente bien. Simplemente éramos conocedores de que el señor Luke Klein y usted eran buenos amigos y queríamos saber si lo recordaba, nada más —Jaycee enarcó las cejas de nuevo, pero esta vez no consiguió ablandar a Conrad—. ¿De dónde es usted, Conrad? Quiero decir,

¿dónde nació? —Jaycee continuó con la siguiente pregunta. Pensó que cambiar de tema estaría bien para apaciguar las ondas cerebrales de su paciente.

—Nací y me crié en Boston. Después estuve unos años en la universidad de Harvard y tras publicar mi segunda novela quise dar un giro a mi vida, fue entonces cuando decidí comprar un terreno en Concord junto lago Walden y construir mi propia casa. Les parecerá un poco infantil, pero no sé si conocen la historia del escritor y ensayista Henry David Thoreau. Siempre me fascinó su figura y quise probar suerte imitando sus pasos, ¿por qué no? Fue un escritor que lo dejó todo y se marchó a vivir al bosque, concretamente al de Walden. Defendía la vuelta del hombre a los bosques, la vida alejada de las grandes ciudades y de esa cultura con una tendencia clara a separarnos cada vez más de la naturaleza.

Jaycee escuchó con una bonita sonrisa las explicaciones de Conrad. La doctora Baker, en cambio, permanecía seria. No le hacía la más mínima gracia nada de lo que Conrad dijese.

—Entonces, ¿seguir la figura de ese escritor fue la única razón que lo llevó a dejar una vida llena de comodidades y de éxito por una vida en los bosques? Puedo suponer que tras sus dos primeras novelas, su situación económica sería más que aceptable.

Conrad arqueó lo labios y se encogió de hombros.

—En realidad fue más bien por una cuestión de salud mental.

—¿A qué se refiere con una cuestión de salud mental?

—La ciudad, los coches, la gente, las tiendas de moda, las fiestas,

ya sabe. Todo eso me estresaba, no me sentaba demasiado bien a nivel emocional. Tras la publicación de mi segunda novela entré en un bloqueo creativo tan profundo que pensé que no volvería a escribir ni una sola línea más en toda mi vida, pensé que un cambio de aires radical me vendría bien, y qué mejor manera que volver a los bosques tal y como en su día hiciera Thoreau —Al ver la expresión de sincero interés de Jaycee, Conrad decidió que sería él quien haría la siguiente pregunta—. ¿Había oído alguna vez hablar del bloqueo del escritor, doctora? ¿Sabe lo que es?

—Sí, al menos eso creo.

—Es algo muy duro de asumir y de asimilar, incluso de soportar, doctora Trawick, algo por lo que alguien podría llegar a hacer cosas que normalmente no haría.

—¿Cosas como qué?

—Como construir una cabaña en un bosque —dijo Conrad sonriendo. Jaycee le correspondió con otra dulce sonrisa, algo que animó a Conrad a seguir hablando.

—Le diré algo, señorita Jaycee, un escritor, uno de verdad, escribe porque lo necesita. Siente una extraña necesidad de proyectar al exterior algo que habita en su interior. Y esa necesidad se va haciendo cada vez más grande y más... necesaria, valga la redundancia. Pregunte por ahí y verá como cualquier escritor auténtico le dice exactamente lo mismo. A veces pienso que los escritores somos como una especie de médiums. Contamos historias que, más que provenir de nuestro interior, en realidad lo que hacen es pasar por nuestro interior. Somos con las vías de un tren, una especie de carretera. Las

historias nos atraviesan con la intensidad de un rayo de trescientos mil voltios y, créame si le digo que, cuando no podemos hacer que esas historias fluyan a través de nosotros, nos acaban por quemar y destruir por dentro, exactamente igual que ocurre con lo que le he dicho del rayo, si no encuentra un lugar por el que salir, termina por explotar tarde o temprano destrozándolo todo a su alrededor. Pregunte, pregunte a cualquier escritor de verdad y le aseguro que le dirá lo mismo que yo. Le cuento todo esto para que entienda que esta es la verdadera razón por la que un bloqueo es tan dañino para nosotros. No es por la fama ni por el qué dirán ni por las presiones a las que te someten, qué va, eso influye, claro que sí, pero la verdadera razón es que es por ti. Porque no puedes convivir con esa sensación de impotencia, porque esa extraña y cada vez más poderosa necesidad por transmitir historias necesita salir y cuando no lo haces sufres, sufres tanto que incluso dejas de verle el sentido a todo lo demás. Por eso vine aquí, señorita Jaycee, para sobrevivir.

Jaycee Trawick todavía tenía unas cuantas preguntas más por hacer, pero se había quedado extrañamente enganchada al discurso de Conrad y no le apeteció darle el alto. La doctora Baker le dio un mal disimulado codazo para que continuase con las preguntas. Pero antes de pasar a la siguiente, se abrió la puerta de la consulta en la que se encontraban. Era Bill Lowell, el inspector de homicidios. Y no traía buena cara.

—Doctoras, me temo que tendrán que dejar las pruebas para más tarde, acaba de llegar el abogado del señor Conrad Jones y exige ver a su cliente inmediatamente y que se pare cualquier prueba que se le

esté realizando. Ah, también ha solicitado una copia de su historia clínica con todas las pruebas que le han sido realizadas hasta ahora, incluida la que acaban de hacerle.

Las dos doctoras se miraron y después miraron a Conrad. Lo cierto era que todos tenían ganas de tomarse un pequeño descanso. Les vendría bien para poner en orden sus ideas y hacer un primer diagnóstico del estado en el que se encontraba el cerebro de Conrad.

Cuando Bill Lowell se llevó a Conrad y las dos doctoras se quedaron a solas, la doctora Baker se puso frente a Jaycee y la miró con severidad. Enfado.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso último? —preguntó la doctora Baker con reprobación.

—¿A qué se refiere?

—No se haga la inocente conmigo, Jaycee, sabe perfectamente a qué me refiero, no ha dejado de sonreír y de coquetear con el señor Conrad Jones durante la última media hora. ¿Acaso no es usted consciente de quién es ese hombre?

Jaycee agachó la cabeza y no supo qué responder. Se había sonrojado. Demasiado inocente para ocultar lo evidente. No es que hubiese coqueteado conscientemente, pero no había podido evitar sentirse extrañamente fascinada por la figura de Conrad Jones, escritor del cual se había leído todas y cada una de sus novelas, algunas de ellas varias veces. Adoraba su obra.

—Yo... no sé qué decir, doctora Baker, tan solo pretendía ser

amable con él para tratar de establecer una relación de confianza mutua.

La doctora Baker apretó los labios.

—No me tome el pelo, Jaycee, tengo demasiados años para tragarme una como esa. Si la vuelvo a ver estrechando lazos con el paciente Conrad Jones, sintiéndolo mucho, tendré que prescindir de sus servicios en este hospital.

CAPÍTULO 7

Kurt «el Cuervo» Elston

A última hora del día, cuando todo estuvo un poco más calmado, Christopher Ran se dejó caer por fin por casa de Hanna Flanagan. Le había prometido ir a verla a primera hora de la mañana y ya se estaban apagando los últimos rayos de sol cuando al fin encontró un momento de tranquilidad para poder hablar con ella sin interrupciones. Lo cierto era que como ya no era oficialmente la mujer de Conrad, la policía no tenía por qué mantenerla informada en todo momento de sus progresos.

Christopher traía dos importantes noticias bajo el brazo; una era regular, la otra era bastante mala.

La regular era que lo habían readmitido como inspector, pero no fue exactamente como él hubiese deseado, sino bajo las condiciones del jefe Grayson. En cuanto los medios de comunicación lo presionaron tímidamente en la última rueda de prensa que había dado, se sintió con la obligación moral de readmitirlo en el cargo de inspector. Dijo que Concord no se podía permitir tener un activo de la categoría de Christopher fuera de circulación. El caso era que, al ya contar con un inspector de homicidios en el equipo, el condecorado Bill Lowell, el jefe Grayson pensó que no sería bueno para nadie si cesaba a Lowell sin ningún motivo aparente, así que lo mejor que se le

ocurrió fue ponerlos a trabajar juntos. Aunque dejó claro que Bill estaría un poco por encima, solo un poco. Christopher sabía por experiencia que dos gallos juntos en el mismo gallinero era sinónimo de problemas, pero al menos volvía a estar en circulación y, sobre todo, volvía a estar en «su caso».

La mala noticia, la que no sabía ni cómo planteársela a Hanna, era que Kurt Elston no solo había aceptado representar a Conrad Jones, sino que había pedido que fuese puesto en libertad vigilada de forma inmediata hasta que se produjese la primera vista con el juez. Sus argumentos eran que en su día no llegó a ser juzgado y que para ser retenido el cuerpo de policía tenía la obligación, más aún después de siete años, de volver a presentar cargos contra su cliente. Cargos que debían ir acompañados, cómo no, de pruebas de peso. Reiteró en varias ocasiones que las acusaciones que pesaban sobre su cliente eran muy duras y estaban dañando gravemente su estado emocional, por no hablar de su imagen pública y profesional. Recordó que, tras su acusación y posterior disparo en la cabeza, todo el mundo dio por hecho que él y solo él era el culpable, hecho que provocó que las editoriales retirasen del mercado todos sus libros. Por otra parte, dejó caer que cuando lo tuviese todo bien estudiado, presentaría cargos contra Christopher debido al disparo en la cabeza a su cliente, cargos de tentativa de homicidio y de graves daños para su salud tanto físico como emocional y, por qué no decirlo, como financiera.

El panorama no podía ser más desolador. Todo el mundo conocía al «Cuervo» y su reputación. Cuando aceptaba un caso es porque olía sangre, y cuando eso sucedía siempre acababa por llevarse un buen

bocado a la boca. Por otra parte, también dejó caer que, si se confirmaba el daño cerebral con afectación severa de la memoria a largo plazo de Conrad, que era lo que ponía en los informes médicos preliminares, tendrían que andarse con mucho ojo porque a lo mejor deberían empezar a considerar que la persona que tenían delante ya no era la misma que era a antes del disparo, «alguien sin recuerdos, no es nadie», dijo, «o al menos no la misma persona que era». Esa aseveración los dejó a todos temblando. Sabían por dónde podían ir los tiros de Kurt. Quería apelar a los conceptos fundamentales de lo que es en esencia el ser humano, de lo que significa ser una persona, un ciudadano, de lo que significa tener consciencia de sí mismo y ser responsable de las acciones que uno hace. Apelar a ese tipo de conceptos siempre se le había dado especialmente bien para, si no evitar una pena a su cliente, sí evitar su entrada en prisión alegando un estado mental deficitario y no correspondiente a la realidad por la que estaba siendo juzgado. El Cuervo era un auténtico fuera de serie en su trabajo y, especialmente, en lo concerniente al uso de conceptos y términos filosóficos o espirituales.

Ese primer planteamiento de Kurt no hubiese sido tan amenazador si no hubiese estado acompañado por la pérdida de todas las pruebas materiales en el incendio de la comisaría de Concord que tuvo lugar tres años atrás. Incendio provocado en parte por un absurdo descuido de Christopher y que fue lo que le costó su puesto de trabajo como inspector.

Esa era una de las razones por las que necesitaba volver. Si ya no existían pruebas contra Conrad, habría que encontrar de alguna forma

unas nuevas.

—No me lo puedo creer, Christopher, no puede ser, debe de tratarse de algún tipo de broma o de equivocación —dijo Hanna llevándose las manos a la cabeza. Estaba muy nerviosa. El día había sido tremendamente duro a nivel emocional. Rabia. Dana con su ya de por sí delicado estado emocional, echa un mar de lágrimas. Dylan de vuelta a esa cara silenciosa, ausente, huraña. Y Luke totalmente desbordado. Dejando emerger desde algún lugar de su interior esa ridícula falta de confianza.

—No hay ninguna equivocación, Hanna, desgraciadamente lo que acabo de contarte es la cruda realidad.

Que Christopher tuteara a Hanna era algo que no agradaba demasiado a Luke, no veía muy normal esa extraña y poco profesional confianza, pero, ¿qué iba a decir?

—¿Quieres decirme que vais a dejar a un asesino de niños suelto así, sin más? ¿Y tú no vas a hacer nada? No puedo creérmelo, Christopher. Maldita sea, debimos irnos cuando tuvimos ocasión y nada de esto estaría pasando.

Hanna se tapó la cara con las dos manos mientras se la escuchaba respirar ruidosamente. Christopher levantó la mirada en dirección a Luke, cuyo rostro estaba ensombrecido por la impotencia.

—De todas formas, hay que esperar, no adelantemos acontecimientos —añadió Christopher tratando de aportar algo de tranquilidad—. Todavía va a estar de uno a dos días más en el

hospital, tiempo que emplearemos para buscar cualquier cosa que pueda servirnos para volverlo a encerrar. Algo tiene que haber en algún lugar, o, quién sabe, tal vez tengamos algo de suerte y aparezca algún testigo. Grayson está pensando en publicar una nota de prensa haciendo un llamamiento a la población para que trate de implicarse. Aunque todavía no está seguro, es un caso muy mediático y podría haber muchos interesados, un aluvión de testimonios falsos, ya sabe, gente con ganas de notoriedad. Separar el grano de la paja tal vez nos hiciese perder un tiempo muy valioso en estos momentos.

—Todo esto es una locura, Christopher, no tiene ningún sentido. ¿Qué pasa con la ropa que encontraron en su coche y en la cabaña con el ADN de los niños? ¿No vale para nada? Te recuerdo que él te disparó a ti primero. ¿Acaso tú palabra o la mía no valen para dar fe de que esas pruebas existían? Por no hablar del resto de policías o del equipo del laboratorio que podrían dar fe de que esas pruebas eran completamente reales, por el amor de Dios, puede que se quemara todo, pero habrán informes o algo, ¿no? Esto es absurdo, Christopher, esta justicia para la que trabajáis no tiene ningún sentido y me parece que no hacéis más que perder el tiempo.

—Yo no he dicho que nada de eso vaya a valer, Hanna, solo digo qué es lo que alega el abogado de Conrad y qué es lo que van a intentar. Lamentablemente sí es cierto que sin pruebas materiales la cosa se debilita un poco. Aunque ya he dicho que hay que esperar a la primera vista con el juez para ver cómo declara la situación de Conrad hasta la celebración de un juicio. El jefe de policía Grayson está trabajando para que esa primera vista sea mañana o a más tardar

pasado. La idea es que Conrad no llegue a estar ni un solo minuto en libertad, que pase del hospital a una celda directamente. Pero también te digo que nos tememos que Kurt Elston pueda estar pensando en utilizar esa premura y esa prisa por hacerlo declarar para ponernos en contra al juez. Dirá que su cliente acaba de despertar tras siete años en coma, que su situación médica es muy delicada y que tiene graves daños cerebrales que afectan a su memoria a largo plazo. De nuevo, apelará a los viejos conceptos de lo que es el ser humano, una persona, y que no existen pruebas reales contra su cliente, solo la palabra de unos cuantos policías, y sin pruebas de peso pedirá la libertad provisional hasta la celebración del juicio.

Christopher expuso lo que creía acerca de lo que él pensaba que iba a pasar. Esa visión de conjunto, esa intuición que le decía lo que probablemente ocurriría le había dicho que, casi con toda probabilidad, Conrad Jones sería puesto en libertad antes de cuarenta y ocho horas. Aunque trató de ser algo menos directo con su ex mujer.

Hanna lo miró con una especie de intensa rabia, muy cercana al odio. Fue a decir algo, pero se retuvo. De nuevo introdujo los dedos por el nacimiento de su bien cuidada melena castaña clara y escondió los ojos tras la palma de sus manos. Pensó que no solo no quería ver la realidad a su alrededor, sino que esa realidad tampoco la mirase a ella.

Luke, que había permanecido hasta el momento en un atento y calculado silencio, intervino tras mucho pensar lo que iba a decir, no le apetecía que Hanna le dijese que eso que acababa de decir era una completa estupidez, como solía hacer cuando estaba muy nerviosa.

—¿Usted qué nos recomienda, Christopher? —La voz de Luke sonó insegura. Algo pastosa.

Hanna apartó las manos de su cara y levantó la mirada al escuchar la voz de su pareja.

—¿Qué les recomiendo yo? ¿Sobre qué?

—Sobre qué debemos hacer nosotros ahora. Si esta fuese su familia, ¿usted qué haría?

El inspector Ran inspiró con profundidad y aceptó el reto.

—Esperar. Yo esperaría a ver cómo transcurren los próximos acontecimientos, después decidiría. Tened por seguro que en caso de que Conrad sea puesto en libertad provisional, no lo vamos a dejar respirar, va a estar vigilado permanentemente, y puedo asegurarles que no le hará daño ni a una mosca. Yo mismo me encargaré de montar un operativo de vigilancia en condiciones.

Hanna soltó una risa sarcástica mientras negaba con la cabeza. Cinismo.

—No vamos a esperar a nada, mañana mismo nos marchamos. Ya está decidido, cometí un error hace siete años y no volveré a cometer el mismo ahora. Ya he hablado con mi hermana Rose y me ha dicho que nos podemos quedar en su casa el tiempo que haga falta —dijo Hanna con rotundidad.

—¡Pero, mamá! —dijo Dylan levantando la voz desde el rincón del salón en el que se encontraba. Que no hubiese intervenido ni tampoco hubiese dejado de ver videos con el portátil en todo el día no significaba que no estuviese al tanto de todo lo que se estaba diciendo

allí.

—No hay peros que valgan, Dylan, ya has oído lo que he dicho. Ya podéis ir los dos escogiendo bien lo que os vais a llevar porque mañana mismo nos vamos —Hanna dirigió la mirada tanto a Dylan como a Dana, que se encontraba sentada justo enfrente de su hermano. Tanto el uno como el otro la miraron con indignación.

—Yo no pienso irme a ningún sitio, esta es nuestra casa y es aquí donde tengo a mis amigos. Y que se atreva a venir aquí y verá lo que le espera —Dylan se había levantado. Su mirada decía que hablaba muy en serio. Sus puños apretados. Su tórax, henchido de orgullo.

—Tú harás lo que yo te diga, Dylan. Mañana nos vamos. Punto final.

Dylan soltó un suspiro lleno de furia y se dirigió hacia la puerta de casa mirando a su madre con rabia. Dana se llevó una mano a la boca y a Luke se le estrechó la garganta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Hanna mientras los párpados se le retraían con fuerza.

—Voy a salir, mamá, es sábado por la noche, y te recuerdo que ya tengo diecisiete años y que sé defenderme yo solo.

—¡Dylan! ¡No salgas por esa puerta, te lo advierto!

Pero su hijo mayor, lejos de obedecer, abrió la puerta y, antes de salir, vio cómo su madre buscaba a Luke con la mirada tratando de encontrar un apoyo a esa autoridad que se le escurría entre las manos.

—Dylan, ya has oído a tu madre, haz el favor de volver a entrar. En estos momentos es importante que estemos todos juntos, que

permanezcamos lo más unidos posibles —dijo Luke tratando de convencer a Dylan con esa camaradería que se había forjado entre ellos en los últimos tiempos.

Dylan sonrió con sorna y salió de casa sin decir nada más.

Dana, al ver esa tensa situación familiar rompió a llorar y salió corriendo hacia su habitación. Demasiadas sensaciones para un día en el que debía haber sido una de las estrellas de la obra musical para la que había estado preparándose durante los últimos meses. Pero, tal y como estaban las cosas, su madre no le había permitido salir de casa. De hecho, ni tan siquiera había tenido que decírselo, Dana ya se había encargado de llamar diciendo que le había surgido un grave contratiempo doméstico y que no iba a poder ir. Conocía a su madre y sus reacciones.

Luke, después de «pedirle» permiso a Hanna con la mirada, fue tras los pasos de Dana para tratar de hablar un rato con ella, para tranquilizarla. Era la más pequeña y sensible de la casa y todo aquello le estaba afectando demasiado.

Christopher, viendo que el salón de aquella casa se había vaciado en cuestión de pocos segundos, pensó que había llegado el momento de marcharse él también. Necesitaba parar, poner en orden sus pensamientos y todo cuanto había visto y oído a lo largo de ese extraño día y tratar de escuchar esa vieja radio de su interior para hacerlo un poco mejor al día siguiente. En cierta manera se sentía bastante responsable de la situación en la que se estaban viendo. Si aquel día no se hubiese quedado dormido con el cigarro en la mano, tal vez ahora no estarían discutiendo sobre todo aquello.

—Creo que yo también voy a marcharme, Hanna, es un poco tarde y lo mejor que podemos hacer ahora es descansar. Mañana será un día duro y habrá que estar muy atentos a cómo transcurren los acontecimientos.

Hanna levantó una mirada llena de súplica, con los ojos redondos y vidriosos. Tentadores. Con sus dos manos cogió una de las manos de Christopher y lo miró fijamente de esa forma que tan bien se le daba.

—Dime que va a salir todo bien, Christopher, dime que volverás a atrapar Conrad, que no dejarás que nos haga ningún daño. Por favor, necesito que me digas que no vas a permitir que nos pase nada y que Conrad no se va a librar de esta —De los ojos de Hanna brotaron dos lágrimas. Inclinó un poco el cuello y entreabrió un poco los labios.

—No voy a dejar que os pase nada, Hanna, te lo prometo, no voy a permitir que Conrad le haga daño a nadie más. Tienes mi palabra.

Hanna entrecerró los ojos y soltó un cálido suspiro mientras se abrazaba con fuerza al inspector Ran.

—Gracias, Christopher, no sé qué sería de nosotros sin ti. Muchas gracias por todo lo que haces.

—De nada, Hanna —Christopher se quedó durante unos instantes aspirando ese dulce aroma que siempre desprendía el cuerpo de Hanna y la rodeó tímidamente con los brazos. Aquello era un poco raro. Desde que conoció a la señora Hanna Flanagan, siempre que habían estado los dos a solas en algún momento como aquel, se habían producido situaciones un poco raras. Como aquella.

Antes de salir, Hanna quiso preguntarle algo más.

—Christopher.

—Qué.

—¿Dijo algo de nosotros? ¿Dijo Conrad algo de mí o de sus hijos?

El inspector Ran negó con la cabeza con una expresión dura. Hanna respiró aliviada. Una mano al pecho. Los labios húmedos y entreabiertos.

—No. Al parecer no se acuerda de vosotros, Hanna. Al menos eso es lo que dice, no recuerda haber estado nunca casado ni haber tenido hijos. Según parece, para él todo esto ha sido hasta el momento como una especie de broma, algo así como un mal sueño. Cree que estamos en el año dos mil —Christopher sonrió con cierta nostalgia, el año dos mil, cuánto tiempo ha pasado—. Habrá que ver cómo amanece mañana.

CAPÍTULO 8

La secuencia de los hechos

Bill Lowell tenía fama de ser alguien de pocas palabras. Introvertido. Aunque los que lo conocían bien solían tener suficiente con mirarlo a la cara para saber lo que pensaba. Sus ojos, su mirada, su expresión, no engañaban. Por eso a nadie le pasó por alto que tener que compartir mando con su homónimo, Christopher Ran, no le había hecho ni pizca de gracia. Él tenía sus métodos, como Christopher tendría los suyos, y sabía por experiencia que era precisamente en la definición de la estrategia y pasos a seguir cuando solían aparecer los problemas. A pesar de ello, como siempre había hecho durante su carrera, pondría todo de su parte para que las cosas fuesen lo mejor posible entre ellos y poder acabar con el caso de la mejor forma posible.

Lo primero que hizo fue poner toda la secuencia de los hechos en orden, los hechos que figuraban en los informes policiales que se emitieron tanto antes como después del disparo que dejó a Conrad en una cama de hospital. Por mucho que le dijesen que todo estaba claro, a él le gustaba siempre observar las cosas con sus propios ojos. Y normalmente lo hacía poniéndolas en orden. Una detrás de otra. Le encantaba hacer listas. Anotar secuencias. Así funcionaba su cabeza y así funcionaban las cosas a su alrededor. Secuencias de hechos.

Se encendió un cigarro y tras darle dos buenas caladas lo apoyó en el cenicero a la espera de que la fina columna de humo trazase una línea completamente recta. Entonces sería el momento de darle otra buena calada. Adoraba ese tipo de pequeñas pautas. Tras la muerte de su mujer, enfrentarse a un nuevo día y conseguir llegar al final, no solo era un auténtico reto, sino todo un logro. Si no se tomaba las cosas con calma, si se paraba a pensar un solo instante en el día de mañana, era cuando se desmoronaba. Esas pequeñas pautas le permitían escalar hasta la cima de cada día pensando lo mínimo posible en lo que no quería pensar: sus recuerdos y, lo que estaba por llegar.

1. Cuatro víctimas en septiembre de dos mil once. Los cuatro niños de siete años. Cada una de las víctimas separadas entre sí por un mes.

2. Los cuatro fueron encontrados con una bolsa de plástico sobre sus cabezas y anudada sobre sus cuellos. En su interior no había ni un ápice de oxígeno.

3. Estaban descalzos. No llevaban ni calcetines ni zapatillas.

4. Cada una de las víctimas fue encontrada en un lugar diferente, pero con un denominador común. A todas ellas las habían dejado sentadas en el banco de un parque público o forestal con las manos apoyadas sobre sus cinturas. Como el niño que permanece a la espera en actitud relajada.

5. Fueron descubiertos indistintamente por gente que pasaba por allí. No encontraron relación alguna entre las personas que dieron el aviso del descubrimiento del cuerpo de los niños.

6. Los niños asesinados eran todos de Concord y estudiaban en el colegio público Concord Middle School.

7. No se encontraron rastros de ADN bajo las uñas de las víctimas ni tampoco se observaron signos de lucha. Por el contrario, sí había muestras de que las víctimas hubiesen estado amordazadas y atadas de pies y manos al menos un día, tal vez algo menos. Erosión en las muñecas y en los tobillos. Abrasión en zona peribucal.

8. Un día después del hallazgo de la cuarta víctima, Hanna Flanagan, la por entonces mujer de Conrad Jones, coge el coche de su marido para ir a hacer la compra. De camino al hipermercado, una de las ruedas del Audi A8, pincha. Sale de la carretera y se dispone a cambiar la rueda del coche. Levanta el suelo del maletero para sacar la herramienta necesaria y la rueda de repuesto y es entonces cuando encuentra el cordón de una zapatilla de deporte que no reconoce que sea ni de su marido ni de sus hijos. Entre otras cosas porque el cordón es de un color muy llamativo, amarillo fosforescente.

9. Al principio no le da demasiada importancia y ni tan siquiera piensa que ese cordón signifique nada, está muy atareada con el cuidado de sus hijos y no tiene tiempo de pensar en ello. Días después, algo en el comportamiento de su marido hace que le empiece a dar de nuevo vueltas al asunto. Según cuenta, Conrad no solo pasa cada vez menos tiempo en casa, sino que cuando emiten por la tele cualquier tipo de noticia relacionada con los asesinatos del apodado por la prensa, «Hombre del Saco», muestra una inusual atención a lo que dicen y a los hallazgos o avances de la policía. Pensar que él pueda tener una relación con esos horribles asesinatos es una idea tan loca

que ni se le pasa por la cabeza comentarla con él ni mucho menos con la policía. Hasta que un día después, viendo un extenso reportaje emitido por el canal siete para tratar de llamar la atención del público e intentar hacer un llamamiento para alentar a posibles testigos a dar un paso al frente, ve que en una de las imágenes aparece uno de los niños con unas zapatillas de deporte de un color exactamente igual al del cordón que encontró en el maletero del coche de su marido.

10. Hanna Flanagan se pone muy nerviosa. No sabe qué hacer. Apenas falta un día para que se cumpla de nuevo otra semana más y el asesino, si es que continúa con la misma pauta, vuelva a actuar. Se plantea muy seriamente que el Hombre del Saco sea Conrad, pero todavía no se atreve siquiera ni a decirlo en voz alta. En lugar de eso, cuando su marido sale de casa como cada tarde, decide seguirlo. Su sorpresa es mayúscula cuando ve que se dirige a la cabaña que tiene en el lago Walden, una cabaña a la que pensaba que no iba desde hace muchos, muchos años. Oficialmente está más que abandonada. Espera escondida a que su marido se marche y cuando lo hace, aprovecha para entrar.

11. Según cuenta la señora Flanangan. Nada más entrar nota que algo va mal, muy mal. Ese olor a problemas. A insoportable tensión. Recorre la casa de arriba abajo y descubre que la cabaña ha estado siendo utilizada. Las paredes están calientes. En el fregadero de la cocina hay cubiertos sin fregar. Un montón de moscas se han colado en el interior y no dejan de zumbar. Una vez ha recorrido la cabaña entera sin haber encontrado nada, decide enfrentarse al último lugar que le queda por mirar, a ese al que no quería entrar. El sótano. Antes

de hacerse el ánimo se asegura de que su marido no está regresando, no se ven ni se oyen coches aproximándose. Levanta la trampilla del sótano y lo primero que le llega es un fuerte olor a meados. Algo no va nada bien. Más moscas suben hacia arriba. Contiene dos fuertes arcadas. Finalmente, se arma de valor y baja.

12. En uno de los rincones hay dos orinales con restos de fluidos. Han sido utilizados en un breve espacio de tiempo. En otro de los rincones ve que hay una mesa de escritorio con una silla. Sobre la mesa una vieja máquina de escribir Rand y un candelabro con una vela medio consumida. Apenas a un par de metros del escritorio, hay otra silla. A sus pies unas cuantas cuerdas. Finas cuerdas. El corazón de Hanna está a punto de estallar. Todo aquello es mucho más horrible de lo que nunca llegó a imaginar. Hay un armario en el que solían guardar mantas y ropa de cama. Tiene miedo, pero tiene que abrirlo. Tira de una de las puertas hacia ella y, sobre las baldas, han sido colocadas, de una forma milimétrica, los cuatro pares de zapatillas pertenecientes a las cuatro víctimas.

13. Sale de allí y lo primero que hace es conducir. Está fuera de sí. Por momentos enloquece. Piensa que todo aquello no es más que una horrible pesadilla, que no puede ser real. Conduce. Tiene miedo de que Conrad la haya visto y quiera acabar con ella, tiene miedo por si le hace algo a sus hijos. A punto está de tener dos accidentes. Antes de llegar a casa, decide parar en un bar de carretera y tomarse una copa. No recuerda el nombre del bar. Al final son dos las copas que se toma, puede que tres, tampoco lo recuerda bien. Los nervios y el alcohol no son buenos compañeros de la memoria.

14. Sale de allí algo mareada y es cuando decide llamar a la policía. Llama directamente al inspector de homicidios asignado al caso, Christopher Ran, lo conoce personalmente porque estudiaron juntos en el instituto de Concord. Por eso decide llamarlo a su número personal.

15. Le cuenta todo lo que ha pasado y le ruega que vaya cuanto antes a la cabaña porque tiene el presentimiento de que tal vez Conrad esté en esos momentos a punto de llevar hasta allí a una nueva víctima. Lo cierto es que, si el asesino sigue con la misma pauta, es decir, una víctima nueva cada mes, debería estar a punto de que eso mismo suceda.

16. Christopher se toma las palabras de la señora Hanna Flanagan muy en serio, por aquel entonces, todavía Hanna Jones. Le pide que vuelva a casa con sus hijos y él sale en dirección a la cabaña sin perder ni un segundo de tiempo. Según declara el inspector, «intuye» que algo malo va a pasar. No ofrece más explicaciones al por qué salió de esa forma tan urgente.

17. Cuando Christopher llega a la cabaña de lago Walden, ve el Audi A8 de Conrad aparcado en la puerta. Se acerca sigilosamente, pero, antes siquiera a tener tiempo de asomarse a una ventana o inspeccionar el lugar, escucha un disparo. Saca su arma reglamentaria y eleva la voz para identificarse y pedir que se entregue. Vuelve a escuchar nuevos disparos, se cubre tras un árbol y espera. Ha olvidado pedir refuerzos. Están solos él y Conrad. En realidad, no pensó que algo así pudiese suceder. Avanza agachado entre los árboles y ve a Conrad salir por la puerta de atrás de la cabaña, se ha echado un saco

a la espalda y trata de huir por el bosque dando grandes zancadas. Tropieza un par de veces y a punto está de caer de bruces. Christopher le da el alto y acto seguido vuelve a escuchar un disparo. Es entonces cuando Christopher dispara su arma reglamentaria y acierta de lleno en la cabeza de Conrad, que cae derribado en el acto.

18. Tras ello, todo se llena de policías y al analizar los restos orgánicos del sótano de la cabaña y también las zapatillas, se confirma que todo ello pertenece a las cuatro víctimas.

19. Conrad, ante la sorpresa de todos, todavía respira. Lo trasladan al hospital y, nuevamente, ante todo pronóstico, es operado con éxito del disparo en la cabeza, aun así, los médicos son muy pesimistas con su estado. Le dan días de vida. Derrame masivo y daños cerebrales indeterminados, pero con toda probabilidad, muy graves.

20. El jefe de policía Grayson, ante la vista de las pruebas reunidas, cierra el caso hasta nueva orden.

21. No se produce ningún otro crimen desde entonces y nadie duda de que efectivamente, el Hombre del Saco duerme ahora en una habitación de hospital a la espera de que alguien lo desconecte para siempre.

22. Hanna solicita en diversas ocasiones la desconexión de su marido, que se mantiene con vida conectado a diversas máquinas. Necesita pasar página y olvidar. Recuperar su vida y la de sus hijos.

23. Pero eso nunca sucede porque el coma de Conrad no es del todo profundo y en ese caso los médicos no lo prescriben ni lo

permiten. Solo queda esperar a que la naturaleza siga su curso. Y así sucede hasta que, de nuevo, ante sorpresa de todos, Conrad despierta y se poner a andar él solo siete años después.

Bill cogió aire profundamente y observó que el cigarrillo se le había consumido entero sin haberlo tocado desde la primera calada. Reordenar esos horribles hechos le había afectado más de lo que esperaba. Se encendió otro cigarro y antes de darle la segunda calada, se abrió la puerta de su despacho. Eran Rine y Hills. Sus dos hombres de confianza, dos ex militares que estaban tratando de conseguir lo que no habían conseguido en el ejército por diversas razones: hacer carrera en las fuerzas de seguridad del estado.

—Inspector, ¿recuerda el camionero que llevó a Conrad hasta las inmediaciones de la cabaña?

—Sí.

—Sabemos quién es, Phil Stine, natural de Illinois. Aunque hay un problema, acabamos de enterarnos de que está desaparecido desde anoche. Su mujer está muy preocupada, lo ha denunciado esta mañana. Dice que nunca se había marchado de casa ni tampoco había dejado de llamarla cuando había tenido algún tipo percance. Está convencida de que a su marido le ha pasado algo.

Bill se quedó pensando unos instantes. El humo del cigarro ya tenía forma de columna vertical. Calada.

—Buen trabajo, chicos, tratar de triangular con su compañía de teléfonos sus últimas localizaciones registradas y mandar a una

patrulla con perros a la zona. Me parecería muy extraño que Conrad hubiese tenido tiempo y forma de hacer algo malo en su estado, pero nunca se sabe.

Rine y Hills dejaron el despacho de Bill, a quien muchos conocían con el sobrenombre de Catedrático, y el inspector se dijo que en esa secuencia de los hechos que acababa de repasar, había al menos tres puntos que le gustaría investigar un poco más a fondo. Cuestión de método, más que nada.

CAPÍTULO 9

Frente a ti, el abismo

Cuando Conrad despertó, lo primero que hizo fue llevar su mano al lado izquierdo de la cama para buscar el quinqué de latón que solía encender por las mañanas en la cabaña del lago Walden. Pero lo único con lo que se encontró fue con el vaso de plástico y la botella de agua que le dejó la enfermera que pasó a verlo a última hora de la noche acompañada por un policía.

Encendió la luz y rápidamente le vino a la cabeza todo lo que había pasado el día anterior. El último recuerdo que conservaba seguía siendo del año dos mil, y lo recordaba como si hubiese sucedido apenas unos instantes antes. Él y su perro Fitzgerald acababan de recorrer diez kilómetros por el bosque. Los dos estaban agotados. Exhaustos. Pero funcionaba. Desde luego que sí. La vida en los bosques funcionaba. Era otra persona, alguien nuevo. Había superado el peor bloqueo de su vida y no solo eso, acababa de publicar su tercera novela, la mejor que había escrito con mucha diferencia. «La pareja perfecta». Antes de meterse en la ducha su teléfono móvil empezó a sonar. Era su agente, Katherine. «Solo llamaba para decirte que «La pareja perfecta» está siendo un rotundo éxito, Conrad, el mejor libro que has escrito hasta la fecha con diferencia. Enhorabuena, Con, lo has conseguido. Has llegado». La voz de Katherine estaba envuelta en sinceras lágrimas. Lágrimas de

emoción, de felicidad. Él no pudo evitar romper también a llorar cuando colgó el teléfono. Había llegado.

A partir de ese último y bello recuerdo todo estaba oscuro. Ante él tan solo se vislumbraba el abismo. Un precipicio infinito de vacío.

Se levantó de la cama y decidió encender la tele de la habitación, por si acaso, se dijo. Todavía le costaba creer que aquello no fuese más que una farsa. Puso un canal de noticias y esperó hasta que vio aparecer la fecha del día. Diez de septiembre de 2018. Maldición. No había lugar a dudas de que el problema lo tenía él y no el resto.

Entró al baño y se observó bien de arriba abajo. Definitivamente se acabó de convencer de que aquello no se trataba de ninguna broma ni de un sueño ni nada parecido. El cuerpo que recordaba ver frente al espejo era muy distinto al que ahora tenía delante. Abdomen flácido. Hombros huesudos. Pálido. Brazos y pecho totalmente atrofiado y con la piel ligeramente descolgada. Dejó de mirar. Definitivamente era él, pero con casi veinte años más. Su cuerpo no era el de alguien que va camino de los treinta, sino más bien el de alguien que va camino de los cincuenta.

Al menos sintió cierta satisfacción cuando se dijo que hasta esa fecha, principios del año dos mil, parecía estar recordándolo todo bastante bien. La presión y las preguntas a las que le habían sometido las doctoras primero, y más tarde su abogado Kurt Elston, habían hecho que recordara mucho más deprisa, que esa especie de tapón interior se deshiciera con mayor rapidez.

La luz del amanecer todavía era muy tenue. Por primera vez desde que despertó el día anterior sintió verdadero apetito. Se puso

una bata sobre el pijama azul claro y se asomó al pasillo para ver si veía alguna enfermera a la que pedirle algo de comer. Su estómago rugía. Lo único que vio fue a una pareja de policías haciendo guardia sentados en unas sillas plegables. Volvió a entrar a la habitación y decidió esperar a que alguien fuese. Hasta donde él sabía, en los hospitales repartían el desayuno relativamente temprano.

Volvió a recostarse en la cama y puso la televisión. Pensó que al menos podría ir informándose un poco de cómo había cambiado el mundo desde el año dos mil.

Apenas unos minutos después, tras haberse despejado mentalmente un poco más, empezaron a llegar a su cabeza multitud de pensamientos relacionados con su situación y con su estancia en aquella habitación de hospital. ¿Cómo era posible que alguien le hubiese acusado de semejante atrocidad y le hubiese incluso disparado a la cabeza? Ese pensamiento hizo que se le helara el corazón. Por otra parte, si era cierto eso de que estaba casado y tenía dos hijos, ¿por qué no estaban allí? ¿Y quién era esa mujer con la que se casó? Empezó a sentir una necesidad de saber tan grande que rápidamente se convirtió en ansiedad. Su mente voló de forma involuntaria hacia el plano profesional y se preguntó cuántas novelas más habría escrito desde el año dos mil, desde «La pareja perfecta». Si serían buenas, si habría evolucionado como escritor. Ese pensamiento hizo que se tranquilizara un poco. Pero rápidamente volvieron los pensamientos relacionados con su mujer y sus hijos, con esos terribles crímenes de los que se le acusaba. La ansiedad en el pecho. Claustrofobia. Recordó la cabaña tapiada y pintarrajeada. Mareo. Necesitaba salir. Todo

empezó a dar vueltas de nuevo. Trató de incorporarse, pero antes de ponerse en pie, la puerta de la habitación se abrió. Era la doctora Jaycee Trawick, y su mera presencia hizo que se tranquilizase un poco.

—¿Se puede? —dijo con una dulce sonrisa cuando ya estaba dentro.

Esa bonita forma de enarcar las cejas hizo que todos esos terribles pensamientos que estaban asediando el cerebro de Conrad se detuvieran por completo.

—Por supuesto, doctora Trawick, adelante.

—¿Qué tal ha dormido? Veo que hace mejor cara que ayer.

—Recuerdo haber tenido mejores despertares que este.

La doctora Trawick sonrió con desenfado.

—Si no le importa, me gustaría medirle el pulso y la presión arterial antes de hacerle un par de preguntas sencillas, después podrá desayunar.

—Claro, adelante. Por lo que veo los dos policías de ahí fuera ya deben estar desayunando y por eso han dejado que entrara usted sola…

—Les he dicho que no hacía falta que entraran.

Jaycee le midió a Conrad la tensión y el pulso y anotó los resultados en una pequeña libreta. Después le pidió permiso para auscultarle con el fonendoscopio y le pidió que cogiese aire con fuerza varias veces.

—¿Todo bien? —preguntó Conrad viendo que la doctora no decía

nada.

—Todo bien.

—Perfecto.

Jaycee guardó sus «herramientas» en el pequeño maletín donde las había traído y levantó la vista hacia Conrad. Entre ellos apenas habría un metro de distancia. Cercanía.

—¿Ha recordado algo posterior al año dos mil, señor Jones?

—Conrad, por favor, llámeme Conrad, doctora. Señor Jones me hace sentir mayor.

Jaycee se sonrojó tímidamente mientras asentía.

—No. De momento no hay nada tras el año dos mil —dijo Conrad para cortar el hielo.

—¿Ha sentido náuseas o dolores de cabeza?

—Náuseas. Dolores de cabeza solo ayer durante la entrevista, fue como un pinchazo. Ah, y también siento algo de mareo cuando me levanto o me muevo con rapidez.

Jaycee asintió y apuntó lo que le dijo Conrad.

—Por lo que pudimos observar ayer, su memoria a largo plazo es la que está dañada, señor... perdón, Conrad. No obstante, todavía no sabemos hasta qué punto esa memoria perdida es recuperable, pero tenemos fe en que hay posibilidades. Si puede recordar con exactitud lo que pasó hasta el año dos mil, no vemos por qué no podría recordar muchas de las cosas que pasaron a partir de entonces. La memoria no funciona como un soporte físico de almacenamiento en el que la pérdida de información se corresponde con el daño material, los

recuerdos están todos entrelazados unos con otros hasta formar una especie de red formada por todas sus vivencias y experiencias. Cuando hay una lesión cerebral, normalmente se pierden recuerdos tanto pasados como no tan pasados. El archivo de nuestra memoria no está ordenado por fechas o por años, sino que forma un conjunto. Así que, en conclusión, pensamos que podría haber otras causas que estuviesen influyendo en su estado.

Conrad escuchó con atención la explicación de Jaycee.

—¿Qué causas?

—Causas de origen psicológico.

—¿Como cuáles?

Jaycee se mordió un poco el labio inferior mientras consultaba la libreta que sujetaba en las manos.

—Pensamos que tal vez pueda tener algún tipo de bloqueo de origen psicológico, es decir, que su problema no sea del todo físico o neurológico, sino que sea parecido a lo que me contó acerca del bloqueo del escritor. No se sabe muy bien por qué ocurre, pero ese tipo de bloqueos impiden a veces tener acceso a ciertos recuerdos. Pero en su caso, de ser un bloqueo lo que le impide recordar y no un daño físico real, es muy probable que pueda deberse al shock inicial después de haber estado siete años en coma. De todas formas, como digo, todavía es pronto para descartar totalmente alguna secuela a nivel físico, en cierto modo sería lo más normal. Habrá que esperar a ver cómo evoluciona, pero mi experiencia me dice que, durante los próximos días, semanas y meses, debería ir recuperando recuerdos de

forma paulatina hasta ir completando más o menos los once años que tiene en blanco, concretamente del año dos mil al año dos mil once, que fue cuando le dispararon.

Conrad asintió mientras percibía cómo Jaycee bajaba sutilmente la mirada cuando dijo lo del disparo. Tal vez miedo, tal vez cierta vergüenza.

—Si puede ser, lo del disparo preferiría no volver a recordarlo, ¿puede ser? —dijo Conrad con seriedad tras una breve pausa.

Jaycee alzó una mirada de desconcierto, pero rápidamente vio que Conrad había empezado a sonreír. Todavía no estaba demasiado familiarizada con ese tipo de humor suyo, aún no sabía identificar cuándo algo era una broma y cuándo no.

—Pediré que le traigan el desayuno, Conrad. Más tarde, si le parece, continuaremos con nuevas pruebas para terminar de evaluar su memoria y su función cerebral, tal vez, con un poco de suerte, hayamos terminado antes del mediodía. Es posible que también repitamos el escáner, más que nada por ver si se ha producido algún cambio de ayer a hoy, aunque me extrañaría mucho que así fuera. Luego nos vemos, Conrad.

La doctora Jaycee recogió sus cosas para salir, pero antes de abrir la puerta, a Conrad le vino de nuevo a la cabeza una de esas grandes preguntas con las que se había levantado esa mañana. Una pregunta acompañada de cierta petulancia.

—Doctora, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí, claro, pregunte, Conrad.

—¿Por casualidad ha leído usted alguna de mis novelas?

La pregunta cogió totalmente por sorpresa a Jaycee, que no pudo evitar que las mejillas se le colorearan con rapidez. Se subió un poco las gafas y pensó bien qué responder. Recordó las amenazas de la doctora Baker relacionadas con eso de intimar con Conrad, pero, por otra parte, tener la posibilidad de hablar con su escritor preferido sobre sus novelas era tan tentador...

—Sí.

—¿Puedo preguntar cuál de ellas?

Jaycee se encogió de hombros con algo de vergüenza y volvió a morderse el labio inferior, dicho gesto no pasó desapercibido para Conrad, siempre tan observador, tan entusiasta de los pequeños detalles.

—Por su silencio entiendo que o bien la novela que leyó le pareció tan horrible que no recuerda ni siquiera el nombre, o bien lo que ocurre es que ha leído más de una y no sabe cuál de ellas nombrar. No sé por qué, me inclino por la segunda opción, ¿me equivoco? ¿Cuál fue la última que leyó?

Jaycee se quedó pensando durante unos instantes, esa extraña modalidad de arrogancia que mostraba Conrad, a su modo de ver la arrogancia más respetuosa y sutil que había visto, le pareció increíblemente encantadora. Pensó en todas y cada una de las novelas de Conrad, pero sabía perfectamente cuál era la última que había leído, la misma que acababa de leer por tercera vez hacía apenas unos días. Su preferida.

—«Frente a ti, el abismo».

Conrad sintió un pequeño pinchazo casi en el centro del cerebro. Como si acabasen de clavarle un tenedor. No recordaba en absoluto haber escrito nunca esa novela. Ni una pizca de familiaridad con ese título. Eso hizo que volviese esa sensación de mareo. Angustia.

—Lo siento, pero…

—Ya me imagino, no la recuerda, es la última que publicó, justo en el año dos mil once, apenas un mes antes del… ya sabe, del disparo.

—¿Y es buena?

Jaycee asintió con una amplia sonrisa.

—Para mí es la mejor.

—¿De qué trata?

—Es sobre una mujer que lo ha perdido todo. Sus hijos y su marido han sido asesinados, mientras que ella logra salvar la vida milagrosamente, muy a su pesar. Vive con la culpa. Vive con el miedo. El recuerdo. La angustia vital. Su día a día es insoportable. No duerme por las noches. Se atormenta pensando que tal vez podría haber hecho algo. Se atormenta pensando qué cambiaría de su vida si pudiese volver al pasado para que el presente fuese algo menos doloroso. Se está debatiendo en si merece la pena seguir viviendo así o si debería tratar de luchar, de sobrevivir, de hacer algo por encontrar a los culpables, de honrar la memoria de su familia, de hacer algo por cambiar su vida radicalmente o dejarse arrastrar por ese abismo que la rodea y que parece estar llamándola cada día. Al final la novela da

unos cuantos giros inesperados, nada es lo que parece y en realidad... bueno, dejaré que la lea y lo descubra usted mismo. Aunque si le soy sincera, lo que más me gusta de esta novela es que detrás de todo ese argumento que acabo de contarle, hay mucho más. En realidad, yo lo veo como una de esas figuras que a su vez esconden más figuras en su interior. Tiene capas. Auténtica profundidad. Como si fuese un edificio de muchas plantas. Es un libro que habla de la vida tal y como es en realidad, de la importancia de las pequeñas cosas que suceden a nuestro alrededor, las repercusiones de nuestras acciones, las relaciones, la importancia de la educación, cómo es ese momento en el que se termina el amor, de lo que significa hacerse mayor, envejecer... y de muchas otras cosas, la lista es interminable. Aunque pueda parecer lo contrario, es como un canto a la vida —Jaycee enarcó de nuevo las cejas al terminar la frase. Había disfrutado realmente con ese libro y eso era exactamente lo que transmitía al hablar. Se había dejado llevar y ahora había empezado a arrepentirse del entusiasmo de sus palabras.

—Vaya, parece muy interesante y que ha disfrutado realmente con su lectura, aunque también parece un poco dramática. Incluso crepuscular. ¿Acaso en el futuro ya no escribo novelas de terror? Por Dios, Jaycee, ¿no me diga que ahora también me dedico al género romántico?

La expresión de Conrad era muy seria y Jaycee dudó otra vez en si aquello era una broma o iba en serio. Entonces Conrad sonrió y Jaycee sonrió con él. Era una broma.

—No, que yo sepa no ha escrito novelas románticas, aunque quién

sabe, quizá algún día... —Jaycee se sonrojó tras haber hecho ese comentario tan cercano. Se dijo que aquello acababa de rebasar ampliamente el límite de la confianza médico-paciente, entiendo al mismo en lo estrictamente profesional.

—¿Sabe por casualidad cuántas novelas he escrito hasta la fecha?

—Catorce, a una por año hasta el año… dos mil once.

—Vaya, qué rapidez. No es una mala cifra. Por lo que veo está bien informada de mi trayectoria.

Jaycee agachó un poco la mirada y volvió a hacer el gesto de subirse las gafas.

—Creo que voy a tener que marcharme, Conrad, ha sido un placer hablar con usted.

—Espere, Jaycee, por favor, solo una pregunta más.

Jaycee alzó la mirada en signo de aprobación.

—Cuando me den el alta, y se demuestre que yo no tuve nada que ver con esos horribles cargos contra los que se me acusa, ¿aceptaría que la invitara a una copa? Porque, usted no piensa que sea culpable de semejantes atrocidades, ¿verdad?

La cara de Jaycee se volvió roja. No solía reaccionar así, pero a veces lo hacía. Agachó la cabeza como si estuviese tratando de esconderla bajo el cuello de la camisa. Silencio.

—No se preocupe, Jaycee, le repetiré la pregunta cuando me hayan dado el alta y todo esté un poco más tranquilo. Luego nos vemos.

Jaycee asintió llena de una extraña e infantil vergüenza y salió de

allí sin decir nada más, pero pensando que, por supuesto que los escritores como Conrad Jones no cometían ese tipo de crímenes, eso era algo que no entraba en su cabeza. Alguien debió tenderle algún tipo de trampa. Los escritores como Conrad Jones escribían obras maestras, nada más. Ese pensamiento hizo que se sintiera extrañamente orgullosa de su determinación y cuando hubo abandonado la planta donde estaba hospitalizada la estrella de la literatura, incluso se atrevió a pensar que cuando todo aquello se aclarase, a lo mejor sí aceptaba esa copa a la que había sido invitada.

Por qué no.

Una vez se hubo quedado solo, Conrad volvió a pensar de nuevo en esa última novela suya, «Frente a ti, el abismo», pero continuó sin tener algún recuerdo relacionado con ella ni con el resto de novelas que la doctora decía que había escrito. Nada. Aunque de pronto le vino a la cabeza una idea muy buena para escribir una nueva obra, sería su espectacular regreso, su obra maestra. A pesar de que para ello tuviese que emplearse a fondo con su particular método de escritura y rebasar alguna que otra línea más.

CAPÍTULO 10

Todo se viene abajo

Hanna golpeó la puerta de la habitación de su hijo Dylan al menos diez o quince veces hasta que por fin le abrió la puerta. Estaba realmente preocupada. Su hijo parecía estar de nuevo adentrándose a una velocidad vertiginosa en ese oscuro túnel del que le había costado tanto sacarlo.

—¿Se puede saber qué quieres?

—Quiero que hablemos.

—Sobre qué.

—Sobre cómo te sientes, hijo, sobre lo que piensas de todo esto —Hanna abrió bien sus bonitos y redondos ojos y torció un poco el cuello de esa forma que tan buen efecto causaba en algunos hombres. Hombres como Luke, como Christopher, o como en su día Conrad. Por citar solo unos cuantos. Pero por lo visto no cayó en la cuenta de que el hombre que tenía enfrente no era como los demás, era su hijo. Y aquello solo lo hizo resoplar.

—No me agobies, mamá. Tengo bastante prisa y unas cuantas cosas que hacer —Dylan dejó atrás a su madre y salió escaleras abajo con la mochila del gimnasio colgando de la espalda.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—¿A ti qué te parece? No te preocupes tanto por mí, estaré bien,

ya no soy ningún crío. Y haz el favor, ponte algo más de ropa encima, ya no tienes treinta años, Hanna...

Dylan cerró la puerta de casa y Hanna se quedó totalmente horrorizada. Instintivamente se cerró un poco más la bata de andar por casa que dejaba entrever el principio de la línea que separa sus pechos.

Fue en busca de Luke. Necesitaba consuelo. Un hombro. Pero antes de gritar su nombre para que saliese de dondequiera que estuviese, escuchó ese inconfundible sonido que hacen las teclas del ordenador. Concretamente el sonido de la pulsación sistemática de la tecla de retroceso, la de borrado. Aquello era algo de Luke que la ponía terriblemente enferma, se pasaba más tiempo borrando que escribiendo. Trató de serenarse y prefirió dejarlo perder el tiempo haciendo como que escribía.

Entró al cuarto de su hija y la vio abrazada a su osito de peluche. Bonny. Su cara era un mar de lágrimas. Sollozaba. No solo había vuelto a ese estado mental de la niña traumatizada, sino que parecía haber regresado a un estado todavía anterior.

Resopló. Cerró la puerta sin decir nada. Todo su mundo parecía estar a punto de venirse abajo. Y de nuevo por culpa de Conrad Jones.

Buscó el número de Christopher Ran, necesitaba alguien con quien hablar, alguien con una madurez mental acorde a sus necesidades, a la situación por la que estaba pasando. Pero justo cuando estaba a punto de pulsar su número, llamaron a la puerta de su casa.

Eran los dos agentes de policía que estuvieron allí el día anterior. Tras ellos había todo un equipo de lo que parecía la policía científica.

CAPÍTULO 11

El escritorio

En cuanto tuvieron en orden los permisos correspondientes por parte de la fiscal asignada al caso, Christopher Ran y Bill Lowell fueron hasta la cabaña del lago acompañados de un equipo de la policía científica. La idea era volver a entrar y ponerla patas arriba en tiempo récord en busca de algún tipo de prueba que se les hubiera pasado por alto siete años antes. Necesitaban algo que enseñarle al juez para poder evitar que Conrad obtuviese la libertad bajo fianza hasta la celebración del juicio. En cuanto Kurt Elston estuvo al tanto de lo que pretendían, se opuso rotundamente y los amenazó con denunciarlos por lo penal por allanamiento de morada y registro ilegal de una propiedad privada, aunque por suerte, a la fiscal Rachel Thomas no le importó trabajar en domingo y emitió una orden de registro. Al Cuervo se le vio nervioso. Buena señal.

Rine y Hills habían ido a hablar con Hanna Flanagan acompañados por otro equipo de la policía científica para que les dejase echar un vistazo en su casa en busca de algo que les pudiese servir. Aunque tras siete años dudaban bastante que pudiesen encontrar algo en aquella casa que relacionase a Conrad con aquellos horribles crímenes. Pero de momento era lo más accesible y rápido que podían hacer.

Tras haber arrancado los listones de madera con los que estaba tapiada la puerta, entraron en el interior de la cabaña y les llegó un fuerte olor a cerrado. Tampoco había luz. Hacía años que había sido dada de baja. Christopher se dijo lo mismo que se dijo la última vez que estuvo allí siete años antes, bonita forma de vivir en las montañas, a este lugar solo le falta un jacuzzi para ser exactamente igual que un apartahotel de cinco estrellas.

Abrieron las ventanas y dejaron que la cabaña se ventilara un poco antes de empezar a inspeccionar hasta el último rincón de esa pequeña casa.

La vivienda estaba dividida en una planta baja, que era una superficie rectangular de unos sesenta metros cuadrados, una planta superior de techo a dos vertientes, que tenía las mismas dimensiones que la planta baja más el añadido del porche, que salía hacia afuera unos dos metros y medio aproximadamente, por último también había un pequeño sótano.

La planta baja era un espacio diáfano en el que había una pequeña zona que hacía de salón; dos sofás, una mesa de comedor, una pequeña mesa de centro, un mueble aparador con un espacio reservado para una televisión que ya no estaba y una bonita y entrañable chimenea. En el otro extremo había una cocina office con todo lo necesario para no echar nada en falta. Un cuarto de baño con ducha incluida, un pequeño cuarto trastero donde se guardaba comida no perecedera a un lado y productos de limpieza al otro y, por lo demás, un sinfín de estanterías de muchos tipos y tamaños repletas de

libros. El alimento del cerebro de Conrad.

Por todo el suelo de la cabaña todavía se podía ver el desastroso rastro que dejaron las pandillas de jóvenes que empezaron a entrar en aquella casa los fines de semana antes de que la tapiaran. Latas de cerveza vacías. Restos de comida. Manchas en paredes y techos. Horribles pintadas. Colillas de cigarrillo. Ceniceros llenos. Y unas cuantas cosas más que esos grupos de jóvenes se «olvidaban» de recoger cada vez que iban allí en busca de sensaciones. Durante un tiempo se tomaron la cabaña del «Hombre del Saco» como si fuese una especie de atracción de feria, de casa del terror. Iban allí a beber cerveza, a fumar marihuana, jugar a la ouija o simplemente a poner a prueba su valor. Búsqueda de emociones fuertes para romper con el aburrimiento de una noche de viernes. O tal vez solo iban buscando desmitificar y desvirtuar un poco ese lugar que estaba llamado a ser un auténtico templo del terror, del horror más atroz y abominable cometido por el ser humano. Hay personas que combaten aquello que temen riéndose en su cara.

En esa planta baja también había una pequeña trampilla por la que se accedía a un sótano que estaba provisto de armarios y estanterías para el almacenaje de ropa y otro tipo de enseres, pero que, sorprendentemente, también contaba con una mesa escritorio y una silla. Tal vez aquello estuviese allí simplemente porque no tenía cabida en ninguna otra parte de la cabaña (lo más probable), aunque había quien decía (y se dijo mucho), que Conrad bajaba allí abajo a escribir mientras contemplaba el sufrimiento humano. No en vano, aquel lugar fue apodado el «sótano del miedo», donde se dijo que

Conrad llevaba a los niños antes de acabar con su vida. Contaron que primero los tenía allí unos cuantos días sin comida y sin agua. Su único alimento era el miedo. Después acababa con sus vidas envolviendo sus cabezas con una bolsa de plástico. La asfixia fue la causa de la muerte de todas las víctimas.

—Si no te importa yo prefiero ir arriba, imagino que la científica empezará por el sótano —dijo Christopher tratando de ser lo más profesional posible con Bill, que lo miró, pero no respondió.

Christopher tomó aquello como un «vale» y subió a la planta superior. Lo cierto es que su sensibilidad últimamente andaba un poco frágil y no tenía ningunas ganas de meterse en ese sótano donde presuntamente murieron o, al menos, estuvieron cautivos esos pobres niños. Todavía no tenía el corazón lo suficientemente fuerte como para soportar algo así.

Cuando subió arriba y contempló las vistas desde del gran ventanal que ocupaba casi toda la fachada de la cabaña, se dijo que aquello estaba muy cerca de ser un lugar mágico, si no fuera por lo que había pasado. Se podía ver el lago Walden casi al completo, también conocida como «la laguna», pronto llegaría el otoño y el follaje ya había empezado a cambiar, se podían ver las copas de los árboles de distintas tonalidades que iban del verde intenso al amarillo pálido, pasando por el marrón, el rojo o el dorado. Los cristales de ese ventanal tenían un tratamiento para evitar el deslumbramiento, lo cual permitía mirar a través de ellos sin que llegase a molestar la luz natural. Christopher se imaginó que alguien podría llegar a pasarse horas y horas avistando aves y árboles desde aquella maravillosa

buhardilla sin llegar a cansarse nunca.

Aparte de un montón más de estanterías llenas de libros, en esa planta superior es donde estaba la cama de Conrad, cómo no, deshecha y con las sábanas amarillentas, y también donde estaba su lugar de trabajo. El laboratorio de creación de Conrad Jones. Ya le llamó la atención en su día, pero, nuevamente, no pudo evitar sorprenderse al ver ese extraño escritorio. Estaba formado por un tablero de madera de nogal de poco más de un metro de longitud que había sido como encastrado en el interior de un armario o algo parecido. Según había escuchado decir en algún lugar que ya no recordaba, la función de ese tipo de escritorio debía ser que cuando te sentases frente a él quedases totalmente aislado de tu alrededor. Frente a ti y a ambos lados tan solo tenías el revestimiento de madera de la cabaña. Era como introducirte en una especie de caja de madera en la que el único espacio abierto era el de tu espalda.

Tal como hizo en su día, Christopher se sentó en la discreta silla, también de madera y sin ningún tipo de filigrana de las llamadas «ergonómicas», y trató de imaginarse a Conrad escribiendo allí sentado «La pareja perfecta», su tercera novela, que fue con la que recuperó el pulso perdido. Sobre la mesa estaba la funda rígida de una vieja máquina de escribir Remington Rand, estaba vacía, por supuesto, la máquina ya no estaba. En el suelo también estaban los cables de lo que debía ser el cargador de un ordenador portátil. Pero, obviamente, del rastro del ordenador tampoco había noticia. Los «visitantes» juveniles debían de haber arrasado con todos los objetos de valor de la cabaña. Solo dejaron los libros.

Sentado en esa silla, Christopher no tardó ni tres minutos en experimentar una cierta sensación de ahogo, de claustrofobia. El olor a madera sin trabajar era intenso, a pesar de los años que ya tenía, el espacio para las piernas era bastante justo. Podría decirse que estar allí sentado parecía más un castigo que otra cosa. Una especie de penitencia. Siempre imaginó que el lugar de trabajo de un escritor estaría junto a una ventana, en un lugar bien decorado, bien ventilado, relajante y con algunas comodidades, pero nunca pensó en aquello. Miró hacia arriba y sobre él pudo observar un pequeño ventanal por el que entraba el haz de luz con la amplitud suficiente para alumbrar casi la totalidad de esa mesa. Cada cual tiene su estilo, su forma de trabajar, se dijo Christopher, y al parecer el estilo de Conrad era estar lo más aislado posible del mundo. En cierta manera tenía su lógica. Cuanto más lejos del mundo real, más cerca del mundo imaginario de las novelas.

Se levantó de allí y se fue directo al baño que había en esa planta superior. Necesidades fisiológicas. Era un baño sencillo. Una taza, una pila, una estantería para las toallas y un plato de ducha. Lo cierto era que, al contrario que en la planta baja, donde todo parecía estar acondicionado para colmar todas las comodidades de la vida moderna, en esa planta superior todo era muy austero. Sencillo. Distracción cero. Muy pocos sitios donde buscar, donde esconder algo que les pudiera servir como prueba.

Abrió los dos armarios que había a ambos lados de la cama y también estaban medio vacíos y revueltos. Sacó los cajones para ver si había algo en la parte de atrás pero no encontró nada. Se subió a la

silla de Conrad y se asomó por encima de los dos armarios. Tal vez en ese pequeño espacio superior… pero no.

Dio una vuelta sobre sí mismo y tuvo la sensación de que perdía el tiempo. Esa intuición suya le dijo que aquel no era el lugar adecuado y que Conrad no era de los que va por ahí dejando los calzoncillos manchados.

Revisó por encima las estanterías y, aparte de un montón de títulos que no había oído en la vida, la mayoría con pinta de novela negra y de terror, no vio nada más que llamase su atención.

Cuando bajó abajo vio a Bill Lowell con unos guantes de látex puestos.

—Arriba no hay nada aparte de libros y mucho polvo, ¿algo de suerte por aquí abajo? —preguntó Christopher con esa postura de cercanía que se había propuesto tener con Bill, aunque por lo visto él no iba con la misma actitud.

—Nada. Los de la científica siguen en el sótano sacando montones de huellas y fibras sintéticas, tal vez con un poco de suerte encuentren algún pelo o algo que haya podido sobrevivir a estos últimos siete años y que se pueda relacionar con alguna de las víctimas —Bill agachó la mirada. Trataba de evitar cualquier tipo de contacto visual con Christopher. Incomodidad. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo interior de su chaqueta y se encendió un cigarro. Le tendió el paquete a Christopher sin decir nada.

—No, gracias, ya no fumo —Lo dejó tras el incendio.

Bill se fumó el cigarro con los guantes de látex puestos y mirando

hacia el infinito. Tal vez pensando qué estaría haciendo en esos momentos si el hombre que tenía al lado no hubiese incendiado la comisaría.

—Perdemos el tiempo aquí abajo, no creo que encontremos nada aparte del ADN de un montón de jóvenes que en estos momentos deben estar armándola en otro sitio —dijo Christopher haciendo de nuevo el esfuerzo por hablar del caso con Bill.

—Ya. Pero si no es aquí o en la casa de Concord donde viven su mujer y sus hijos, no sé de dónde narices vamos a encontrar algo en tiempo récord que lo relacione con las víctimas.

—Tal vez Conrad tuviese alguna otra propiedad más a nombre de otra persona, ya sabes, por el tema de evasión de impuestos o incluso por tener algo de anonimato de vez en cuando. A lo mejor revisando bien sus cuentas de los últimos...

—¿Diez? ¿Quince años? Por favor, Christopher, di algo coherente. ¿En serio crees que a estas alturas van a poder revisar las cuentas de todos esos años y descubrir lo que no descubrieron entonces? Este era el lugar, aquí es donde Conrad llevaba a los niños, aquí donde se encontraron todas las zapatillas. No en ningún otro sitio —Bill Lowell, también conocido como «el Catedrático», arrugó casi toda la cara al hablar. Estaba manifiestamente enfadado. No lo ocultaba. Pero no por estar allí con Christopher y tener que trabajar codo con codo con él, sino porque le molestaba tener que ir corriendo de aquí para allá saltándose la secuencia de los hechos. En el fondo estaba molesto por algunas cosas que no se comprobaron en su día, puntos que había que haber investigado a pesar de que todo estuviese «tan claro». Y todo

estaría cerrado y bien cerrado y no habría que ir corriendo de aquí para allá. Eso es lo que le molestaba. Pero también había otra cosa que teñía de negro su carácter: la promesa que le hizo a su mujer antes de morir. Ya no estaba seguro de poder cumplirla, y eso le atormentaba.

—Llamaré a Grayson para que dé aviso al departamento de la función tributaria para que busquen cualquier movimiento de dinero sospechoso en las cuentas de Conrad durante los últimos quince años —dijo Christopher obviando la opinión de Bill. Salió de la cabaña para coger un poco de aire. El Catedrático ni siquiera contestó.

Christopher, tras serenarse un poco, llamó a su jefe y tuvo que soportar prácticamente las mismas palabras que acababa de recibir por parte de Bill, era absurdo investigar otra vez las cuentas de Conrad después de tantos años. En ese momento se le pasó por la cabeza renunciar a su reciente nuevo nombramiento como inspector de homicidios. Se sintió tremendamente dolido. Se vio pesado, lento, fuera de lugar. Se dijo que aquello le venía grande. Demasiado mayor, demasiado sensible. Recordar el saco de Conrad con las zapatillas de esos cuatro niños hizo que se le pusiera la piel de gallina. Una sacudida en el pecho. Las lágrimas a punto de brotar. Debió quedarse engrasando la Stihl y no coger aquella llamada de Hanna. Debió decirle que no a Grayson. Él ya no era inspector de homicidios. Él ahora se dedicaba a otro tipo de cosas. Pero no a ninguna que trajese consigo enfundarse de nuevo esa chaqueta de sufrimiento y dolor que se ponía encima cada vez que hacía ese trabajo.

Antes de que Christopher continuase con su particular proceso de

hundimiento personal, Bill salió también de la cabaña.

—Acaban de llamarme Rine y Hills, dicen que tampoco han encontrado nada en la casa de Concord. También me han dicho que Hanna Flanagan prácticamente los ha echado de allí a patadas. Están muy enfadados, y la señora Flanagan, por lo visto, nerviosa y afectada. Ha preguntado por ti.

Christopher asintió y percibió cierta disculpa en la voz de Bill. Tímida aproximación. Después se imaginó a Hanna tirándose de los pelos viendo como la ruda pareja de policías ponía patas arriba todo lo que encontraban a su paso. Desordenando su bonita casa. Eso le hizo sonreír tímidamente. Pensó en el curioso equipo que formaban los cuatro y todavía le produjo una risa aún mayor. Los ex militares, el Catedrático y él; Christopher el fracasado. ¿Qué tipo de crimen iban resolver si ni tan siquiera podían resolver sus problemas internos? Tendrían que mejorar mucho a partir de ese momento, porque de lo contrario, no solo tendrían en unas horas a un asesino de niños en la calle, con todo lo que eso conllevaba para la población de una pequeña y tranquila localidad como Concord, sino que tal vez podrían no encontrar la manera de volverlo a encerrar o, lo que sería aún peor, que hubiese una nueva víctima.

CAPÍTULO 12

El origen de todo libro

La doctora Jaycee Trawick, bajo la atenta presencia de la doctora Baker, le repitió el escáner encefálico a Conrad y tras él volvió a medir la actividad de sus ondas cerebrales mientras lo asediaban a preguntas relacionadas con su pasado y con los años que tenía «en blanco». El diagnóstico fue bastante unánime, aunque no por ello menos incierto en algunos aspectos. Conrad tenía una pequeña lesión en el lugar más profundo del lóbulo temporal del cerebro, concretamente en el hipocampo izquierdo, lesión cuyo alcance era difícil de determinar. La regeneración del tejido cerebral tras el impacto de bala y los siete años en coma había sido asombrosa, aunque, al parecer, esas pequeñas zonas de tejido cicatricial habían dejado sus secuelas, las cuales se traducían en la llamada «amnesia retrógrada» de la que estaba dando muestras desde el momento en el que había despertado. Aun así, era casi un milagro que tras un disparo en la cabeza y siete años en coma no presentase otro tipo de problemas mucho más incapacitantes.

Existían diferentes tipos de amnesia o pérdida de la capacidad para recordar, tras las consabidas deliberaciones del equipo médico, se llegó a la conclusión que la de Conrad era un tipo de amnesia retrógrada con gradiente temporal. Dicha tipología se caracterizaba, más o menos, por los mismos síntomas que presentaba el escritor. Pérdida de la llamada memoria declarativa o explícita y también de la

episódica de todo lo acontecido con anterioridad a la lesión cerebral, pero solo circunscrita a una franja de tiempo determinada, más o menos lo mismo que experimentaba Conrad. La pérdida de la memoria solo afectaba a unos años determinados anteriores al momento de la lesión. En dicho tipo de amnesia quedaban conservadas las destrezas o habilidades adquiridas y, en general, también todo aquello con lo que el cerebro operaba de forma automática. Pero se perdía la información relativa a vivencias personales o conocimientos adquiridos durante esos años. Aun así, el gradiente temporal que mostraba la ausencia de recuerdos de Conrad a partir de una fecha concreta estaba tan radicalmente delimitado que hacía que los médicos sospechasen ciertas cosas.

El diagnóstico, por tanto, estaba claro. Aunque como era normal en casos similares, todavía estaba por determinar a ciencia cierta el origen del mismo. Tal y como la doctora Trawick le dijo a Conrad el día anterior, ese tipo de amnesia podía estar producida tanto por la lesión en el hipocampo, algo de lo que había muestras evidentes aunque de difícil determinación, como también como consecuencia de un trauma psicológico, dando origen a la llamada amnesia psicógena, la cual, a pesar del disparo, era por la que más se decantaban ambas doctoras.

Pero la teoría del trauma psicológico tenía que sustentarse precisamente con eso, con algún tipo de trauma que Conrad hubiese vivido más o menos en la fecha a partir de la cual no recordaba nada, concretamente el año dos mil. Tanto el equipo médico como la policía empezaron a revisar toda la biografía de Conrad, así como también su

historial médico, en busca de algo traumático que pudiese haberle pasado al exitoso escritor. Fue la doctora Jaycee Trawick la primera que lo encontró, que tuvo conocimiento de lo que le había pasado en ese año dos mil. Fue algo sonado, y sí, fue muy traumático.

Conrad acababa de publicar su tercera novela, «La pareja perfecta». Había regresado de su exilio literario con su mejor obra hasta la fecha. Había logrado superar ese insufrible bloqueo que lo había llevado a vivir en una cabaña artesana en el bosque Walden, y estaba pletórico. Más feliz de lo que lo había estado nunca en su vida. Hubo dudas acerca de dónde realizar la fiesta de presentación. Muchas. Tanto la editorial como su agente, Katherine Wolfe, insistieron en hacerla en Boston, era la capital del estado de Massachussets y tendría una mejor presencia y acogida por parte de los medios y otras personalidades del mundo literario. Pero Conrad insistió e insistió en que la presentación debía ser en Concord. Ese pueblo lo había resucitado profesional y personalmente, y el cuerpo y la cabeza le pedían que fuese allí. Se lo debía.

Y allí fue.

La fiesta se realizó en uno de los mejores salones para eventos de todo Concord. Hubo comida y bebida de la mejor calidad. Fotografías. Presentaciones. Risas. Brindis. Flirteos. Promesas laborales. Miradas lejanas llenas de suspicacia y copas en alto. Nada que no fuese relativamente normal en esas fiestas en las que no solo se aprovechaba para dar publicidad y difusión a la obra en cuestión, sino que también se estrechaban lazos y se mantenían auténticas reuniones de trabajo informales pero, en muchas ocasiones, sorprendentemente

productivas. Con un par de copas encima todo el mundo se aflojaba un poco el cuello de la camisa.

Todo fue a pedir de boca. Sobre ruedas. Incluso hubo repetidos elogios acerca de la gran elección de hacer una presentación fuera del ruido y las luces de la gran ciudad. Aquello era auténtico, no era la copia de nada. Una presentación «doméstica» para una novela de «intriga doméstica», terror doméstico, más bien. ¿Por qué a nadie se le había ocurrido antes?

El problema vino después. Cuando todo hubo terminado y la gente se marchó a dormir pensando que mañana sería otro día. Sí, desde luego que sí, al menos para algunos. No para todos.

Tanto los padres de Conrad; Anne y Franklin, como su hermana Margaret, habían asistido a la fiesta. Conrad había insistido en que se quedaran en un hotel para no tener que regresar a casa a altas horas de la noche, por supuesto, él correría con los gastos. También les había ofrecido quedarse con él en la cabaña. No habría problema en conseguir un par de colchones. Sus padres podrían dormir en su cama y él y su hermana en la planta de abajo, como cuando eran pequeños y se iban los cuatro de campamento. Pero Franklin era tozudo como una mula. Desde siempre. Terco como nadie y tan insensato a veces como el peor de los adolescentes. Dijo que él dormiría en su cama como siempre, en su casa, en ningún otro sitio. Boston estaba a tan solo media hora de allí en coche y apenas había bebido. Estaba en perfectas condiciones, dijo, y que había conducido en condiciones muchísimo peores una infinidad de veces.

Es imposible saber qué hubiese ocurrido en otras circunstancias o

condiciones, ni tampoco cuál fue la causa exacta por la que Franklin se salió aquella noche de la carretera y acabó empotrando su viejo Ford Mustang contra un roble del tamaño de un cohete espacial. En la carretera se pudieron ver las marcas en zig-zag que dejaron las ruedas. Reacción tardía. Desesperada. Tal vez se cruzó una animal en mitad de la noche. La visibilidad en esas carreteras rurales era escasa. Prácticamente inexistente. Tal vez Franklin se quedó frito al volante y cuando despertó perdió el control del viejo coche sin dirección asistida. Y después todo pasó tan deprisa que ni tan siquiera tuvo tiempo de ver pasar ante sus ojos su vida en un instante, como a veces dicen que ocurre. Murió lo que se dice en un santiamén.

No solo su padre. Los tres murieron aquella noche. Franklin y Anne, que eran los que iban delante, perdieron la vida prácticamente en el acto. Ese coche era bastante anterior al invento de los airbags. Muy anterior. Doscientos veinticinco caballos en un motor de cinco litros. Quedó espachurrado como un origami bajo la suela de un zapato. Su hermana Margaret consiguió llegar con vida al hospital, pero apenas duró unas horas más. No llegó a ver la luz de un nuevo amanecer. Tenía los pulmones totalmente encharcados debido a una fractura múltiple de la parrilla costal. Los médicos no pudieron hacer prácticamente nada. Murió asfixiada en su propia sangre, pero según ellos, no sufrió.

Aquello dejó muy tocado a Conrad. Al principio pareció entender o comprender lo que había pasado. Una desgracia. Punto y final. Pero después empezó a darle vueltas al coco. A notar la ausencia, ese extraño y sofocante vacío, como un barco a la deriva justo en el centro

del más grande de los océanos. Empezó a preguntarse qué habría pasado si la fiesta se hubiese celebrado en Boston y no en Concord. Se empezó a imaginar diferentes desenlaces ante diferentes decisiones y llegó a la conclusión de que tanto sus padres como su hermana habían muerto única y exclusivamente por su culpa. Por su estúpido interés en celebrar la fiesta de presentación de su última novela en aquel pueblo.

Conrad cayó en una profunda depresión. El inapelable éxito de «La pareja perfecta» no lo apartó lo más mínimo de esa oscura senda de culpabilidad y autodestrucción en la que su alma se adentraba cada día más y más. No salía, apenas comía y, por supuesto, no escribía. Tan solo contaba cada minuto y cada hora que le había robado a la vida de su familia.

Hasta que un día, alguien totalmente desconocido y, casi sin ser consciente, le tendió la mano y tiró de él con la fuerza suficiente para ayudarlo a salir de esa ciénaga de antimateria en la que se encontraba. Ese alguien era la mujer con la que se acabó casando: Hanna Flanagan.

Las doctoras Jaycee Trawick y Ursula Baker informaron a Conrad de su diagnóstico final, pautas de tratamiento a seguir y, también, de las dos posibles causas de su amnesia. Eso incluyó irremediablemente hablarle de un posible trauma psicológico del pasado y como consecuencia de la muerte de sus padres y de su hermana en el año dos mil, justo el momento a partir del cual Conrad no recordaba nada.

No se lo tomó demasiado bien. Al principio mostró incredulidad.

—Mentís. Me estáis mintiendo para torturarme psicológicamente. Queréis presionarme para llevarme al límite, pero os aseguro que no vais a poder conmigo. ¿Ha sido ese policía quien os lo ha dicho? ¿Ha sido idea suya inventarse algo tan atroz?

Pero, rápidamente, tras ver que no solo era muy improbable que las dos doctoras se hubiesen inventado algo así, sino que en los gestos y expresiones de sus caras había auténtica sinceridad, cambió la incredulidad inicial por el enfado.

—Debisteis habérmelo dicho antes, me habéis ocultado una información de vital importancia para mí de forma premeditada con la única intención de hacerme daño. ¿Me vais a decir ahora que mi mujer y mis hijos también han muerto?

—No. Tu ex mujer y tus hijos están bien, Conrad —respondió Jaycee tratando de transmitirle esa sincera condolencia que sentía en todo su ser.

Por último, cuando hubo comprendido que en realidad tan solo habían estado esperando el momento menos malo para decirle algo que había ocurrido hacía dieciocho años, rompió a llorar con todas sus fuerzas mientras pedía que lo dejaran solo.

Fue verdaderamente horrible. Fue como volver a experimentar esa pérdida de nuevo. Pasar dos veces por el mismo martirio. Y eso que no le contaron lo de que hacer la fiesta en Concord había sido idea suya. Los detalles para más adelante.

Antes de que a Conrad le diese tiempo a tomarse un pequeño

respiro de ese asfixiante y hostil mundo en el que había despertado, irrumpió Kurt en su habitación, su abogado. Sin llamar y sin avisar. Muy propio de él.

—Te he traído algo de ropa nueva, me he tomado la licencia de elegir yo por ti —dijo el Cuervo apenas sin sonreír—. Vístete, nos vamos a casa. Los inspectores Ran y Lowell no tienen absolutamente nada. No tienen pruebas contra ti aparte de un montón de testimonios por parte de su propio equipo. Es insostenible y saben que retenerte aquí contra tu voluntad hasta la primera vista con el juez sería empezar esto cediéndonos una valiosa ventaja. Tras tantos años tienen que volver a presentar los cargos contra ti y sin pruebas materiales va a ser difícil. Podrían, pero no se arriesgarán a jugar esa carta, no estando yo aquí.

Conrad trató de secarse las lágrimas antes de mirar a Kurt a los ojos. No solía llorar muy a menudo, pero cuando lo hacía, los ojos se le teñían de un rojo muy intenso.

—Has estado llorando —dijo Kurt en un tono neutro carente de sentimientos.

—Y tú has engordado —respondió Conrad torciendo un poco la boca.

—No me jodas.

—¿Estás casado?

—Venga ya, Con, ¿a qué diablos ha venido esa pregunta? Sí, estoy casado. Tres veces. Y también divorciado, otras tres. ¿Alguna pregunta más, señor? Tengo dos hijas surcando la peor época de la

adolescencia. De distinta madre. Por si te interesa.

—Estás enfadado.

—No estoy enfadado, soy así. Coño, pues claro que estoy enfadado. Me sacas de la única semana de vacaciones que tengo en año y medio para meterme de lleno en esta mierda de caso después de... joder, después de diez putos años sin hablarnos.

Conrad arrugó el entrecejo y movió ligeramente la cabeza hacia los dos lados. No sabía de qué demonios le estaba hablando Kurt, hasta donde él sabía, no solo era su abogado desde los inicios de su carrera como escritor, sino que también era uno de sus mejores amigos.

—Claro, no te acuerdas, ¿eh, cabroncete? Me diste la patada y me dejaste de hablar solo porque yo no te quise ayudar con... en fin, ya tendremos tiempo de hablar de eso y de todo. Ahora lo mejor es que te vistas y salgamos de aquí cuanto antes. Te vendrá bien respirar aire fresco y perder de vista este lugar.

Conrad se quedó mirando a Kurt con cierta tristeza. Ahora que se fijaba bien, no solo había engordado como veinte kilos desde la última vez que recordaba haberlo visto, sino que todo él se veía como envuelto en una oscura bruma de cinismo y enfado hacia todo. Sobre todo hacia la vida.

—Lo siento, Kurt.

—¿Lo sientes? ¿De qué estás hablando?

—Siento haberte dejado de hablar y haberte dado la patada.

—No me jodas. Venga, salgamos de aquí y tomemos una copa, lo

pasado, pasado está, qué narices. Además, si no lo recuerdas en cierta manera es como si no lo hubieses hecho. Pensaré si tenértelo o no en cuenta. Eso forma parte de nuestra defensa, por cierto.

—No sé si es buena idea irme de aquí, Kurt.

—¿Ah, no? ¿Bromeas?

—¿A dónde voy a ir? La cabaña del bosque está tapiada y mi ex mujer y mis hijos por lo que veo no quieren ni verme, no se han molestado ni en mandarme un miserable mensaje. Todo ello por no hablar de la gente del pueblo. ¿Quieres que me linchen? ¿Es eso?

—Corta el royo. De sobra sabes que te puedes quedar en mi casa, vivo en Boston y allí no tendrías que soportar piedras en los cristales. Este ambiente es insano. Te harán hablar, Con, te sacarán información, cosas feas de tu pasado que seguro que tratarán de utilizar en tu contra. Y después de todo eso, nos freirán vivos. A ti como persona, a mí como profesional. Hazme caso, Con, vámonos ahora que podemos y preparemos juntos la vista de mañana con una buena copa, como en los viejos tiempos.

Conrad se quedó pensando unos instantes. Se estaba empezando a encontrar mal. Kurt tenía un modo de hablar que no le gustaba, que lo hacía sentir vulgar.

—¿Qué cosas feas? No hay cosas feas que contar. No tengo absolutamente nada que contar aparte de la verdad, y la verdad es que lo único que he hecho en mi vida ha sido escribir y tratar de mejorar cada día. Contar historias.

El Cuervo suspiró con hastío entrecerrando los ojos. Tenía el

cinturón del pantalón demasiado apretado. Eso le dificultaba respirar con normalidad. Sí que era cierto que había engordado, casi tanto como para resultarle molesto prácticamente cualquier actividad física, a veces incluso respirar.

—En serio, Con, soy bueno en esto, es mi trabajo y, créeme, lo hago bien. Marchémonos y te aseguro que esta noche verás las cosas de otro modo. No sabes lo importante que es conseguir en la vista de mañana que el juez te dé la libertad bajo fianza hasta la celebración del juicio.

Había algo en la presencia de Kurt, aparte de su permanente hastío, que incomodaba un poco a Conrad, pero no habría sabido cómo definirlo, no en ese momento.

—¿Podrías llamar a la doctora Jaycee Trawick y decirle que necesito hablar con ella, por favor?

—Para qué.

—Quiero saber qué opina ella acerca de si me conviene pasar aquí la noche o debería irme. Te recuerdo que me acabo de despertar tras siete años en coma.

Kurt volvió a suspirar. Estaba cansado. Año y medio sin vacaciones. Sobrepeso.

—Está bien, habla con ella lo que quieras, después nos vamos.

Jaycee tardó menos de cinco minutos en presentarse en su habitación. En su rostro había preocupación. Cierta culpabilidad por no haberle dicho antes lo de la muerte de sus padres y hermana.

—¿Qué ocurre, Conrad? ¿Todo bien? He venido en cuanto tu abogado me ha llamado.

—¿Sabe qué? Desde que me he despertado lo único que he visto ha sido a un montón de personas encima de mí que, o bien no han dejado de acusarme por algo de lo que no tengo el menor recuerdo y que me parece absolutamente abominable, o bien me han tratado como si yo fuese una marioneta a la que manipular o manejar a su antojo para hacer esto o aquello sin ni siquiera preguntarme o informarme de nada. Una rata de laboratorio. Nadie me ha tratado todavía como a una persona, solo usted, doctora. La única que se ha preocupado por saber cómo me siento o qué pienso de todo esto —Jaycee no pudo evitar volver a sonrojarse. Bajó la mirada con timidez. Toda su profesionalidad se venía abajo ante la presencia del hombre que tenía delante—. Dígame, doctora, y le ruego que sea sincera conmigo, en estos momentos, aunque le parezca mentira, es la persona en quien más confío, ¿qué cree usted que debería hacer? ¿Marcharme tal y como me «aconseja» mi abogado, o quedarme aquí a la espera de la primera vista? ¿Qué cree usted que sería más aconsejable para mí como paciente?

Jaycee bajó la mirada e hizo como que repasaba algo mentalmente.

—Creo que lo mejor para su salud sería que estuviese aquí el mayor tiempo posible, Conrad, no sabemos cómo va a evolucionar su cerebro en los próximos días y todavía está muy débil. Podría sufrir mareos, algún síncope, o incluso alguna caída que podría revestir cierta gravedad en según qué situación. También podría sufrir alguna

súbita desorientación, o tal vez ataques de pánico si le llegan de golpe muchos recuerdos nuevos. Todavía es pronto para saber con seguridad cómo va a comportarse su cerebro ante situaciones de estrés y de ansiedad. Aunque, por otra parte, yo no puedo aconsejarle sobre qué es lo mejor para usted en el ámbito judicial. Así que...

Conrad asintió con una sincera sonrisa en la boca.

—Pues en ese caso, si no hay ningún impedimento, me gustaría quedarme aquí el tiempo que usted considere necesario hasta poder salir ahí fuera con garantías de no perder la cabeza en dos días.

Jaycee sonrió tímidamente y asintió evitando mirarlo a los ojos.

—De acuerdo, Conrad, ha tomado una buena decisión. Si le parece iré a informar de que se quedará en el hospital unos días más. Más tarde pasaré a ver qué tal se encuentra.

La doctora Trawick inclinó la cabeza hacia delante y se dio la vuelta para marcharse. Pero antes de salir, se le ocurrió que podría preguntarle eso a Conrad. Eso mismo que ansiaba conocer desde hacía mucho y que siempre le había generado una enorme curiosidad. Fascinación.

Se detuvo junto a la puerta y se giró con nerviosismo. Se subió las gafas. Las manos le sudaban. Frente a ella tenía a Conrad Jones, y estaba a punto de hacerle esa pregunta.

—¿Le importa si le pregunto algo, Conrad?

—Lo estoy deseando —respondió Conrad con amabilidad.

—¿De dónde surgen todas esas historias? ¿Cómo se le ocurren y cómo decide cuál contar y cuál no? Ayer dijo que escribir era algo

parecido a una necesidad... —Jaycee bajó la mirada y se arrepintió al instante de la pregunta que acababa de hacer. ¿Cómo se lo ocurría rebasar de nuevo esa línea? ¿Por qué?

Conrad sonrió y disfrutó durante unos segundos viendo cómo la joven doctora sufría esa inocente vergüenza que acababa de invadirla.

—Es una necesidad, por supuesto, lo es, pero cada libro, cada historia, efectivamente, tiene un origen, no surgen de la nada, claro que no, surgen de un lugar —La mirada de Conrad adquirió un tono de solemnidad que hizo que las pulsaciones de Jaycee se elevaran. Nervios. Las manos continuaban sudando. Palpitaciones en el pecho.

Respira, idiota. Y tranquilízate. Se dijo Jaycee tratando de controlar ese volcán interior. *Esto es lo que llevabas deseando toda la vida, hablar con él, preguntarle*.

—El origen de todo libro, de todas las historias, proviene normalmente de un único sentimiento. Pregunta a un escritor, a uno de verdad, y probablemente te dirá lo mismo que yo. Un sentimiento tan poderoso como para no solo encender la llama, sino conseguir que se ponga en marcha el resto de la maquinaria, que prenda la hoguera entera —Conrad volvió a sonreír con cierta expresión de tristeza, también algo de misterio allá en el fondo—. De pronto, una mañana cualquiera, empiezas a sentir cómo sin ningún motivo aparente, te invade un profundo sentimiento primario, me refiero a uno como la culpa, el amor sin barreras ni fronteras, el miedo, la angustia, el sufrimiento, la alegría, la esperanza, uno de esos.

Jaycee tragó saliva. Los ojos bien abiertos. Pestañeo. La conjuntiva reseca.

—Te invade ese sentimiento y empiezas a convivir con él, aprendes de él, sufres con él. Dejas que forme parte de ti y lo único que quieres es conocerlo en profundidad, saberlo todo de él. Es como el corazón, el motor de la historia que está por venir. Sin él no habría nada que contar. A pesar de que la historia o la novela se enriquezca con muchos otros sentimientos y matices, es ese sentimiento primario la razón y el origen de toda novela, a donde recurre el escritor cuando se siente perdido, cuando se replantea ciertos aspectos de la historia y siente cómo llegan y lo acechan las dudas. Porque, todos y cada uno de los escritores, Jaycee, tienen sus dudas en algún momento del proceso de escritura, y si alguien te dice lo contrario, miente. Digamos que las dudas son como la noche que sigue al día, forman parte del asunto y punto.

Tras asimilar, boquiabierta, las palabras que acababa de decirle su escritor de cabecera, Jaycee recuperó un poco el ritmo respiratorio normal y se enjuagó la boca con saliva. Gafas arriba. Respira.

—¿Y la historia? ¿Qué ocurre con la historia? ¿Cómo coges ese sentimiento y lo transformas en las vidas de todas esas personas?

Conrad arrugó un poco la nariz y sonrió con cierta ternura. Mirada paternal.

—Jaycee, quieres saber mucho... —Jaycee se sonrojó un poco. Indiscreción. Conrad tan solo se estaba divirtiendo viendo cómo se ponía nerviosa—. Encontrar la historia adecuada para ese sentimiento primario es algo que requiere trabajo, arremangarse y meterse en lugares que a veces no son muy agradables. A veces uno se mete en terrenos cenagosos, oscuros, pero lo haces. Metes la cabeza en el

interior de ese sentimiento y buscas algo que le siente bien, como una muda que ponerle encima, ya sabes, como cuando alguien te invita a una de esas fiestas de los ochenta y tú buscas algo con hombreras, una buena peluca y gafas de sol de pantalla panorámica. ¿Entiendes? Aunque eso es solo el principio, como puedes imaginar, hay unas cuantas cosas más. La historia es digamos el vehículo de ese sentimiento, el transporte con el que va a realizar el trayecto de cuatrocientas, quinientas o las páginas que dure la novela, como todo en la vida, hay viajes largos, y viajes cortos. Ahí entra en juego el oficio del escritor y las decisiones que toma, y, por supuesto, el recorrido personal que hace para dar forma a la historia.

El teléfono de la doctora Trawick empezó a sonar y tardó un par de tonos en ser consciente de que era el suyo. Claro, de quién si no. Miró la pantalla y arqueó las cejas con cierta desilusión.

—Tiene que disculparme, Conrad, pero me esperan en el TAC para valorar a otro paciente, ¿le importaría si retomásemos esta conversación en otro momento? —Jaycee dijo aquello sin pensar. Si lo hubiese hecho no lo habría dicho. Vergüenza.

—Por supuesto que no, doctora, cuando usted quiera.

Jaycee asintió con una dulce sonrisa y se dirigió hasta la puerta.

—Jaycee, espere un momento. Me gustaría hacerle una pregunta de examen antes de marcharse —dijo Conrad con interés. Jaycee levantó un poco el cuello y esperó la pregunta—. Si tuviese que decir el sentimiento primario sobre el que está construida mi última novela, ya sabe, esa que dice que es la que más le gusta, ¿cuál diría que es?

Jaycee agachó un poco la cabeza y en su frente aparecieron tres suaves arrugas.

—Diría que el sentimiento primario es la desesperación. Pero no me haga mucho caso, es el primero que se me ha ocurrido.

—Gracias, doctora, hablamos luego.

—Hasta luego, Conrad.

Cuando se quedó de nuevo a solas, pensó en eso de la desesperación y después en su particular método de escritura, en su forma de buscar y de vivir sus propias historias, en su oficio como escritor.

Un inesperado y potente escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo.

¿Qué hiciste, Conrad? ¿Qué hiciste para conseguir aquello que querías? Se preguntó mientras trataba de llenar el pecho de aire hospitalario y su mente volaba, como por arte de magia, a esa próxima novela que ya estaba cobrando vida propia en el interior de su cabeza. Una que, en cierto modo, ya había empezado a escribir.

CAPÍTULO 13

La primera vista con el juez

Poco antes de la primera vista del juez, Christopher y Bill recibieron la noticia de que habían encontrado a Phil Stine, el camionero que había llevado a Conrad desde una de las gasolineras cercanas al hospital hasta las inmediaciones del lago Walden. Fueron dos montañistas quienes lo vieron mientras hacían un «descenso». Al parecer, Phil tomó un camino forestal que llevaba tiempo cerrado poco después de haber dejado a Conrad en la carretera. Ese camino cerrado lo condujo directamente hacia una caída de unos quinientos metros en plena noche y sin un ápice de luz. Phil y su camión habían acabado empotrados contra unas rocas. Según los primeros análisis forenses, murió prácticamente en el acto. No encontraron ningún signo de violencia ni de lucha. Murió porque se le había clavado el volante en el corazón, nada más.

A pesar de ello, ni a Bill ni a Christopher se le pasó por alto esa extraña fatalidad. Aparece Conrad y, como si estuviese maldito, un hombre muere en un terrible accidente. Mientras seguían analizando el cuerpo de Phil en busca de algún posible indicio de que pudiese haber sido asesinado, decidieron no contar nada a la prensa acerca de dicha muerte, sus circunstancias y su posible vinculación con Conrad. Noticias así eran las que creaban alarma social.

Después de aquello, los dos inspectores seguidos del resto de su equipo, tuvieron que soportar cómo Kurt Elston los humillaba ante el juez y conseguía, como el que dice sin despeinarse, que Conrad Jones obtuviese la libertad vigilada ante la falta de pruebas materiales.

Ante ellos se adivinaba una carrera contrarreloj para tratar de reunir las pruebas necesarias hasta la celebración del juicio, que había quedado fijado en un plazo de un mes. Ese era el tiempo del que disponían. Si no conseguían nada contra Conrad, era muy posible que quedase libre y que no pudiese volver a ser juzgado contra los mismos cargos. Y entonces sí sería un problema para todos.

CAPÍTULO 14

El lado bueno

Luke llevaba tres horas sentado frente a una página en blanco. Y ya no podía más. La espalda y el cuello completamente engarrotados. Los dedos de las manos arqueados. Dolor. De fondo, Hanna recorriendo la casa arriba y abajo. Histérica. Preparando maletas. Dana martirizándolos a todos con el violín. Y Dylan retrotrayéndose de nuevo en ese rincón de acritud y silencio en el que tan a gusto se encontraba.

Tenía la impresión de que Conrad Jones lo perseguiría toda la vida. Pasase lo que pasase, encontraría el modo de volver. Estaría ahí siempre para recordarle quién era quién y quién era mejor. Justo cuando pensaba que ya se había librado de él para siempre, le había dado por regresar como quien dice de entre los muertos. Con la única intención de volverlo a fastidiar todo.

Luke nunca dudó de que sus ideas eran mejores, su dominio y conocimiento del lenguaje mucho mayor que el de Conrad, él escribía literatura, no la porquería con la que Conrad llenaba páginas y páginas de absoluta nada. Farsa literaria. Engaño. Escritura basura. Y sin embargo, todos los elogios eran para él. Todo el mérito y todo el reconocimiento. Y, cómo no, todo el maldito dinero.

Su relación ya estaba prácticamente rota cuando le presentó a

Hanna. Aquello sí que fue una auténtica ironía de la vida. Una broma macabra. Él la había conocido mientras ella hacía prácticas como periodista becaria en la universidad en la que él trabajaba impartiendo clases, cómo no, de literatura clásica. Se enamoró prácticamente en el acto. Amor verdadero. Cuando ella le dijo que andaba buscando un escritor sobre el que hacer una monografía como trabajo a incluir en su tesis final, Luke no pudo evitar decirle, para ganarse su simpatía, que era amigo de Conrad Jones y que tal vez podría hablar con él y pedirle ese favor. Los ojos de Hanna brillaron con luz propia.

Conrad estaba sumido en una profunda depresión y aceptó hablar con Hanna porque Luke fue un día a verlo a la cabaña y la llevó a ella con él. Tras ese primer «traicionero» encuentro, aceptó, sorprendentemente, concederle una entrevista para que preguntase todo lo que quisiese.

Apenas unos meses después, Conrad y Hanna se casaron y, en la luna de miel, concibieron a Dylan. Conrad recuperó la sonrisa, empezó a escribir otra vez y tenía junto a él a la mujer por la que Luke suspiraba y suspiró en silencio hasta que por fin la consiguió. Pero ahora, con la vuelta de Conrad, todo parecía estar torciéndose otra vez.

Después de sentir cómo se le empezaban a dormir el culo y las piernas decidió dar por terminada la improductiva sesión de escritura. Cero palabras. Lo que más le fastidiaba de Hanna y, cómo no, de sus hijos, es que en el fondo eran igual que todos los demás. No le tenían ningún respeto como escritor simplemente porque, no solo le habían

publicado apenas dos obras, sino que además estaban dirigidas a un público tan selecto y reducido que apenas habían tenido trascendencia en el mundo literario. Podría decirse que prácticamente ya ni existían. Era difícil sentirse escritor viviendo a la sombra de un «gran escritor», era difícil sentirse escritor si no escribía y, sobre todo, si no publicaba. A veces pensaba que si alguien entrase en aquella casa y preguntase si conocían a algún escritor, todos responderían, «sí, conocemos a Conrad Jones». No le cabía la menor duda de que en aquella casa pensaban de él que era un fracasado de tal calibre que se empeñaba en escribir solo para sobreponerse a la figura de Conrad, como una especie de competición entre machos. No se daban cuenta o no querían darse cuenta de que él ya escribía probablemente desde mucho antes de que lo hiciese Conrad, pero vivir a la sombra de esa figura, era precisamente lo que lo atenazaba, lo que más le bloqueaba.

Estaba al límite. Y ahora Hanna quería mudarse por miedo a que Conrad se presentase allí en mitad de la noche lleno de las peores intenciones.

—¿Todavía sigues ahí? ¿Pero se puede saber qué demonios llevas haciendo toda la mañana? —dijo Hanna abriendo mucho los ojos al ver a Luke cara a la pantalla en blanco del ordenador—. En serio, Luke, no puedo, eh, yo sola no puedo con esto si tú no me ayudas—. El pelo alborotado. Una gota de sudor resbalaba por el principio de su pecho. Sofoco.

—Lo siento, Hanna, estaba... bueno, trataba de continuar trabajando en el proyecto del que te hablé, ¿lo recuerdas? La novela

sobre… ya sabes…

—Por dios, Luke, sí, lo recuerdo, ¿pero te parece ahora un buen momento? ¿Crees que es buena idea ponerse a escribir una novela justo ahora? Me parece que estás siendo un poco egoísta con todo esto, creía que estábamos juntos pasase lo que pasase —Los ojos de Hanna se llenaron rápidamente de lágrimas y los sollozos no tardaron en asomar por su garganta. Se tapó la cara con las dos manos y rompió a llorar en un estallido de desconsuelo. Todo su cuerpo empezó a temblar. Más gotas de sudor resbalaban hacia abajo por su pecho quedándose atrapadas en el algodón del sujetador.

—Perdón, Hanna, lo siento muchísimo, no llores, por favor. Tienes razón, he sido un poco egoísta —Luke la estrechó contra su pecho y le dio dos suaves besos en la frente mientras miraba al infinito y pensaba en la situación. Su situación. Pedir perdón siempre fue su primera elección. Dar consuelo, su mejor baza. Como estaba haciendo justo en ese preciso instante.

—No, perdóname tú a mí por hablarte así, no debería hablarte así, Luke, estoy pagando todo esto contigo y no es justo, ¿me perdonas? —Hanna alzó la vista y miró a Luke con los ojos redondos. Mojados. Una sonrisa triste. Cautivadora y dulce.

—Claro que te perdono, Hanna, y ni se te ocurra poner en duda si estamos o no juntos en esto. Lo estamos. Por supuesto que sí, para siempre, pase lo que pase. Te amo desde el primer día en que te vi y así será para siempre. Te lo prometo.

Hanna estalló en un llanto aun mayor al escuchar las bellas palabras de Luke y se acurrucó entre sus brazos, liberando toda esa

tensión que había ido aumentando desde que le habían dado la noticia de que Conrad había despertado. Aunque no alcanzó su punto culmen hasta esa misma mañana, cuando el inspector Christopher Ran la llamó para decirle que la primera vista con el juez había ido bastante mal. Conrad Jones iba a ser puesto en libertad bajo fianza en las próximas horas bajo el compromiso obligatorio de llevar puesta una pulsera de control telemático hasta el día del juicio. El juez no estimó que las pruebas aportadas por la fiscalía fuesen de suficiente peso como para ordenar la prisión cautelar. Kurt Elston había basado la defensa de su cliente en dos grandes y poderosos argumentos; uno, no había ninguna prueba material que vinculara a Conrad con los asesinatos de los cuatro niños, que eran los cargos contra los que se le acusaba. Las pruebas que en su día se obtuvieron de su casa habían ardido en un incendio provocado accidentalmente por el inspector asignado al caso. Y dos, no había ningún testigo presencial conocido que pudiese afirmar haber visto a Conrad cometer esos asesinatos. Por tanto, afirmó con rotundidad que su cliente había sido injustamente incriminado y que, como consecuencia, había recibido un disparo en la cabeza que lo había llevado a permanecer siete años en coma y a perder once años de recuerdos. Según las palabras de Kurt, lo único que pintaba Conrad en todo aquello era haber sido objeto de un gran engaño por alguien que, según él, permanecía oculto en algún lugar, quién sabe si, cometiendo crímenes tan terribles como los ocurridos en Concord siete años antes.

Kurt no solo consiguió salir del juzgado con Conrad Jones en libertad provisional, sino que informó que presentaría cargos contra el

cuerpo de policía y en especial contra Christopher Ran, que fue quien disparó a su cliente. Tentativa de asesinato con un arma de fuego. Un disparo en la cabeza por un profesional de las armas no es lo que se dice una casualidad. Fueron sus palabras.

Aquellas fueron unas muy malas noticias para Concord. Puertas y ventanas cerradas. Miedo en las calles. Las farolas encendidas toda la noche. Toque de queda familiar. Y sobre todo, no acercarse ni por asomo a las inmediaciones del lago Walden, lugar al que iba a volver Conrad por decisión propia.

—Es que todavía no entiendo cómo han podido soltarlo. No entiendo cómo el juez ha podido hacer algo así. Se supone que no tenía coartada para los días en los que lo niños desaparecieron y que habían encontrado un montón de muestras de ADN en su cabaña, además de ese horrible saco lleno de zapatillas entre sus manos, las zapatillas de esos pobres niños. No lo entiendo, Luke, no sé por qué este mundo es tan injusto. Tan injusto como absurdo.

—Hanna, escúchame, lo importante ahora es que estemos juntos y permanezcamos unidos, los cuatro. Te prometo que todo se arreglará y que Conrad volverá a donde debe estar, que es en prisión. Pero no debemos permitir que nos vuelva a hacer daño. Mi opinión es que es ahora cuando más fuertes debemos mostrarnos y no dejar que nos arruine la vida. Es ahora cuando debemos dar un paso adelante y no mostrar ni miedo ni cobardía. Es nuestra vida, y no tenemos por qué escondernos ni de Conrad ni de nadie —Luke miraba a Hanna a los ojos. Una mano sobre cada uno de sus hombros. Trataba de transmitir

entereza, confianza. Pero a Hanna no le gustó demasiado ver por dónde iban las intenciones de Luke.

—¿Qué has querido decir con eso? ¿Que hacemos mal en marcharnos a Vermont?

—Lo que he querido decir es que es Conrad quien debería esconderse, no nosotros.

—Me pregunto qué dirías si fuesen tus hijos quienes estuviesen en peligro y no los míos.

—Hanna, eso es muy injusto, sabes que quiero a Dana y a Dylan como si fuesen mis propios hijos, además, ¿acaso les has preguntado a ellos qué opinan de todo esto? ¿Qué opinan de marcharse así de repente? Conrad va a estar localizado permanentemente con la pulsera de control telemático, por el amor de Dios, Hanna, no le va a hacer daño a nadie.

—¿Qué? No puedo creerlo, no puedo creer lo que estoy oyendo. Y ahora resulta que también conoces a mis propios hijos mejor que yo, ¿no? Pues para tu información, Dana y Dylan son solo dos niños que todavía no tienen la madurez suficiente para entender este tipo de decisiones, no son conscientes de la situación. ¿Acaso no has visto cómo están? ¿No has visto a Dylan encerrándose otra vez en sí mismo? ¿Y a Dana? ¿No vuelve a ser otra vez esa chica débil y frágil que era?

—¿Y yo? ¿Acaso me has preguntado qué quiero yo? ¿Te has preguntado siquiera lo que supone esto para mí a nivel laboral y personal? —Luke no solía levantar la voz. Pero a veces lo hacía. El

dique de contención en el interior del cual vivía, a veces cedía un poco. Sobre todo los días que subía un poco la marea. Como lo había hecho esa mañana.

Tras esa última frase se produjo un angustioso y molesto silencio. No solían discutir, pero cuando lo hacían la situación era terrible. La sensación, horrible.

—Yo no te he pedido que vengas, Luke, si no quieres venir puedes quedarte aquí sin ningún problema.

—Hanna...

—No. Si no quieres venir, no vengas, Luke, pero te aseguro que no vas a impedir que ponga a salvo mi vida y la de mis hijos.

Hanna salió del estudio y se fue directa a su cuarto. Se había terminado la conversación. Echó el pestillo y Luke supo que a partir de ese momento tenía al menos media hora de incomunicación y tenso silencio asegurado, que era el tiempo que solía pasar hasta que Hanna salía de nuevo de la habitación medianamente recompuesta a nivel emocional. Con las ideas algo más claras, para bien o para mal.

Cuando Hanna se metió bajo la cascada de la ducha soltó un grito de tensión acumulada como hacía tiempo que no soltaba, después rompió a llorar de pura rabia y, poco a poco, con el calor del agua caliente, fue tranquilizándose hasta que pudo volver a pensar con claridad.

Odiaba discutir con Luke, pero no se lo ponía fácil. Parecía que vivía en su mundo y que solo tuviese en la cabeza escribir un *bestseller*

al estilo de Conrad. Eso era lo que más furiosa la ponía. Él no tenía que demostrarle nada a nadie, él era como era y así era perfecto, pero algo en su interior, tal vez una venenosa y oscura ambición, lo llevaban a decir cosas y a tomar decisiones que no eran propias de él. Sobre todo por la gran decepción que le producían a nivel personal. Pensaba que Luke estaba por encima del éxito y todas esas cosas, pero a veces tenía serias dudas.

Desde luego que se irían a Vermont a la casa de su hermana. Con o sin Luke. Conrad era muy astuto y lo de la amnesia y lo de ir de víctima podría formar parte de su plan. Nadie conocía mejor que ella cómo trabajaba su retorcido cerebro. Muchos años compartiendo cama y pensamientos. Muchas horas de conversación, páginas leídas y vueltas de tuerca en la forma de comportarse de su ex marido. No le cabía la menor duda de que poco a poco se iría acercando de algún modo a las personas de su alrededor, y cuando se hubiese ganado de nuevo su confianza, volvería a sembrar el terror de la forma más inesperada y cruel posible. Tal vez empezando por ella y por sus hijos. Sobre todo por ella.

Sabía perfectamente cómo trabajaba la mente de su ex marido y cómo manipulaba las situaciones. Y lo que era peor, conocía su «método de escritura», y eso no hacía si no llevarla a pensar todavía más en que aquello no formaba parte más que de los preparativos de otra de sus novelas. Quién sabe si la más terrorífica de todas. Nunca había hablado con nadie de esa intuición, de ese pálpito que tantas veces tuvo, pero tal vez había llegado el momento de llamar a

Christopher Ran y contárselo todo. Empezando por el principio, por la primera vez que sospechó que algo no funcionaba demasiado bien en el cerebro de Conrad.

CAPÍTULO 15

Volver a empezar

La relación entre los dos inspectores al cargo seguía siendo igual que el primer día. Distante y fría. Recelo. Escasa comunicación. Muy poco esfuerzo por parte de ambos.

Bill Lowell, el Catedrático, tenía de su lado a Rine y a Hills, sus ayudantes, y eso hacía que el equipo estuviese en un claro desnivel de uno a tres. Christopher podía sentir cómo las frases y los comentarios de sus teóricos compañeros de equipo no dejaban de insinuar de una forma u otra que toda la culpa de la situación en la que se encontraban con el caso del «Hombre del Saco» era enteramente suya. Quemar accidentalmente parte del archivo de la comisaría era algo que lo perseguiría toda la vida, por mucho que él se empeñase en decir que fue un accidente del cual no recordaba demasiado. Solo el humo. Las sirenas de los coches de bombero. El fuego. La desorientación. Pero la cruda realidad es que hay ciertos accidentes que, se quiera o no, cargan con una culpa al responsable del mismo de la cual es difícil de desprenderse durante el resto de su vida, por mucho que solo haya sido un accidente.

Los resultados de las muestras obtenidas en la cabaña de Conrad no podían haber sido más desalentadores. Cero coincidencias con el ADN de una de las cuatro víctimas con las que las habían cotejado.

Demasiados años tarde y muchas «visitas» juveniles ensuciando la escena del crimen. De las otras tres víctimas, en dos de ellas los padres ya no vivían en Concord, y la tercera familia no conservaba ninguna muestra de ADN de su difunto hijo que pudiese servir, habían dado sus propias muestras por si podían establecer algún patrón de coincidencia por grado de parentesco, pero tampoco eso había dado resultados hasta el momento. De todas formas, la policía todavía estaba tratando de localizar a las dos familias que se habían marchado de Concord. Eso hacía que se tuviesen vagas esperanzas de que hubiese algo más de suerte en ellas cuando las encontraran.

—Lo malo fue no conservar muestras de ADN de las víctimas en el banco de muestras nacional, tal vez con eso hubiese sido suficiente, al menos para que no le hubiesen dado la condicional a Conrad. Hay que hablar seriamente con Grayson para que a partir de ahora incluyan en el banco no solo las muestras de los detenidos, sino también las de las víctimas, esto no puede volver a ocurrir. No sé cómo no se le había ocurrido antes a nadie que los casos, a veces, se reabren —dijo Bill tratando de quitarle algo de la culpa de todo a Christopher, que asintió taciturno. Con los días, esa sensación de haber cometido un grave error volviendo al cargo de inspector, no había hecho otra cosa que ir en aumento. Se sentía cada vez más cansado. Su «radio», esa intuición suya que lo hacía especial, no estaba ya tan seguro de que volviese a funcionar correctamente. Y lo que era peor, recordar todo ese sufrimiento de las víctimas y de las familias le estaba haciendo mucho más daño del esperado, cuya consecuencia directa estaba siendo que ese tiempo mínimo entre cerveza y cerveza establecido por

él mismo se hubiese vuelto a recortar. Christopher no se tenía por un alcohólico. Entre otras cosas porque distanciaba muy bien las dosis y no llegaba nunca a presentar síntomas de ebriedad. Su problema real era que cada vez pasaba más tiempo pensando y tratando de controlar esa distancia entre toma y toma, era como si necesitase «tomarse un respiro» cada vez con más frecuencia. Al menos así se veía él así mismo.

—Rine, Hills y yo hemos estado hablando y pensamos que, mientras se terminan de localizar las dos familias de las víctimas número tres y cuatro que ya no viven en Concord para el cotejo de su ADN, deberíamos tomarle de nuevo declaración a todos, y por todos me refiero a la señora Flanagan, a sus dos hijos, a ese tal Luke Klein que ahora vive con ellos, y también a todos los vecinos cercanos, por no hablar de las familias de las víctimas. Todo ello sin contar que entretanto no surja algún testigo que no dijera nada en su día y ahora le haya dado por recordar algo, cosas más raras se han visto —Bill le dejó ver a Christopher que ya habían trazado un plan de acción sin consultárselo a él, pero al menos le estaba informando de su existencia. Era un principio.

—Me parece bien, aunque si no os importa yo añadiría algo más —dijo Christopher cogiendo un poco de aire.

—¿El qué?

—Tal vez no estaría de más apretarle un poco las tuercas a Conrad, ya sabes, presionarlo un poco a ver si forzando su cerebro empieza a recordar y podemos arrancarle una confesión, o si no una confesión al menos aflojarle un poco la lengua, aturdirlo. Es posible

que ahora que no recuerda nada sea cuando más vulnerable esté, si de pronto empieza a recordar y se ve con campo abierto y con un buen margen de maniobra, tal vez trate de revertir su situación de algún modo. O tal vez de huir. No hace falta que os diga que es alguien muy inteligente a quien nunca habría que subestimar.

—Ya veo por dónde vas. Me parece bien, aunque habrá que ir con cuidado porque su abogado podría utilizar cualquier tipo de presión o coacción en nuestra contra y jorobarlo todo antes de tiempo. Hay que tener en cuenta que con las confesiones de todos los policías que analizaron las pruebas y la tuya, que fuiste quien lo vio huir con el saco y que incluso te llegó a disparar, debería ser más que suficiente para ser declarado culpable. Así que, no podemos arriesgarnos a perder lo que tenemos. Mucho tacto con el escritor y con el Cuervo porque podrían estarán esperando precisamente a que cometamos un error de este tipo. Ya hemos visto que lo primero que hizo fue pedir un contraanálisis de todas las pruebas, a sabiendas de que dichas pruebas ya no existían. Volver a la cabaña del bosque podría ser algo así como un cebo, uno de esos cepos que no los ves hasta que te han mordido bien fuerte en la pierna.

Christopher asintió con algo más de optimismo y se quedó mirando el paquete de cigarrillos que acababa de sacar Bill. Lo había dejado, pero en ese momento algo en su interior le dijo que no iba a ser nada fácil conseguir mantenerse limpio si pasaba demasiado tiempo al lado del Catedrático y, también, en el cargo de inspector. Algunos aspectos de la vida parecían estar como ligados, emparejados por un extraño lazo invisible, en su caso, fumar e investigar crímenes

era uno de ellos. A eso había que añadirle que su mayor virtud y también su mayor defecto era que le bastaban unos pocos minutos para contaminarse con lo que tenía al lado, ya fuera bueno o malo. Transferencia emocional. Exceso de empatía. Imitación por pura simpatía. Si Bill continuaba fumando a buen ritmo, es posible que él también acabase cayendo en la red de humo.

—¿Quieres? —preguntó Bill de nuevo al ver cómo Christopher suplicaba con los ojos. Prácticamente babeaba.

—No, gracias. Ya son dos años sin fumar y me gustaría que esa cifra fuese en aumento.

—Ya...

—Deberías plantearte dejarlo tú también, es malo.

—Ya...

—Bill.

—Qué.

—Tú no tienes dudas de que fue él, ¿verdad?

Bill le dio una buena calada al cigarro y tiró el humo despacio. Se tomó su tiempo. Incluso se dijo a sí mismo antes de responder que el día que dejara de fumar, tal vez también dejaría de pensar con la misma lucidez con la que lo hacía. El tabaco estaba unido a su cuerpo y a su cabeza desde que tenía uso de razón. Dejarlo sería como perder parte de su identidad, es posible que también el lubricante con el que operaban sus contaminadas neuronas. Ya lo dejó una vez, pero volvió porque necesitaba ese plus para afrontar lo que se le venía encima, lo que él mismo había pasado a llamar «la recta final». Aquel sería su

último caso, eso estaba más que decidido.

—Sí, pienso que fue él, todo apuntaba en su día a que fue él. Las muestras que encontrasteis en su coche y en su cabaña, esas salidas vespertinas y nocturnas sin que nadie supiese a dónde iba y el hecho de que tratase de huir con el saco y que incluso fuese él quien abrió fuego primero, denotan algo bastante más que una injusta incriminación, tal y como ha dicho su abogado, si es que era eso en lo que estabas pensando.

Christopher asintió arrugando la frente. Volvió a mirar el paquete de tabaco. Mal asunto. Ardor en el pecho.

—Eh, Christopher, si te sirve de consuelo, yo habría hecho lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Yo también le hubiese disparado, esa hubiese sido mi reacción ante esa misma situación.

Christopher miró al Catedrático con otros ojos. No era tan malo como pensaba. Además, si lo llamaban el Catedrático sería por algo, algo bueno, quizás.

—Gracias, Bill.

—No me las des, es la verdad.

—¿Te parece si voy yo a ver a Conrad?

Bill levantó un poco los ojos mientras remataba el cigarro. Su piel apenas tenía color. Tonos grises. Los ojos rodeados por un aro violáceo. Niveles bajos de hemoglobina.

—Pensé que preferirías ir a ver a la señora Flanagan.

—¿Por?

—Pensé que tú y ella teníais una buena relación.

—Nada de eso. Tan solo nos conocemos desde hace mucho. Estudiamos juntos en el instituto de Concord y nos hemos visto crecer. Algo de cariño hay, pero nada más.

—Ya...

Christopher miró a Bill y no supo descifrar qué estaría pensando exactamente, aunque sí cuál era la esencia de sus palabras. Había insinuado que él y Hanna tenía algo así como una extraña relación más estrecha de lo normal, más de lo habitual en el ámbito profesional, y la realidad era que esa era la principal razón por la que Christopher pensó que se sentiría más liberado hablando con Conrad que con su ex mujer. Después de todo, no tenía mal ojo clínico el Catedrático. Había dado en el clavo.

Mientras lo veía marchar, Bill Lowell se sintió mal por no decirle a Christopher lo que pensaba realmente del trabajo que hicieron en dos mil once. Era cierto que pensaba que Conrad Jones era el autor material de los hechos y también eso de que él hubiese hecho lo mismo. Disparar. Pero no le dijo lo chapucero que le parecía todo el trabajo posterior que se había hecho. Era cierto que los crímenes se acabaron cuando abatieron al escritor y que el caso fue cerrado por el propio jefe de policía, pero a él le gustaba dejar las cosas completamente cerradas y no dar por sentado nada. Seguir la secuencia que se trazaba hasta el final. Y eso incluía investigar unas

cuantas cosas relacionadas con las declaraciones de Hanna Flanagan, algo que haría él mismo en cuanto la citase para declarar.

CAPÍTULO 16

Un nuevo recuerdo

A pesar de que Kurt Elston hubiese conseguido sin ningún problema la condicional con la obligación de llevar la pulsera de control telemático de forma permanente hasta la celebración del juicio, Conrad salió de esa primera vista bastante afectado a nivel emocional. Nivel afectivo, como dirían los psicólogos, bajo mínimos. Cuando la fiscalía leyó y defendió los cargos contra los que se le acusaba, todo su cuerpo se estremeció de arriba abajo como nunca antes lo había hecho. Una terrible ansiedad se apoderó de todo su ser y tuvo que pedir ir al baño hasta en un par de ocasiones para vomitar. No solo no se veía capaz bajo ninguna circunstancia de haber hecho algo así, algo tan atroz, sino que el simple hecho de imaginar que alguien hubiese podido cometer esos terribles crímenes hizo que todo su mundo se viniese abajo. Ni en sus peores pesadillas o situaciones que creaba para sus novelas se había atrevido nunca a imaginar algo así.

En total fueron cuatro las víctimas de dos mil once. Los cuatro niños de siete años. Se dijo que antes de morir asfixiados con una bolsa de plástico cubriendo sus cabezas, estuvieron presos al menos un día. Atados de pies y manos. Descalzos. Amordazados. Sin agua ni comida. Y se dijo también que el lugar en el que permanecieron hasta que fueron asesinados y expuestos en diferentes lugares para que fueran encontrados, fue el sótano de la cabaña de Conrad Jones. Así lo

demostraron en su día los restos orgánicos que encontraron.

Cabaña a la que acababa de regresar no solo porque no tenía otro sitio al que ir, sino porque fue decisión suya quedarse allí hasta la celebración del juicio para tratar de lavar su imagen o, al menos, evitar que se dijese que estaba huyendo.

—La opción más inteligente es que te quedes en un hotel a nombre de alguien que, obviamente, no seas tú. Yo puedo dejarte el dinero que sea necesario, créeme, me lo devolverás con intereses cuando todo esto pase —Kurt sudaba a mares tras la intensa vista judicial—. Podrías quedarte en mi casa, lo sabes de sobra, pero sería poco profesional, ¿qué dirían si abogado y cliente compartiesen techo? Dirían que es poco profesional. Demasiados intereses de por medio, y cuando hablamos de justicia solo interesan los intereses profesionales, los demás se quedan en casa —Kurt se aflojó un punto el cinturón del pantalón. Su cara de desinfló un poco inmediatamente—. La tercera y última opción, y, por cierto, la menos recomendable de todas, es que te quedes en la cabaña. Es un auténtico suicidio, no sería de extrañar que los lugareños de Concord te sorprendieran en mitad de la noche con antorchas en las manos y sangre en la mirada. Puede que a lo mejor empleen otros métodos más elegantes, como dejarte animales muertos en la puerta, romperte los cristales o darte cualquier otro susto de ese estilo, para presionarte un poco, más que nada. Bueno, ¿por cuál de ellas te decides?

El Cuervo resopló y se llevó las manos a la cabeza. La piel de los dedos se le había empezado a inflar. En su cuello se habían empezado a formar esas pequeñas pelotas de sudor y grasa corporal solidificada.

—Estás loco, loco de remate. Ya te he dicho que quedarte en la cabaña es la peor de las tres opciones con diferencia, pero, en fin, si piensas que eso puede valer para ir limpiando un poco tu imagen pública de cara al juicio, adelante. Pero te advierto que vas a tener problemas. Grandes problemas.

Antes de llegar a la cabaña, Conrad le pidió a su abogado que lo llevase de compras a un Wall Mart. Necesitaba llenar un poco la despensa y necesitaba, sobre todo, comprar lo necesario para limpiar bien ese lugar. Por fuera y por dentro.

Lo primero que hizo fue arrancar con la ayuda de una palanca todos los tablones de madera con los que habían tapiado las puertas y las ventanas. Apiló la madera en la parte de atrás y pensó que pronto podría serle de utilidad para la chimenea. El otoño ya asomaba por el horizonte y con él llegarían las bajas temperaturas. Los brazos se le adormecían. La fatiga muscular era evidente. Atrofia. A continuación, se dedicó a limpiar bien con disolvente todas las pintadas del exterior de la cabaña. Al principio le costó siquiera acercarse a ellas. Solo el mirarlas le provocaba nauseas.

«Aquí vive el hombre del saco».

«Asesino de niños».

«Púdrete en el infierno».

«Si has perdido tus zapatillas, es que ya estás muerto».

Y luego estaba lo de la muerte de sus padres y de su hermana. A pesar de haber tenido lugar hacía ya dieciocho años, todavía no se

había hecho a la idea de que ya no estaban. El dolor era muy vivo. De todas formas, sentía que, de algún modo, su cuerpo y su cerebro reconocían ese dolor, esa herida, a pesar de que su consciencia todavía no se había hecho del todo a la sensación.

Trató de llevar su mente hacia esa idea que se le ocurrió en el hospital para escribir su nueva novela, si pensaban que estaba muerto como escritor, estaban muy equivocados. Una idea, a su modo de ver, fantástica. Aunque para ello tendría que emplearse a fondo, más de lo que lo había hecho nunca. O al menos más de lo que recordaba haberlo hecho nunca. Meterse bien dentro de esa idea y bucear en busca de algo grande, algo realmente impactante.

Ese pensamiento hizo que, de nuevo, fuese atravesado completamente por una de esas sacudidas eléctricas que tensan toda tu espalda. El pensamiento relacionado con su «método de escritura».

Recordó las palabras que había tenido con la doctora Jaycee Trawick y se dijo que, en aquellos momentos se encontraba de lleno con la cabeza metida en ese oscuro pensamiento en busca de una buena historia, un buen vehículo para ese poderoso sentimiento que estaba a punto de canalizar, de echar a andar. Y ese sentimiento no era otro que uno de los más oscuros y poderosos: la venganza. Lo que le habían hecho no tenía nombre. No solo le habían robado siete años de vida, también había perdido once más de recuerdos, y eso sin contar que no acabase entre rejas de por vida. Si eso no era un buen motivo para ansiar vengarse, ¿qué lo era?

Tras haber borrado medianamente las pintadas de la parte delantera de la casa, se detuvo a contemplar el aspecto que tenía la

cabaña desde un ángulo con algo más de visión panorámica, y de pronto sintió como si acabase de ser ensartado por un fuerte arponazo justo en la zona por la que había recibido la bala. El lóbulo temporal. Un viejo recuerdo atravesó su cerebro de parte a parte y lo dejó momentáneamente paralizado. Dolor craneal. Los párpados cerrando sus ojos con fuerza. Apretando los dientes. Pitidos en los oídos.

Por suerte, ese insoportable dolor inicial empezó a menguar bastante rápido y dejó paso a un dolor difuso en el lateral de su cabeza, como un dolor de muelas, pero un poco más arriba. Poco a poco empezó a ver con mayor claridad ese viejo (nuevo) recuerdo que acababa de asediarlo con fuerza y se fue directo al interior de la cabaña. Era extraño, todo parecía estar más o menos como en ese recuerdo, pero a la vez era diferente, se preguntó de qué año sería el recuerdo y si lo que acababa de ver todavía seguiría en el mismo sitio. Un cuadro en el que un marinero se enfrentaba a una ola de varios metros una noche de tormenta, reinaba en el centro de una las paredes. Dicho cuadro le resultó muy familiar, pero no recordaba ni su origen ni quién lo había pintado, en la esquina inferior derecha solo había dos iniciales: R.E. No recordaba a nadie cuyo nombre empezara con esas letras.

Se acercó hasta la chimenea y se centró en lo que había visto en ese extraño recuerdo que lo había invadido de forma tan violenta, introdujo una mano en cada uno de los bordes laterales del frontal de piedra y empezó a palpar el suelo con los dedos, los cuales se encontraron con una especie de resortes de acero, uno en cada extremo. Tiró de ambos a la vez y se escuchó un clic. Su corazón

empezó a palpitar con fuerza. Dolor en las sienes. La boca seca. Experimentar de nuevo un viejo recuerdo que había tenido totalmente bloqueado hasta ese momento fue una sensación muy extraña, era como si alguien hubiese puesto ese recuerdo en su cabeza de forma externa y él acabase de encontrárselo en mitad del valle de su memoria y estuviese reconociendo algo raro en él, como si fuese postizo. Algo que lo hacía diferente. Y sobre todo peligroso.

Dudó un instante en si hacer o no lo que estaba a punto de hacer, pero finalmente lo hizo. Introdujo la cabeza y la parte superior del tronco en el interior de la chimenea, apartó unos cuantos troncos medio quemados hacia un lado y buscó con la yema de los dedos una pequeña ranura entre los restos de carbón y ceniza.

Bingo.

Clavó sus uñas en una pequeña hendidura que se había abierto a ambos lados del suelo de la chimenea y tiró hacia arriba de lo que parecía una especie de plancha de acero.

Sus ojos se abrieron de par en par al ver que, no solo acababa de levantar el suelo de la chimenea, sino que bajo ella había una caja, una exactamente igual a la que había visto en ese nuevo recuerdo.

Una caja negra metálica de unos treinta por cuarenta centímetros aproximadamente, un tamaño algo superior al de una caja de zapatos. No se observaban ni cerraduras de seguridad ni de ningún otro tipo, tan solo dos pestillos metálicos, uno a cada lado. Contuvo la respiración durante un instante y sin pensárselo más, los abrió.

De forma totalmente inconsciente, se sorprendió a sí mismo con

los ojos cerrados, como si no quisiese ver lo que hubiese dentro. Los abrió despacio y ante él apareció algo a simple vista inofensivo, pero muy inquietante. Eran las primeras páginas de un manuscrito. «Lo daría todo». Esas eran las tres únicas palabras que había escritas en la primera página. Nada más. ¿Era la primera parte de la novela que estaba escribiendo justo antes del «suceso»? Al sacar esas no más de veinte o treinta páginas, vio que debajo había dos buenos fajos de billetes. Una buena cantidad que a simple vista fijó en unos diez mil dólares aproximadamente. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Es que tenía pensado huir? No se tenía a sí mismo por alguien a quien le gusta guardar esas cantidades de dinero en casa.

Se sentó en el sofá de ese pequeño salón y con la emoción y los nervios de alguien a quien se le va a revelar el día exacto de su muerte, pasó la primera página y sus ojos se fueron directos a la primera línea escrita.

«*Tras los gritos y las risas de la fiesta, la casa quedó sumida en un tenso silencio. Un silencio repleto de esos extraños ruidos que trae la noche. Grifos mal cerrados. El agua corriendo por las cañerías. La cabina del ascensor. Un frenazo en la calle. Y los tacones de Eleanor, su vecina de arriba. Siempre con tacones y casi siempre a la misma hora y en el mismo lugar. La vida nocturna de Eleanor era todo un enigma.*

Había sido una velada agradable, pero a Hellen cada vez se le hacían más cuesta arriba ese tipo de eventos. Muchas horas en la cocina. Muchas horas limpiando, tanto antes como después del evento. Falsas sonrisas y agotamiento acumulado. Sus dos hijos alborotados, excitados, y su marido,

de nuevo de guardia y ella sola en casa. Como solía decirse a sí misma cada vez con más frecuencia, «todo para mí». Obviamente refiriéndose a todo el trabajo sucio, a todas las obligaciones y a todas las decisiones importantes y vitales. Todo lo arduo para ella.

Empezó a darle vueltas a todas las facetas de su vida en general, sobre todo a aquellas que le ocasionaban dolores de cabeza. El huraño comportamiento de su hijo, la fragilidad emocional de su hija, las continuas discusiones con su marido y, sobre todo, esa molesta ansiedad que cada día parecía estar presionándole en el pecho un poco más. Como un corsé bien apretado. Sentía como si tuviese sentado un hipopótamo encima de su pecho y no la dejase moverse ni para respirar. Insoportable presión. Como si todo y todos a su alrededor dependieran de ella misma y ella ya no pudiera dar más de sí. Con esa sensación se iba casi todos los días a la cama.

De pronto, un nuevo ruido se sumó a esa batería de sonidos nocturnos. Unos pasos acercándose. No sabría decir exactamente si en el piso de arriba, en el de al lado, o en el rellano cercano a su puerta. El tintineo de unas llaves. Ruido a metal. Plástico. Forcejeo y un casi inaudible chirrido a bisagras. Una puerta acababa de abrirse y vuelto a cerrar muy lentamente.

Le pareció una estupidez, pero su corazón empezó golpear con fuerza.

¿Era la puerta de su casa la que se había abierto?

Qué estupidez.

Eso era imposible, habría hecho un ruido más fuerte.

¿Quién iba a querer entrar en su casa a esas horas?

Evidentemente su marido no debía ser porque solía hacer bastante más

ruido y llegar bastante más tarde, quizá al día siguiente, o al otro.

Pero de pronto escuchó cómo crujía el suelo de madera del pasillo. Algo suave. Tal vez una imaginación suya. O el suelo que cede por el calor. Pensó en levantarse de la cama. Salir de su habitación y comprobar que todo estaba en orden, que solo eran paranoias suyas. ¿No era eso lo que su marido no se cansaba de repetirle a diario? ¿Que era una paranoica? Pues a lo mejor no iba desencaminado.

Pero de nuevo volvió a escuchar otro ruido. Crujido. Y luego un frágil y lejano movimiento de bisagras. Otra puerta abriéndose muy lentamente.

¿La puerta de la habitación de sus hijos?

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué no se levantaba y acababa con toda esa tormentosa incertidumbre?

Eso era una estupidez. No podía entrar nadie a su casa a esas horas de la noche. Eso era improbable.

Aunque también era cierto que...

¿Y si fuese ese asesino de niños que andaba suelto por la ciudad?»

Conrad dejó de leer el manuscrito al escuchar el motor de un coche acercándose por el único camino transitable que daba acceso a la cabaña.

No daba crédito a lo que acababa de leer. Aquello no podía ser cierto. Se parecía demasiado a los asesinatos de los cuales lo acusaban, al menos la última frase que había leído. Con la piel de gallina y el corazón prácticamente en el cuello, volvió a guardar las páginas de ese manuscrito donde las había encontrado y se apresuró a dejarlo

todo más o menos igual que estaba.

Se incorporó y en cuanto salió a la puerta, vio cómo el inspector Christopher Ran salía de su viejo Dodge.

—Buenos días, Conrad.

La respiración y las pulsaciones de Conrad todavía estaban demasiado descontroladas para aparentar normalidad, sangre fría, pero tenía que conseguir tranquilizarse o el inspector sospecharía algo.

—Buenos días, Inspector, ¿qué le trae de nuevo por aquí? ¿Se ha perdido? Antes de que lo pregunte, el acceso público al lago está un poco más allá, siguiendo todo recto por el camino que ha venido lo encontrará.

—Ja. Qué gracioso.

—Mucho.

—¿Le importaría si hablásemos un momento?

—Por supuesto que no, inspector, ¿sobre qué? ¿Economía? Según he oído la crisis no cesa y el país va a entrar en recesión, ¿es correcto?

Christopher torció un poco la boca y se fijó no solo en lo forzados que veía los comentarios de Conrad, sino en la urgencia de sus palabras, su extraño nerviosismo al hablar y, también, sus manos llenas de ceniza.

—¿Le importa si entramos? Me gustaría que hablásemos mejor sentados, ya sabe, de vez en cuando necesito darle un respiro a mi maltrecha espalda.

Los ojos de Conrad se retrajeron ligeramente. Dejarlo entrar en

casa no entraba en sus planes. Puede que con las prisas se hubiese dejado algo mal colocado en la chimenea. Pero si quería lavar su imagen tenía que empezar por no ser descortés con los agentes de la ley.

—Por supuesto que no, inspector, está usted en su casa —dijo Conrad con una amplia sonrisa mientras lo invitaba a pasar.

Christopher hizo un rápido repaso visual a la planta inferior de la cabaña. Quería ver si había algo nuevo o distinto desde el día anterior. Después pensó en las manos de ceniza que Conrad trataba de limpiarse de forma desinteresada en el fregadero y sus ojos se fueron directamente a la chimenea. Raro. ¿Había metido Conrad las manos allí dentro? ¿Y por qué razón haría algo así? Tal vez solo estuviese limpiándola, igual que el resto de la casa, pero era extraño que estando el resto como estaba hubiese empezado la operación limpieza precisamente por la chimenea.

—Usted dirá —dijo Conrad sentándose en uno de los sofás del salón e invitando al inspector Ran a hacer lo mismo—. Y por favor, no hace falta que me hable de usted, me hace parecer mayor.

Christopher volvió a torcer un poco la boca mientras asentía con la cabeza ladeada.

—Lo cierto es que no hay mucho que decir, Conrad, ya sabes cómo están las cosas, de lo que se te acusa y lo que pasará a partir de ahora.

—Pues ya sabe más que yo, ¿qué va a pasar a partir de ahora?

Christopher lo miró con seriedad. Que le siguiera el juego no quería decir que le hiciese ni pizca de gracia.

—Tú lo sabes igual que yo. La gente está muy nerviosa en el pueblo, todo el mundo está convencido de que tú eres el responsable de los crímenes contra los que se te acusa, y te puedo asegurar por experiencia que cuando la gente tiene miedo y además está nerviosa, a veces hacen cosas... digamos que no demasiado amistosas, a veces incluso un poco violentas.

—Antes de nada, inspector, me gustaría recordarle que ha sido un juez quien me ha concedido la libertad provisional, precisamente porque no ha considerado que hubiese pruebas de peso contra mí como para ordenar la prisión cautelar. Todo ello por no hablar de que no estaríamos discutiendo sobre este asunto si alguien no me hubiese disparado en la cabeza y se hubiese podido celebrar el juicio cuando se debía, o, también, si alguien no hubiese quemado accidentalmente el archivo donde estaban guardadas esas presuntas pruebas contra mi persona. Me parece, inspector, que son demasiadas coincidencias en contra mía y todas ellas destinadas a que yo resulte culpable, pero a la vez sin permitir que pueda defenderme, tratando incluso de alterar el curso normal del juicio, me atrevería a decir. ¿No se ha parado a pensar que es posible que haya sido víctima de un terrible caso de incriminación? No quiero pensar mal, pero a lo mejor es posible que sea esa misma persona que me disparó y que quemó accidentalmente las pruebas quien está detrás de todo esto...

Christopher dejó a Conrad terminar su discurso. Su nervioso parloteo y sus divagaciones mentales. Esa atrevida insinuación contra

él le pareció osadía pura. Pero ni iba a reírle las gracias ni permitir que el escritor le hiciese perder los nervios. Seguirle el juego un poco, tal vez sí.

—¿Y qué te hace pensar que esa persona de la que hablas no lo volverá a intentar? Ya sabes, lo de hacerte parecer culpable o conseguir que no llegue a celebrarse el juicio.

Conrad sonrió algo más relajado. Lo estaba llevando a su terreno.

—Bueno, al menos, si eso sucede en mi propiedad, el circuito cerrado de cámaras de videovigilancia que acabo de instalar en todo el perímetro de la cabaña logrará grabar al culpable de todo el asunto y mi abogado velará porque se haga justicia, en el caso de que yo no pueda abrir más la boca.

Al inspector no le hizo demasiada gracia lo de las cámaras. Entre otras cosas porque se le había pasado completamente por alto que Conrad hubiese pensado en algo así. Tampoco le hizo la menor gracia no haber localizado ninguna de esas cámaras. Ese era uno de sus puntos fuertes. Localizar esas pequeñas cosas que pasaban desapercibidas por el resto. O lo de las cámaras solo era un farol, o definitivamente estaba mucho más desentrenado de lo que imaginaba.

—Cambiando de tema, me gustaría saber si has recordado algo nuevo desde ayer, en realidad esa es la razón por la que he venido.

—¿Algo nuevo? ¿Como qué?

Christopher echó una ojeada rápida y desinteresada al resto de la casa esperando ver algún tipo de reacción en Conrad. Que no tardó en llegar cuando los ojos de Christopher pasaron por la zona de la

chimenea.

—Ya sabes, algún recuerdo de todos esos años anteriores al disparo. Tengo entendido que todavía no recuerdas ni a tu ex mujer ni a tus hijos ni que tampoco os habéis puesto en contacto, ¿no te intriga saber quiénes son y por qué no han venido a verte?

Esta vez fue Conrad quien endureció el rostro. Golpe bajo. Por supuesto que le intrigaba y que deseaba «conocerlos», pero Kurt Elston había sido muy claro con él. Tratar de ponerse en contacto con una familia que no lo quería ver podía ser contraproducente en ese momento.

—No. De momento ningún recuerdo nuevo. Tampoco he visto a mi familia. Y sí, me intriga conocerlos.

Christopher asintió en silencio. Se sacó una pequeña libreta del bolsillo interior de su chaqueta y repasó unas cuantas notas mientras estaba atento a las nerviosas respiraciones de Conrad. No solo era su respiración, sino ese algo que transmiten las personas que están inquietas. Algo así como malas vibraciones. Su intuición estaba empezando a desperezarse. El escritor estaba nervioso por algún motivo.

—Una cosa más, ese extraño escritorio que tienes arriba y, también, esa mesa y esa silla que guardas abajo en el sótano, ¿las utilizabas realmente para escribir o son solo objetos de decoración?

Conrad sonrió al escuchar lo del escritorio de arriba, pero esa sonrisa se esfumó con rapidez al escuchar lo de la mesa de abajo. No recordaba haber puesto ninguna mesa ni ninguna silla allí abajo.

—Le preguntaré algo, inspector Ran, ¿cuál fue el último libro que leyó? Y no me refiero a los libros que leyó por obligación cuando iba al colegio, me refiero a unos de esos libros que uno lee por propia voluntad. Ya sabe, una novela, un ensayo...

Christopher sonrió tímidamente. No dejaba de sorprenderle ese descaro de Conrad para tratarlo como a un inepto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Lo pregunto porque si alguna vez ha leído un libro de verdad y ha sentido esa sensación de estar viviendo y sintiendo lo mismo que sus personajes, debe saber que cuando eso sucede es por algo que ha hecho el autor de esa historia, algo así como un sacrificio, ¿entiende?

—¿Un sacrificio? ¿De qué tipo? —La antena de la vieja radio de Christopher se tensó de golpe. Conrad sonrió de nuevo viendo los desorbitados ojos del inspector.

—No se alarme, inspector, hablaba en sentido figurado. Escribir una novela no es fácil. Darle forma a una buena historia supone crear un montón de vidas y hacer que se enfrenten y convivan unas con otras, y para que eso suceda, como digo, el escritor debe conseguir un nivel de evasión y de concentración diferente. No digo que todo el mundo utilice el mismo método para conseguir el mismo efecto, pero, en definitiva, debe conseguir modificar su entorno para que su mente vuele lejos del lugar de donde está. Debe abstraerse. Debe meterse en la cabeza y en el cuerpo de cada uno de sus personajes. A ese tipo de sacrificio me refería. Dejar de ser uno mismo durante un tiempo para ser alguien que, como puede imaginar, no siempre es alguien agradable.

—¿Y esa es la razón de ese extraño escritorio empotrado?

—Exactamente esa es la razón. Cuantos menos estímulos reciban tus sentidos, más libre se encuentra tu mente para ir al lugar al que debe ir. A mi particularmente, el sentido que más me distrae y me aparta de la historia es la vista. Odio los espacios abiertos. De ahí el escritorio empotrado. Mi cerebro necesita estar contenido para no perderse en aquello que nos rodea. El ruido y los olores también son una importante fuente de distracción. Sobre todo, cuando provienen de diferentes fuentes, si el ruido o el sonido son constantes e imperturbables, puedo soportarlos. En definitiva, el único sentido que debe estar activo es el de aquí arriba —dijo Conrad señalando su cabeza—. A veces, inspector, uno ha de meter la cabeza bien adentro de la historia para sacar algo verdadero, algo auténtico, ¿entiende lo que le digo? Meter la cabeza, bucear a una buena profundidad y salir a flote con un buen tesoro. Pero todo esto seguro que le resulta más sencillo de entender si se anima a leer algún libro alguna vez, créame, no le hará ningún daño, tal vez incluso puede que le guste. Pruebe con uno de los míos, se lo regalo.

Christopher sonrió viendo cómo Conrad trataba de reírse en su propia cara tratándolo de idiota. Tras esa última intervención, volvió a guardar su libreta y se levantó.

—¿Ya se marcha, inspector?

—Sí, lamentablemente tengo que marcharme, aunque no creo que tarde demasiado en volver. Ya sabe, por el tema de los vecinos y el miedo y todo eso que le conté hace un rato sobre los sustos y las visitas nocturnas y anónimas que es posible que reciba. Además, tengo

una entrevista pendiente con la actual pareja de su ex mujer y no quiero llegar tarde a la cita con el señor Luke Klein, creo recordar que ustedes dos se conocían, ¿verdad?

La cara de Conrad perdió todo el color al escuchar lo de Luke. Eso sí que no se lo esperaba. No supo qué responder a aquello. ¿Qué significaba lo que acababa de escuchar? ¿Su ex mejor amigo y su ex mujer estaban juntos ahora? ¿Y por qué su maldito abogado no le había dicho ni media palabra al respecto?

—Vaya, por tu expresión parece que no sabías nada, aunque espero que la noticia no te haya importunado demasiado, después de todo estamos hablando de tu ex mujer y de tu ex amigo, ¿por qué tendría que importarle a alguien algo así? —Esta vez fue Christopher quien sonrió y disfrutó viendo la expresión de rabia en la cara de Conrad. Aquello le había dolido más de lo que esperaba—. Hasta luego, Conrad, que pases una buena tarde.

—Hasta luego, inspector, cierre la puerta al salir, por favor.

En cuanto escuchó cómo el inspector encendía el motor del Dodge y abandonaba el perímetro de su propiedad, de su garganta emergió un desgarrador grito con una rabia tan grande y tan intensa como jamás pensó que su cuerpo podría llegar a generar.

No solo había encontrado ese misterioso manuscrito con un extraño parecido a los crímenes de los que se le acusaba, sino que ahora acababa de descubrir que su ex mejor amigo estaba con su ex mujer. Desde luego, no solo tenía motivos para estar enfadado, sino

también muy preocupado.

Un insano y casi nauseabundo pensamiento se instaló justo en el centro de su cerebro, ¿hasta dónde había sido capaz de llevar su particular método de escritura durante todos esos años que tenía en blanco? ¿Tal vez era esa la razón por la que su cerebro se negaba a recordar más cosas? ¿Para no enfrentarse a la horrible verdad?

Solo el imaginarse que se le hubiese podido ir de las manos su exclusivo método y que sí fuese culpable de todo, hizo que tuviese que salir corriendo de nuevo al baño y soltar una buena vomitona, la tercera de ese día.

Y de pronto le vino a la mente otro recuerdo, esta vez uno viejo, uno de su infancia que tenía totalmente olvidado.

Esas extrañas sesiones a las que lo llevaba su padre cuando era pequeño. Todo ese rollo de no salirse del jardín y *bla bla bla, bla bla bla, bla bla bla*.

Pues al final puede que sí se hubiese salido un poco del jardín.

CAPÍTULO 17

Terrores nocturnos

No fue el ruido de bisagras moviéndose unas con otras lo que despertó a Dana en mitad de la noche, fue otra cosa. Fue el sentir esa presencia que casi tenía olvidada. Esa presencia nocturna que a veces iba a verla. Se quedaba en algún lugar de su habitación fuera del alcance de su vista. A veces incluso fuera de su habitación, justo al otro lado de la puerta, o en la calle, como una sombra ganándole terreno a la oscuridad y esperando su momento para poder entrar. Ella no podía verla porque todo estaba oscuro y no hubiese podido distinguir bien nada, además no se atrevía a abrir los ojos. Los cerraba con todas sus fuerzas y se daba la vuelta hacia el otro lado de la cama. Y así aguantaba hasta que el sueño la vencía o los primeros rayos del amanecer irrumpían a través de las cortinas y sentía que la amenaza se había ido.

Siempre sintió que de algún modo, a veces, la «observaban». Su madre llamaba aquello «terrores nocturnos». Ella también pasó a llamar aquello del mismo modo. Después de todo, los terrores nocturnos eran bastante comunes en los niños.

Pero ahora ya no era tan niña. Tenía catorce años y la presencia había vuelto con fuerza. Escuchó cómo se acercaba. Sigilosa. Pudo sentir el calor que emitía su cuerpo. Pudo sentirla más cerca que

nunca. Ella se dio la vuelta y empezó a contar hasta cien una y otra vez. Y así hasta el amanecer.

Ahora, tantos años después, ya no lo veía con los mismos ojos, esos terrores nocturnos no le parecían algo inofensivo propio de los miedos y la imaginación de una niña, todo lo contrario. La presencia había vuelto, y la sentía más real y amenazante que nunca, aunque de momento eludiría decirle nada a su madre. Bastante tenía ella con mantener el orden familiar, con mantenerlos a todos unidos y ser el alma de esa familia, como ella siempre decía.

CAPÍTULO 18

El método de escritura

—Dígame, señora Flanagan, ¿cuándo empezó usted a sospechar que había algo malo en el interior de su ex marido Conrad Jones? —Bill Lowell había citado a Hanna Flanagan para tomarle declaración en la comisaría de Concord. Nada de visitas domiciliarias como hacía su compañero Christopher Ran. Profesionalidad. Grabadora sobre la mesa y en un lugar oficial. Nada de sofás y «¿le preparo una taza de café, inspector?». No. Nada de eso. El Catedrático se ceñía al protocolo y a la lista de preguntas que quería hacerle a la ex mujer. A su secuencia.

Hanna tenía los ojos humedecidos. Sujetaba un pañuelo de papel arrugado con una mano. Camiseta de algodón holgada. Bill pensó que la señora Flanagan estaba extrañamente atractiva para estar pasando por lo que estaba pasando. Sus prendas habían sido delicadamente escogidas. Su piel, excepcionalmente tersa y lisa. Por todo ello pensó que, tanto sus llantos como aquello que parecía desear transmitir, no eran cien por cien acordes con lo que le transmitía su imagen. *Falta de concordancia número #uno*. Anotó en su cuaderno.

—Fue al principio, al poco de que empezáramos a salir en serio —Hanna hizo una pausa para coger aire. Negaba con la cabeza. El pañuelo acaba de extender aún más el rímel bajo sus párpados.

—Continúe, por favor —Bill sacó el paquete de tabaco y le dio dos

golpecitos en el borde superior para hacer que saliera un cigarro—. ¿Le importa si fumo? No está permitido, pero a los veteranos como yo se nos consiente más, digamos que lo mío hace tiempo que dejó de ser un vicio, ya es más bien una necesidad. Y las necesidades tienen otro tratamiento en esta ciudad.

—No, adelante, fume.

—¿Quiere uno? —Bill le tendió el paquete al ver la expresión de Hanna: ella también anhelaba fumarse uno.

—Bien, pero solo uno, ya casi lo había dejado definitivamente, pero con todo esto...

Hanna se encendió el cigarro y le dio una calada con ganas. Soltó una nube de humo que envolvió parcialmente el rostro del Catedrático.

—Decía algo relacionado con el momento en el que usted empezó a salir con Conrad —dijo Bill tratando de reconducir la declaración. Tenía que huir de las familiaridades.

—Sí, cuando yo conocí a Conrad él estaba sumido en una profunda depresión. Sus padres y su hermana acababan de morir en un terrible accidente de tráfico y a él ya no le importaba nada ni nadie, ni tan siquiera la escritura —Hanna realizó una nueva pausa que aprovechó para gimotear tímidamente y darse un poco de aire con la mano—. Recuerdo que en aquella época yo le ayudé mucho, nos caímos bien casi desde el principio. Entre él y yo surgió un *feeling* muy potente, usted ya me entiende. Él me ayudó mucho con mi tesis sobre la literatura de finales del siglo veinte y yo lo ayudé a él a recuperar

un poco su vida, la alegría y las ganas por vivir. Digamos que formábamos un buen equipo. Un equipo tan bueno que solo unos meses después Conrad me pidió matrimonio y yo dije que sí.

—¿Estaba usted enamorada de Conrad cuando se casó, señora Flanagan?

Hanna frunció el ceño.

—¿A qué ha venido esa pregunta, inspector? Por supuesto que estaba enamorada de Conrad, de lo contrario le puedo asegurar que de ningún modo me habría casado con él. ¿A qué ha venido esa pregunta, inspector? —repitió Hanna con enfado.

—No ha venido a nada, señora Flanagan, era solo una pregunta —Bill apagó el cigarro y la miró desde su veteranía—. Dígame, ¿cuándo fue la primera vez que vio algo raro en Conrad? —Bill volvió a la pregunta inicial.

—Fue al poco de volver de la luna de miel, acabábamos de conocer la noticia de que yo estaba embarazada de mi hijo Dylan. Estábamos muy felices, Conrad en particular, estaba pletórico. Ya había dado muestras de estar recuperando de nuevo su hábito de escribir, pero no fue hasta que me hicieron la primera ecografía cuando empezó en serio la escritura de una nueva novela, la que más tarde se conocería como «Vendaval».

Bill asentía ante el espectáculo de gestos de Hanna. Desprendía un aroma a lavanda muy sugerente. A ropa limpia. Parecía sentirse a gusto, a pesar de estar recordando algo triste. *Falta de concordancia número #dos*. Anotó apenas sin mirar el cuaderno.

—Antes de continuar, quisiera estar segura de que cualquier cosa que yo rebele aquí será confidencial.

—Por supuesto que sí, ¿puedo saber a qué viene ese especial interés? —Bill arqueó sus canosas cejas.

—El interés se debe a que aunque ya no soy la mujer de Conrad, juré que no revelaría ningún detalle acerca de su método de escritura, que es de lo que voy a hablarle a continuación. Juré no hablar de nada concerniente ni a sus ideas, manuscritos, relatos, y cómo no, referente a su método de escritura.

—Señora Flanagan, puedo asegurarle que todo cuanto usted diga en mi presencia será confidencial siempre y cuando no revele ningún crimen, en cuyo caso tendría que informar al fiscal y al juez, ¿es ese el caso?

—No. Al menos no que yo sepa.

—Pues adelante, no tiene nada que temer.

Hanna se mordió el labio. Sudor en el pecho. Miró de nuevo el paquete de tabaco. Los labios redondeados. Un suspiro cálido.

—Yo la verdad es que no tenía ni idea de cómo se escribía una novela, quiero decir, sí sé cómo se escribía, desde luego, pero no había convivido nunca con un escritor ni visto en primera persona el proceso de creación entero. Al principio, cuando Conrad empezó de nuevo a escribir en serio, y por escribir en serio me refiero a estar horas y horas encerrado dándole a las teclas, empecé a notar un pequeño cambio en su comportamiento. Se empezó a mostrar como más distante, más callado y reservado, ya sabe. Ausente.

—¿Diría que vuestra comunicación como pareja se resintió?

—Sí, eso fue exactamente lo que sucedió. Pasamos de compartirlo todo a prácticamente decirnos lo justo. Conrad se pasaba las mañanas enteras encerrado en su estudio, paraba para comer y por las tardes...

—¿Qué hacía por las tardes?

—Por las tardes empezó a salir.

—¿Qué quiere decir con salir?

—Eso. Salía de casa y no volvía hasta tarde, a veces hasta altas horas de la noche.

—¿Y a dónde iba su por entonces marido en esas salidas?

—Lo cierto es que yo no tenía ni idea, no me lo decía, simplemente salía de casa y decía «luego vuelvo».

—¿Y nunca le preguntó?

—Claro que le pregunté, pero él simplemente contestaba que salía para tomar un poco el aire, coger ideas y llenarse un poco de vida. Eso decía. Hasta que un día decidí seguirle para ver qué significaba eso de coger ideas y por qué llegaba tan tarde a casa —Hanna hizo una pausa mirando al infinito. Negaba con la cabeza. Después volvió a mirar el paquete de tabaco.

—¿Le apetece otro cigarrillo?

—Sí, por favor.

Bill sacó dos cigarrillos. Le encendió a Hanna el suyo y después se encendió él otro. Hanna apoyó sus manos sobre las de Bill cuando él le puso el cigarro en los labios. Las manos de Hanna no solo eran muy suaves, sino que se posaban sobre la piel con naturalidad. Sabían

tocar.

—Continúe, por favor. ¿Qué fue lo que vio cuando decidió seguir a Conrad?

—Vi que... la primera vez seguía a... unas jovencitas —Hanna entrecerró los ojos mientras aspiraba aire de tabaco con fuerza—. Las seguía al salir de clase y después hasta un parque cercano. Las veía entrar en un bar y él esperaba fuera. Era como si...

—¿Las estuviese observando?

—Sí, algo así, las observaba en la distancia y las seguía allá donde fuesen.

Hanna volvió a mirar al infinito.

—¿Le contó algo de esto a su marido?

—No. Al principio no. Yo había pasado ya las veinte semanas de embarazo y no me apetecía nada tener una discusión, así que decidí callármelo y ver si había algo más en aquello o tan solo era una forma de coger ideas, como él decía...

—Pero me temo que sí había algo más, ¿verdad?

—Exacto. Lo había. Lo empecé a seguir más a menudo y no solo espiaba a esas jovencitas de las que le he hablado. También seguía los pasos de un par de parejas, de un chico solitario que solía ir a la biblioteca cada tarde y... no sé, supongo que de algunas personas más, no lo recuerdo muy bien, ha pasado mucho tiempo, pero el caso es que la cosa no se quedó ahí... por lo visto no solo se limitaba a seguirlos, eso solo debía ser la primera parte de su retorcido plan, un plan cuya segunda fase incluía la interacción...

—¿Interacción, dice? ¿Quiere decir que Conrad interactuaba con las personas a las que seguía?

—Más o menos. Tropezaba con ellas, se acercaba cada vez más, incluso... lo vi fingiendo que se había caído o que le había dado un mareo en más de una ocasión para que una de esas personas le prestase su ayuda. Él hacía como que se caía o se mareaba para suscitar compasión y así conseguir que la persona o personas que él quería se acercasen más a él y le diesen conversación. Por lo visto en eso consistía su método, observar a la gente en su día a día y también sus reacciones ante un determinado estímulo.

—Y dígame, Hanna, ¿por qué le preocupaba tanto todo esto que me está contando? Hasta donde yo sé, lo que me ha dicho que hacía Conrad, no deja de ser extraño, pero tampoco lo veo como una conducta peligrosa.

—¿No lo ve, verdad? Claro que no, porque aún no se lo he contado todo. Ya le he dicho que observar a esas personas era la primera fase e interactuar con ellas la segunda, pero todavía no le he hablado de la tercera fase.

—Adelante, por favor.

—La tercera fase era la más retorcida de todas, la que realmente me asustó y propició que Conrad y yo tuviésemos nuestra primera discusión seria. Tras esas dos primeras fases en las que él ya se había formado una idea aproximada de qué hábitos tenían esas personas, cuál era su estilo de vida y cómo reaccionaban ante situaciones más o menos cotidianas, llegaba la fase en la que, o bien las atemorizada, o bien… propiciaba que les pasase algo.

Bill cogió aire y se recostó un poco sobre la silla. Todo aquello no le estaría pareciendo tan extraño si Hanna no estuviese poniendo tanto empeño en mostrar temor o pesar al recordarlo. Hasta donde le había contado, cosas mucho más extrañas había visto en su carrera como policía y como inspector.

—Dígame, ¿cómo las atemorizaba o qué tipo de cosas propiciaba?

—Las atemorizaba de diferentes maneras. Una vez vi cómo aceleraba su coche en dirección a dos personas que iban a cruzar un paso de peatones para después frenar de golpe o pasar junto a ellas casi rozándolas, ver aquello fue algo verdaderamente espeluznante, como puede imaginar. También se vestía a veces con ropa oscura, peluca y grandes gafas y seguía a gente de manera sospechosa, incluso alguna vez lo vi diciéndole algo a jovencitas y a parejas que no alcancé nunca a oír, pero por sus expresiones no debía ser nada agradable. Y en cuanto a lo de propiciar que pasasen cosas… no sé, tiraba un poco de aceite justo en la salida del portal de una casa para que alguien resbalase, también lo vi empujando a una persona para que tropezara encima de otra, dándole al pulsador de parada de emergencia de las escaleras metálicas o también poniendo uno de esos finos hilos de pescar en mitad de una calle para que alguien tropezase. Cosas así, nada grave aparentemente, pero de muy mal gusto y bastante retorcido, como puede observar.

—¿Y cuándo pensó usted que había llegado el momento de hablar con su marido sobre todo eso? Porque por lo que veo, usted estuvo bastante tiempo siguiéndolo antes de decidir que aquello no solo era raro sino que también estaba empezando a ser peligroso, ¿cierto?

—Bueno, sí, más o menos. Estaría… qué sé yo, alrededor de un mes y medio o dos viendo qué hacía, aunque tampoco es que lo siguiese todos los días, no se vaya usted a pensar, solo a veces. El caso es que a mí cada vez me angustiaba más esta situación y no sabía de qué manera planteárselo a Conrad sin llegar a resultar demasiado violento, hasta que un día, me entraron unas contracciones abdominales muy fuertes y terminé yendo al hospital para que me visitaran en urgencias. Yo estaría ya de unos ocho meses. Gracias a Dios no fue nada, tan solo una falsa alarma, pero cuando estaba en el hospital y vi entrar a Conrad por la puerta pensé que aquello había sido algo así como un aviso, en esa ocasión pude ir yo sola al hospital, pero ¿y la próxima vez? ¿Qué pasaría si Conrad estaba ilocalizable o incluso detenido tras haber sido sorprendido en alguna de esas actividades suyas? Pensé que aquel era el momento ideal, además, el hospital era terreno neutral y me sentí más fuerte, más arropada, no sé si me entiende.

Antes de responder, Bill anotó de nuevo algo en su cuaderno. *Falta de concordancia número #tres*. La señora Flanagan dice que apenas lo seguía y sin embargo da la impresión de que no hacía otra cosa.

—La entiendo, señora Flanagan, ¿y cómo se lo tomó Conrad? ¿Qué dijo cuando supo que usted había estado siguiéndolo durante varios meses?

—No se lo tomó bien, como puede imaginar, nada bien. Al principio trató de negarlo, pero cuando le di detalles lo admitió. Y se enfadó. Dijo que yo no tenía ningún derecho a seguirlo, que había

traicionado la confianza de la pareja y que aquello solo formaba parte de su trabajo, nada más. Finalmente, cuando vio lo asustada que yo estaba, el avanzado estado de mi embarazo y las lágrimas que brotaban de mis ojos, pareció entrar en razón. Me pidió disculpas por no habérmelo dicho y por haber reaccionado así. Me aseguró que nunca en la vida le había hecho daño a nadie y que jamás sería capaz de hacer algo semejante. Aquello formaba parte de su método de escritura, nada más.

—¿Y usted le creyó?

Hanna asintió entornando un poco los ojos.

—Sí, le creí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era mi marido, pronto tendríamos un hijo y ante nosotros se proyectaba una vida maravillosa. Decidí confiar en él y en nosotros como pareja, como familia.

Hanna se abanicó de nuevo con su mano derecha, inclinó con sutileza su tronco hacia delante y la holgada camiseta de algodón dejó ver el principio de su sujetador. Una sugerente prenda de lencería fina que no pasó desapercibida para el Catedrático.

—¿Y qué pasó después de aquello? Me refiero a, ¿volvió a seguir a su marido? ¿Seguía saliendo por las tardes?

—Conrad me hizo jurarle que no podía contar nada de todo aquello, que eso formaba parte de su exclusivo método de escritura. Necesitaba observar la vida y el comportamiento humano para poder conocerlo mejor y escribir sobre ello con el mayor realismo y profundidad posible. Yo le prometí que jamás hablaría de aquello con

nadie, también le di mi palabra de que no volvería a seguirlo, y él a cambio me prometió que se había terminado eso de atemorizar a las personas o propiciar que les pasasen cosas, en cuanto a lo de salir, me temo que continuó haciéndolo. Por supuesto que sí, era su método de escritura.

Cuando Hanna terminó la frase, Bill pasó sus manos por el lagrimal de sus ojos y trató de centrarse un poco. Intuía por dónde iban las intenciones de Hanna, hasta dónde quería llegar, pero no acababa de entender por qué estaba dando semejante rodeo. Por otra parte, no pudo evitar pensar en que, al camionero Phil Stine le había pasado una de esas cosas de las que hablaba Hanna, una cosa muy mala que tal vez hubiese sido propiciada de algún modo por Conrad, la última persona que al parecer lo vio con vida. ¿Era eso posible? ¿Podía Conrad haber propiciado algo así? Esas dos preguntas las subrayó en su cuaderno.

—Dígame, señora Flanagan, ¿cumplió usted su palabra? ¿Volvió a seguir a su marido después de aquel día?

Hanna se quedó mirando un instante al infinito antes de responder.

—No. No volví a seguirlo.

—Pero piensa que su marido no cumplió exactamente con su palabra y sí continuó haciendo lo que le dijo que no haría, ¿cierto?

—Sí, así es.

—¿Cómo lo supo si no volvió a seguirlo?

—Una mujer sabe esas cosas. Al menos yo sabía interpretar qué le

pasaba a Conrad por la mente, cuándo estaba inquieto, cuándo le preocupaba algo, o cuándo llegaba a casa con sentimientos de culpabilidad. ¿Nunca ha oído eso de que cuando tu marido llega a casa con flores es porque se siente mal por algo que ha hecho? Pues en el caso de Conrad era cierto. Y yo lo notaba. Además, en más de una ocasión llegó a casa digamos que un poco magullado, ya sabe, un ojo morado, un labio partido, la ropa muy sucia. Yo imaginé que había sido sorprendido haciendo vete tú a saber qué y había acabado siendo golpeado por ello. Y luego estaban sus novelas...

—¿Qué ocurre con sus novelas?

—¿Ha leído alguna?

—No, la verdad es que no.

—Pues si se anima podrá comprobar por sí mismo el gran realismo y meticulosidad que contienen algunos de sus pasajes. Nadie escribe algo así sin haberlo visto o vivido en primera persona, créame, soy periodista, y he leído cientos de libros y de artículos en mi vida y le aseguro que nunca vi nada tan realista y espeluznante como la literatura de Conrad. ¿Recuerda aquella película de «Los crímenes del museo de cera» en la que las esculturas que se exponían tenían tanto éxito porque contenían a una persona real en su interior?

—Sí, esa sí la he visto.

—Pues para mí, las novelas de Conrad eran algo así. Determinados pasajes eran de un realismo tal que yo podía verlo, podía ver lo que se ocultaba tras todas esas palabras y escabrosos detalles. Obviamente, nada de aquello era ni remotamente

demostrable, jamás me hubiesen creído de haber siquiera intentado plantear dicha posibilidad. Además, en el fondo siempre quise pensar que quizá estaba exagerando demasiado, pasaba mucho tiempo sola con los niños y mi mente siempre ha ido a mil. Quise creer que Conrad nunca sería capaz de hacer nada parecido a lo que escribía en sus novelas, tan solo era alguien con una prodigiosa imaginación y una buena mano para meterte en la historia, nada más. Hasta que al final pasó lo que usted ya sabe y ahí fue cuando realmente descubrí que… en fin, ya conoce el final de la historia. Ahí fue cuando descubrí que Conrad se había vuelto completamente loco y que solo Dios sabría qué otras cosas más pudo haber hecho con anterioridad.

Bill asintió en silencio y volvió a anotar algo en su cuaderno. *Falta de concordancia número #cuatro.* La señora Flanagan sospecha durante años que tras las novelas de su marido se esconden unos terribles crímenes y jamás trata de investigarlo ni de denunciarlo, siendo doctora en periodismo tal vez podría haber hecho algo más. Tampoco habló en dos mil once de que ya llevaba tantos años sospechando, por tanto, nadie investigó tales hechos.

A Hanna le empezó a picar la curiosidad sobre qué era exactamente lo que estaba anotando el inspector. Más que sentir curiosidad, en realidad le empezó a molestar ligeramente. Se empezó a sentir inquieta.

—¿Puedo saber qué anota en esa libreta, inspector Lowell?

Bill levantó un poco el cuello de la mesa y miró a Hanna con la parte de arriba de sus ojos.

—Cosas mías. A mi edad la memoria ya empieza a fallar y no sabe

cuánto odio olvidar esas pequeñas cosas que antes las tenía bien presentes en mi cabeza —Bill trató de mostrar una sonrisa paternal. Su memoria…

—¿Qué tipo de cosas?

—¿Cómo dice?

—Que qué tipo de cosas escribe que no quiere olvidar.

—Cosas mías, Hanna, usted no se preocupe por eso.

Hanna asintió mordiéndose un poco el labio inferior. Miró hacia abajo y aprovechó para tirar un poco de la holgada camiseta dejando entrever de nuevo el principio de esa lencería fina.

—¿Trabajaba usted por aquel entonces, Hanna?

—¿Por aquel entonces? ¿Cuándo?

—Cuando conoció a Conrad, cuando se quedó embarazada, a esa temporada de su vida me refiero.

—¿Por qué me pregunta eso, inspector? Se suponía que era de Conrad de quien quería hablar. Y le puedo asegurar que todavía hay mucho que contar.

—No se preocupe, Hanna, solo intento conocer todos los detalles del caso, toda la historia, yo no estaba por aquel entonces aquí y para mí todo esto es nuevo. Para conocer bien a Conrad necesito conocer bien a las personas que tenía a su alrededor, ¿entiende?

—Pues no. No entiendo. Y no sé por qué no me ha entrevistado Christopher, él sí estaba en aquel entonces y él sí conoce todos estos detalles por los que usted quiere que yo vuelva a pasar.

—Christopher se está encargando de otro tipo de trámites, somos

un equipo y de lo que se trata es de hacer lo mejor para el equipo, en este caso, lo mejor era que yo estuviese aquí y Christopher en otra parte. No se lo tome a mal, Hanna, son solo preguntas sin importancia, no olvide que todo esto lo hacemos para poder reunir todas las pruebas necesarias para archivar este caso lo antes posible, ¿recuerda?

Hanna se cruzó de brazos y resopló con malestar. Miró hacia otra parte y después volvió a mirar a Bill.

—Pues como se puede imaginar, estando embarazada de más de seis meses, tuve que dejar el periódico local para el que había empezado a trabajar tras terminar mi tesis. No me encontraba bien, tenía nauseas constantemente y las piernas muy hinchadas. Todo el día de aquí para allá en busca de una noticia, no era un trabajo ligero que digamos. Además, Conrad siempre insistió en que no hacía falta, él ganaba dinero de sobra y no quería que yo pasase por ningún apuro ni molestia física. Disculpe, inspector, ¿falta mucho? Mi hija Dana debe de estar a punto de salir de su clase de violín y prometí ir a recogerla.

—Un par de preguntas más y podemos dejarlo por hoy, Hanna.

—Usted dirá.

—¿Alguna vez se mostró Conrad violento o le hizo daño a usted o a sus hijos?

A Hanna le extrañó el cambio de registro en las preguntas. Esperó un par de segundos antes de responder. Sus facciones se tensaron como la cuerda de un arco.

—Pegarnos no, mostrarse violento o agredirnos verbalmente, sí,

sobre todo cuando empezó a beber...

Bill asintió y volvió a hacer uso del cuaderno.

—Con relación al día que usted encontró el cordón de zapatilla amarillo fosforescente en el coche de su marido, aquí tengo anotado que usted pinchó una rueda y fue cuando trató de cambiarla cuando lo descubrió en el lugar donde estaba guardaba la herramienta y la rueda de repuesto, fue más o menos así como sucedió, ¿cierto?

—Sí, exactamente así. Pinché una rueda y cuando fui a cambiarla encontré el cordón de la zapatilla.

Bill volvió a sacar esa sonrisa paternal mientras anotaba la *falta de concordancia número #cinco*. Había mandado comprobar las llamadas al seguro del coche de la señora Flanagan y durante los últimos veinte años, había llamado hasta en cuatro ocasiones para pedir que la ayudasen, precisamente, a cambiar una rueda pinchada. ¿Por qué ese día decidió cambiarla ella y no llamar al seguro como hacía siempre? Decidió no preguntarle eso de momento. Pensó que se sentiría violenta, y no era eso lo que le interesaba en ese momento.

—Según tengo entendido, desde que usted encontró dicho cordón hasta que descubrió que tal vez pertenecía a una de las víctimas del llamado «Hombre del Saco», pasaron alrededor de cuatro días, y no fue hasta que vio aquel reportaje en televisión cuando pensó que tal vez su marido podría ser el hombre al que estaba buscando la policía. ¿Podría decirme algo más? ¿Percibió alguna otra cosa más en su marido aparte de verlo tan atento a las noticias que daban por televisión referentes a ese caso?

—No, poco más. Mi marido apenas pasaba por casa y cuando lo hacía solía estar borracho o medio borracho. No vi nada más aparte de lo que dije en su día, yo estaba demasiado liada con las tareas del hogar y con el cuidado de mis hijos, no tenía tiempo ni de mirarme al espejo, cuanto ni menos para saber en qué invertía su tiempo mi marido. En aquella época, como puede imaginar, estábamos ya muy distanciados y la relación familiar muy deteriorada.

Bill le sostuvo un poco la mirada. Trató de sacar de nuevo esa sonrisa paternal pero no pudo. Vio cómo Hanna se empezaba a inquietar todavía más y anotó en su cuaderno la *falta de concordancia número #seis*. Tal como dijo en su día, se reafirmaba en que no tuvo tiempo de pensar en el cordón ni en seguir a su marido porque tenía mucho trabajo en casa y con el cuidado de sus hijos, sin embargo, Bill había comprobado recientemente que por aquel entonces tenía a una trabajadora todo el día en casa que se encargaba de limpiar, hacer la compra y cocinar, y sus hijos pasaban la mayor parte del día o en clase o en actividades extra escolares. Lo único que tenía que hacer por aquel entonces la señora Flanagan era, como quien dice, cuidar de sí misma.

—Una última pregunta, ¿tenían usted y el señor Luke Klein una relación cuando aún vivía con Conrad?

Hanna se quedó pálida. Esa fue su primera reacción al escuchar la pregunta que acababa de hacerle Bill. Pero rápidamente sus pómulos se tiñeron de rojo.

—Esa pregunta no solo me ha parecido de muy mal gusto, inspector, sino que la considero del todo inapropiada y muy ofensiva.

Por supuesto que no teníamos ninguna relación Luke y yo. Jamás le fui infiel a Conrad mientras estuvimos casados, si es eso lo que le preocupa. ¿Hemos terminado?

Bill asintió viendo cómo Hanna hacía ademán de levantarse de la silla. Prefería tenerla relajada y no enfadada.

—Sí, señora Flanagan, por hoy hemos terminado. Volveremos a llamarla en unos días.

—Pues espero que en la próxima ocasión sea Christopher quien se encuentre al otro lado de la mesa.

Antes de que Hanna abriese la puerta del despacho en el que se encontraban, Bill quiso decirle una última cosa.

—Señora Flanagan.

—Qué.

—En cuanto lo que me dijo al principio, lo de que tenía intención de marcharse a Vermont…

—¿Qué ocurre?

—Sería bueno que ahora mismo usted y su familia se quedasen por aquí cerca unos días, ya sabe, hasta que terminemos con las declaraciones. Cuanto antes acabemos con esto, antes podremos archivar el caso. Mejor tenerlos cerca que esperar a que ustedes vuelvan. Sus declaraciones son vitales para el caso.

Hanna se quedó mirándolo unos instantes, abrió la puerta y se marchó sin decir nada más.

Apenas unos segundos después, el Catedrático abrió su cuaderno

de notas y en una página nueva anotó en letras mayúsculas, «Investigar todo lo relacionado con el pasado de Hanna Flanagan, posibles antecedentes y círculos cercanos. Seis faltas de concordancia encontradas. Riesgo de que está mintiendo u ocultando algo de forma deliberada: muy alto».

Volvió a guardarse el cuaderno y se quedó pensando unos instantes en que había algo, no solo en el relato de Hanna, sino en todo lo relacionado con su figura, que no terminaba de agradarle demasiado. De hecho, no le agradaba nada. Tuvo la extraña sensación que estaba siendo objeto de una especie de farsa a gran escala, de mentira de las gordas.

Recordó la extraña historia del «método de escritura» y su inquietante parecido con las circunstancias que habían rodeado la muerte del camionero Phil Stine y sacó otra vez el cuaderno. En otra de las páginas, también en mayúsculas, anotó, «hacerse con una copia de todas las novelas publicadas por Conrad Jones y buscar una posible relación con crímenes que fuesen contemporáneos o cercanos a su publicación».

Todo aquello empezó a resultarle tan extraño que llegó a plantearse que quizá debiera también pegarle un vistazo al historial de su compañero Christopher Ran. No solía desconfiar de un compañero y menos de un inspector de la talla de Christopher, pero era obvio que entre él y Hanna había una relación que trascendía lo estrictamente profesional y en aquellos momentos todo lo relacionado con Hanna había pasado al plano de sospechoso.

CAPÍTULO 19

Estás prohibido

“Hellen no supo muy bien por qué lo hizo, pero mintió deliberadamente cuando a la mañana siguiente la policía le preguntó si había oído algo la noche anterior, algún ruido, algún grito, cualquier cosa fuera de lo normal. Les extrañaba que su hijo Cameron, de solo siete años, hubiese desaparecido de casa como por arte de magia sin que nadie hubiese oído ni visto nada. Aunque ya era el cuarto niño que desaparecía en el último mes, y lo más aterrador era que todavía no tenían nada.”

Conrad se había leído ya varias veces las treinta primeras páginas de ese manuscrito inacabado que encontró en el interior de la caja de seguridad que había bajo la chimenea. Y en cada una de sus lecturas encontraba más cosas que parecían estar relacionadas con los crímenes contra los que se le acusaba. Lo peor de todo era esa horrible amnesia que le impedía recordar por qué guardó ese manuscrito ahí y por qué escribiría algo así.

Ese día, además, la cabaña había amanecido con nuevas pintadas de la misma índole, tal y como había avecinado su abogado y también el inspector Christopher Ran. Una de ellas era una amenaza en toda regla que le puso los pelos de punta: «Márchate o te arrepentirás de haber vuelto, escritor. Este es el único aviso que tendrás». Pensó que ese era el tipo de cosas que se decían cuando alguien era el principal

sospechoso de los crímenes más horribles, *tampoco es que hayan sido muy originales*, se dijo con una sonrisa. Solo esperaba que aquello no fuese a más o al menos que, la próxima vez ya contase con su equipo de cámaras de vigilancia. Si volvía a ocurrir algo similar no dudaría ni un segundo en presentar denuncia contra los asaltantes. Por experiencia sabía que en cuanto le echasen el guante a uno, el resto se lo pensaría dos veces antes de cometer una estupidez similar.

Pasó gran parte del día terminando de lavarle la cara a la cabaña, incluida la nueva amenaza, y se estrujó la sesera de todas las maneras posibles en busca de algún nuevo recuerdo, sobre todo de alguno que le dijese algo sobre ese espeluznante manuscrito y sobre los horribles crímenes de los que había sido acusado, pero no encontró absolutamente nada.

Antes de caer rendido de puro agotamiento y tras haberlo meditado profundamente, decidió que había llegado el momento de olvidar las recomendaciones de Kurt de mantenerse al margen de todo. Tenía que empezar a recuperar el contacto con su pasado y, con un poco de suerte, tal vez así podría recuperar también algunos de esos recuerdos olvidados. Y lo haría a su manera, con su método. Él era alguien que salía a buscar, a encontrar, no esperaba a que le llegasen las cosas como por arte de magia. Él era quien propiciaba que pasasen cosas, esa era su magia.

Buscó el número de su agente literaria, Katherine Wolfe, y llamó a la espera de que ella pudiese resolverle algunas dudas relacionadas no solo con ese perturbador manuscrito, sino también con su evolución como escritor. Porque había algo en el estilo narrativo que no

terminaba de reconocer. Como cuando te miras durante largo tiempo en el espejo y te empiezan a entrar dudas de que ese que está frente a ti seas tú realmente.

Después de que dos infructuosas llamadas, a la tercera, Katherine se puso al teléfono.

—¿Conrad? ¿En serio eres tú?

—El mismo.

—Dios mío, Con, escuché lo de que habías despertado del coma... vaya historia, chico.

—Qué te voy a contar, una buena historia, sin lugar a dudas, una casi tan buena como la que tengo entre manos para mi próxima novela.

—¿Qué próxima novela? ¿De qué estás hablando? —La voz de Katherine se había agravado un poco, pero resultaba teniendo ese toque dulzón y tentador.

—¿Me tomas el pelo, Kathy? ¿Acaso crees que un simple disparo y unos años comiendo batidos por la nariz iban a ser suficientes para acabar conmigo? Tengo entre manos una idea que hará palidecer esos carnosos pómulos que tienes, créeme, tengo una de esas buenas historias rompedoras que tanto te gustan. Una historia de verdad, con vida propia.

—A ver cómo te lo explico, Con, porque me da la impresión de que los siete años en el colchón no solo te han dejado el cerebro medio frito, sino que también te han hecho olvidar unas cuantas cosas.

—No sé por dónde vas, Kathy, efectivamente los médicos me han

diagnosticado una amnesia retrógrada que han acabado con todos mis recuerdos desde el año dos mil. Espero que algún día vuelvan, pero de momento estoy completamente seco.

—Dios mío, Con, menuda faena.

—Sí, así es, aunque cosas peores pasan en esta vida.

—No me vienen muchas a la cabeza, pero supongo que debes tener razón.

—La tengo.

—No quiero parecer grosera, y sé que esto suena a largas, pero te aseguro que me esperan en una reunión, así que, ¿te parece si hablamos en otro momento?

—No, por supuesto, cuando puedas, Kathy, en realidad solo te llamaba para preguntarte unas cosas sobre mi evolución como escritor y sobre la última novela que estaba escribiendo antes de... ya sabes...

Se produjo un tenso silencio en el que solo se escuchó la sedosa respiración de Katherine Wolfe.

—Mira, Con, te acabo de decir que tengo una reunión y que eso no era ninguna excusa. Bien, sí era una excusa. Con los años una se vuelve más sincera y descarada y la pura verdad es que no me apetece hablar contigo ahora. No solo me despediste a patadas y me trataste de la peor manera poco antes de publicar tu última novela acusándome de cosas tan horribles como que era una aprovechada, que no tenía ni idea de nada y que sin ti no era nadie, sino que cuando me enteré de lo de esos crímenes... en fin. Qué te voy a decir, digamos que no es conveniente para mi carrera que me vean hablando

contigo. No sé qué te pasó ni por qué hiciste lo que hiciste, tal vez se te fue la cabeza del todo, yo qué sé qué es lo que le puede pasar a alguien por la mente para hacer algo así. Aunque si te soy sincera, se veía venir. Algo en mi interior me decía que tarde o temprano cometerías alguna locura o alguna estupidez de gran calibre, aunque nunca pensé que llegarías a este extremo.

Ahora fue la respiración de Conrad la que se escuchaba desde el otro lado. Una respiración titubeante. Carraspeante y seca.

—Siento haberte tratado mal y haberte despedido, Kathy, ciertamente no sé qué me pudo pasar por la cabeza para tomar una decisión así y decir cosas tan horribles, tú lo has dicho. Y si sirve de algo, aunque me es imposible recordar nada, tampoco creo que yo cometiese ninguno de esos crímenes, pero en fin, supongo que lo que yo diga o deje de decir en estos momentos importa poco, ¿no?

—Mira, Con, agradezco tus disculpas, no sé si todo este rollo del coma te ha cambiado o qué demonios te pasa, pero te puedo asegurar que el Conrad de hace siete años no opinaba ni remotamente parecido. De todas formas, te diré algo como una deferencia que tengo contigo, tómatelo como un consejo personal, por los viejos tiempos. No sé si sabes que todas tus novelas fueron retiradas del mercado y que los medios de comunicación se encargaron de pisotearte y de arrastrar tu nombre por el fango como no te puedes ni imaginar, dicho esto, en estos momentos eres un cadáver, Con, literariamente hablando, claro está. Tu prestigio como escritor es más bajo que cero y no conozco a ni una sola editorial que pudiese tener el valor suficiente para publicar algo tuyo. Estás prohibido, Con. Así que, mi consejo es que te vayas

olvidando de publicar nada, nunca, tu carrera como escritor está acabada. De todas formas, si quieres escribir por placer, eres libre de hacer lo que te venga en gana, faltaría más.

Conrad iba a preguntarle un par de cosas más pero lo cierto es que Kathy ya se había encargado de quitarle las ganas de seguir hablando. La moral por los suelos. Al final, entre unos y otros, me van a desestabilizar de verdad, se dijo Conrad antes de despedirse.

—Vaya, Kathy, eso ha sonado muy mal, no puedo decir que me alegra oír tus palabras. Ya hablaremos en otra ocasión, supongo.

—Hasta luego, Con, cuídate, ya nos veremos.

Tal vez la próxima vez que hablemos seas tú la que está cadáver, Kathy, ya vendrás a mí arrastrándote cuando consiga volver a alzar el vuelo. Porque, que no te quepa ninguna duda de que lo alzaré. Y que te arrepentirás por esto. Pensó Conrad con un fulgurante resentimiento interno.

Tras colgar el teléfono y sentir cómo era invadido por un súbito pensamiento de pura rabia, Conrad trató de digerir como pudo las duras palabras de Kathy y serenarse un poco antes de seguir envenenándose. ¿En qué tipo de persona se había convertido realmente antes de que le disparasen? ¿Es que acaso se fue encargando poco a poco de ir apartando a todos sus seres queridos de su entorno? Primero Kurt, su abogado y uno de sus mejores amigos, luego su agente literaria desde que tenía memoria, y después estaba su mujer y sus dos hijos, a quienes aún no había tenido el placer de “conocer”.

Antes de seguir torturándose, decidió pasar de la segunda a la tercera de las llamadas en las que había pensado. Tal y como tenía en esos momentos los nervios, una conversación con su abogado no era precisamente lo que necesitaba. Así que decidió llamar directamente a la doctora Trawick.

—¿Conrad?

—Sí, el mismo, Conrad Jones.

—Dígame, Conrad, qué sucede, ¿se encuentra bien? ¿Ha podido recordar ya algo?

—No, de momento no, pero quería pedirle un favor, uno que tal vez me ayude un poco en todo esto. A recuperar la memoria, ya sabe.

Jaycee tardó unos segundos en responder y Conrad se la imaginó subiéndose las gafas mientras agachaba la mirada.

—¿Qué favor? ¿En qué había pensado exactamente?

Conrad no pudo evitar sonreír. Satisfacción.

—¿Cuántas novelas mías ha leído exactamente, doctora?

De nuevo un silencio.

Jaycee pensó qué responder y qué pensaría Conrad.

—Todas.

—¿Todas? ¿Está hablando en serio? Es todo un honor y un orgullo, doctora. Y dígame, ¿le importaría que hablásemos un poco de mis obras? Creo que eso es algo que me vendrá francamente bien.

—¿Que hablemos de sus obras? No entiendo a qué se refiere,

Conrad.

—Tal vez hablar de esas obras que no recuerdo haber escrito me refresquen un poco la memoria, no sé, era solo una idea, tampoco hay nada que perder por probar aparte de pasar una agradable tarde con una buena cerveza, unas inmejorables vistas y una maravillosa compañía, ¿no cree? ¿Qué me dice? ¿Le va bien esta tarde? Será divertido.

Jaycee tardó en responder. De hecho pensó que lo mejor sería no responder. Colgar directamente y olvidarse ya de rebasar esa línea que la doctora Baker le había dicho que no rebasara. Pero por otra parte, nunca en la vida le había seducido tanto un plan como el que acababa de proponerle Conrad Jones, un hombre que no solo era paciente suyo, sino que estaba acusado de unos horribles crímenes.

—¿Sigue ahí, doctora?

—Sí.

—Sí que sigue ahí, o sí que acepta mi invitación.

—De acuerdo, Conrad, acepto su invitación, aunque le adelanto que tengo mucho trabajo y no podré quedarme demasiado, apenas un rato.

—Suficiente, doctora, solo una cosa, ¿podría traer mis novelas? ¿Tiene una copia de todas? Como ya puede imaginarse, no puedo ir a una librería y comprarlas porque acabo de enterarme de que ya no están a la venta, y en la cabaña tampoco están, ni rastro de ninguna de ellas. Por cierto, ¿sabrá llegar?

—Sí, sabré llegar, y sí, tengo copia de las novelas.

—Estupendo, Jaycee, luego nos vemos.

—Hasta luego, Conrad.

Jaycee se quedó pensando unos instantes en la decisión que acababa de tomar. En si todo aquello no estaría llevándola directamente hacia el final de su brillante carrera como médica. Unas mariposas empezaron a bailar en su estómago. Cosquilleo en la piel de su espalda. La respiración entrecortada.

Su cuerpo ya se estaba encargando de recordarle lo que pasaría cuando rebasara de nuevo esa línea. Excitación. Jamás podría olvidar cuando se coló en la cabaña de Conrad y, aparte de escudriñar cada rincón, se llevó con ella todas sus novelas. Nunca en la vida podría olvidar algo así.

Y entonces se dijo que a veces sí valía la pena correr el riesgo.

¿En qué consistía la vida si no era en tomar decisiones arriesgadas? Si algo quería, algo tendría que dar a cambio. Solo que en este caso lo que estaba en juego era su propia seguridad. Tanto personal como profesional.

CAPÍTULO 20

Lector cero

La conversación con Jaycee hizo que Conrad recuperase algo de autoestima. Y pensó que mientras esperaba podía hacer esa llamada a su abogado. La realidad era que lo que le dijo a Christopher Ran sobre el circuito cerrado de cámaras no era más que un farol, eso sí, por poco tiempo. Kurt le había prometido ir a comprar todo el equipo y llevárselo hasta allí, pero ni se había presentado ni tampoco había dado señales de vida. De paso también quería preguntarle unas cuantas cosas acerca de todos esos años que tenía en blanco. Y para qué mentirse, también necesitaba hablar un rato con una de las pocas personas vivas de las que tenía recuerdo que aún le dirigían la palabra.

—Con, precisamente estaba a punto de llamarte.

—Estupendo, Kurt, por lo que veo seguimos conectados. ¿Alguna novedad?

—Sí. Como te dije, en el pueblo se están escuchando cosas, cosas malas relacionadas con dejarse caer por la cabaña, ¿me entiendes?

—Claro que te entiendo, ¿y las cámaras? ¿Las tienes?

—Las tengo.

—Pues no te olvides de traerlas.

—Desde luego que no. En cuanto tenga un hueco esta tarde me

pasaré por allí.

—Perfecto, aquí estaré.

—Tengo que preguntarte algo, Con, algo indiscreto y que es una de las razones por las que llevo todo el día de aquí para allá. Bueno, en realidad es más de una cosa la que tengo que preguntarte, y si queremos que esto salga bien tenemos que hacer esto a mi manera, y eso incluye que tienes que ser completamente sincero conmigo. A partir de ahora vas a tener que ser más sincero conmigo que incluso contigo mismo.

—Me estás preocupando, Kurt. Venga, dispara de una vez.

—¿Has estado bebiendo? Me refiero a si te has cogido una buena. Ya sabes.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso?

—¿Has bebido?

—No, Kurt, demonios. No sé a qué viene tanto misterio ni de dónde te has sacado algo así. No he bebido ni media gota desde que estoy aquí. De todos modos, ¿está ahora prohibido tomarse un trago de vez en cuando?

—No. Pero no quiero que bebas. No sería bueno para tu defensa, créeme. ¿Qué dirán si te ven bebiendo de nuevo? Dirán que el viejo, agresivo y alcohólico Conrad ha vuelto. Y eso no es bueno para nuestra defensa. Por lo que a nosotros respecta, ese Conrad Jones se quedó en algún lugar del coma. El nuevo Conrad Jones, el auténtico, ni bebe, ni se pone violento, ni hace estupideces. Es otra persona, así de simple. Así que las cervezas que compramos en el Wall Mart ni las

toques.

Conrad suspiró al otro lado de la línea. Dedos en el lagrimal. Pinchazo en el lóbulo temporal.

—De acuerdo, Kurt, cuál era la siguiente pregunta.

—¿Has estado merodeando por la casa de tu ex mujer? ¿Has estado tratando de ponerte en contacto con ella o con tus hijos? Antes de responder recuerda lo que te he dicho acerca de ser sinceros.

El corazón de Conrad empezó a golpear su pecho con fuerza. Al final, entre unos y otros, me van a hacer enfadar de verdad. Se dijo de nuevo tratando de conservar la calma.

—No, Kurt, ¿te lo ha dicho ella? ¿Quién se ha inventado semejante mentira?

—La zorra de tu ex mujer ha solicitado una orden de alejamiento contra ti y el juez se la ha concedido. ¿Todavía no te ha llegado la notificación?

—No, no me ha llegado la notificación.

—Pues te llegará. Tu ex es muy astuta, Con. El inspector Lowell le ha pedido que no se aleje demasiado hasta que terminen las declaraciones y ella ha pedido a cambio una garantía de que no te acercarás a menos de un kilómetro de ella y de vuestros hijos. Como llevas la pulsera de control telemático a la policía no le será demasiado complicado controlarlo. De todas formas tú ni te acerques al pueblo, es lo mejor hasta que baje la marea, tú ya me entiendes. Cuando hay olas es mejor no subirse a la tabla, amigo, mejor quédate en la orilla a la espera de un bonito amanecer.

—De acuerdo, Kurt, ¿algo más? —Conrad empezó a sentir otra vez que al hablar con su abogado lo invadía una extraña sensación de malestar que se iba extendiendo por todo su cuerpo.

—Sí, lo último. Me da algo de apuro preguntarte esto, Con, pero tengo que hacerlo porque entre tú y yo no puede haber absolutamente ningún secreto, y acabo de enterarme de uno muy peligroso para nosotros.

—A ver, dispara.

—¿Has sido diagnosticado alguna vez de algún tipo de enfermedad mental? Me refiero al pasado, ya sabes, a cuando eras un crío y eso.

Un silencio molesto se apoderó de la línea telefónica.

Esta vez lo que sintió Conrad en el cerebro fue como si alguien se lo estuviese retorciendo como si fuese un trapo húmedo.

Aquella historia de «no salirse del jardín» acababa de ser desenterrada por algún metomentodo. Siempre hay algún indeseable dispuesto a hurgar en el pasado.

—¿Estás ahí, Con? ¿Significa eso un sí?

—¿De dónde has sacado esa información, Kurt?

—Por dios, Con, es mi trabajo, averiguarlo todo acerca de mis clientes para que la defensa sea lo más sólida posible, para que sea infranqueable. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que en esta ocasión se me han adelantado, maldita sea. Esta mañana me he enterado de rebote que esos inspectores se habían hecho con esa información, al principio pensé que era un bulo, que alguien le había tomado el pelo a

mi informador, pero por lo que veo es cierto. Maldita sea, Con, ¿qué fue exactamente lo que te diagnosticaron? ¿Algo grave?

—Nada, poca cosa.

—Bien, ¿y esa poca cosa era?

—Exceso de imaginación.

—¿Y eso es una enfermedad? Vamos, Con, puedo averiguarlo por mi cuenta igualmente, haz que las cosas sean un poco más fáciles por una vez. Deja de tratarme como si fuese estúpido.

Conrad sintió ese comentario como el picotazo de un abejorro.

—Trastorno esquizotípico de la personalidad. Fue hace mucho, cuando tenía siete u ocho años más o menos. Poca cosa, ya te lo he dicho.

—Por el amor de dios, Con, ¿eres esquizofrénico? ¿Desde cuándo? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No soy esquizofrénico, demonios, te he dicho que me diagnosticaron un trastorno esquizotípico de la personalidad, y no son la maldita misma cosa, ¿entiendes? Ese tipo de trastornos son muy típicos en la infancia, luego desaparecen con los años, no tienen nada de malo, es algo del pasado, joder. Pregunta por ahí y verás.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¿Qué diferencia?

—Entre la esquizofrenia y el trastorno ese, tengo que saberlo, Con.

—La diferencia es que yo solo tenía exceso de imaginación, de pequeño fantaseaba en exceso y tenía tendencia a inventar historias,

ya está. Nunca llegué a desconectarme de la realidad ni a ver o a oír cosas que no existían, aquello fue algo anecdótico, ya casi ni me acordaba. Mi padre me llevó varias veces a ver a un terapeuta, un psicólogo o algo así, pero me dijo que ya estaba mejor y que no hacía falta volver.

El Cuervo soltó el aire con pesadez. Problemas. No le gustaba nadar tan cerca de la orilla. Lo suyo era moverse en las profundidades del océano y salir a flote solo para morder.

—Está bien, Con, de todas formas, tendré que hacerme con una copia de los informes que puedan existir relacionados con ese asunto, tendrás que firmarme una autorización expresa para ello.

—Claro.

—No te tomes esto a mal, amigo, los juicios son así, desagradables, sacan lo peor de uno mismo, y no estoy hablando metafóricamente. Te insisto tanto con este tema porque precisamente el asunto de las enfermedades mentales es muy complejo y según la forma en que unos y otros jueguen esa carta, podría decantar bastante la balanza. ¿Entiendes, Con?

—Sí. Perdona, Kurt, pero ahora tengo que dejarte, hablamos más tarde —Conrad apartó con una mano la cortina de una de las ventanas de la cabaña al escuchar el motor de un coche aparcando fuera. Jaycee.

—Por supuesto, Con, cuando pueda me paso.

Conrad cerró los ojos y empezó con las respiraciones de la

tranquilidad. No le apetecía abrirle la puerta a la doctora en ese estado de agitación que acababa de dejarlo la conversación con su abogado. De pronto cayó en la cuenta que las respiraciones de la tranquilidad también debían de pertenecer a todos esos años que tenía en blanco, porque no recordaba haber aprendido nada referente a eso antes del año dos mil. Ver que había vuelto a recuperar otro recuerdo le hizo sonreír y liberar algo de tensión. Bien.

Jaycee llamó a la puerta.

Sonrisa tímida. Mirada apagada. Huidiza. Las mejillas ligeramente encendidas. Labios color cereza. Podría haber optado por coger una bolsa, pero en lugar de eso traía las novelas apiladas sobre ambos brazos, aplastadas contra sus pechos. Vistas así no parecían más que un montón de viejos papeles listos para alimentar una hoguera. El lomo agrietado y el papel amarilleado. Las cubiertas desgastadas. Sobadas.

—¿Dónde dejo esto? —preguntó Jaycee con un delicado rubor coloreando sus orejas.

—Ahí mismo, sobre la mesa que hay al lado del sofá está bien.

Jaycee descargó y los ojos de Conrad empezaron a recorrer esos títulos y cubiertas que para él eran algo completamente nuevo. Su mente, sobre todo cuando estaba trabajando, se hacía constantemente la pregunta esa de, ¿qué pasaría si…? Pero en esta ocasión le hizo gracia que, en lugar de eso, se preguntó, ¿qué tuvo que pasar para que yo terminase escribiendo precisamente todas esas historias y no otras? El reto le pareció fascinante.

—¿Podría usar el baño? Esto está más lejos de lo que pensaba y con los baches de la carretera…

—No hace falta que me dé explicaciones, doctora, el baño se encuentra justo al lado de esa puerta que ve ahí.

Jaycee asintió ligeramente avergonzada y se fue directa al baño.

Se quedó pensando en si cerrar o no la puerta. Al final la dejó ligeramente entreabierta. Se mordió el labio mientras se desabrochaba la falda. Apenas pasaba medio centímetro de luz entre madera y madera. A veces Jaycee hacía esas cosas. Cuando entraba en un probador público, solo juntaba la puerta. En el hospital solía usar el bloque de taquillas centrales, el que quedaba justo enfrente de la salida de los vestuarios. En casa, cuando se desvestía, solía hacerlo de espaldas a la ventana que daba a la calle, a la tenue luz de una lamparita de lectura.

No sabía muy bien por qué lo hacía, pero esa conducta la llevaba arrastrando desde que entró en la universidad. Es posible que lo hiciese desde un tiempo antes. Era algo que no hacía de forma plenamente consciente, simplemente, cuando encontraba la ocasión, lo hacía. Y era en esos momentos cuando sus pulsaciones se elevaban y el ardor subía por su pecho. Algo que se había convertido como en una manía. Una de esas que acaban en necesidad. En ningún caso se había llegado a plantear que su conducta estuviese ligada al exhibicionismo, sencillamente no le daba vueltas al asunto. Lo hacía y punto.

—Estoy realmente sorprendido con todo esto, doctora Trawick, ¿está segura que son todas mías? —preguntó Conrad en cuanto vio que Jaycee volvía del baño.

—En la cubierta y en el lomo es tu nombre el que aparece —Jaycee sonrió y cuando Conrad la miró se subió las gafas. Se había soltado el pelo.

—Veo que se ha soltado el pelo, Jaycee.

Las mejillas de la doctora se congestionaron. El brillo de sus ojos emitió un parpadeo. No supo qué responder. Y eso hizo que se sintiese otra vez como una niña.

—Siéntese, Jaycee, no se quede ahí de pie, póngase cómoda, por favor. ¿De veras las ha leído todas?

Jaycee asintió y buscó con la mirada cuál era el lugar más apropiado para sentarse.

—Puede sentarse a mi lado, doctora, no muerdo, o también puede coger una silla y acercarla hasta la mesa.

—Cogeré la silla.

—Como usted prefiera.

Conrad la siguió con la mirada y no pudo evitar sonreír de espaldas a la joven doctora. Estaba nerviosa. Su timidez tenía un aire infantil. Pero sin ninguna duda quería estar allí. Había ido ella solita.

—¿Entonces dice que no ha recordado nada hasta ahora, Conrad? —Jaycee todavía no sabía si tutearlo o seguir llamándolo de usted. El cuerpo le pedía tutearlo, pero la cabeza le decía que lo correcto era seguir manteniendo esa distancia y seguir llamándolo de usted.

—No me hable de usted, doctora, me hace parecer mayor, en serio, tutéeme —Conrad pareció leerle la mente—. Lo cierto es que de momento mi cerebro sigue en blanco, no sé yo si los recuerdos volverán o no. ¿Usted qué piensa? —Conrad se dijo que la doctora no tenía por qué saber que sí había recordado un par de cosas, más que nada porque una de ellas podría relacionarlo directamente con los crímenes de los que se le acusaba.

—Nunca se sabe en estos casos, tus heridas revestían mucha gravedad, pero también es cierto que la regeneración celular fue asombrosa. Supongo que habrá que seguir esperando y estar atentos por si se produce algún cambio. Como tú dijiste esta mañana, estar en contacto con tu pasado es lo que más te puede ayudar a recordar, si es que finalmente es eso posible. Lo más importante ahora es que estés lo más tranquilo que puedas, someterse a un gran estrés podría ser contraproducente. Y estate atento por si recuerdas algo de esos once años que tienes en blanco, es posible que los recuerdos tarden en llegar, pero con que llegue uno solo, lo más normal es que el resto vayan llegando detrás, si no todos, sí gran parte de ellos.

Los ojos de Conrad se iluminaron al escuchar la última frase de la joven doctora.

Le pidió a Jaycee que le ayudase a ordenar todas sus novelas cronológicamente. Las pusieron sobre la mesa una detrás de otra formando tres hileras. Quince en total. Conrad se alejó un poco para ver si la imagen en su conjunto le decía algo. Pero no fue el caso. Se rascó un poco la barbilla y observó a Jaycee, que aguardaba en silencio con las manos cruzadas a la altura de su cintura. No solo

había ido hasta allí con los labios color cereza, sino que se había ondulado un poco el pelo y desprendía una dulce fragancia a primavera salvaje. Eso era bueno para sus planes.

—¿Cómo definiría usted mi evolución como escritor, doctora?

—¿Su evolución?

—Sí, exacto. Todo escritor va evolucionando con los años. Se producen cambios en su estilo narrativo, en sus personajes, en las historias que cuenta, su complejidad, en los sentimientos de los que habla. A ese tipo de evolución me refiero. Todo escritor sigue una especie de camino, doctora, un trayecto. Nunca lo olvide. La cuestión es saber hacia dónde se dirige cada cual.

Jaycee miró hacia las novelas que tenía frente a ella y se quedó pensando durante unos instantes.

—En líneas generales, yo diría que tu estilo narrativo se fue volviendo poco a poco más directo. Frases más cortas. Un uso del lenguaje en cierta manera menos elaborado, aunque en realidad pienso que eso era solo una apariencia. Decir mucho con muy poco es un verdadero arte y puede que sea lo realmente difícil. También pienso que todo se fue volviendo algo más oscuro con los años. Me refiero a la trama y a los protagonistas de las historias. Los personajes de tus novelas apenas veían la luz. Eran como almas en pena, almas torturadas, aunque, a mi modo de ver, mucho más reales, casi con vida propia —Jaycee alzó la vista para comprobar que Conrad no se estaba ni aburriendo ni riendo de sus palabras. Todo lo contrario, la contemplaba con total atención y respeto. Eso la impulsó a seguir hablando—. Y luego están los finales. Se fueron haciendo cada vez

más duros, más desesperanzadores. Aun así, y eso es algo que siempre he apreciado de tus novelas, todas y cada una de ellas siempre ha terminado de una forma que no esperaba. Los giros argumentales y las tramas secundarias fueron aumentando en complejidad, a pesar de que las historias de tus novelas parecían estar convergiendo poco a poco hacia la cotidianidad, hacia lo doméstico. El terror viró de lo desconocido a lo familiar, a lo que tenemos justo a nuestro lado.

Jaycee tragó saliva con dificultad y volvió a mirar a Conrad, esta vez con algo menos de timidez. Él pareció o creyó entender sus necesidades y se levantó a por dos cervezas. Y que Kurt se pusiera como quisiera.

Se abrió una y le tendió la otra a la doctora. Jaycee le dio un buen trago y el botellín empezó a rezumar espuma.

—Vaya, qué torpe soy, cuánto lo siento —dijo Jaycee con vergüenza.

—No se preocupe, doctora, siempre y cuando no la derrame sobre mis novelas, puede tirar la cerveza que quiera. Dígame, si tuviese que escoger un punto de inflexión en mi carrera como escritor, ya sabe, una novela a partir de la cual los cambios que tan bien ha relatado anteriormente se hicieron más pronunciados, cuál sería.

Jaycee asintió mientras le daba otro trago a la cerveza. No solía beber porque su cuerpo no toleraba bien el alcohol, pero un día era un día. Volvió a empinar el codo a la salud de su estricta jefa, la doctora Baker.

—Diría que el mayor punto de inflexión se encuentra en

«Vendaval», la novela que escribió tras… el accidente de sus padres. La novela de su regreso. Aunque creo que también hay otros, pero no tan pronunciados como ese.

Conrad asintió y alzó su botellín. Estiró el cuello y sintió cómo su garganta se cubría de lúpulo. No recordaba haber disfrutado tanto de una cerveza en su vida. Empezó a sentir cosquillas en la yema de los dedos. Hacía tanto tiempo que no escribía. La cerveza debió recordarle a su propio cuerpo que había ciertas cosas que uno hacía unidas. Como el que dice, coser y cantar.

—Creo que con esa novela empezaste esa especie de migración de la que te he hablado. Es como si hubieses empezado a mudarte a otro lugar. Tu sentido del humor se volvió más mordaz. Los personajes más profundos y atormentados, y los sentimientos de los que hablabas, más tenebrosos, en cierta manera más trascendentes también. Todo se empezó a volver más crudo, más sórdido. Es como si hubieses perdido casi todo el sentido del humor. Todo pasó a un plano más serio, más definitivo. Como si te estuvieses acercando a una especie de final y hubieses dejado de jugar, a veces incluso me pareció leer entre líneas algo así como una despedida.

Jaycee se terminó la cerveza y Conrad hizo lo propio. Se levantó a por dos más y cuando regresó se sentó en el lado del sofá que quedaba justo al lado donde Jaycee tenía la silla. Notó cómo ella apretaba ligeramente los muslos y cómo la temperatura corporal que su cuerpo desprendía aumentaba al menos un par de grados.

Conrad se quedó mirándola de esa forma intensa que tan bien se le daba. Percibió cómo se ponía más nerviosa. Eso le hizo sonreír.

Dominio. Le dio un trago a la cerveza y le lanzó una bonita mirada de reojo.

—Me gustaría proponerle algo, doctora.

Jaycee se sobresaltó levemente. Toda su cara adquirió un tono rojo atardecer.

—No se preocupe, no es nada deshonesto, si es eso lo que le preocupa.

Ella asintió y lo miró de nuevo de reojo. La cerveza volvió a rezumar. El suelo bajo los pies de la doctora; echo un desastre. La cercanía de Conrad la incomodaba. Ruido al respirar. Las manos le empezaron a sudar y los tirantes del sujetador a apretarle más de lo normal.

—Voy a empezar a escribir una nueva novela, doctora, la mejor que haya escrito nunca, la más auténtica. El caso es que me gustaría que usted fuese mi lectora cero, ¿sabe lo que es?

Jaycee asintió, incapaz de responder. Su corazón empezó a palpitar.

—¿Qué tendría que hacer? —La voz de la doctora salió con un volumen cercano a lo inaudible. Las palabras titubearon antes de llegar a los oídos de Conrad, que disfrutaba viendo sufrir a Jaycee.

—No sé si alguna vez ha hecho algo así, doctora, ser un lector cero, en este caso, lectora cero, es un trabajo difícil, a menudo ingrato y, sobre todo, muy mal pagado. Y con esto no me refiero al tema económico, me refiero al pago emocional, al coste humano. Ser lectora cero significa ser sincera, ser incómoda, cruda, llevarse algún que otro

palo, claro que sí, ser inapropiada, desmoralizante, pero, ante todo, significa ser valiente. El resto de cualidades y bondades literarias, me temo, me consta que usted las tiene sobradamente. ¿Qué me dice? ¿Acepta? Le puedo asegurar que esto no solo será divertido, sino que también será la experiencia más intensa y emocionante que ha tenido en la vida. ¿Qué opina? ¿Sería capaz de darme algo de su tiempo y de sus conocimientos a cambio de la experiencia más auténtica que haya tenido nunca? O si lo prefiere, pregúntese qué sería capaz de dar por el viaje más emocionante de su vida.

Los ojos de la doctora Trawick se agrandaron.

Si quería seguir ejerciendo la medicina, al menos en el hospital en el que trabajaba actualmente, no podía aceptar bajo ningún concepto la oferta de Conrad. Ni remotamente. Pero, curiosamente, sintió que aquella era la primera vez en toda su vida que deseaba algo realmente, que deseaba hacer algo con todas sus fuerzas. Un sentimiento tan fuerte como el primer amor, el que rompe el dique emocional de nuestro corazón. Jaycee se pierde la fiesta de graduación porque se ha quedado estudiando. Jaycee no irá al cumpleaños de su ex mejor amiga porque quería reforzar la neuroanatomía. Jaycee no irá a la boda de su primo Andrew porque está haciendo un máster sobre cómo unir una raíz nerviosa. Jaycee es la tercera vez que le dice no a un chico porque su padre piensa que no debe distraerse ni perder el tiempo con perdedores.

Jaycee sentía desde hacía tiempo que se había perdido lo más bonito de la vida; vivir. Pero eso estaba a punto de cambiar.

—De acuerdo, acepto. Pero me gustaría que de momento esto no

lo supiese nadie más, mi carrera como médica podría verse comprometida si esto sale a la luz —Se puso seria. Aunque la realidad es que ni tan siquiera estaba cerca de conocer lo serio que era aquello.

Conrad sintió un pequeño pinchazo en el lado derecho de su cara, un pinchazo que abrió paso a una sonrisa tan amplia como grande era el vacío de recuerdos de dieciocho años que se abría en su interior.

No pudo evitar pensar que, si la carrera de la doctora estaba en peligro por todo aquello, mejor que mejor.

Abrieron una tercera cerveza y brindaron a la luz de los últimos rayos de sol. Tenían mucho trabajo por delante aparte de escribir y de revisar un montón de páginas de lo que sería la obra definitiva de Conrad Jones. Tenían lo que se dice, mucho “trabajo de campo” por hacer.

CAPÍTULO 21

Todo se complica

Ya habían pasado tres semanas desde que Conrad fuese puesto en libertad vigilada. Tres semanas trabajando día y noche contra el reloj. Y aparte de tener que hacer frente a las repetidas quejas y manifestaciones de malestar y disconformidad por parte de los vecinos de Concord, todavía seguían buscando esa prueba de peso que declinara la balanza. Una balanza que, ante todo pronóstico, se estaba inclinando poco a poco hacia un lado que nadie hasta el momento imaginaba.

Christopher y Bill estaban ligeramente contrariados con lo último que habían descubierto relacionado con el caso del Hombre del Saco. Una serie de datos que, en lugar de aclarar, parecían estar complicándolo todo un poco más. Ya había fecha oficial para el juicio, y a tan solo una semana vista, tenían la impresión de estar más lejos en lugar de más cerca. Y no solo eso, habían empezado a dudar de todos y de todo, incluso de que Conrad Jones no fuese el despiadado asesino de niños al que buscaban y sí hubiese sido incriminado realmente, tal y como no se cansaba de repetir y de argumentar su abogado.

Haber encontrado el expediente que revelaba que Conrad Jones había sido diagnosticado con una enfermedad mental cuando era un

niño era una buena carta, aunque no la que buscaban. Podían utilizarlo como refuerzo para defender la acusación a Conrad como culpable del asesinato de los cuatro niños en dos mil once alegando que sus condiciones mentales no eran normales. Aun así, eso tan solo era un argumento que utilizar, no una auténtica prueba de peso. Además, ni a Christopher ni a Bill les gustaba nada emplear esa baza. Les parecía algo vulgar. Un recurso fácil del que echar mano cuando la verdadera investigación policial flaqueaba, aparte de que corrían el riesgo de que Conrad acabase en una institución mental en lugar de en la cárcel y estuviese fuera en unos años. En eso estaban de acuerdo los dos inspectores, que habían estrechado un poco más esa unión que poco a poco se estaba forjando entre los dos.

De momento seguían tratando de localizar a las familias de las víctimas tres y cuatro, pero todavía no habían tenido éxito. Estados Unidos era un país en el que desaparecer sin dejar ni rastro era peligrosamente fácil. Aunque por suerte, había huellas y rastros que no eran tan fáciles de borrar, podría decirse que ciertos caminos, ciertos trayectos, quedaban grabados de algún modo en el paso del tiempo. Seguir cada uno de los trayectos que habían seguido cada uno de los implicados hasta llegar allí es lo que les había llevado a descubrir un par de cosas que no les había hecho mucha gracia. Dos feas improntas. Dos huellas en el pasado tanto de Hanna Flanagan como de Luke Klein. Como dos pisadas llenas de barro en la escena de un crimen. Los dos inspectores todavía se estaban preguntando hasta qué punto tenían que tenerlas en consideración. El tiempo y el devenir de los acontecimientos diría si aquello tan solo eran «cosas del

pasado», o si eran algo más.

Bill ya había puesto en conocimiento de Christopher el alto número de faltas de concordancia en el relato de los hechos de Hanna y, como consecuencia, el alto riesgo existente de que estuviese mintiendo de forma deliberada por alguna razón que de momento se les escapaba. Christopher restó importancia a esas faltas de concordancia que había encontrado Bill y lo achacó a un simple «error de forma sin importancia» al relatar los hechos, aunque su opinión y la visión que tenía de Hanna empezó a tambalearse seriamente cuando descubrieron ese par de improntas en su pasado. Tras el hallazgo, Christopher se dijo a sí mismo aquello de, «esto sí que no me lo esperaba».

Antes de que Hanna y su familia se trasladasen a Concord en el año noventa y uno, la pequeña de los Flanagan ya había dejado huella en Vermont, su anterior residencia. Una huella bastante fea, todo sea dicho. Era su primer año de secundaria. Essex High School. Hanna se presentaba con el resto de sus amigas a las pruebas selectivas para formar parte del grupo de animadoras del equipo de fútbol americano. Era una de las chicas más populares del instituto y no se tomó nada bien cuando se quedó fuera de la primera selección preliminar. A sus oídos llegó que se había quedado fuera por muy poco, que Nancy Muller, unos cuantos centímetros más alta que ella y bastante más sonriente, se le había adelantado en el último momento. A partir de ese día Hanna empezó a seguir y a dinamitar la imagen pública de Nancy Muller hasta el punto de, según cuentan, llegar a amenazarla de muerte si no se quitaba de en medio. Apenas un mes después,

Nancy trató de quitarse la vida en el baño principal de la casa de sus padres. Por suerte llegó a tiempo su hermano mayor y evitó la desgracia. La versión oficial decía que Nancy era una persona de espíritu débil, inestable, que se había intentado quitar la vida porque no soportaba la presión de la enseñanza secundaria. Pero todo el mundo sabía que lo que no soportó fue la presión a la que la sometió Hanna Flanagan. Algo que, de ser cierto, daba forma a una huella muy fea en el trayecto de su vida.

La segunda impronta del pasado de la ex mujer de Conrad Jones ocurrió cuatro años después. Hanna cursaba el primer año en la facultad de periodismo y según habían podido averiguar, se enamoró perdidamente de un profesor suyo nada más empezar. Francis LeBlanc, el profesor de literatura comparada. Francis estaba casado, pero debido al estrés del hogar y a las continuas discusiones con su mujer, acabó refugiándose en los brazos de Hanna, que todo sea dicho, se había estado ofreciendo desde el primer día. LeBlanc no se cansaba de repetir que aquel fue, según sus propias palabras, «el mayor error de su vida». Un desliz que no terminaría de pagar nunca. Como una hipoteca vitalicia. Tras dos o tres encuentros con Hanna se dio cuenta de que aquello no era ni la solución a sus problemas ni lo que realmente deseaba. Hanna se tomó el rechazo tan mal que acabó acusando a LeBlanc de haber estado acosándola y aprovechándose sexualmente de ella. Sobraron los testigos que afirmaron haberlos visto juntos al terminar las clases en actitud muy cariñosa. Francis acabó expulsado de la universidad y también de su hogar. Su mujer pidió el divorcio y la custodia completa de sus dos hijas

inmediatamente.

Dos huellas en el pasado de Hanna que hablaban muy mal de ella. Horriblemente mal. Sobre todo, teniendo en cuenta que en su presente estaban viendo cosas que olían a mentira. A los dos inspectores no les pasó por alto que Hanna Flanagan podría ser una de esas personas altamente manipuladoras, sin ningún tipo de escrúpulos a la hora de lograr sus propósitos y sin un ápice de remordimientos o consideración si de sus actos se derivaban daños a terceros. A pesar de ello, todavía no se había atrevido nadie a insinuar que tal vez no estaría de más empezar a considerarla como sospechosa. Aparte de que, solo el hecho de poner en duda la credibilidad de sus declaraciones podría ser considerado por ella como una grave acusación y una grave ofensa, todo ello si tales insinuaciones no llegaban a oídos de la prensa o de Kurt Elston, en cuyo caso, el curso de su investigación tomaría un rumbo que solo haría complicarlo todo más y poner en su contra a más personas. Si el abogado de Conrad se enteraba, aunque solo fuese de refilón, que la policía había empezado a considerar que tal vez Conrad Jones no era el asesino al que buscaban, se vendría totalmente arriba y empezaría con su particular campaña mediática de desprestigio al cuerpo de policía.

En cuanto a la actual pareja de Hanna, Luke Klein, también encontraron algo que, si bien no era tan feo como lo que habían encontrado de ella, sí era un buen argumento para observar a Luke con una lupa un poco más grande.

Por todos era sabido que él y Conrad habían sido amigos íntimos en la universidad, según habían dicho, «los mejores amigos». También

era de sobra conocido que Luke no se tomó nada bien el éxito de Conrad y que esa fue la principal causa por la que su relación se empezó a deteriorar hasta el punto de apenas dirigirse la palabra. Todo empeoró cuando el propio Luke hizo de involuntario celestino y, tras haber presentado a Hanna y Conrad, empezaron a salir formalmente poco después. Pero lo que habían averiguado por obra y gracia de Rine y Hills, exactamente igual que con el resto de hallazgos relacionados con el pasado de Hanna, es que Luke había denunciado hasta en un par de ocasiones a Conrad de haber plagiado las ideas y el argumento de dos obras literarias de menor calado y trascendencia que habían escrito autores muy poco conocidos por el gran público y que ya hacía tiempo que habían fallecido. Pero lo había hecho a través de una asociación de escritores, sin utilizar su propio nombre, permaneciendo así en la sombra. Ambos juicios los había ganado Conrad, gracias, entre otras cosas, al buen hacer de su abogado. No obstante, esa reveladora información hizo pensar a la pareja de inspectores que los sentimientos de Luke hacia Conrad podían ser bastante más perversos de lo que imaginaban, aunque faltaba por ver hasta qué punto.

Podría decirse que, en líneas generales, la aparentemente pareja modélica que formaban Luke y Hanna no era lo que parecían. Ninguno de los dos era lo que se dice un ciudadano ejemplar. Ni su corazón era el más puro y sano del mundo. Todo lo contrario, en su interior pudieron ver que habitaba algo capaz de conducir a una persona a cometer actos un tanto deshonestos. A veces incluso a cometer actos verdaderamente horribles. Aunque, de ahí a pensar que

podían estar involucrados en los crímenes de dos mil once todavía faltaba mucho.

Por otra parte, Bill, investigando las acusaciones de Hanna a Conrad sobre su particular método de escritura y las actividades a las que según la señora Flanagan daba lugar, había iniciado una búsqueda de posibles relaciones entre las novelas que tenía publicadas Conrad y crímenes que hubiesen tenido lugar de forma contemporánea y que presentasen un parecido sospechoso. Y lo más sorprendente fue descubrir que, tal y como ella había dicho, igual que en esa película de «Los crímenes del museo de cera», había encontrado unas coincidencias más que sospechosas que, si bien todavía estaban investigándolas más a fondo, mostraban un terrible parecido con dos de sus novelas.

En el año dos mil cinco Conrad publicó su novena novela, «Nocturno», una tenebrosa historia de un hombre con insomnio que empieza a sufrir unas terribles alucinaciones que terminan por llevarlo a cometer una serie de asesinatos de personas relacionadas con el mundo de la noche. Curiosamente, unos meses antes de la publicación de la novela, Steven Colt, un cirujano cardíaco que padecía insomnio, asesinó a tres dj´s y a dos stripers en la ciudad de Boston. Dejó escrito un extenso y horripilante dossier confesando con pelos y señales todos sus crímenes justo antes de volarse la tapa de los sesos. Obviamente, a nadie se le ocurrió pensar que Conrad pudiese tener relación alguna con dicha persona y sus asesinatos. Dos años después, Conrad publicaría su novela número once, «La oferta de trabajo». Miles de aspirantes se presentan al proceso selectivo más duro de su vida. Al

final quedan solo diez candidatos para un único puesto de trabajo. El desenlace de la última prueba tendrá consecuencias funestas para varios de los aspirantes. Algo muy parecido pasó en una ciudad cercana a Boston apenas seis meses antes de la publicación de la novela de Conrad. Nuevamente, nadie reparó en que el escritor pudiese haber tenido algo que ver con esos sucesos, entre otras cosas porque, en esta ocasión sí consiguieron atrapar a los culpables y en modo alguno habían sido relacionados con Conrad Jones.

De momento seguían tratando de buscar más similitudes con el resto de sus novelas, pero, sobre todo, algo que pudiese relacionar a Conrad de forma directa con los crímenes y delitos de las dos que sí habían mostrado un cierto parecido con ciertos hechos. Porque en lo concerniente a la muerte de Phil Stine, el camionero que lo llevó hasta la cabaña, se había cerrado el caso sin haber encontrado ningún tipo de evidencia que hiciese pensar que había sido de algún modo un crimen inducido y no un terrible accidente. Conrad, por supuesto, negaba rotundamente haber tenido algo que ver con semejante acusación. No obstante, no negó que, efectivamente, lo había llevado hasta la cabaña la noche que murió. Pero tras haberlo apeado en mitad del bosque, cada cual siguió su propio camino. Él no tenía la culpa de que el camino de Phil Stine fuese más corto de lo que nadie podía imaginar.

Después de estudiar los diferentes hallazgos con los que contaban y de haber debatido sobre los próximos pasos a seguir, Bill elaboró uno de sus listados priorizando la serie de actividades que tendrían

que ocupar su tiempo los próximos días. Una de sus planificadas secuencias. A tan solo una semana del juicio, las líneas de investigación abiertas habían aumentado y no habían conseguido cerrar ninguna. Eso se traducía en que tendrían que multiplicar los esfuerzos todavía más, así como lidiar con factores con los que antes no contaban.

1. Tomarle de nuevo declaración a Hanna Flanagan, a Luke Klein y a sus hijos. Tratar de encontrar nuevas faltas de concordancia en la descripción de los hechos.

2. Continuar la búsqueda de posibles hechos sospechosos en el pasado de la señora Flanagan y en su actual pareja.

3. Profundizar en la vida familiar de los Jones cuando Conrad todavía vivía con ellos. Reconstruir la secuencia que debió llevar a cabo el Hombre del Saco cuando cometió sus asesinatos. Comprobar una posible falta de concordancia en las versiones de los diferentes miembros de la familia acerca de cómo era su vida antes del año dos mil once.

4. Continuar la búsqueda de relaciones entre las novelas de Conrad y crímenes contemporáneos. Investigar más a fondo los hallazgos encontrados.

5. Realizar nuevos llamamientos a la población en aras a encontrar un posible testigo que pudiese ver u oír algo en dos mil once.

6. Continuar la búsqueda de las dos familias que están ilocalizables.

En el último punto del listado, el número siete, Bill había situado el aspecto más importante de la serie. Le gustaba que las series y listas tuviesen un número de ítems impar y acabasen en el más importante. Manías de alguien que trata de sobrevolar los días con el viento totalmente en contra. En dicho punto realizaba diferentes conjeturas acerca de cuál podría ser el auténtico móvil de los asesinatos y dónde podrían encontrar la clave para resolverlos. Un móvil y una clave que podrían hacer que todo cuadrase un poco mejor. Que todo cobrase un sentido, por feo o grotesco que resultase.

7. Teorías y conjeturas:

7.1 Si Conrad Jones cometió los asesinatos de dos mil once debido a que formaban parte de su «método de escritura», tal y como aseguraba Hanna de forma extrañamente indirecta, era porque se encontraba de lleno preparando su nueva novela, en ese caso ¿dónde está esa novela? ¿Qué ha sido de ella?

7.2 Su antigua editora, Katherine Wolfe, asegura que fue despedida por Conrad antes de publicar su última novela, titulada «Frente a ti, el abismo». Afirma no saber nada acerca de la presunta novela que Conrad pudiese estar escribiendo justo cuando ocurrieron los crímenes de dos mil once, aunque no ha dudado en afirmar que el propio Conrad Jones la llamó recientemente para preguntarle sobre aquello que estaba escribiendo justo antes de que le disparasen. Por lo tanto, se podría pensar que Conrad sí ha podido saber de algún modo que estaba escribiendo algo antes de que le disparasen, a pesar de la amnesia que presenta. En ese caso, ¿existe un primer borrador que

nadie conoce en el cual se relata la muerte de los niños de dos mil once de forma parcial o total? Y en caso afirmativo, ¿dónde podría encontrarse una copia de dicho manuscrito? ¿Cómo ha podido Conrad tener acceso a él después de que hayan puesto todas sus propiedades patas arriba y continúe con la amnesia retrógrada? Habrá que hablar con las doctoras Jaycee Trawick y Ursula Baker por si pudiese darse el caso de que Conrad estuviese fingiendo y en realidad no tuviese amnesia, o al menos no la amnesia que dice tener.

7.3 Revisar a fondo los equipos de escritura que Conrad pudo utilizar en dos mil once. Buscar de nuevo en su antigua casa y en la cabaña. Tal vez pueda existir alguna copia informática o en papel.

7.4 En el caso de que el motivo por el que Conrad asesinase de esa forma tan cruel a los cuatro niños de dos mil once no fuese su particular método de escritura, o, considerando el caso de que no fuese Conrad el asesino al que están buscando, ¿qué motivo podría empujar a alguien a cometer unos crímenes así? ¿Y en el caso de que no fuese Conrad, por qué paró de matar tras los fatídicos disparos al escritor? ¿Tal vez porque el verdadero asesino solo buscaba incriminarlo o sacarlo fuera de circulación?

7.5 ¿Por qué la señora Hanna Flanagan no habló en dos mil once del particular método de escritura de Conrad y en cambio no se ha cansado de repetirlo en las nuevas declaraciones?

Tanto a Christopher, como a los ex militares Rine y Hills, les pareció bien tanto la secuencia de acciones a realizar trazadas por el Catedrático, como los diferentes interrogantes que planteaba, cuya

respuesta suponía encontrar la solución al enigma que tenían delante.

Tras la aprobación de ese nuevo plan de acción, tocaba el reparto de actividades.

—¿Preferirías ser tú quien entreviste esta vez a la señora Flanagan? ¿O quieres que lo vuelva a hacer yo? —preguntó Bill con educación. En la frente se le formó una curiosa arruga con la forma de un paréntesis.

Christopher se quedó pensando un instante en qué era lo más correcto, lo mejor para la investigación, aunque no pudo evitar pensar qué diría Hanna si volvía a encontrarse con que el que estaba al otro lado de la mesa era otra vez Bill. Lo llamaría un centenar de veces. Le pediría explicaciones y terminaría echándose a llorar para luego decir «lo siento» entreabriendo sus carnosos labios. La vieja radio le dijo que eso era lo que pasaría. Pero también que de momento era mejor tenerla contenta. Contenta y confiada. La guardia bajada. Por si acaso. *Soy yo quien lo siente en esta ocasión, Hanna*. Se dijo Christopher antes de responder.

—Si no te importa me gustaría ser yo quien hablase con ella.

—De acuerdo, yo iré a ver a Conrad y trataré de presionarle un poco. ¿Qué te parecería si hablase también con su antigua agente para ver si estaría dispuesta a echarnos una mano?

—¿Una mano? ¿En qué has pensado?

—Ella fue la que nos dijo que Conrad le estuvo preguntando por lo último que había estado escribiendo antes del disparo, tal vez

podría reanudar su relación profesional con Conrad y sacarle información de esa presunta nueva novela.

Christopher se quedó pensando y asintió antes de responder. Lo cierto es que estaba quedando más que impresionado con la forma de trabajar de Bill. De hecho, se dijo que le estaba dando toda una lección sobre cómo llevar a cabo una investigación de verdad. Nada de encender la radio y esperar a ver qué canción sonará, como a veces hacía él.

—Me parece una genial idea, Bill.

El Catedrático mostró esa sonrisa paternal de hombre mayor.

Antes de decidir las actividades que harían Rine y Hills, los dos detectives irrumpieron en la sala en la que se encontraban los dos inspectores, la misma que les habían cedido para que pudiesen trabajar los cuatro de la forma más cómoda posible.

—El jefe Grayson quiere que subamos a verlo ahora, dice que es muy urgente —dijo Rine transmitiendo las órdenes que acababa de recibir.

Bill y Christopher se miraron con cierta preocupación. La palabra «urgente» no solía ser portadora de buenas noticias en su idioma.

Los cuatro subieron hasta la segunda planta y entraron al despacho de Grayson.

—Sentaos —Grayson tenía las manos en los bolsillos del pantalón. Se había quitado la chaqueta y la camisa estaba visiblemente empapada de sudor. Estaba nervioso. La corbata desanudada.

Los cuatro policías se sentaron en la mesa de reuniones que Grayson tenía en su despacho y esperaron con nerviosismo, algo pasaba.

—No me andaré con rodeos, la cosa se acaba de complicar mucho, me acaban de llamar diciendo que acaban de encontrar a una nueva víctima.

Tanto Bill como Christopher se quedaron completamente estupefactos. Rine y Hills se miraron como se miraban cuando estaban en el ejército y se preguntaban; ¿esto nos va a salpicar?

—Mismo *modus operandi*. Siete años, varón. Se llama Kevin Lineheart. Lo han encontrado en el bosque Hapgood Wright, cerca del lago Fairyland, no hace falta que os recuerde que ese bosque colinda con el bosque Walden, donde tiene la residencia quien ya sabéis.

—¿También tenía una bolsa en la cabeza? —preguntó Christopher sintiendo de nuevo esa punzada de dolor en el pecho. Falta de aire. Presión en el cuello.

—Sí. Una bolsa de plástico cubriendo su cabeza y anudada a su cuello. Sin zapatillas ni calcetines y sentado en un banco del bosque mirando al lago. Las manos cruzadas a la altura de la cintura.

—Mierda —añadió Christopher—. ¿Has mandado ya a alguien a la cabaña de Conrad?

—No, quiero que vayáis los cuatro para allá inmediatamente y que me lo traigáis detenido, se ponga como se ponga. De todas formas, hay otro problema.

—¿Cuál? —preguntó Bill mientras arrugaba la frente con fuerza y

se sacaba un cigarrillo. Los dos brazos de ese paréntesis que se le formaba en la frente se acercaron hasta formar una sola arruga central.

Grayson miró al Catedrático con enfado, pero eludió decirle nada. Odiaba que fumase en el interior de las instalaciones, se lo había dicho un millón de veces, pero al Catedrático le entraba por un oído y le salía por otro. Él tenía sus métodos y sus manías. Una de ellas era fumar, sobre todo en los últimos tiempos.

—En cuanto me han llamado he comprobado yo mismo la actividad de la pulsera de control telemático de Conrad y... —Grayson movió el cuello hacia ambos lados denotando contrariedad—. Si no ha habido ningún error, Conrad no se ha movido de las inmediaciones de la cabaña en las últimas cuarenta y ocho horas. De todas formas, he pedido al departamento de telecomunicaciones que revisen a fondo la actividad de su localizador por si detectan algún error de lectura o anomalía que pueda decirnos algo. En cuanto me traigáis a Conrad, revisaremos también su pulsera *in situ* por si la ha manipulado de alguna forma.

Tanto Christopher como Bill se miraron con preocupación. Todo aquello estaba adquiriendo una sucia tonalidad que no les gustaba nada. Como una mancha de comida en una camisa blanca. Tanto el uno como el otro tuvieron la extraña sensación de estar justo en el centro de algo que ni tan siquiera alcanzaban a comprender.

Si se confirmaba que Conrad Jones tenía una «coartada» sólida, una de dos, o estaban frente a un imitador, o el verdadero asesino de dos mil once había vuelto y, obviamente, no era el escritor.

CAPÍTULO 22

Los personajes son lo más importante

—La historia que se cuenta es importante, por supuesto, Jaycee, muy importante, igual que lo son las tramas secundarias y cómo poco a poco todos los hilos se van entretejiendo hasta formar un bonito paisaje o algo parecido a un jersey de punto con un gran mandala en el centro, pero lo que verdaderamente diferencia una novela de otra, son sus personajes. Ellos son quienes hacen que todo cobre vida, ellos son su voz, son los que nos permiten entrar en la historia y viajar a través de ella. Sin personajes, la historia no sería más que una narración plana, sería como describir un paisaje o una fotografía para una clase de instituto. Y ahora viene lo más importante, lo más crucial, para coger al lector de la mano, hacer que nos siga al núcleo de la historia y conseguir, aunque solo sea por un momento, que se evada por completo de su vida y de la realidad, tenemos que hacer que los personajes de la historia sean tan reales como tú y como yo, tan cercanos que sientas lo que ellos sienten y veas lo que ellos ven. Solo así se puede llegar a escribir una novela de verdad, Jaycee, y solo a través del sacrificio les podremos otorgar la vida a nuestros personajes y que después ellos decidan lo que decidan, y que después ellos sean los que nos lleven hacia su propio final. Y el caso es que, como ya has podido comprobar ligeramente, para dar vida a nuestros personajes tenemos que convertirnos en ellos, meternos bajo su piel,

sentir lo que ellos sienten y experimentar lo que ellos experimentan. Solo así conseguiremos que la llama prenda y todo arda. ¿Entiendes ahora la importancia del trabajo de campo?

A Jaycee se le cerraban los ojos. Cansancio. Conrad le estaba exigiendo mucho, y no solo en el plano mental, sino también en lo físico.

—¿Vas a abrir otra botella ahora? —preguntó Jaycee sorprendida. En los últimos días de trabajo con Conrad había bebido tanto como en el resto de su vida.

—Es solo para el brindis, doctora. Las buenas noticias se celebran brindando con una copa, y últimamente hemos avanzado mucho, y eso es una buena noticia, sin lugar a dudas.

Jaycee bostezó y descartó rebatir a Conrad, que en un abrir y cerrar de ojos ya había llenado dos copas con un buen champagne francés.

Conrad se bebió la copa de un trago y Jaycee solo se remojó los labios, no le entraba nada más. En las últimas semanas Conrad había ido aumentando las dosis de alcohol ingerido de una forma casi prodigiosa. De pasar siete años tomando batidos nasogástricos había pasado a tomar varias latas de cerveza al día y, en los últimos días, había estado probándose con bebidas de mayor graduación. Había estado tonteando con el vino y el champagne y las sensaciones —a su modo de ver— habían sido positivas. La ginebra se la reservaba para el final.

—La noto un poco triste, doctora, ¿puedo saber qué le ocurre?

Quizá pueda ayudarla.

La preocupación de Jaycee no había hecho otra cosa que ir en aumento desde que dijo sí a ser su lectora cero. Estaba donde ella había elegido estar y con quien ella había elegido estar, solo que aquello no era lo que esperaba.

—Estoy un poco cansada, Conrad, creo que estoy empezando a acusar la fatiga y el exceso de alcohol. ¿Te importa si me marcho a casa? Me vendrá bien dormir unas horas, esta noche tengo guardia.

Conrad miró su reloj y vio que ya eran las diez de la mañana, el tiempo volaba. La noche se había esfumado delante de sus narices sin ni siquiera ser consciente. De pronto volvió a saberle mal no haberle dicho a la doctora ni una sola palabra de todo lo que había recordado durante los últimos días. El alcohol, lejos de nublarle la vista o el juicio, lo que había hecho era refrescarle la memoria, con cada copa sentía como si alguien le agitase la cabeza con las dos manos y eso provocase que le saliesen un par de recuerdos por las orejas. El problema era que los recuerdos no eran demasiado buenos. Eran gritos en el seno del hogar. Reproches. Eran insultos entre él y su ex mujer, a la que ya le había puesto cara en su cabeza desde hacía unos cuantos días. Un fuego cruzado en medio del cual se encontraban sus dos hijos, los cuales apenas los recordaba como una mancha en mitad de cada fotograma del pasado. Por supuesto que no le apetecía contarle nada de eso a la doctora, además, Kurt Elston había sido tajante en lo relativo a su amnesia, «si a tu cabeza le da por recordar algo, ni se te ocurra decirle nada a nadie, Con, a nadie. Eso forma parte de nuestra defensa. Que recuerdes no es bueno para nosotros en estos

momentos».

—Por supuesto, doctora, váyase a descansar. La jornada de trabajo ha sido más que productiva y, recuerde, Jaycee, todo esto lo hacemos por una razón, estamos escribiendo la mejor novela que jamás haya escrito antes nadie. Usted y yo.

Aquello le arrancó una sonrisa de orgullo y satisfacción a la joven doctora. Aunque por poco tiempo. Los dos se sobresaltaron al escuchar los ruidos que provenían del exterior de la cabaña. Conrad se acercó hasta una de las ventanas que daban al porche y apartó la cortina con una mano. Cerca de unas diez personas acababan de salir de tres coches que habían aparcado a unos cuantos metros de la cabaña. Los ojos de Conrad se abrieron de par en par. Problemas. Como era de esperar.

—Márchese por la puerta de atrás, doctora. Ya.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que estamos a punto de vivir un capítulo crucial en nuestra historia, Jaycee, pero es algo que tengo que vivir yo solo. De verdad, márchese por la puerta de atrás.

Los ojos de Jaycee brillaron en la sucia oscuridad del interior de la cabaña y trataron de buscar algo en la expresión de Conrad; solo encontraron una extraña expectación. Excitación. Algo cercano a la emoción.

Cogió su bolso y salió corriendo por la parte de atrás en busca de su coche. Hacía días que Conrad le había dicho dónde aparcar su Volvo y qué trayecto tenía que seguir para llegar y salir de allí sin ser

vista. Ella siempre pensó que lo hacía para salvaguardar su puesto como médica en el Emerson Hospital, pero ahora veía claro que no solo era eso. Tuvo la extraña certeza de que la llegada de los asaltantes no había sido ninguna sorpresa para Conrad.

En cuanto la doctora cerró la puerta de atrás, Conrad volvió asomarse a la ventana y pudo ver en un primer plano cómo impactaban sobre el porche de la cabaña los primeros cócteles molotov. Una fuerte llamarada brotó de cada una de ellos. Gritos. Olor a gasolina. Estaban furiosos. Sus miradas encendidas. Habían ido hasta allí para acabar con él. Dos de los hombres lanzaron sendas piedras que impactaron sobre los cristales de las ventanas de la fachada principal mientras otros dos seguían preparando bombas caseras. Su intención era quemarlo vivo. Calcinarlo en el interior de esa jaula de madera.

Conrad corrió hasta la puerta y se aseguró de que estaba bien cerrada. Por si acaso acercó una silla y la puso bajo el pomo. De todas formas, tenía claro que, si su intención era entrar, al final entrarían. Aunque la idea que esas personas tenían en mente no parecía ser exactamente esa. No eran asaltantes. Eran un grupo de personas empecinadas con hacer una barbacoa de escritor.

Se asomó por otra de las ventanas justo cuando otro de los cócteles estaba a punto de impactar. Se hizo a un lado con rapidez y vio cómo el cóctel atravesaba la ventana y estallaba contra el banco de la cocina, el cual empezó a arder con mucha intensidad. Se quedó medio embobado viendo cómo las llamas ascendían. Lenguas de fuego bailaban de forma caprichosa con un fulgor tambaleante. Se agachó y

volvió a asomarse por la ventana, solo un poco, lo justo para no ser el blanco de ningún lanzador de botellas de fuego. No quería perderse ni un solo detalle, lo que estaba viviendo, lo que estaba presenciando, no tenía precio, era algo que nunca, bajo ningún concepto, estaría dispuesto a hacer ninguno de sus colegas escritores. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa de orgullo y satisfacción. Hasta que vio que los hombres se estaban acercando aún más y uno de ellos había desembolsado una escopeta de caza mayor. En cuanto la terminó de cargar, la cerró de un golpe seco y apenas sin tiempo ni para apuntar, disparó dos veces. Conrad apoyó la espalda contra la cabaña y pudo sentir la vibración que a su espalda transmitía el impacto de los perdigones de plomo sobre la pared de la cabaña. Una nueva sonrisa se dibujó en su rostro. ¿Quién de mis colegas escritores ha sentido esto, eh quién? Se preguntó en silencio justo antes de que dos nuevos estruendos hicieran volar en mil pedazos los cristales de una de las pocas ventanas que quedaban intactas. Alzó un poco el cuello y le pareció vislumbrar una especie de lluvia de metralla. Otro cóctel entró como un cometa en el interior de la cabaña y la botella estalló con un ruido hueco cuando impactó contra el suelo. *Clonc*. Cientos de lágrimas de fuego brotaron del suelo como si fuesen los pétalos de una planta nacida en el infierno. De nuevo otros dos disparos. Las personas que estaban ahí fuera habían subido una marcha en su particular asedio.

Tanto el interior de la cabaña como sus paredes exteriores estaban empezando a arder con más fuerza, ya no era cosa de un par de conatos de incendio, la cabaña estaba ardiendo por completo. Calor.

Humo. Problemas de respiración. Conrad se dijo que había llegado el momento de huir, quería y necesitaba experiencias fuertes, pero necesitaba estar vivo para contarlas. Se levantó para correr hasta la puerta trasera por la que había huido Jaycee tan solo unos minutos antes, pero antes de dar un solo paso, un fuerte pedrazo impactó justo en el centro de su cabeza, el cual le abrió una pequeña brecha y le provocó un mareo tan intenso que tuvo que sentarse en el suelo para no caer. Se palpó la frente y notó los bordes de la gran herida que acaban de hacerle. Se dijo que tenía que taponarla de inmediato, pero la vista se le empezó a nublar con una rapidez alarmante. Dos nuevas botellas de alcohol surcaron el cielo del interior de la cabaña. Trató de levantarse, pero resbaló. Sudor y sangre. En las palmas de las manos se le clavaron un montón de cristales. Más sangre. Todo se empezó a llenar rápidamente de humo. Y es entonces cuando entendió que no solo estaba en un aprieto, sino a punto de morir. Empezó a toser con fuerza mientras todo a su alrededor estaba siendo invadido por un denso humo negro. Se levantó como pudo una vez más para tratar de dirigirse hacia esa puerta trasera, hacia su salvación, pero justo antes de llegar, otra piedra impactó en la parte de atrás de su cabeza. Cayó de bruces al suelo y se dio de lleno contra la pata de una silla.

Si antes tenía la vista borrosa, ahora ya no veía nada. Sus brazos y sus piernas no le respondían. Una cortina de sangre le cubría la frente y todo cuanto respiraba eran las partículas de ceniza y materia carbonizada, los deshechos de las llamas.

El pánico se empezó a apoderar de él y lo invadió el miedo más auténtico que jamás había sentido.

Sintió cómo las fuerzas empezaban a abandonarlo y cómo todo a su alrededor se empezaba a teñir de negro. Antes de desvanecerse, a lo lejos, le pareció oír sirenas policiales y el ruido de un camión de bomberos acercándose.

CAPÍTULO 23

Justo antes de que todo lo malo pasara

Luke Klein acababa de completar las primeras cien páginas de su manuscrito, de esa novela que les demostraría a todos, y sobre todo a Hanna y a sus hijos, que él era tan buen escritor como Conrad. Qué demonios, que él era mucho mejor que Conrad Jones.

Revisar, corregir y reescribir. Una y mil veces. Las que hiciesen falta para conseguir que las palabras volaran, que se deslizaran ante los ojos del lector como la estela plateada de un cometa. Ese era el verdadero oficio del escritor. Trabajar hasta desfallecer y sacarle tanto brillo a las frases y a las palabras hasta el punto de que lograsen deslumbrar. Hasta lograr en ellas ese resplandor único que solo el buen lector puede ver. El contenido era importante, por supuesto, de hecho, era vital, pero el continente tenía que ser como un cuadro de Miguel Ángel. De una belleza incalculable. Ese era su sello y por eso precisamente era por lo que no escribía al ritmo que lo hacían otros. Él se tomaba su tiempo porque se lo tomaba en serio. Las frases, las palabras, tenían que fluir, alcanzar esa magia que solo los grandes libros tenían. Y eso solo era posible cuando se respetaba a la escritura y se dejaban aparcadas las prisas y los plazos de publicación. Escribir una gran obra era totalmente incompatible con las fechas límite y con las revisiones y los cambios efectuados por terceras personas.

Siempre tuvo que soportar a Conrad alardeando sobre cómo se tenía que escribir, cómo daba lecciones sobre esto y aquello, como si él tuviese la llave de ese enorme secreto. Conrad siempre decía que las historias, los libros, tenían que cortar, tenían que tener un filo tan fino como el de una maquinilla de afeitar. Entrar en la mente del lector con la suavidad con la que un cuchillo de untar atraviesa la superficie de una tarrina de mantequilla. Pero él no opinaba exactamente igual. Las historias se tenían que cocinar a fuego lento, poco a poco, dejar que todos los ingredientes se juntasen bien unos con otros. Como en un buen cocido. Para él la escritura era algo así como un encantamiento, una sesión de hipnosis. Había que ir acercándose al lector poco a poco, ir conquistándolo con pequeños detalles, con palabras bonitas, con la fragancia de las páginas, hasta llegar a un final en el que caer irremediablemente, quedando atrapando para siempre en el interior de esa historia.

Antes de levantarse de la silla, se deleitó de nuevo ante su propia maestría y la perfección del último capítulo que había escrito. Eso le hizo sonreír como hacía tiempo que no lo hacía. Solo cuando había leído un capítulo varias veces sin haber realizado ni un solo cambio, era el momento de pasar al siguiente, y ese momento era el que estaba degustando con enorme placer antes de que Hanna irrumpiera en su estudio sin llamar. Estaba furiosa. Una mano en cada cadera. Estaba bella.

—¿Ya ha terminado el señorito de escribir?

—¿Qué ocurre, Hanna?

—Nada. No ocurre nada. El maldito Conrad acaba de asesinar a

otro niño tal y como yo dije que haría, pero no ocurre nada. Tus hijos, porque te recuerdo que a eso fue a lo que te comprometiste, a que fuesen tus hijos, están completamente aterrados. Están fuera de sí. Dana no levanta cabeza y aunque no me lo ha confesado, sus terrores nocturnos han regresado. Y Dylan… Dylan ya está exactamente igual que cuando te lo encontraste al llegar a esta casa, como si todo este tiempo no hubiese servido absolutamente de nada. ¿Y me preguntas qué ocurre? ¿Eres idiota, Luke?

Luke entrecerró los ojos cuando escuchó el primer insulto de Hanna. Hacía tiempo que no lo hacía. Apenas recordaba ya esa faceta suya, la destructora.

—Responde, Luke, ¿acaso eres un idiota?

Las pupilas de Hanna se movían de lado a lado. Los ojos de Luke, en cambio, estaban petrificados.

—¿Sabías que Dylan cuando no se encuentra desaparecido no quiere salir de su habitación? ¿Eh? Me parece que al menos podrías ir y tratar de hablar con él, ya que a mí no me hace caso.

Hanna redujo un poco el tono de sus palabras al ver la cara con la que la estaba mirando Luke. Nunca antes la había mirado de esa forma, pero eso no quitaba para que supiese igualmente reconocer el significado de esa cara. No era la primera vez que la veía, no en él, sino en otras personas. Y solo quería decir una cosa: cansancio de pareja. Luke se estaba agotando, y eso no era bueno, aparte de que no se lo esperaba, y menos ahora. Pensó que él era distinto, que él aguantaría, que la aguantaría.

Luke pasó junto a Hanna sin decir nada. Solo la miró de muy malas formas.

Se dirigió con paso lento a la habitación de Dylan y dio unos golpecitos sobre la puerta. Hanna recuperó un poco la respiración y bajó las escaleras presa de una silenciosa ira y haciendo un desproporcionado ruido con los pies al bajar cada uno de los escalones. Nunca llevó bien la frustración. Tampoco el rechazo.

—Eh, Dylan, sé que este es un momento duro para todos y que nadie quería que pasara algo así, pero te aseguro que te estás haciendo un flaco favor con esa actitud. ¿Quieres hablar, colega? —Luke acercó la cabeza a la puerta y esperó contestación.

Escuchó movimiento al otro lado de la puerta. Un movimiento que se detuvo en seco.

—Vamos, Dylan, colega, ¿te parece si hablamos un poco? Si te sirve de algo, no tengo ninguna duda de que todo esto se va a solucionar de un momento a otro y de que muy pronto todo volverá a la normalidad. Puedes contar con ello.

—Tú no sabes una mierda, Luke. Tú no tienes ni idea ni de lo que pasaba entonces ni de lo que está pasando ahora, tú no vivías aquí. Así que no te metas. Lárgate y déjanos en paz de una vez.

La voz de Dylan se escuchó a través de la puerta con asombrosa claridad. Luke arrugó la frente. Aquellas palabras le hicieron verdadero daño. Creía firmemente que entre él y Dylan había una auténtica relación de amistad, incluso cerca de lo que significa

realmente una relación padre-hijo.

—No me gusta que me hables así, Dylan, ni a tu madre tampoco. Será mejor que salgas y que hablemos cara a cara de todo esto. Sé que estás furioso y que estás confundido, pero el mundo es un lugar hostil del cual hemos de aprender a defendernos, no a escondernos.

Dylan abrió de pronto la puerta de su habitación y la reacción de Luke fue echarse un poco hacia atrás. Dylan era tan alto como él y al menos unos tres o cuatro dedos más ancho.

—Yo no me estoy escondiendo de nada, serás tú quien se está escondiendo. Y que te quede claro que tú no eres mi padre, ni tampoco el de Dana, nunca lo has sido y nunca lo serás, ¿te ha quedado claro? —dijo Dylan apuntándolo con un dedo. Luke se quedó mirándolo unos instantes. Tensión. El hijo mayor de su pareja pasó junto a él dándole un pequeño empujón con un hombro. Luke tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caerse de culo. Vio cómo Dylan bajaba las escaleras y cogía algo de dinero de la cartera de su madre.

—¿A dónde vas, Dylan? —Hanna salió de la cocina y trató de interceptar a su hijo.

—A donde me dé la gana —Dylan cerró la puerta de un portazo y Luke pudo ver desde la barandilla del piso de arriba cómo Hanna se llevaba una mano a la boca. Los ojos temblorosos.

Sin tiempo para asimilar el feo encontronazo con Dylan, Luke fue hasta el cuarto de Dana para probar suerte con la pequeña de la casa. Tocó a la puerta y esperó un par de segundos, pero nadie contestó. Giró el pomo y entró sin decir nada. Dana estaba tumbada en la cama

escribiendo en una especie de diario, llevaba los cascos de música puestos. Al advertir una presencia cercana a ella alzó el cuello y al verlo allí de pie se sobresaltó. Tenía ojeras y estaba pálida.

—¿Se puede saber qué quieres, Luke? ——preguntó Dana malhumorada.

—Tu madre me ha dicho que han vuelto los terrores nocturnos.

A Dana le cambió la cara. Luke nunca le había hablado de esa forma tan directa.

—¿Qué? Por supuesto que no.

Luke se acercó hasta ella y se cruzó de brazos. La miró con seriedad.

—Dana...

—¿Qué? —Elevó el tono con impertinencia.

—Puedes contármelo. Los terrores nocturnos son más normales de lo que parecen. Yo mismo pasé por algo similar cuando era un niño, no tiene por qué avergonzarte hablar de ello.

Dana se quedó mirándolo unos instantes y después movió el cuello hacia ambos lado mientras resoplaba.

—Que te den, Luke —dijo mientras volvía a ponerse los cascos—. No tienes ni idea de nada. Ve a ver qué recados hace falta que le hagas a mi madre, pero a mí déjame en paz.

Luke sintió cómo su tensión interior se elevaba. Lo de Dylan había sido ofensivo, molesto y humillante, pero lo de Dana no se lo hubiese esperado ni en un millón de años. En ese momento se sintió la persona menos querida y respetada de la Tierra. Algo en su interior zarandeó

sus cimientos con fuerza. Sin ni siquiera pensarlo, cogió a Dana por un brazo con firmeza, ella lo miró asustada.

—Que sea la última vez que me hablas así, Dana, yo no soy el esclavo de nadie ni el recadero de tu madre. Desde que he venido a esta casa lo único que he hecho ha sido intentar ayudaros a ti y a vuestra madre, pero por lo que veo tanto tú como tú hermano estáis tan mal educados que ni siquiera os llega para dar las gracias.

—Suéltame, me haces daño —Dana apretó los dientes y trató de tirar con su brazo para que Luke la soltara, cosa que hizo inmediatamente.

Salió de allí sin decir nada más y bajó las escaleras preso de una sensación de rabia e impotencia como hacía tiempo que no sentía.

—¿Tú también te largas? ¿A dónde se supone que vas?

Hanna salió a su paso en cuanto escuchó cómo abría la puerta de la calle.

Luke suspiró con un ligero temblor en el pecho. Contención. Su paciencia estaba al límite.

—Como ha dicho tu queridísimo y bien educado hijo, a donde me dé la gana.

Luke salió de allí sin ni siquiera saber a dónde ir y pudo escuchar cómo a lo lejos, se escuchaba a Hanna gritar con todas sus fuerzas.

Todo estaba adquiriendo un enfermizo regusto a punto de inflexión. A desgracias. La situación le recordó bastante a la que había en dos mil once, cuándo él y Hanna empezaron su relación, justo unos meses antes de que todo lo malo pasara.

CAPÍTULO 24

Repulsión

Lo primero que vio Conrad al abrir los ojos fue el rostro de Jaycee. Eso hizo que su cara se iluminara. Aunque rápidamente cayó en la cuenta de que a su lado también estaba la doctora Baker, tan seria como una noche cerrada y ataviada como siempre con una bata blanca abotonada hasta el cuello. No estaba ni en su cabaña ni en un hotel cinco estrellas, por supuesto que no, estaba en la habitación de un hospital, otra vez.

La doctora Baker sacó una linterna del tamaño de un bolígrafo y empezó a encenderla y apagarla apuntándolo a los ojos. Primero uno y después el otro. La reacción de Conrad no tardó en llegar.

—Vale, vale, ya es suficiente, ¿no? Por si no lo sabe, no es muy agradable que lo apunten con un trasto de esos una y otra vez —dijo Conrad apretando los párpados.

—Por si no lo sabe usted, la reacción de las pupilas ante un estímulo visual es una importante prueba inicial para saber si hay lesión cerebral o no —respondió la doctora Baker con malestar.

—¿Y bien? ¿Hay lesión?

—¿Recuerda cómo ha llegado hasta aquí? ¿Recuerda qué ha pasado?

—Supongo que en ambulancia. Lo último que recuerdo es a unos

cuantos lugareños prendiéndole fuego a mi casa conmigo dentro —Conrad cruzó una mirada con Jaycee, que se apresuró a emplearse a fondo con los documentos que sostenía sobre una carpeta negra.

—¿Y recuerda cómo se hizo las heridas de la cabeza? —preguntó de nuevo la doctora Baker.

Conrad se llevó ambas manos a la parte posterior de la cabeza y palpó con cuidado un par de apósitos. Luego se tocó el vendaje que le habían puesto en la frente.

—Al parecer no fue suficiente con el fuego, también empezaron a bombardearme con piedras. Al menos tres de ellas consiguieron alcanzarme, si no recuerdo mal ese fue el motivo por el que terminé perdiendo el conocimiento. Aunque tuve tiempo de escuchar cómo de fondo se acercaban los bomberos y una ambulancia. Algún buen samaritano debió llamarlos y evitó que acabasen calcinándome vivo —Conrad volvió a desviar una mirada fugaz en dirección a Jaycee, cuyo rostro se ruborizó mínimamente.

—Bien, tal y como ha dicho, tiene diversas heridas en la parte posterior de la cabeza y también una cerca de la frente que responden a un impacto similar al que produce una piedra. Ninguna de ellas parece revestir gravedad, y por lo que veo tampoco tiene problemas para recordar lo sucedido, así que de momento no le haremos ninguna otra prueba, ¿de acuerdo?

—Me parece genial, ¿eso significa que me puedo ir ya?

—Eso significa que la recomendación facultativa es tenerlo en observación al menos una noche, hay veces que los síntomas aparecen

en el transcurso de las veinticuatro horas siguientes al traumatismo, y usted ha tenido varios traumatismos. Además de las quemaduras que presenta en varias zonas de su cuerpo. Creo también que se puede aprovechar su estancia aquí para valorar su amnesia retrógrada, el estado de su lóbulo temporal. Por cierto, ¿ha conseguido recordar algo nuevo?

—Nada de nada, doctora, estoy completamente seco, todos esos recuerdos pertenecientes a todos esos años, están muertos como un campo yermo. Y en cuanto a lo de quedarme una noche aquí, agradezco mucho su preocupación, doctora, es usted muy amable, pero creo que prefiero irme a casa. Gracias.

La doctora Baker metió sus manos en los amplios bolsillos de la bata médica y miró a Conrad con reprobación.

—Usted verá lo que hace, señor Jones, si lo que quiere es el alta médica, en un momento se la preparo. De todos modos, si se siente mareado o confuso durante las siguientes horas, venga al hospital inmediatamente, ¿de acuerdo?

—No tenga la menor duda de que así será.

—Hasta luego, señor Jones —dijo la doctora Baker dándose la vuelta para salir.

—Hasta luego, doctoras —respondió Conrad buscando a Jaycee con la mirada, que se limitó a salir tras su jefa evitando cruzar una mirada sospechosa con su escritor predilecto.

En cuanto las doctoras salieron por la puerta, y sin tiempo ni para recolocarse la almohada, Kurt irrumpió con estrépito en la habitación.

Como siempre, todo en él olía a urgencia, a tiempo límite. El cuero cabelludo humedecido y rodales de sudor en la camisa.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado, Con?

Conrad miró a su abogado con perplejidad y por un instante sintió algo que, a la vez le era nuevo y a la vez reconocible: repulsión hacia la persona que tenía delante. ¿Sería ese el motivo por el que lo despidió en el pasado y cortaron la relación? ¿Porque sentía repulsión hacia él?

—Gracias por preguntar cómo estoy, Kurt.

El abogado cabeceó antes de volver a contractar.

—Perdona, Con, no he debido entrar así. ¿Cómo te encuentras? Aunque según he podido escuchar a ese par de batas blancas que acaban de salir, no tienes ninguna lesión que revista gravedad, ¿me equivoco? —dijo Kurt apuntando hacia la puerta con el pulgar de su mano derecha.

Y de nuevo, Conrad volvió a sentir lo mismo: repulsión hacia él. Le pareció que su único amigo, la persona que velaba por sus intereses, quería tener razón en todo y también se creía con el derecho a estar en posesión de cualquier tipo de información, como por ejemplo la relativa al estado de salud de una persona. Y esas eran dos de las características de una persona que más aborrecía.

—Veo que no has perdido el tiempo, efectivamente no tengo nada grave, aunque las doctoras opinan que debería pasar la noche en observación. ¿Tú qué opinas?

Kurt se pasó una mano por la papada.

—Opino lo mismo de siempre. Cuanto menos tiempo pases aquí a merced del equipo médico y sus artilugios de tortura legal, mejor. Pero el problema es que…

—¿Qué pasa?

—Tu cabaña no pasa por su mejor momento, como ya te puedes imaginar.

Conrad arqueó una ceja. Se había olvidado por completo de que el último recuerdo que tenía de su cabaña era estando siendo devorada por una tormenta de fuego y piedras. A continuación también recordó el manuscrito que escondía detrás de la chimenea y se le pasó por la cabeza la posibilidad de que el cuerpo de bomberos, o la policía, lo hubiesen podido encontrar, y eso le hizo sentir un frío polar que le erizó el vello de la piel.

—¿Qué ocurre, Con? Parece que acabas de ver un fantasma.

—¿En qué estado ha quedado exactamente mi cabaña? ¿No se ha salvado nada?

—Tu cabaña sigue ahí, por suerte los bomberos llegaron a tiempo y consiguieron sofocar el fuego con relativa rapidez, aun así, hay muchas cosas quemadas, muchas cosas rotas, y prácticamente todo el suelo de la planta baja y parte de la primera está lleno de piedras, cristales rotos, hollín y otro tipo de deshechos que se generan durante la sofocación del fuego; lo que no se come el fuego, lo engulle el agua. Así de simple.

—¿Puedes enviar a alguien a que limpie aquello a fondo? Necesito largarme de aquí cuanto antes, este sitio me pone enfermo. Además,

ya sabes que estoy trabajando en mi nueva novela, y que cuando yo trabajo, lo hago en serio —Conrad dijo aquello con una solemnidad que hasta él mismo se sorprendió. El Cuervo, no tanto.

—Puedo enviar a alguien, desde luego, aunque milagros a Lourdes.

—Faltaría más.

—Por cierto, volviendo a la primera pregunta, ¿hay algo que deba saber con relación al asalto?

—¿A qué te refieres?

—A si hubo algún tipo de desencadenante.

—Se presentaron sin más, ¿no era eso lo que tú mismo ya habías augurado?

—Sí, pero… ¿no hubo provocación previa? —Kurt agachó la mirada tras esas palabras, pero aun así podía sentir los ojos de Conrad clavándose en él.

—¿Provocación? ¿De qué estás hablando, Kurt? ¿Qué tipo de broma es esta?

—Nada, nada, perdona, hombre, ya sabes que yo lo pregunto todo, por si acaso, no hay mala intención, eso nunca. Pero ya sabes que, si ha ocurrido algo con lo que nos puedan joder, debo saberlo. Queda menos de una semana para el juicio y no me gustaría que la fastidiáramos por una tontería. Ah, una cosa más, el inspector Lowell está ahí fuera con sus dos perros, quieren hacerte un par de preguntas relacionadas con el asalto. Los asaltantes llevaban el rostro cubierto por un pañuelo y una capucha, pero al parecer han pescado a dos. Te

preguntarán si quieres presentar denuncia, tú les respondes que obviamente, sí. Se enfrentan a cargos de tentativa de asesinato, incendio provocado, invasión de la propiedad y un delito contra el medio ambiente. Como puedes imaginar, esto puede ser muy bueno para nosotros. Por no hablar de la nueva víctima, obviamente ni has oído nada ni conocías de nada su entorno, no a todo. Demos gracias a que llevabas la pulsera telemática, estos trastos no fallan y es suficiente para demostrar que tú no eres sospechoso de nada, algo que, además, les hará ver de una vez que el verdadero asesinó está ahí fuera, y que no tiene nada que ver contigo. No retrocedas ni un paso con el moribundo Lowell, no tiene mucho que perder y si te muestras débil te morderá el cuello sin dudarlo.

—De acuerdo. Y tú no olvides enviar a un equipo de limpieza para que adecenten la cabaña lo más rápido posible. En cuanto acabe con el inspector, pediré el alta y me marcharé de aquí.

—Claro, Con, lo entiendo. Hablamos más tarde. Y recuerda descansar un poco, la cabeza funciona mejor cuando está despejada —dijo Kurt apuntando al centro de su cabeza, esta vez con el dedo índice de su mano derecha.

Las últimas palabras del abogado no sentaron muy bien a Conrad. Le sonaron a una especie de aviso, de advertencia. Recordó aquello de no salirse del jardín, recordó su trastorno esquizotípico, el manuscrito que escondía tras la chimenea y los crímenes que en él se relataban. Y todo eso hizo que sintiese náuseas. Temor a no saber quién era en realidad, a no tener el control sobre sí mismo.

Antes de pensar en nada más, el inspector Lowell, acompañado

por los agentes Rine y Hills, pidieron permiso para entrar. Y la conversación que tuvieron a continuación transcurrió más o menos por los mismos cauces que el Cuervo predijo, y él se ciñó a lo que Kurt le había dicho que dijese. Nuevamente sintió la extraña sensación de que en su vida, su abogado mandaba más que él.

Apenas un par de horas después, recibió el alta médica y pudo poner rumbo a su cabaña sin saber muy bien si ya se podría entrar o aún tendría que esperar alguna que otra hora más. De camino allí, con la cabeza más despejada, empezó a pensar en quién podría ser el asesino de esa nueva víctima, en si sería la misma persona que las víctimas por las que él fue acusado y casi asesinado. Y eso no hizo otra cosa que hacer girar a más revoluciones el motor de su nueva novela, el núcleo a partir del cual giraba todo lo demás; sus ansias de venganza eran aun más grandes que antes. Las personas que le habían hecho eso lo pagarían muy caro.

CAPÍTULO 25

La nueva víctima

La muerte de Kevin Lineheart había dejado a todo Concord sumido en un estado de psicosis y de ansiedad cercano al caos total.

El miedo a que se repitiese otra vez la serie de 2011 se había extendido en cada una de las familias con niños y niñas pequeños, a pesar de que el jefe de policía Grayson y el resto de fuerzas policiales insistían en que había que mantener la calma y conservar la tranquilidad, porque, según él, muy pronto darían con el responsable.

Al principio todo el mundo pensó en Conrad, como es lógico. Y ese fue el motivo por el que unos cuantos padres, madres, hermanos y hermanas decidieron tomarse la justicia por su mano y acabar con el problema de raíz. Aunque el verdadero problema llegó cuando a la prensa local se filtró la información de que Conrad, según la pulsera telemática que llevaba puesta día y noche, no se había movido de la cabaña en las últimas veinticuatro horas, menos aún se había acercado al bosque Hapgood, lugar donde habían encontrado a Kevin. Así que, por un lado estaban las personas que aún así seguían pensando que el responsable había sido Conrad, a pesar de lo que dijese su pulsera, y por otro lado estaban aquellos que estaban empezando a sospechar de todo el mundo. Si no era Conrad, ¿entonces quién era? Pero sobre todo se preguntaban si el escritor fue acusado injustamente en 2011,

en cuyo caso, el verdadero asesino llevaría siete años suelto y libre de toda culpa.

Tal y como habían quedado antes de que Conrad fuese asaltado, y una vez calmados un poco los ánimos en comisaría, Christopher siguió la hoja de ruta y fue a ver a Hanna para mantener con ella una nueva conversación. Y lo hizo desoyendo al Catedrático, que le había sugerido en varias ocasiones que sería conveniente que las entrevistas con la señora Flanagan se hiciesen en terreno neutral, a poder ser en comisaría, pero nunca en su casa.

Pero de momento, para Christopher pesaba más el miedo a ofender a Hanna que el miedo a ofender a Bill Lowell. Desde el día que la conoció, que fue el primer día de instituto de Hanna, sintió algo extraño que todavía no había sabido descifrar y que de algún modo le atraía. Esa chica tenía algo diferente, algo especial, un carisma distinto al del resto de chicos y chicas del pueblo. Y al parecer no fue Christopher el único en percibirlo, a Hanna le llevó apenas un par de semanas convertirse en una de las chicas más populares de toda la secundaria y unos pocos meses más en ser el centro de atención de gran parte de la población juvenil masculina.

Antes de tocar al timbre, como siempre, Christopher se estiró un poco la camisa y se atusó el pelo. Previamente, en el coche, se había echado un poco de colonia barata.

Hanna no tardó mucho en abrir la puerta, cualquiera diría que estaba haciendo guardia junto a la mirilla. Cuando sus ojos se cruzaron con los del inspector, en su rostro se dibujaron unas cuantas muecas en cuestión de unos pocos segundos. Sorpresa, cansancio,

tristeza y, para finalizar, una sonrisa embaucadora y muy cercana.

—Christopher, gracias por venir, no sabes lo asustada que estoy —dijo Hanna apenas un instante antes de lanzarse a los brazos del inspector, quien no pudo evitar volver a sentir ese agradable y embriagador cosquilleo en el abdomen que sentía siempre que entraba en contacto con ella—. Pasa, hablemos dentro.

El inspector Ran tomó asiento en la esquina del sofá que miraba hacia la puerta y hacia las escaleras de la casa. Siempre que podía, le gustaba tener una visión amplia de su alrededor, pero sobre todo, ansiaba tener controladas las entradas y salidas del lugar en el que se encontrase.

—¿Te puedes creer que con la que está cayendo ni mis hijos ni Luke están casa? A veces pienso que soy la única con miedo a que pueda pasarnos algo, que todo está en mi cabeza. En fin, ¿puedo ofrecerte algo de beber, Christopher? Yo iba a tomarme un café, si te apetece puedo servirte uno.

—De acuerdo, un café siempre me va bien.

—¿Lo tomas solo, verdad?

—Así es, buena memoria.

Hanna sonrió con dulzura y desapareció del salón contoneando sutilmente las caderas. A su paso dejó la misma fragancia de siempre. Un aroma dulce, afrutado, fresco. Daba la impresión de que ese perfume, el mismo que llevaba utilizando desde que la conocía, olía especialmente bien en ella.

Hanna no tardó en regresar con una elegante bandeja de plata.

Sirvió los dos cafés y se sentó en el mismo sofá en el que estaba sentado Christopher.

Antes de decir nada, se llevó una mano al pecho y empezó a negar con la cabeza.

—No puedo entenderlo, no puedo entender cómo lo ha hecho, cómo ha sido capaz. ¿Ya lo habéis detenido?

Christopher sorbió un poco de su taza y paladeó el regusto amargo del café. Quemaba. No quería decepcionar ni hacer sentir mal a la mujer que tenía delante, pero lo que tampoco podía hacer era mentirle.

—De momento no hay pruebas contra él. La pulsera telemática que le instalaron en la propia comisaría dice que no se ha movido de la cabaña en las últimas veinticuatro horas, tampoco se ha acercado al lugar donde fue encontrada la víctima, así que, de momento, como digo, no hay nada que lo relacione con Kevin Lineheart, que así es como se llamaba el chico que han encontrado en el bosque.

Hanna escuchó boquiabierta las palabras de Christopher. Después hizo ademán de replicar con su habitual tono vehemente, pero en lugar de eso, se llevó las dos manos al rostro y estalló en un llanto ahogado.

—¿Es que esto no va a acabar nunca, Christopher? ¿Siempre va a ser así, siempre se va a salir con la suya? Yo ya no puedo más, de verdad que no puedo —Hanna hablaba entre lamentos. Las lágrimas no tardaron en humedecer su rostro. Sus mejillas se avivaron y, casi sin querer, se acercó aún más hasta donde estaba Christopher, que no

dudó en estrecharla de nuevo entre sus brazos. Otra vez, ese juvenil cosquilleo lo empezó a invadir por dentro. Pasó una mano por su espalda y dejó que se desahogara.

—Por supuesto que terminará, y te aseguro que esta vez será para siempre —dijo Christopher con rotundidad.

—¿En serio?

—Que no te quepa la menor duda.

—No sé qué haría si le pasase algo a algunos de mis hijos, Christopher, no lo soportaría.

—No les pasará nada, tranquila.

—¿De verdad?

—Tienes mi palabra.

—Gracias, Chris, no sé qué haría sin ti, eres… eres un auténtico cielo —Hanna acarició el rostro de Christopher con ambas manos, que se limitó a sonreír como un imberbe que todavía está empezando a lidiar con las hormonas de la adolescencia. Al lado de Hanna siempre se había sentido como embrujado, pero tenía la impresión de que ese poder que ella ejercía sobre él era ahora todavía mayor.

—No hay de qué, Hanna, solo hago mi trabajo lo mejor que puedo.

—Y lo haces genial, no como ese estúpido del inspector Lowell, no sabes lo grosero y maleducado que fue conmigo en comisaría. Creo que nunca me habían hecho sentir tan mal.

—Siento que te hiciese pasar un mal rato, Hanna, pero si te sirve de algo, no creo que haya nada personal. Bill solo intenta hacer su

trabajo lo mejor que puede, supongo que como hacemos todos. No es un mal hombre.

—Sí, pero hay formas y formas, y me parece que hacerme sentir como si yo fuese la sospechosa de algo después de todo lo que mis hijos y yo hemos pasado, es una línea que no debería haber cruzado.

—Entiendo, Hanna, y lo siento, espero que no vuelva a ocurrir.

—Yo también lo espero. Si alguien de la comisaría tiene algo que decirme o que preguntarme, quiero que ese alguien seas tú, Christopher, como siempre. Eres la única persona en quien confío, el único de quien me puedo fiar.

—Entiendo, Hanna, y te prometo que haré todo lo posible porque así sea.

—Gracias, Chris. De verdad que gracias.

—No hay de qué.

Hanna, ya más tranquila, asintió y aprovechó para terminarse el café. Christopher la imitó e hizo lo propio, inmediatamente recordó que había ido hasta la casa de esa mujer para hacerle unas cuantas preguntas sobre su pasado, pero tras cómo había transcurrido la conversación hasta el momento, dudaba sobre cómo hacerlo sin ofenderla, sin molestarla. Así que trató de buscar el tono, o mejor, buscar la forma de conectar con ella sin que se sintiese aludida. A veces todo es cuestión de entrar por el ángulo correcto.

—Verás, Hanna, como ya sabes, no tenemos demasiado en estos momentos. Hemos buscado en la cabaña y me consta que unos cuantos policías también pusieron tu casa patas arriba, pero tampoco

nada. No hemos obtenido nuevas pruebas que podamos utilizar en contra de Conrad. Por eso es muy importante que aunemos esfuerzos y encontremos algo cuanto antes. Quedan menos de dos meses para el juicio y tenemos una nueva víctima que lamentar, así que hemos de ser rápidos y muy efectivos para terminar con esto cuanto antes y no tengamos que llorar ninguna muerte más.

Hanna asintió sin saber muy bien por dónde iba Christopher, pero le dio la impresión de que aquello solo era el preámbulo para decirle otra cosa.

—Claro, por supuesto. Yo soy la primera interesada en que esto termine cuanto antes, así que si puedo hacer algo por ayudar, estaré encantada de hacerlo.

—No esperaba menos, Hanna. En estos momentos estamos tratando de seguir una línea de investigación que pone el foco en recuperar todos los datos posibles de Conrad y de su entorno durante los meses previos a los trágicos hechos de dos mil once, y eso incluye irremediablemente que hablemos sobre cómo era Conrad, sobre cómo se comportaba contigo y con los niños, sobre qué tipo de costumbres tenía y si habría la posibilidad de que tuviese algún tipo de refugio o propiedad que desconociésemos en su día y que podría haber estado utilizando, tanto entonces como ahora.

Hanna arrugó un poco el entrecejo y se cruzó de brazos, juntando sus pechos. Luego asintió.

—Puedes preguntarme lo que quieras, a ti te responderé a cualquier cosa que me preguntes.

A Conrad le pareció ver un sutil candor en las mejillas de Hanna. También un suave fulgor en sus ojos. De nuevo sintió ese cosquilleo en el abdomen, y eso que esta vez ni siquiera lo había tocado.

—Bill Lowell me habló del método de escritura de Conrad y tus sospechas acerca de que la novela que estaba escribiendo en ese momento podría estar relacionada con las cuatro víctimas de 2011. Mi pregunta es, ¿viste en algún momento algún fragmento o parte de esa nueva novela?

Hanna miró al infinito y se abrazó a sí misma como si acabase de sentir una gélida ráfaga de viento. Después miró a Christopher con el rostro lleno de contrariedad.

—No te voy a mentir, Chris. No sabría decir con exactitud lo que vi o no vi. Conrad era muy receloso con las novelas que escribía. Desde el primer día siempre me dejó claro que odiaba que alguien leyese una sola página de aquello que estaba escribiendo. Hasta que la novela no estaba terminada, era alto secreto. Decía que una minúscula intromisión podía gafarle la novela, aunque si quieres que te diga la verdad, yo creo que solo era otra de sus manías. Una más.

—¿Eso significa que, a pesar de su reticencia, sí pudiste leer algo?

Hanna volvió a titubear antes de responder.

—Sí, más o menos. Te mentiría si te dijese que cumplí a pies juntillas con esa exigencia suya de no leer nada hasta el final. Te mentiría porque no es cierto. Si hay algo de lo que peco a veces es de exceso de curiosidad, sobre todo por aquello a lo que se dedican o hacen las personas con las que convivo. Y cuando Conrad se dejaba

alguna vez algo por ahí suelto, una página, su bloc de notas, su portátil… —Hanna hizo una pausa y agachó un poco la cabeza. Sentía vergüenza—. He de confesar que a veces le pegaba un vistazo, era algo como un reflejo, algo que ni tan siquiera pensaba. Y sí, leí alguna que otra página de la novela que estaba escribiendo en 2011, y puedo decir que no fue agradable.

Christopher infló el pecho de aire y, por primera vez desde que había sido readmitido como inspector, se sintió bien haciendo su trabajo. Sintió que tal vez todavía tenía cosas buenas por hacer, que todavía podía hacer cosas que valiesen realmente la pena.

—¿A qué te refieres con que no fue agradable?

—A que hablaba de dolor, sufrimiento, muertes. Hablaba de una serie de víctimas menores de edad. Como te he dicho, no leí mucho, pero por lo poco que pude leer me pareció que era lo más terrorífico que había escrito hasta la fecha y, sobre todo, lo más real.

Christopher pensó un par de segundos en las palabras de Hanna. Y se preguntó de nuevo por qué no habló de eso en 2011. Pero prefirió no hacer mención alguna a ese detalle.

—Te lo preguntaré sin titubeos, Hanna, ¿crees que Conrad podría haber estado escribiendo una novela inspirándose en sus propios crímenes? ¿Crees que mataba para después escribir sobre ello?

La directa y cruda pregunta del inspector Ran cogió a Hanna por sorpresa, en cuyo rostro se dibujó una expresión de repugnancia total. Luego se encogió de hombros y se tapó la cara entre sollozos.

—Todavía me cuesta creer que Conrad fuese capaz de haber

asesinado a cuatro inocentes niños delante de mis narices y que yo no hubiese sido capaz de darme cuenta hasta el final, así que, a la pregunta de si estaba escribiendo una novela inspirada en sus propios crímenes, te diría que, ¿por qué no? En realidad ahora que lo veo con perspectiva, todo cuadra, tiene su lógica. Fue poco a poco cruzando líneas morales hasta convertirse en el monstruo que ahora es.

Christopher asintió mientras jugueteaba con la elegante taza de café vacía que sostenía entre las manos.

—¿Y no se te ocurre ningún lugar donde Conrad pudiese haber guardado el manuscrito de esa nueva novela? En su día no encontramos ni su portátil, ni libretas de anotaciones, ni nada por el estilo. Solo la máquina de escribir que tenía en la cabaña, pero no estamos seguros de que la utilizase para escribir con ella sus novelas, puede que la utilizase para escribir alguna que otra página, para calentar los dedos, como puro ejercicio de curiosidad, quién sabe. Pero no para escribir una novela entera.

—Sé lo mismo que tú, a veces escribía aquí, en su estudio, y otras veces se confinaba en su cabaña. Que yo sepa no tenía ningún otro sitio. Del portátil o las pruebas de impresión que a veces hacía tampoco tengo la menor idea. Lo siento, ojalá pudiese aportar algo más.

—Tranquila. Ese portátil y lo que estuviese Conrad en ese momento debe estar en algún sitio, y todo es cuestión de tiempo que demos con él. Déjame mover unos cuantos hilos, a ver si con alguno de ellos damos con ese lugar.

—Desde luego que si alguien puede dar con él, ese alguien eres tú,

Chris —dijo Hanna mirando al inspector Ran con ternura, que asintió agradecido.

—Cambiando de tema, según tenemos entendido, la relación entre Conrad y Katherine Wolfe, su agente literaria, se deterioró hasta tal punto que Conrad acabó despidiéndola justo antes de publicar su última novela, «Frente a ti, el abismo». Al parecer no acabaron demasiado bien. Entiendo que después de varios años de matrimonio conocerías a la señora Wolfe, ¿podrías hablarme un poco de ella y de cómo era su relación con Conrad? Pero sobre todo, ¿crees que podrían haber limado asperezas antes de los hechos de dos mil once? ¿Sabes si Conrad tenía un nuevo agente?

—Lo creas o no, yo apenas hablé con Katherine una o dos veces. Como ya sabes, Conrad era muy reservado con todo lo relacionado con su escritura. Así que no puedo decir mucho de esa mujer aparte de que tenía un carácter bastante fuerte, hablaba con mucha determinación y seguridad en sí misma, era educada, respetuosa, tenía muy buen saber estar y una presencia bastante llamativa, he de decir que se arreglaba bastante y que daba la impresión de ser una de esas personas que siempre consiguen lo que quieren y que no están hechas para aguantar, si algo no les gusta, si las tratan mal, al final se van. En fin, dudo mucho que arreglasen las cosas. Conrad era muy orgulloso y por lo poco que pude ver, ella también. Si discutieron, discutidos estarían.

—Entiendo. ¿Y no sabes si Conrad contrató a un nuevo agente? Por lo que tengo entendido, en el mundillo literario sin un agente es difícil moverse, es como la persona de confianza de los escritores,

¿no?

Hanna titubeó antes de responder.

—No lo creas, cada vez hay más escritores y escritoras que no tienen agente y se saben mover y vender muy bien. Conrad conocía a tanta gente relacionada con las editoriales que no creo que hubiese tenido problemas para mover sus propios libros, y me da que esa fue la razón por la que, que yo sepa, no contrató a nadie más después de Katherine, al menos a mí nunca me dijo nada.

—¿Y qué me dices de su abogado, ese tal Kurt Elston?

—¿Qué ocurre con él?

—¿Lo conocías?

—Sí, claro. Kurt y Conrad eran íntimos, pero me temo que su relación acabó aún peor. La misma historia que con Katherine. Conrad empezó a tratarlo mal y a acusarlo de cosas que no eran ciertas y acabó por despedirlo. Kurt, por su parte, tampoco se fue por la puerta de atrás, sino haciendo ruido. Él también tiene un carácter fuerte, diría que más que Katherine.

—¿Y cuándo dirías que discutieron, mucho antes del suceso de dos mil once?

—Al menos uno o dos años antes. Discutió con él antes que con Katherine.

—Ya, entiendo. Imagino que es absurdo preguntar si es posible que Conrad le confiase a Kurt el manuscrito de esa novela que estaba escribiendo.

—Bastante absurdo, Chris, efectivamente. Lo que no sé es por qué

Kurt ha accedido a representar de nuevo a Conrad, con lo mal que acabaron. Supongo que tal vez por pena, aunque a lo mejor es por esa extraña camaradería que a veces tenéis los hombres que os impide manteneros firmes en las decisiones más importantes.

El inspector Ran percibió cierto atisbo a reproche y rencor hacia el género masculino, pero prefirió no entrar en ese debate en ese momento. ¿Para qué?

—Bien, Hanna, ya estoy terminando, esta pregunta es un poco delicada.

—Dispara, estoy preparada.

—¿Sabes si es posible que Conrad tuviese una amiga un poco especial por aquel entonces? Ya sabes…

—Sí, ya sé, y no hace falta que te andes por las ramas, Chris. Nos conocemos y no soy estúpida. Que yo sepa Conrad no tenía ninguna amante, pero no podría afirmarlo con rotundidad. ¿Pensáis que la tenía?

—Ni lo pensamos ni lo dejamos de pensar, es solo una posibilidad más.

—Ya, claro.

El teléfono de Christopher empezó a sonar, era Bill. Rechazó la llamada, rehusaba mantener conversaciones oficiales delante de terceras personas.

—Me voy a tener que marchar ya, Hanna, pero te llamo con lo que sea.

—¿Tu jefe te reclama? —dijo Hanna con cierta tirantez. El

inspector Ran sonrió desde la experiencia del que ya no se ofende tan fácilmente.

—El inspector Bill Lowell no es mi jefe, Hanna, sino mi compañero. Ah, se me olvidaba, llamaremos a Dylan y a Dana, también queremos hacerles unas cuantas preguntas sobre la imagen que tenían de su padre y cómo era su relación, algo fácil y rápido.

—Claro, si es en mi presencia y lo haces tú, no habrá problema.

Christopher sonrió mientras se levantaba para dirigirse a la puerta.

—Así será, Hanna, ha sido un placer hablar contigo, si necesitas algo, tienes mi número.

Hanna acompañó a Christopher hasta la puerta con una sensación extraña en el cuerpo. ¿Se le estaba escapando algo? ¿Estaban bien ella y el inspector Ran?

En cuanto Christopher se sentó al volante de su viejo coche, se masajeó las sienes y paladeó un regusto agridulce en el cielo de la boca. Había algo en la conversación con Hanna que no le había dejado muy buen cuerpo. Si realmente vio parte de lo que estaba escribiendo Conrad antes del suceso, ¿por qué nunca dijo nada?

Antes de arrancar, Bill Lowell volvió a llamar, pero en esta ocasión sí aceptó su llamada.

CAPÍTULO 26

Algo está volviendo

—Al fin respondes —dijo Bill con malhumor en cuanto Christopher descolgó el teléfono.

—Perdone, inspector Lowell, estaba entrevistando a Hanna Flanagan, pero ya he terminado.

Bill hizo una pausa antes de responder. Imaginó que esa entrevista había tenido lugar en el domicilio de la ex mujer de Conrad Jones, porque en comisaría, que es donde él se encontraba, no había tenido lugar ningún interrogatorio o toma de declaración en las últimas horas.

—Creí que habíamos quedado en que las entrevistas, declaraciones o como quiera llamarlo, se harían en un lugar neutral.

—Lo sé, inspector Lowell, pero confíe en mí, conozco muy bien a Hanna y sé cómo tratarla, y créame, es mejor tenerla de nuestra parte que contra nosotros.

Bill Lowell suspiró al otro lado de la línea.

—¿Le ha contado algo importante?

—Poca cosa. Lo más relevante es que, según dice, en dos mil once podría haber visto alguna que otra página de la novela que en ese momento estaba escribiendo Conrad y que esa novela hablaba precisamente de una serie de horribles crímenes cuyas víctimas eran

menores de edad.

Bill Lowell hizo una nueva pausa para digerir las palabras de Christopher. La historia esa del peculiar método de escritura que, según Hanna Flanagan, tenía su ex marido, no terminaba de convencerle, entre otras cosas porque no lo había mencionado nunca hasta ese momento, al igual que lo que acababa de contar acerca de la presunta novela que estaba escribiendo justo antes de que un disparo lo dejara en coma. Tenía la impresión de que esa mujer, cada vez que le preguntaban, añadía un ingrediente nuevo a su historia.

—Y por supuesto, tampoco tiene ni idea de dónde podría estar ahora esa novela sin terminar, ¿me equivoco?

—No se equivoca, pero eso no significa que esa novela no exista.

—Yo no he dicho eso.

—Ya. Bueno, creo que sería conveniente profundizar más sobre las personas cercanas a Conrad en dos mil once, tratar de buscar el lugar donde podría estar su portátil y también todo lo relacionado con lo que estaba escribiendo en ese momento, con independencia de si describía o no las muertes de los niños. Lo que está claro es que el portátil de Conrad nunca apareció, así que, o bien alguien lo destruyó, y ese alguien podría ser él mismo, o tiene que estar en algún sitio, llámalo corazonada o intuición, pero yo me decanto por la segunda opción, creo que ese ordenador, y todo lo que contenía, todavía existe en algún lugar, y creo que su entorno más cercano podría darnos más pistas sobre ese lugar. ¿Le parece si hablo con su antigua agente, con Katherine Wolfe? Creo que debía conocer lo suficiente a Conrad como para darnos más información de la que hasta ahora nos ha dado

Hanna, al menos en lo relacionado a temas literarios.

Bill pensó su respuesta un par de segundos. No estaba seguro de que el inspector Ran fuese el más adecuado para hablar con la antigua agente de Conrad Jones, pero por otra parte, había algo en él que le inspiraba cierta inocencia, y también cierta fuerza.

—Está bien, hable con ella cuanto antes, a ver qué le cuenta. Yo y los chicos acabamos de hablar con los padres de Kevin Lineheart. Todavía es pronto, pero al parecer el perfil de la familia guarda cierto parecido con el perfil de las familias de las cuatro víctimas de dos mil once. Habrá que ahondar más en esa cuestión. De momento ya hemos localizado a una de las dos familias que ya no viven en Concord y a las que les habíamos perdido la pista, concretamente la familia de la víctima número cuatro, faltaría por dar con la de la número tres.

—¿A qué perfil se refiere? —preguntó Christopher con interés. En dos mil once él no llegó a muchas conclusiones relacionadas con el perfil de las familias.

—Familia de bajos recursos económicos, núcleo paterno desestructurado o semi desestructurado, entorno desfavorecido, bajo interés por la educación de los hijos, a ese perfil me refiero. Dejadez por la vida, por la familia.

Christopher se quedó pensando unos segundos en el perfil que Bill le había descrito, ¿podría considerarse que las víctimas tenían ese patrón en común, y en ese caso, podría esconder ese patrón algo más importante y relevante? ¿O simplemente la persona que estaba detrás de esas muertes había escogido ese tipo de familias porque había encontrado en ellas un blanco más fácil al que atacar? Christopher,

que poco a poco empezaba a tener la mente más clara, recordó que, en su día, él pensó en esa segunda posibilidad; en que el perfil de las familias de las víctimas era algo anecdótico, un blanco fácil al que atacar. En cambio, ahora, tras escuchar la determinación al hablar del Catedrático, la cosa ya no estaba tan clara.

—¿Cree que ese perfil podría estar relacionado con el motivo por el que esas víctimas fueron escogidas?

—Puede, de momento todavía es pronto para saberlo, como ya le he dicho, hay que ahondar más en esa cuestión. Le tengo que dejar, los chicos y yo vamos a entrar a ver a Conrad antes de que le den el alta en el hospital y después iremos hasta Plymouth, que es donde ahora vive la familia de la víctima número cuatro.

—De acuerdo, inspector Lowell, hablamos más tarde, yo trataré de ponerme en contacto con Katherine Wolfe para ver cuándo podemos vernos.

—No trate de ponerse en contacto con ella, inspector Ran, hágalo, y haga que le cuente todo lo que sepa de Conrad cuanto antes —dijo Bill con sobriedad.

—Claro, Bill, hablaré con ella. Hasta luego.

Bill Lowell cortó la llamada y Christopher sintió algo que hacía tiempo que no sentía; dolor en su amor propio. Al principio de la investigación se encontraba tan débil que no se sentía con fuerzas para defenderse, ni siquiera para protegerse, de hecho, hasta llegó a pensar que merecía el trato que recibía por todas partes, pero a cada minuto que pasaba sentía que algo en su interior estaba volviendo, y ese algo

no iba dejar que ni Bill, ni Hanna, ni nadie, siguieran tratándolo con desprecio. Las cosas iban a empezar a cambiar radicalmente a partir de ya. Y con ese imponente pensamiento puso rumbo hacia Boston, donde estaba el domicilio de Katherine Wolfe. Y tal y como le había dicho al inspector Lowell, no se iría de allí sin hablar con ella.

Justo antes de llegar, recibió un extraño mensaje de su hermana, quería hablar con él para contarle algo que le había pasado a una de sus dos hijas, concretamente a la pequeña. Rachel y Aurora eran las dos únicas sobrinas que tenía Christopher, y eran junto a su hermana, la única familia que le quedaba, lo que más quería en el mundo.

CAPÍTULO 27

De vuelta a la cabaña

A punto de llegar a la cabaña, Conrad no dejó de darle vueltas a quién podría ser la persona que estaba detrás de todo aquello, al menos de la muerte de Kevin Lineheart, pero también estuvo ahondando en la batería de preguntas a la que el inspector Bill Lowell y sus dos sabuesos lo habían sometido antes de marcharse del hospital.

Lo mejor de todo había sido el nuevo tono con el que el inspector al mando se había estado dirigiendo a él. Ya no lo miraban ni le hablaban como a un asesino implacable, ahora más bien lo miraban con ciertas reservas. Con cautela. La pulsera telemática, que la propia policía le había puesto, hablaba por sí sola; él no se había movido de la cabaña como quien dice en los últimos dos días. Aun así, los agentes Rine y Hills, los dos ex militares conocidos por su escasa amabilidad, le habían dejado caer que estaban revisando a fondo los archivos informáticos en los que la pulsera registraba los datos de control de posicionamiento por si había habido algún tipo de incidencia. Es decir, le habían dejado caer que no se confiara demasiado, porque, aun no siendo él el autor del asesinato de la nueva víctima, todavía seguía siendo el principal sospechoso de las víctimas de dos mil once. También le habían preguntado si tenía alguna idea de quién podría haber cometido ese crimen, ya que, entre las opciones que ahora mismo estaban contemplando, existía la posibilidad de que se tratase

de un imitador, y los imitadores, a menudo, tendían a informar o a ponerse en contacto con la persona a la que idolatraban y, por tanto, imitaban. Conrad se tomó esto último a broma, hecho que no hizo ninguna gracia a los policías. Según él, nadie se había puesto en contacto para contarle nada semejante, sencillamente, no tenía ni idea de quién ni por qué habían asesinado a ese niño. Lo que sí sospechaba era que, a lo mejor, el responsable de esa muerte era la misma persona que cometió los crímenes de dos mil once, hecho que, los agentes tampoco negaron ya con tanta rotundidad como hubiesen hecho tan solo unos cuantos días antes.

Cuando llegó a su cabaña se encontró exactamente con lo que su abogado y único amigo le había dicho; un lugar que estaba para muy pocas fiestas.

Las paredes ennegrecidas. Los cristales y la puerta rota. El techo parcialmente quemado y con un agujero tan grande como una lavadora. Pero al menos el suelo ya no estaba lleno de ceniza, piedras, hollín y restos del polvo químico que los bomberos habían utilizado para neutralizar las llamas. El equipo de limpieza que había enviado Kurt había hecho un buen trabajo, aun así, a nadie se le ocurriría en su sano juicio siquiera el plantearse pasar la noche allí, solo a Conrad.

Antes de empezar a limpiar un poco más todo aquello, fue directo hasta la chimenea para asegurarse de que todavía seguían allí las páginas de ese inquietante e inacabado manuscrito que, de ser encontrado por la policía, podría mandarlo a prisión para siempre. Por suerte, allí estaba, tal y como lo había dejado. Sintió un escalofrío de alivio recorriendo toda su espina dorsal, en ese momento también fue

consciente de que llevaba unos cuantos segundos aguantando la respiración. Un pinchazo en la base del cráneo lo dejó momentáneamente paralizado. A ese pinchazo le siguieron dos más en el lóbulo temporal del cerebro. A continuación, pudo ver con claridad un nuevo recuerdo. Se vio a sí mismo sosteniendo una copa de vino con una mano y la página de ese mismo manuscrito con la otra, después escuchaba un ruido y recuerda que sentía algo de miedo. Dejaba la copa de vino y la página del manuscrito sobre la mesa que tenía junto al sofá y, al abrir la puerta de la cabaña, no veía a nadie afuera, pero la sensación que tenía en ese momento era de mucha inquietud y algo de miedo, como si hubiese alguien al acecho.

Ese recuerdo solo era otra prueba más de que ese manuscrito ya lo había leído y releído en varias ocasiones, pero no le decía nada nuevo acerca de quién era su autor. Su instinto le decía que no era suyo, no lo reconocía como tal, pero también era cierto que tras releer sus últimas novelas gracias a los ejemplares que le había llevado Jaycee, también había sentido que su estilo había cambiado tanto con los años hasta el punto de apenas reconocerse a sí mismo como escritor entre muchas de sus páginas. Así que, albergaba muchas dudas, demasiadas, tantas como para verse tentado de quemar esas páginas y acabar para siempre con esa prueba que podría meterlo en la cárcel para siempre. Pero justo cuando ya estaba a punto de encender una cerilla recordó que detrás de esas mismas páginas también podría encontrarse el verdadero asesino de las víctimas de dos mil once y, muy probablemente, del joven Kevin Lineheart, la nueva víctima. Así que necesitaba ese manuscrito para encontrar quién se escondía detrás de

él, porque, además, no olvidaba el motor de su próxima novela: la venganza. Encontrar a la persona que lo había incriminado, hacerle pagar por ello y, de paso escribir la mejor novela negra jamás escrita.

Y con ese aire renovado, se puso a limpiar un poco la casa para ponerse a hacer lo que realmente sabía hacer: escribir.

CAPÍTULO 28

Katherine Wolfe

Christopher no tuvo demasiados problemas en plantarse delante del domicilio de Katherine Wolfe en menos de una hora, sí los tuvo para conseguir hablar con ella.

Después de unas tres horas haciendo guardia delante de su casa como un acosador, la reputada agente literaria le dijo que volviese otro día, que tenía mucho trabajo y que aquello no eran horas. Pero el nuevo Christopher no iba a permitir que lo ninguneasen otra vez. Así que, después de mucho insistir, consiguió que la ex agente de Conrad le abriese las puertas de su lujoso piso en la zona más cara de Boston.

Lo primero que pensó Christopher fue que no debía irle nada mal para vivir en un sitio así. Vivienda tipo *loft* con amplios ventanales. Tapizados en piel. Decoración repleta de obras de arte —reproducciones y reales—. Diversas vitrinas con figuras de cristal en su interior y, cómo no, montones de libros salpicados por cada uno de los rincones de ese monumental piso. En estanterías. Encima de una mesa. Sobre el sofá o bajo el mueble de la televisión de ochenta y cinco pulgadas. Si había un denominador común a lo largo y ancho de esa vivienda, eran los libros. No había duda de que la agente literaria adoraba la literatura por encima de todo.

Los ojos del inspector Ran pasearon arriba y abajo por el salón en

busca de algún detalle que le pudiese dar información acerca de cómo era la vida de la persona que allí vivía, y una de las primeras cosas que se dijo fue que no parecía que en esa casa viviese nadie más, cuando en el registro civil había leído que Katherine se había casado hacía un par de años. En el registro civil también ponía que Katherine acababa de cumplir cuarenta y dos años, pero su aspecto físico hacía pensar en una mujer de unos treinta y pocos. De melena pelirroja ondulada, ojos verdes y una tez blanquecina muy fina, vestía un elegante traje de pantalón y chaqueta color crema.

—Yo me voy a servir un whisky, ¿puedo ofrecerle algo de beber? —preguntó Katherine con cortesía.

Christopher se debatió internamente entre si aceptar esa invitación o no. No quería decírselo a sí mismo muy alto, pero desde hacía unos cuantos días había ido disminuyendo la dosis de alcohol que ingería. Básicamente ya no tenía la palabra cerveza incrustada en el centro de su cabeza. Ya no pensaba constantemente en si ya había pasado el tiempo suficiente desde la última cerveza para poderse beber otra sin considerarse a sí mismo un alcohólico empedernido, hecho que, por otra parte, hacía que se preguntase si esa obsesión por la cerveza ya suponía en sí misma un rasgo inequívoco de alguien con problemas de alcohol. Tras esa mínima reflexión, y sintiéndose bien por llegar a la conclusión de que sus problemas con el alcohol no habían dejado de ser algo pasajero, aceptó de buen agrado la invitación de la agente literaria.

—¿Puede ser una cerveza?

—Puede ser —dijo Katherine con suficiencia.

Apenas un minuto después volvió con una cerveza *Budweiser* y un vaso con hielo. Se sirvió un par de dedos de whisky y a la espera de que se enfriara un poco, se encendió un cigarrillo largo y fino. Exhaló una vaharada de humo con un ligero olor a canela y se masajeó un poco la parte posterior del cuello. Después cogió aire con profundidad, entrecerró los ojos y los volvió a abrir con la mirada puesta en Christopher.

—Disculpe mi actitud de antes, inspector, llevo una vida bastante estresante y lo último en lo que pensaba al llegar a casa era en tener que responder a las preguntas de la policía, pero ya estoy un poco más tranquila, así que dígame, qué quiere saber.

—No se preocupe, señora Wolfe, imagino que encontrarse a un policía esperándote en el portal de tu casa no es la mejor de las sorpresas. Agradezco que me haya invitado a pasar. Espero que esto no nos lleve mucho tiempo.

—El que necesite, inspector.

—Gracias.

—No hay de qué.

Christopher, que apenas sin ser consciente ya casi se había terminado la cerveza, pensó en su primera pregunta sintiendo un agradable cosquilleo en la base del cráneo. Se sintió bien. Tras el cosquilleo llegó el calor en el pecho.

—Empecemos, Katherine, según tengo entendido, usted y Conrad rompieron su relación contractual alrededor entre el dos mil diez y el dos mil once, un tiempo antes de que fuese el principal sospechoso de

las horribles muertes que imagino que ya conoce. ¿Confirma esto?

—Sí. Fue unos meses antes de que Conrad publicase su última novela, «Frente a ti, el abismo», si no recuerdo mal, rompimos el contrato que nos unía unos días antes de la Nochevieja de 2010. Y creo que desde entonces hasta la llamada que me hizo cuando despertó del coma, casi ocho años después, no volvimos a hablar.

—Por lo que veo no acabaron demasiado bien.

—No, nada bien. Tanto Conrad como yo somos personas con carácter, y la realidad es que ya desde el principio empezamos a chocar, lo raro es que durásemos tanto.

—Cuénteme, ¿cómo era su relación?

Antes de responder, Katherine se encendió otro cigarrillo y vertió otros dos dedos de whisky en su copa. Después se fijó en que la *Budweiser* estaba completamente vacía.

—¿Otra cerveza, inspector?

Estaba vez Christopher no tuvo que pensar demasiado para tomar una decisión.

—De acuerdo.

Katherine tardó unos treinta segundos en volver con una cerveza bien fría. La dejó sobre la mesa y antes de sentarse se quitó la chaqueta dejando a la vista una elegante blusa negra a la que solo le faltaba por abotonar los dos primeros botones. A continuación, respondió a la pregunta que el inspector le había hecho un par de minutos antes.

—No sé si lo sabe, pero la relación que suele establecerse entre un

agente y un escritor no siempre es igual. Quiero decir, depende mucho de cada autor y de cada agente. Digamos que cada relación es distinta, y puede ir desde lo meramente profesional, hasta algo mucho más íntimo y cercano. Como le digo, cada relación es distinta, pero si hay algo que es común a todas es que, a más complicidad y grado de compenetración exista entre autor y agente, más fructífera será esa relación.

—¿Y cómo era esa compenetración entre usted y Conrad?

—A la vista están los resultados —respondió Katherine alzando ambas manos y haciendo un barrido con la mirada a lo largo y ancho de su lujoso piso—. Cuando empecé a representar a Conrad yo acababa de aterrizar en el negocio, y Conrad, por su parte, todavía no había conseguido publicar ninguna novela. Los dos crecimos juntos, el uno al lado del otro. Yo ayudé a Conrad y él me ayudó a mí. Ganamos mucho dinero, sobre todo él, por supuesto, pero creo con total sinceridad que puede que ni él ni yo seríamos lo que somos hoy de no ser por lo que hicimos el uno por el otro. Así que, podría decir que, diferencias personales aparte, durante un tiempo nuestra compenetración fue perfecta. Lo sabíamos todo el uno del otro, formábamos un equipo casi perfecto, hasta que al final, como pasa con todo en la vida, la relación se deterioró y se rompió.

Christopher asintió embriagado por los efectos de la segunda cerveza y la selecta dicción de la mujer que tenía delante, cuyas habilidades comunicativas le recordaban mucho a Hanna Flanagan.

—Por lo que veo usted y Conrad debieron conocerse profundamente.

—Si le dijese que lo conocía mejor que su propia mujer, creo que no le estaría mintiendo —añadió Katherine con soberbia.

—Y solo por curiosidad, ¿esa relación tan estrecha que mantenía con Conrad, también la mantiene con el resto de autores que representa? Imagino que debe ser agotador, aparte de difícilmente compatible con llevar una vida en familia —El propio Christopher se sorprendió a sí mismo al escucharse decir eso. Definitivamente, la parte más genuina y auténtica de él mismo, estaba volviendo.

Katherine sonrió antes de responder. Se pasó una mano por su ondulada y brillante melena pelirroja y se encendió un nuevo cigarrillo.

—Como ya le he dicho antes, cada relación entre autor y agente es distinta, y no siempre es posible alcanzar el grado de compenetración óptimo que permite llegar a sacar lo mejor de cada uno. Por otra parte, también es cierto que cada agente trabaja de una forma. Hay algunos que prefieren llevar a muchos autores de un modo más efímero, y hay otros, como es mi caso, que prefiere centrarse en solo unos pocos autores para sacar lo mejor de cada uno. Así que sí, es estresante y lleva mucho tiempo y dedicación lo que hago, pero tampoco tanto como se imagina si tiene en cuenta que ahora mismo solo represento a cuatro autores, los cuales han alcanzado un éxito rotundo en sus respectivas carreras. Y en cuanto a lo que decía de lo difícil que es compaginar este trabajo con una vida en familia, ahí quizá sí haya dado en el clavo, me casé hace un par de años escasos y ya estoy separada.

—Vaya, lo siento.

—Gracias, pero no lo sienta, estoy bien, la verdad es que no sé ni para qué me casé. Supongo que, por aquello de llevar una vida convencional y todo ese rollo de madurar y hacer familia, pero cada uno es como es, y yo soy, ante todo, una mujer independiente.

De nuevo, la soberbia y la suficiencia impregnaron las palabras de la agente literaria. Christopher, cada vez más a gusto en el sofá de esa imponente mujer, decidió dar un paso al frente y entrar de lleno en materia.

—Veo que es usted una mujer muy segura de sí misma, sin miedo a decir lo que piensa.

—Eso es, inspector.

—Háble me de Conrad.

—Podría estar horas hablando de Conrad, ¿qué quiere saber exactamente?

—Ya que usted se está mostrando tan sincera, no me andaré con rodeos, en primer lugar, me gustaría saber si cree usted que Conrad pudo ser realmente el responsable de las cuatro muertes de 2011.

Katherine sonrió ampliamente antes de responder.

—No sé si la respuesta que le voy a dar es la que espera.

—Inténtelo.

—No creo que Conrad lo hiciese, aunque sí lo veo capaz de muchas cosas.

—¿De qué cosas?

—Cosas retorcidas, maquiavélicas, algunas de ellas con un punto de…—Katherine miró a la nada buscando la palabra más adecuada—,

crueldad.

Christopher cabeceó como tratando de encajar en su mente las palabras de la agente literaria.

—Entonces, si no he entendido mal, no cree que Conrad lo hiciese, pero sí piensa que podría haber sido capaz, ¿es así?

—Más o menos.

—¿Y qué puede decirme de la última novela que Conrad estaba escribiendo?

—¿Se refiere a la última que publicó?

—No, a esa no, me refiero a la que empezó a escribir después de esa última publicación.

—Ya le he dicho al principio que Conrad y yo rompimos nuestra relación antes de publicar su última novela oficial, no sé absolutamente nada lo que empezó a escribir Conrad después de esta última.

Christopher torció el cuello antes de volver a hablar. Como tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Entiendo, de todos modos, hay algo de lo que a lo mejor sí puede hablarme y es posible que pueda servirnos de ayuda.

—¿De qué?

—La ex mujer de Conrad Jones, Hanna Flanagan, nos ha hablado de un presunto método de escritura que Conrad utilizaba para crear sus novelas, ¿qué puede decirnos de esto? Intuyo que si lo conocía tan bien como dice, sería conocedora de dicho método.

La expresión de Katherine se ensombreció sutilmente. Sus bonitas

cejas pelirrojas se retorcieron sobre sus ojos.

—¿Qué sabe exactamente de su método de escritura, inspector?

—No mucho, básicamente lo que nos ha contado Hanna. Que Conrad forzaba ciertas situaciones que a veces podían tener implicaciones bastante directas con el bienestar de terceras personas. En resumidas cuentas, y hablando claro, que algunas de las cosas que Conrad escribía tenían su origen en situaciones que él mismo había presenciado, precisamente, porque las había provocado. Que a veces ponía a la gente al límite para estudiar sus reacciones, y también que, esas reacciones, a veces tenían que ver con el sufrimiento y con el dolor.

Katherine tragó saliva y a continuación soltó una sonrisa desahogada.

—Ya veo por dónde va, inspector.

—¿Sí? ¿De verdad? Sorpréndame.

—Lo que usted quiere saber es si las muertes de dos mil once las podría haber provocado Conrad para posteriormente escribir una novela sobre ellas, ¿no es así?

El propio Christopher se sorprendió a sí mismo contemplando una posibilidad en la que hasta ese momento no había pensado, ¿y si Conrad no hubiese sido el autor de las muertes de dos mil once, sino el inductor de las mismas, tal y como acababa de plantear su ex agente? Desde luego que esa posibilidad era tanto o más factible que la que lo inculpaba a él como autor material de los hechos.

—Efectivamente, señora Wolfe. Eso es precisamente lo que me

gustaría saber.

—A mi modo de ver, me parece muy poco probable que Conrad fuese capaz de hacer algo así, es cierto que era todo un provocador y que a veces parecía tener un sentido de la moral bastante difuso, pero también tenía unos límites. Aunque todo es posible en esta vida, sobre todo con Conrad, ya hemos visto que, ante todo pronóstico, ha despertado después de bastantes años en coma. Y en cuanto a lo que ha dicho del método de escritura, no le voy a mentir, sí hay algo de cierto en lo que les ha contado Hanna Flanagan, aunque como comprenderá, y a pesar de los años que han pasado desde que dejé de representar a Conrad, le debo el secreto profesional sobre todo aquello concerniente a él o a sus métodos de escritura. Así que lamento decirle que no puedo revelarle más detalles, solo que no creo que ese método lo llevase a hacer algo así. Pero como digo, es solo mi humilde opinión, el resto es cosa suya, inspector.

Christopher asintió con educación. A su modo de ver, y sin perder de vista su viejo instinto, la mujer que tenía delante no le había dado muestras de estar ocultando algo relevante para la investigación, aunque también era cierto que había visto ciertas reacciones que le hacían pensar que Katherine sabía algunas cosas más de las que había contado, solo faltaba por ver si esas cosas podrían tener importancia, aunque fuesen de forma indirecta.

—Y dejando el método de escritura a un lado, ¿hay algo más del entorno cercano a Conrad o a su vida privada que podría contarme y que podría resultar interesante?

—¿Como qué?

—¿Tenía Conrad a alguien cercano a él aparte de usted? ¿Un amigo especial? ¿Una amante, tal vez? No sé si lo sabe, pero nunca llegamos a encontrar ni su ordenador portátil, ni un ordenador de sobremesa, ni ninguna otra prueba relacionada con esa presunta nueva novela que, según su propia mujer, sí estaba escribiendo. Lo que quiero saber es si conoce usted a alguien a quien Conrad podría haberle pedido que le guardase todo eso o, quién sabe, si el propio Conrad tenía algún lugar al que soliera ir a escribir del cual no tenemos noticia y pudiese ser donde está lo que estamos buscando.

De nuevo, la expresión de Katherine se quedó suspendida en el aire un par de segundos. Como evaluando qué es lo que el inspector sabía exactamente.

—Como imagino que ya sabe, Conrad era lo que se dice una persona bastante huraña, austero en las relaciones. Le costaba intimar, su tendencia natural era relacionarse con las personas de una manera bastante superficial, de hecho, a su última a…

Katherine dejó la frase en el aire, se mordió la lengua, miró al inspector Ran con disimulo.

—¿A su última qué, señora Wolfe? ¿Amante? —dijo Christopher con soltura.

Katherine suspiró y pasó sus manos por su cabellera pelirroja. Juntó los labios antes de darle un sorbo a su vaso de whisky, cuyos hielos ya estaban completamente derretidos.

—No debería estar hablándole de esto, inspector, siento como si le traicionara. Su vida privada no debería ser asunto de nadie.

—Si lo que le preocupa es que Conrad pueda llegar a saber que ha sido usted quien me chivado lo de sus amantes, no se preocupe, por lo que a mí respecta, seré una tumba.

—No es eso, inspector.

—Vamos, Katherine, usted es una persona emprendedora, independiente, inteligente, sabe perfectamente que la información que le estoy pidiendo podría conseguirla de otro modo, pero de ese modo, estaría perdiendo un tiempo muy valioso que al final, podría resultar crucial. Así que la cuestión es, ¿quiere usted ayudar a que resolvamos todo esto cuanto antes, o se quiere mantener al margen?

Katherine se quedó mirando a Christopher de un modo al que el inspector ya hacía años que nadie miraba. La agente literaria parecía estar cautivada por el arrojo y la determinación que, con el paso de los minutos, había ido mostrando el inspector Ran.

—Espero que esto no salga de aquí, quiero decir, nadie puede saber que he sido yo quien le he pasado esta información, ¿puedo confiar en que así será?

—No le quepa la menor duda.

—De acuerdo, ¿le apetece otra cerveza?

—Claro.

—Genial.

Katherine tardó menos de dos minutos en levantarse, ir hasta la cocina, y volver con un nuevo vaso con hielo y otra Budweiser. Se descalzó sin pedir permiso y subió ambos pies al sofá, entrecruzando sus piernas a lo indio. Llevaba unas medias color crema

semitransparentes, y a Christopher no le pasó desapercibido el bonito color de esmalte con el que tenía pintadas las uñas, un tono similar al rojo de su cabellera.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntó Katherine encendiéndose un nuevo cigarro.

—Antes ha hecho mención a su última amante, eso me hace pensar que tuvo varias, ¿de qué número estaríamos hablando?

—Es difícil darle un número concreto, inspector, le recuerdo que yo era su agente literaria, no su contable.

—No importa, inténtelo, tampoco es que yo ha sido de matemáticas exactas. Por su comentario intuyo que fueron bastantes.

—Más de las que se imagina. Si Conrad tenía una debilidad, esa eran las mujeres. Al principio me lo ocultaba, pero ya le he dicho que lo conocía demasiado bien como para que se me escapase algo así. El problema es que cuando me confesó que tenía un serio problema con el sexo y la fidelidad, lejos de tratar de enmendarse y dejar de engañar a su mujer, la cosa pareció ir a más. Antes me ha preguntado por un número concreto, pero qué sé yo, ya le he dicho que fueron muchas, no llevaba la cuenta. ¿Quince? ¿Veinte? ¿Cincuenta? ¿Cien? No lo sé, solo que fueron muchas.

—¿Y Hanna? ¿Nunca supo nada? Si tuvo tantas amantes como dice, es posible que alguna vez lo pillase con alguna de ellas.

—Y así fue.

—¿Cómo dice?

—Digo que, por supuesto que lo pilló en más de una ocasión, pero

por lo que Conrad me contó, lo perdonó. Él le contó que si alguna vez había estado con otra mujer era simplemente como parte de su método de escritura, una forma de investigación. Que esas mujeres no significaban nada y que, por supuesto, no volvería a ocurrir nada semejante.

Christopher rompió a reír en una sincera carcajada.

—Y ahora me dirá que Hanna se creyó esa estupidez, ¿verdad?

Katherine le devolvió una sonrisa bonita, seductora.

—Lo cierto es que no sé lo que esa mujer creyó o quiso creer, nunca me llevé demasiado bien con ella y, ciertamente, nunca me importó demasiado lo que pudiese pensar. En lo que a mí concernía, mi representado era Conrad, no ella. Como ya le he dicho, mis autores ya me exigen muchas horas de trabajo, imposible estar pendiente de sus parejas.

—¿Y recuerda alguna de esas amantes en particular, como, por ejemplo, la última de la que tuvo noticia?

Katherine le dio un buen trago a su whisky y, dando muestras de estar sintiendo calor, se despasó un nuevo botón de su elegante camisa, dejando a la vista el principio de la línea intermedia de sus pechos y el color púrpura amatista de su ropa interior. Christopher, algo mareado por el efecto de las tres cervezas, se quedó más tiempo del estrictamente profesional mirando el trozo de piel que la agente acaba de dejar a la vista, concretamente hasta que ella respondió a la pregunta.

—Cuando Conrad y yo pusimos punto y final a nuestra relación

profesional, él estaba bastante colado por una chica bastantes años más joven que él. Si no recuerdo mal, creo que se llevaban como quince años o así.

—¿Recuerda su nombre?

Katherine sonrió de nuevo, encendió un cigarrillo y se ajustó el tirante derecho del sujetador, a continuación, se ajustó ambas copas, acciones que, de nuevo, acapararon toda la atención del inspector, en esos momentos bastante alejado de lo que se espera de alguien de su profesión.

—Claro que lo recuerdo, se llamaba Rebecca Ellis, y si no me equivoco, era de Worcester, a menos de una hora de Concord.

—¿Y no tendrá por casualidad…?

—Déjeme adivinar, ¿su número de teléfono?

—Exacto.

—Eso ya sería demasiado, inspector, ¿no cree? Además, no creo que le resulte muy complicado averiguarlo, por lo que veo, es usted una persona con muchos recursos.

Katherine terminó la frase mirando al inspector fijamente, algo que produjo en él cierto aturdimiento. Después se recolocó la cabellera hacia un lado, dejando al descubierto el perfil de su cuello izquierdo, el más cercano a donde estaba Christopher.

—Creo que podré averiguarlo sin problema, Katherine. Antes de marcharme me gustaría preguntarle una última cosa.

—Dígame.

—¿Mantenían o mantuvieron usted y Conrad una relación

sentimental?

Katherine rompió a reír sonoramente tras escuchar la pregunta de Christopher.

—Qué cosas tiene, inspector, ¿por relación sentimental se refiere a si follábamos?

Christopher carraspeó ante la directa pregunta de la mujer que tenía delante. Acto seguido vio en sus mejillas un candor especialmente intenso. Sin haber visto cómo lo hacía, durante los últimos minutos se había despasado un nuevo botón de su camisa, haciendo que esas vistas del principio de sus pechos fuesen todavía más llamativas.

—Sí, a eso mismo me refiero.

—¿Tiene usted pareja, inspector? —preguntó Katherine con cierta sensualidad.

—Katherine, no creo que eso sea de su interés.

—Yo creo que sí, usted me está preguntando por mi intimidad, yo por la suya. Somos dos adultos que hablan de sus vidas, nada más. Usted responde, yo respondo, ¿qué me dice?

Había algo en la forma de hablar de Katherine que estaba nublando el juicio y la razón de Christopher, que poco a poco se estaba sintiendo cada vez más a merced de la mujer que tenía delante.

—No tengo pareja. Ahora le toca a usted —respondió el inspector Ran con cierto sonrojo.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Cómo? ¿Por qué dice eso?

—Por la forma en la que me ha estado mirando durante la última media hora, inspector, se nota que hace tiempo que no está muy cerca de una mujer —Christopher fue a replicar ante tal atrevimiento, pero antes de hacerlo, Katherine le hizo callar con un atrevimiento aún mayor, poniendo su dedo índice sobre sus labios—. Sss… aun no he respondido a su pregunta anterior, inspector. Conrad y yo follamos unas cuantas veces, bastantes veces, de hecho, pero no durante los últimos años de nuestra relación. ¿Le parece bien?

Christopher asintió viendo cómo Katherine se acercaba más y más hasta él, y sin tiempo para añadir algo más, vio cómo los sugerentes labios de la agente literaria se posaban en los suyos, dándole un sensual y acalorado beso.

A partir de ese momento, Christopher se dejó llevar por completo y terminó haciendo lo que nunca debería hacer un inspector de policía de su categoría, acostarse con una de las testigos más importantes del caso.

Antes de marcharse, y para acallar un poco sus remordimientos, Katherine le dijo que podía volver cuando quisiese, que allí tenía la puerta de su casa abierta.

CAPÍTULO 29

Plymouth

El viaje hasta Plymouth se les hizo más largo de lo esperado.

Bill Lowell apenas dijo nada en las casi dos horas de carretera que tardaron en adentrarse en las boscosas montañas de Plymouth. Se limitó a escuchar las conjeturas de Rine y Hills sobre el caso, pero también sus diversas y múltiples aventuras con las mujeres, sus desenfadadas conversaciones sobre ejercicios de musculación, marcas de ropa preferidas o deseos de cara a las próximas vacaciones. Un halo de tristeza y nostalgia embargó al Catedrático, cuyos años de juventud quedaban muy lejos en el archivo de su memoria y actualmente su pensamiento no iba mucho más allá del preciso momento en el que vivía. Escuchar a los dos jóvenes detectives le hizo recordar el día que conoció a su mujer. En aquel periódico local. Parecía tan segura y decida en cada uno de sus movimientos, eso lo impresionó desde el minuto cero. Pensó en la inocencia y la ilusión con la que quedó a solas con ella por primera vez. El primer beso o la primera carta que se escribieron. Todos esos sueños que compartieron y que les hicieron vivir unos años maravillosos e inolvidables. Todo ese tiempo en el que la vida era un lugar maravilloso por el que valía la pena levantarse cada día, por el que valía la pena luchar. Pero después todo se rompió. Concretamente con la muerte de sus padres primero, de su mujer después.

—Si la información que nos han pasado es correcta, esta es la dirección —dijo Hills cuando paró el motor del Ford F-150 frente a una humilde casa de madera rodeada por un montón de imponentes abetos.

Bill Lowell se ajustó el nudo de la corbata cuando salió de la pick-up y respiró con profundidad, llenando sus pulmones del aromático y refrescante aire del estado de New Hampshire. Rine, con más habilidades sociales que Hills, fue el encargado de tocar a la puerta de Randy y Susan Carpenter, los padres de la víctima número cuatro de los crímenes de dos mil once.

Con un aspecto tan descuidado como el de su propia casa, les abrió un hombre de pelo ralo y despeinado. Los ojos entornados debido a una probable noche de alcohol. La tripa hinchada como un globo. Camiseta de tirantes blanca con múltiples manchas amarillas y pantalón vaquero azul desteñido y desgastado. Tras Randy apareció Susan, su mujer, de aspecto no mucho mejor que el suyo. El pelo alborotado, completamente blanco y muy ensortijado. Su indumentaria no era más que un vestido viejo que apenas le tapaba sus voluminosos y caídos pechos.

—¿Quién es, Randy? —dijo Susan con el ceño fruncido.

—Policía de Concord, señora. Quisiéramos hacerles unas preguntas, si no es mucha molestia. No les llevará más de quince minutos —Rine se fijó en las uñas de los pies del matrimonio Carpenter. Largas y amarillas. También percibió un fuerte olor rancio que venía del interior de la vivienda.

Tanto Randy como Susan se cruzaron de brazos al escuchar la

palabra Concord.

—¿De Concord, dicen? No se nos ha perdido nada en Concord. ¿Qué es lo que quieren de nosotros? —dijo Randy con una voz carraspeante y llena de ira.

—Tal y como les ha dicho mi compañero, solo les llevará unos minutos. Y como ya creo que se pueden imaginar, es por lo que le pasó a su hijo Thomas —dijo Bill tratando de ser cortés y autoritario a la vez.

Randy apretó los puños con fuerza y entornó los ojos todavía más. Susan, en cambio, escupió en el suelo y apuntó con un dedo al trío de policías.

—Márchense de aquí. Ya les respondimos a todo en su día, y ya detuvieron al responsable de la muerte de nuestro pequeño, no nos molesten más, por Dios —Susan hizo ademán de cerrar la puerta, pero Hills lo impidió poniendo un pie junto al marco.

—Espere un momento, Susan, ha habido importantes novedades que creo que deberían saber.

—¿Novedades? ¿Qué novedades?

—El principal sospechoso de la muerte de su hijo ha despertado del coma después de siete años —dijo Bill, asumiendo la responsabilidad de su cargo.

Randy y Susan se miraron durante un segundo, preguntándose quizá, qué importancia podría tener eso.

—¿Y qué? —preguntó Randy.

—Que eso ha hecho que se reabra la investigación de dos mil

once, y que es posible que la persona que le hizo eso a su hijo no fuese la que pensábamos.

De nuevo, tanto Randy como Susan se miraron con una mezcla entre incomprensión y duda.

—¿Cómo que no era la persona que pensabais? ¿Quieren decir que el asesino de nuestro hijo está suelto? —dijo Susan haciendo gala de una mayor capacidad para mantener un diálogo que su marido.

—Eso mismo, señora, de ahí la importancia de que nos respondan a unas cuantas preguntas. Después nos marcharemos y no les molestaremos más.

—Pues venga, pregunten lo que quieran saber y márchense de una puta vez —dijo Susan a voz en cuello.

—Lo que queremos saber es si en dos mil once ustedes sospecharon de alguien aparte de la persona a la que acusaron. Si vieron algo extraño o tal vez su hijo les contó algo que les preocupase.

—Nuestro hijo era un chico normal y corriente, ¿qué está queriendo decir? —dijo Randy evidenciando que no había entendido bien lo que se le había preguntado.

—Calla, Randy, déjame hablar a mí —dijo Susan ninguneando a su marido—. No vimos nada raro. Thomas era un chico normal y corriente que no se metía con nadie. Un poco callado, pero no más que muchos de esos chicos a los que no les sale la barba hasta que han estado con una mujer. Ni vimos nada raro, ni sospechamos de nadie. ¿Algo más?

Bill asintió mientras procesaba las palabras de Susan y preparaba

mentalmente la siguiente pregunta.

—¿Había algo que le gustase especialmente a su hijo? ¿Cuáles eran sus aficiones? —preguntó Bill con la intención de ahondar un poco más en cómo era la vida del pequeño Thomas y, a ser posible, cómo y con quién se relacionaba. Tal vez conociendo bien su entorno podrían conocer la presencia del alguien inesperado.

—Le gustaba lo que a todos los chicos de su edad. Ir por ahí molestando a los perros. Zanganear arriba y abajo todo el día rompiéndose la ropa. Darle patadas a una pelota con un palo. Esas cosas.

—¿Y quiénes eran sus amigos?

—Y yo qué sé. Los del colegio. Los del pueblo. ¿Quién tiene amigos hoy en día? Iba a la clase de la hija del monstruo ese.

—¿Qué chica? ¿De qué monstruo me habla? —Algo en el interior del Catedrático le dijo que estaba a punto de descubrir algo nuevo, algo importante.

—Lana, Rana, Dana o como demonios se llamase la hija del monstruo ese al que dispararon y que se suponía que era el responsable de la muerte de nuestro hijo y de los otros pobres diablos.

—¿Dana y su hijo Thomas eran compañeros de clase?

—Por supuesto, y seguro que ella estaba igual de loca que su padre.

—¿Sabe si su hijo y Dana eran buenos amigos?

—Ni idea, aunque yo nunca la vi por nuestra casa.

—De acuerdo, Susan, muchas gracias por todo, les informaré de

cualquier novedad o avance que tengamos. Un saludo.

—No hace falta que nos llamen ni que vengan más por aquí. Cuando detengan al que mató a nuestro niño le pegan un tiro de nuestra parte. Adiós.

Susan cerró la puerta dando un portazo y los tres policías se miraron contrariados.

—¿Qué implica esto? —preguntó Rine intuyendo que su jefe estaba barruntando algo importante.

—Todavía es pronto para saberlo, pero urge hablar con esa chica cuanto antes. No sé por qué narices ni Christopher ni nadie me había comentado que la hija de Conrad Jones era compañera de clase de una de las cuatro víctimas de dos mil once, no entiendo cómo se pudieron hacer tan mal las cosas —respondió Bill mostrando mayor enfado del habitual.

De regreso a Concord, Bill telefoneó al jefe Grayson y le preguntó acerca del hallazgo que acababan de hacer, a lo que su jefe respondió que no tenía constancia de tal concurrencia. A continuación, llamó a Christopher, con quien tuvo una conversación más acalorada de lo normal y quien sí dijo conocer dicha circunstancia, pero en su día no le dio más importancia porque el resto de los chichos no iban a la misma clase de Dana, así que, eso no pasaba por ser una casualidad sin más.

—Lo que tú quieras, Christopher, pero ni se te ocurra ir a ver a Hanna o a sus hijos —dijo Bill con malhumorado.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó Christopher sintiéndose

muy herido en su amor propio.

—Por que voy a ser yo quien hable con ellos, y por que no me fío de ti, Christopher, por eso, y no hay más que hablar.

Bill colgó el teléfono y cerró los ojos para calmar un poco los nervios. No le gustaba esa parte de él. Esa en la que hacía, sin que fuese su intención, daño a las personas. Pero estaba muy enfadado, y solo quería terminar con ese caso para poder retirarse de una vez y cumplir con la promesa que antes de morir le hizo a su mujer.

CAPÍTULO 30

Un nuevo y cruel recuerdo

Conrad despertó sudado de arriba abajo. Y no precisamente porque hiciese frío. Un nuevo recuerdo, tan real como aterrador, lo había estado atormentando mientras dormía. Y ahora que había despertado, se dijo que, tal vez, él sí había tenido algo que ver en esos asesinatos de dos mil once.

Sin pensarlo seriamente y desobedeciendo completamente las directrices de su abogado y único amigo, llamó a la doctora Jaycee. Si había alguien que podía ayudarlo realmente a ordenar su propia mente, esa era ella.

—¿Puede venir ahora, doctora?

—¿Ahora? Estoy trabajando, Conrad, y, además, creo que sería mejor que dejásemos de…

—Ha ocurrido algo, doctora.

Jaycee hizo una pausa antes de responder.

—¿A qué te refieres con algo?

—A que he recordado. Y ahora, ¿va a venir o no?

Jaycee, después de pensarlo con algo más de seriedad que las últimas veces, respondió tal y como se dijo que no haría.

—Ahora mismo voy, Conrad.

—Dese prisa, doctora. Es importante.

Mientras esperaba a la doctora, Conrad sacó de nuevo el manuscrito de debajo de la chimenea y lo volvió a releer, esta vez con otros ojos. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Después bajó al pequeño sótano, donde dijeron que encerraba a las víctimas antes de matarlas. La idea era intentar recordar algo más antes de que llegase la doctora, pero no tuvo esa suerte. El horrible sueño del que acababa de despertar le había dado una pieza más del puzle de lo que pasó en dos mil once, una que no hubiese querido ver nunca, aunque aun no lo había visto al completo.

La doctora aparcó en la parte trasera, como siempre, y al ver el rostro apagado y lleno de temor de Conrad, hizo otra de las cosas que se dijo que no debía hacer; le dio un fuerte abrazo.

—Dios mío, Conrad, parece que acabes de ver a la misma muerte, ¿qué es lo que has recordado? —En ese momento Jaycee fue consciente del enorme riesgo que había asumido al ir allí sola. ¿Y si lo que acababa de recordar Conrad era que, efectivamente, él era el responsable de las muertes de dos mil once? Y si así era, ¿quién no le decía que su vida podría estar también en peligro? ¿Qué sería capaz de hacer con ella alguien que había acabado con la vida de cuatro niños? Ese riesgo, ese peligro, removieron algo en su interior que, lejos de hacer que se marchase de allí corriendo, hicieron que se sintiese muy viva. Por que la realidad era que, en el fondo, se sentía segura al lado de ese hombre.

Conrad le tendió las páginas del manuscrito inacabado a la doctora.

—Léalo usted misma.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Jaycee con el montón de hojas en las manos.

—Eso relata con sumo detalle los crímenes de dos mil once —dijo Conrad con pesar.

—¿Lo escribiste tú?

—No, no fui yo.

—¿Y entonces? ¿Quién lo hizo?

Conrad quiso responder de inmediato, pero una enorme pelota se asentó en la base de su garganta, algo que le impidió articular palabra alguna.

—¿Me promete que me va a ayudar?

—No puedo responderte a eso si no me dices qué has recordado exactamente, Conrad, si no me dices quién escribió ese manuscrito.

Conrad asintió antes de hablar.

—Claro, la entiendo, pero entienda que necesite algún tipo de seguro de su parte, doctora, necesito que me asegure que me va a ayudar.

—¿Ayudar a qué, Conrad?

—A descubrir toda la verdad.

Jaycee barajó diversas posibilidades. Después se dijo que no podía irse de allí sin saber qué era exactamente lo que Conrad había recordado. Sin saber si era él quien lo hizo.

—Sí, por supuesto, te ayudaré en lo que pueda.

—Está bien, doctora, no esperaba menos de usted. Ahora tome asiento, le voy a contar lo que acabo de recordar.

CAPÍTULO 31

Rebecca Ellis

Algo en el interior de Christopher estaba ardiendo, y ese algo era su amor propio.

El día anterior se había decidido a no soportar ningún desprecio más hacia él. Y la forma en la que le había hablado y ordenado Bill era un desprecio en toda regla.

La noche anterior se había ido a casa con el ego por las nubes tras la más que satisfactoria velada en casa de Katherine Wolfe. Lejos de sentirse mal por haberse acostado con una testigo muy importante para el caso, se sentía extrañamente bien, muy bien para ser exactos. Sentía que por primera vez en mucho tiempo volvía a estar conectado a la vida, volvía a ser partícipe, un miembro activo del planeta Tierra y no un mero espectador pasivo. Es extraño de explicar, pero hay veces que la vida parece un tren que ves pasar diariamente desde el andén y al cual te es imposible entrar. Pasar la noche en casa de la ex agente literaria de Conrad le había hecho sentir que volvía a estar dentro de ese tren, como un pasajero más, pero la conversación con Bill lo había vuelto a sacar fuera.

De camino a Worcester, que era donde vivía Rebecca Ellis, la última amante que, según Katherine, había tenido Conrad, se preguntó si debería llamar a Hanna para avisarla de que Bill y los detectives

Rine y Hills se dirigían hacia allí para hablar con ella y con sus hijos. Ella le había pedido que fuese él quien la entrevistase a ella o a sus hijos en sucesivas ocasiones, y él le había dado su palabra de que así sería. Así que sentía que le debía una explicación a Hanna Flanagan, además de ponerla en preaviso de la visita que iba a recibir, porque a ella no le agradaban demasiado ese tipo de sorpresas. Sin pensarlo demasiado, y con un más que considerable enfado hacia Bill, llamó a Hanna, pero no le cogió el teléfono. Le escribió un mensaje diciéndole que lo llamase en cuanto lo leyese, que era urgente. Solo esperaba que Bill y sus secuaces no estuvieran ya allí, porque entonces el enfado de Hanna sería terrible. Y por alguna razón, no quería a esa mujer enfadada con él.

Antes de llamar a la puerta del domicilio de Rebecca, su teléfono empezó a vibrar en el bolsillo de su pantalón. Lo descolgó rápidamente pensando que era Hanna devolviéndole la llamada, pero no era ella. Sino otra mujer. Su hermana.

——Menos mal que te dije que era urgente, Chris, ¿es que ya no te acuerdas de tu hermana y de tus dos sobrinas? ——La voz de Jane transmitía cierta pena y, al mismo tiempo, cierta preocupación.

Christopher se llevó una mano a la frente y se maldijo internamente al recordar que dos días antes su hermana le había escrito diciéndole que la llamase, que a su hija pequeña, a Aurora, le había pasado algo. Pero Christopher lo había olvidado por completo.

——Dios, Jane, perdona, estoy metido en un caso muy importante y se me había pasado responderte, de hecho, ahora mismo estoy a punto de hablar con una posible testigo, dime, ¿qué ocurre?

——¿Cómo que estás en un caso? ¿Es que has vuelto? Creí que ya no eras inspector.

——Ya, bueno, es una historia un poco larga de contar, te la explicaré mejor en persona. La cuestión es que he vuelto y no precisamente para un caso sencillo.

——No estarás otra vez metido en el caso del «Hombre del Saco», ¿verdad? Vi en las noticias que Conrad Jones había despertado del coma y que andaba por ahí suelto, dime, Chris, ¿es eso cierto? Porque si es así me gustaría que me lo dijeses, porque es precisamente de eso de lo que te quería hablar.

Christopher hizo una pausa para calibrar las palabras de su hermana. ¿Qué tenía ella que ver con todo aquello? Se masajeó las sienes para despejarse un poco.

——Sí, está suelto, y sí, estoy yo llevando el caso, ¿por qué lo preguntas? ¿Qué ocurre?

Jane hizo una pausa para coger aire, momento que aprovechó para sollozar tímidamente.

——El otro día llegó Aurora llorando del colegio. Alguien había dejado un papel en su mochila.

——¿Y qué había en ese papel?

——Era una especie de dibujo muy macabro. Alguien la había dibujado a ella con una bolsa de plástico envolviendo su cabeza. También le habían quitado las zapatillas, simulando… bueno, lo que tú ya sabes.

——¿Te refieres a los crímenes del «Hombre del Saco»?

——Sí, Chris, a eso. Y ahora ha muerto otro chico, el pobre Kevin, que para colmo era compañero de Aurora. Dios mío, Chris, ¿significa ese papel que Aurora va a ser la próxima? ¿Significa que está en peligro? ——Jane se atropellaba cada vez más al hablar. Estaba muy nerviosa. Los sollozos iban en aumento.

Christopher trató de pensar con rapidez, como solía hacer en el pasado, pero su mente parecía un viejo ordenador al que no le puedes pedir que haga más de dos cosas a la vez, porque se bloquea. Él estaba allí para hablar con Rebecca Ellis, pero luego lo había llamado Bill y lo había desestabilizado, y ahora lo llamaba su hermana para desestabilizarlo aún más. Trató de centrarse y aclarar sus ideas, ir paso a paso.

——No nos precipitemos, Jane, lo más probable es que se trate de alguna broma de mal gusto de algún compañero o compañera de Aurora, hasta la fecha no tenemos conocimiento de que ninguna de las víctimas recibiese con antelación una amenaza en forma de dibujo, así que, como te digo, todo indica a que se trate de una infantil y macabra broma.

——¿Estás seguro de eso, Chris? ——La voz de Jane sonó un poco más tranquila, aunque no demasiado.

——¿A qué te refieres?

——A que ninguna de las víctimas recibió una amenaza previa en forma de dibujo.

Christopher realizó una sincera e inoportuna pausa antes de responder.

——No tengo conocimiento de que algo así tuviese lugar, y créeme, de haber habido alguna amenaza de ese tipo, yo lo habría sabido.

A no ser que nadie mirase debidamente en las mochilas de los niños, pensó Jane, pero no lo dijo por no parecer una histérica, el principal argumento que utilizó su marido para decirle que ya no estaba a gusto con ella, que quería la separación.

——De acuerdo, Chris, me fío de ti.

——De todos modos, a lo largo del día me paso por tu casa y me enseñas ese dibujo, y de paso os veo a ti y a las niñas, que hace mucho que no os veo.

——Me parece estupendo, Chris, aquí estaremos, las niñas se alegrarán mucho de verte, ahora mismo les digo que vendrás a lo largo del día. No te molesto más, un beso, cuídate, hermano.

——Otro beso para ti, Jane, luego nos vemos.

Chris se sintió horriblemente mal por no haber ido a ver a sus sobrinas más que un par de veces en el último año. Definitivamente había estado fuera del tren de la vida durante mucho tiempo, pero eso iba a cambiar desde ya. Antes de tocar al timbre de Rebecca se dijo que, además de ir a ver a su hermana, no estaría de más rebuscar entre las cosas del colegio de Kevin Lineheart, la última víctima, no fuese el caso que a él también le hubiesen dejado un dibujo en la mochila y al chaval le hubiese dado por esconderlo entre las páginas de alguno de sus libros de texto, justo en uno de esos lugares donde los padres nunca miran.

La puerta del humilde piso de Grafton Street se abrió a los pocos segundos de haber llamado. Tras ella apareció una joven de treinta y pocos. Guapa. De tez blanquecina y pelo rubio. Amplia sonrisa y una ajustada camiseta blanca llena de restos de pintura.

——Hola, buenos días, soy el inspector de policía Christopher Ran, ¿es usted la señorita Rebecca Ellis?

El rostro de la joven se ensombreció al escuchar la profesión del hombre que tenía delante.

——Sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarle?

——¿Le importa si hablamos dentro?

——¿Por?

——Por aquello de la privacidad y también porque no me gusta hablar en la puerta de una casa, tampoco hacerlo de pie, así que, si no es mucho pedir, me gustaría que hablásemos, a ser posible, sentados y fuera del alcance de vecinos curiosos ——dijo Christopher tratando de resultar resolutivo y seguro de sí mismo.

La joven, que durante un par de segundos se quedó procesando las exigencias del inspector de policía, no puso impedimento alguno a que entrase en su casa.

——Claro, pase, aunque le advierto que está todo muy sucio y no le aseguro que cuando se marche no se lleve consigo alguna que otra mancha de pintura.

Cuando Christopher entró en el salón de Rebecca Ellis comprobó que no exageraba. Por lo visto era pintora y su casa su estudio de pintura. Todo estaba lleno de cuadros a medio pintar en los cuales

había paisajes marítimos de todo tipo, de caballetes de madera de diferentes tamaños, de paletas de pintura, de disolventes, de botes de agua turbia, de sábanas viejas cubriendo el mobiliario, el suelo, la televisión.

——¿Puedo? ——dijo Christopher señalando el sofá. Lo cierto es que después de la noche con Katherine tenía las piernas bastante más cansadas de lo normal. También la pared abdominal, que le dolía solo de respirar.

——Claro, pero espere a que quite la sábana ——dijo Rebecca tirando de la sábana que cubría un bonito sofá azul aterciopelado.

Christopher se sentó y la joven hizo lo propio.

——Usted dirá ——dijo la joven con los ojos bien abiertos.

——Veo que es usted pintora ——dijo Christopher alzando nuevamente el cuello para volver a mirar a su alrededor. Nunca había conocido a ningún pintor o pintora profesional, pero esa chica, por su estilo de vida, parecía que sí lo era. Le picó un poco esa curiosidad natural que siempre tuvo por saber, por conocer, por aprender cosas. Una curiosidad que la vida, las circunstancias, y también él mismo, le habían ido arrebatando poco a poco. Pero esa era otra de esas cosas de él que estaban volviendo y que le hacían sentir bien.

——Sí, o al menos eso intento. El mundo del arte está cada vez más complicado, pero de momento me da para pagar las facturas.

——Veo que tiene muchos cuadros inacabados ——Christopher hizo hincapié en ese detalle que le había llamado la atención nada más entrar. Prácticamente todos los cuadros que había en ese salón,

no menos de veinte, estaban sin acabar.

——Sí, quizá sea ese uno de mis mayores problemas. Si veo algo en algún cuadro que no me acaba o si dejo de creer en él, no lo termino. Y por lo que puede ver, termino muy pocos.

——Tal vez sea usted alguien muy perfeccionista, no veo por qué tendría que ser eso un problema ——añadió Christopher tratando de ser gentil.

——No lo sé. Como le he dicho, este es un mundo muy complicado en el que es difícil sobrevivir sin ayudas.

——Ayudas como, por ejemplo, conocer a un escritor famoso, ¿no?

Las palabras de Christopher calaron hondo en la joven pintora, que rápidamente ató cabos y pensó en esa persona a la que se refería el inspector. Se tapó los ojos y cogió aire con profundidad.

——¿Qué es lo quiere? Ya hace muchos años de aquello.

Christopher se quedó mirando a Rebecca durante un par de segundos antes de responder. Sintió algo de pena al ver cierta tristeza en ella.

——Quiero que me hable de su relación con Conrad Jones. Cuánto tiempo estuvieron juntos, si alguna vez vio algo raro en él, dónde y cada cuánto tiempo se veían. Ese tipo de cosas.

Rebecca, dando muestras de estar atemorizada por lo que su relación con Conrad podría suponerle a nivel profesional, trató de serenarse para ser lo más cortés y amable posible con ese hombre, a la espera de que no quisiese molestarla ni perjudicarla más de lo

necesario.

——Si no recuerdo mal, estuvimos viéndonos casi dos años, desde finales de dos mil nueve hasta dos mil once, concretamente hasta que le…

——¿Hasta que le dispararon? ——añadió Christopher, evitando hacer alusión a que fue él quien le disparó.

——Exacto, hasta que le dispararon.

——Y qué más. ¿Dónde se conocieron?

——En una galería de arte de Boston. Era una de las primeras veces que exponía. Estaba muy emocionada, como se puede imaginar. Yo solo era una joven inocente e ignorante de la vida que de la noche a la mañana había pasado de vivir rodeada de cabras y de vacas a estar exponiendo en uno de los mejores centros de arte de Boston. Mi felicidad no podía ser mayor, bueno sí, sí podía. Conrad Jones, el famoso escritor a quien todo el mundo conocía y admiraba, no solo estaba allí aquella noche, sino que se interesó en comprar varias de mis obras.

——Así que Conrad, antes que amante, fue cliente, ¿no?

Rebecca se sonrojó antes de responder.

——Llámelo como quiera. Conrad Jones me compró algunos cuadros y se interesó en seguir mi proyección como artista.

——Como artista, y también como mujer, ¿verdad?

De nuevo, el comentario de Christopher hizo que la joven se sintiese avergonzada. Bajó la cabeza y asintió, a punto de echarse a llorar, algo que hizo que el interior del inspector se removiese. No

tenía ni idea de por qué estaba siendo tan duro con esa joven, tal vez porque todo el mundo lo estaba siendo con él y ahora que había visto la ocasión, se estaba resarciendo con esa joven que no tenía culpa de nada. Se dijo que, a partir de ese momento, solo se resarciría con quien debía, y no con quien podía.

——Disculpe el tono de mis anteriores preguntas, señorita Ellis, no era mi intención importunarla.

——No importa, no pasa nada. Supongo que en cierta manera me lo merezco, por ser una zorra. Yo sabía que él era un hombre casado y que tenía una hija y un hijo, y aun así me dejé seducir por él. ¿Qué tipo de mujer hace algo así? ——dijo Rebecca con lágrimas en los ojos.

——Bueno, todos cometemos errores, señorita Ellis, si le sirve de algo, yo el primero. De ellos aprendemos y debemos utilizarlos para mejorar, y no para hacernos más daño. Dígame, ¿era aquí, en este piso, donde se veían?

——Alguna que otra vez vino aquí, sí, pero la mayoría de veces nos veíamos en la playa.

——¿En la playa? ¿Dónde? ¿En qué playa? ——Los ojos de Conrad se abrieron de par en par. Información nueva.

——En su casa de la playa de Salisbury.

——¿Qué casa de la playa de Salisbury?

La forma en la que Christopher preguntó por aquella casa hizo que Rebecca se preguntase si era buena idea seguir hablando de ella, pero qué importancia podía tener ya después de tantos años, después

de que la policía ya estuviese al tanto de su relación con Conrad.

—Conrad tenía una acogedora casa en la playa de Salisbury que, según él, solía utilizar como lugar para escribir sus novelas. Primero se inspiraba en su cabaña del lago Walden, y después plasmaba todas las ideas y pequeñas anotaciones que había ido recogiendo en la casa de la playa, algo que solía hacer los meses fríos. Decía que el rumor de las olas, el canto de las gaviotas de las primeras horas de la madrugada, o la soledad de las parejas de enamorados que paseaban de la mano, le ayudaban a evadirse del mundo y a centrarse única y exclusivamente en lo que estaba haciendo, su novela.

Christopher vio que Rebecca se emocionaba y tenía que parar para recuperar la compostura. Se notaba que esa chica había estado realmente enamorada de Conrad, que lo admiraba profundamente y que se había ilusionado con que su relación fuese algo más que encuentros furtivos y lejos del mundo.

—¿Y sabe si aparte de esa casa en la playa, Conrad tenía alguna propiedad más?

Rebecca se encogió de hombros primero, después negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. Alguna que otra vez nos vimos en algún hotel, otras aquí, en mi estudio, pero la mayoría de veces lo hacíamos en su casa de la playa.

—Y qué me dice de la última novela que Conrad estaba escribiendo antes de…, bueno, ya sabe, del disparo. ¿Pudo leer algo? ¿Sabía al menos de qué trataba?

—No. Conrad era muy reservado con eso. Y yo jamás traté de invadir su espacio y su privacidad. Era su decisión, su forma de escribir, ¿quién era yo para violar eso? Cada artista tiene que tener su espacio, y hay que respetarlo. Sí puedo decir que escribía mucho, y que incluso tenía alguna que otra novela que nunca había visto la luz y que, según él, escribía a modo de experimentación de nuevas técnicas narrativas, a modo de entrenamiento.

—Y en cuanto a la forma de ser de Conrad, ¿alguna vez vio algo que pudiese relacionarlo con la muerte de aquellos niños? ¿Lo vio comportarse de forma violenta alguna vez? ¿Le hizo algún tipo de daño?

Rebecca dudó antes de responder, algo que no pasó desapercibido para Christopher.

—Yo nunca sospeché ni vi nada que pudiese relacionarlo con la muerte de esos niños, tampoco lo vi comportarse violentamente con nadie, lo único… —Rebecca bajó la mirada y se sonrojó antes de terminar la frase—. Bueno, a veces me proponía juegos sexuales un poco extraños.

—¿Extraños? Explíquese.

—Juegos tipo sadomaso, pero todo muy suave, sin llegar a hacer daño.

—Entonces, ¿temió alguna vez por su integridad física?

—Perdón, inspector, no me he explicado bien, era yo quien debía de infligir los presuntos castigos a él, y no al revés. A mí él jamás me hizo ningún tipo de daño.

Christopher asintió tratando de madurar en su cabeza toda esa nueva información, sin poderse quitar de la cabeza esa casa en la playa de Salisbury, ¿cómo se les podía haber pasado algo así? Debía haberlo comprado con un nombre falso, ¿pero para qué tanto secretismo? *Bueno, tal vez para poder llevarse a sus amantes sin que su mujer, la pobre Hanna Flanagan supiese poco o nada*, pensó antes de despedirse de Rebecca.

—Una última pregunta, Rebecca.

—Sí, claro, pregunte.

—¿Recuerda la dirección exacta de la casa de la playa de Salisbury?

—Sí, por supuesto, espere, que se lo anoto —Rebecca se levantó del bonito sofá aterciopelado y volvió a los diez segundos con un papel y un bolígrafo, donde anotó la dirección de la casa con vistas al mar.

—Muchas gracias, señorita Ellis, ¿y no tendrá usted por casualidad una copia de la llave de esa vivienda?

Rebecca sonrió ante las exigencias del inspector.

—No, lo siento, pero Conrad era muy celoso de su intimidad y nunca se hubiese arriesgado a que alguien entrase en su lugar de trabajo sin estar él presente.

—Claro, lo entiendo, no importa, creo que podré arreglármelas yo solo. Muchas gracias por todo, señorita Ellis, ha sido usted muy amable, y de gran ayuda.

—No hay de qué, inspector.

—Si recuerda cualquier otra cosa que crea que pueda ser importante, por favor, no dude en llamarme, sea la hora que sea —dijo Christopher tendiéndole una tarjeta de visita con su número de teléfono escrito.

Rebecca cogió la tarjeta de buen agrado y, en cuanto el inspector cerró la puerta, se preguntó si debería haberle contado lo otro. Si debería haberle hablado de esa otra vertiente de su relación, de su particular «triángulo amoroso». Y con la duda de si debería o no llamarlo, vio por la ventana cómo el inspector Ran se alejaba por la carretera en su viejo y destartalado Dodge.

CAPÍTULO 32

Luke

Luke llevaba bastantes horas vagando sin rumbo fijo. El despertar de Conrad había sido en cierta manera como su propio despertar, aunque en su caso, no de un coma, si no del sueño de toda una vida.

Los primeros días trató de ser paciente, de serenarse, pero ahora lo veía de otra manera, todo lo que había construido con tanto empeño y mimo, su vida de ensueño con la mujer de la que estaba profundamente enamorado desde el primer día que la vio, se estaba desmoronando poco a poco.

Y luego estaba su faceta como escritor, si hace unas horas había sentido que era tan bueno como el que más y que solo era cuestión de tiempo que el mundo entero reconociese su talento, ahora pensaba que no era más que un fracasado más cuyas ínfulas de grandeza lo habían llevado a delirar, a creerse que realmente era mejor que muchos otros a los que el público adoraba, empezando por Conrad, el maldito Conrad Jones.

Estaba abatido, más de lo que lo había estado nunca, y eso no era bueno. No le gustaba la persona en la que se convertía cuando el viento no soplaba a su favor. Cuanto todo a su alrededor era como una gran nube negra.

Llegó a casa decidido a plantarle cara a Hanna, porque no le cabía

ninguna duda de que en cuanto la viese le iba a caer una buena bronca por andar por ahí desaparecido. Ella era así, autoritaria, le gustaba tenerlo todo controlado, sobre todo a las personas, pero eso ya había terminado. Su sorpresa fue cuando al entrar en casa vio a Hanna reunida con tres policías, Dylan y Dana también estaban. ¿Se había perdido algo?

CAPÍTULO 33

Dylan y Dana

En cuanto Luke entró por la puerta, Hanna se levantó del sofá y lo abrazó con fuerza. Algo que él no supo muy bien cómo interpretar. Sí interpretó, por el contrario, las reacciones de su cuerpo, el cual se sentía profunda y poderosamente atraído por cualquier gesto de aproximación que acometía esa mujer.

—Dios mío, Luke, ¿estás bien? Estaba muy preocupada. Llegué a pensar que… no quiero ni decirlo —dijo Hanna fingiendo que estaba a punto de soltar una lágrima mientras se arrebujaba entre los brazos y el pecho de Luke.

—Tranquila, estoy bien, es solo que necesitaba algo de aire, respirar un poco, toda esta locura que no acabo de entender creo que me está afectando más de lo debido.

—Normal, cariño, todo esto nos va a consumir si no vuelven a encerrar a ese monstruo cuanto antes.

Rine se levantó del sofá y le tendió la mano a Luke.

—Disculpe las molestias, señor Klein, yo soy el detective Rine, y estos mis compañeros, el detective Hills y el inspector Bill Lowell, que está a cargo del caso de Conrad Jones —dijo Rine señalando a sus dos compañeros, que estaban sentados en el sofá a punto de interrogar a Dana y a Dylan—. Tome asiento, por favor, tenemos algo de prisa y

quisiéramos acabar con esto cuanto antes para poder continuar con la investigación.

Luke asintió y se sentó en una silla, cerca de Dylan y Dana. Agradeció que fuesen esos hombres los que estaban allí y no el inefable de Christopher Ran, quien, a todas luces, tenía un interés fuera de lo normal en el bienestar de Hanna.

—¿Todo bien, señor Klein? —preguntó Bill fijando su mirada en Luke.

—Sí, todo bien, como ya he dicho, toda esta locura me supera y solo espero que puedan resolverlo cuanto antes, así que, ustedes dirán, si hay algo que podamos hacer para que esto termine, no hay tiempo que perder.

Bill asintió y dirigió su mirada a Dana, que se refugiaba parcialmente tras las anchas espaldas de su hermano.

—Bien, como les habíamos comentado justo antes de que el señor Klein entrase por la puerta, hace poco hemos sabido que una de las cuatro víctimas de dos mil once, concretamente Thomas Carpenter, era compañero de clase de Dana.

—Y yo ya les he dicho que no veo qué importancia podría tener eso. Este es un pueblo pequeño y lo raro hubiese sido que ninguno de esos chicos hubiese coincidido con Dana o con Dylan —dijo Hanna interrumpiendo al inspector.

—La importancia que pueda tener o no lo decidiremos nosotros, señora Flanagan —dijo Bill con rotundidad—. Cuéntanos, Dana, ¿cómo era Thomas? —Bill dirigió su penetrante y sobria mirada a la

joven de catorce años, que no pudo evitar mirar a su madre antes de responder, como buscando permiso.

—No te preocupes por nada, Dana, estamos aquí para atrapar al responsable de las horribles muertes de dos mil once, cuéntanos lo que recuerdes de Thomas con total tranquilidad.

Dana cogió aire y, viendo que no podía esconderse eternamente tras su madre sobreprotectora, asintió mientras buscaba entre sus recuerdos todo lo relacionado con Thomas Carpenter.

—No recuerdo demasiado, la verdad, Thomas era uno de esos chicos que pasa bastante desapercibido. Solía sentarse al final de la clase y apenas se relacionaba con nadie. Era muy callado y siempre andaba de aquí para allá con los cascos de música puestos. Se ponía una de esas sudaderas con capucha para poder ocultar los auriculares en clase.

Bill observó la forma de expresarse de la joven. Sus reacciones, su mirada.

—¿Hablabas con él habitualmente, teníais buena relación?

Dana se encogió de hombros y miró a su madre, quien, a su vez, la observaba muy seria.

—Sí, bueno, lo normal. Ya le he dicho que Thomas no hablaba mucho con los demás, tampoco conmigo, no sabría qué decirle. Mi relación con él era prácticamente inexistente.

—¿Y qué hay de los otros tres chicos?

—¿Qué otros tres chicos? —preguntó Dana arqueando las cejas.

Dylan, que estaba a su lado, inclinó su tronco hacia delante.

—¿Qué tienen que ver los otros tres chicos? Ellos no iban a su clase —dijo Dylan mirando a Bill con enfado.

—Disculpe, joven, pero como ya he dicho antes, la importancia de cada cosa la decidiremos nosotros, y la pregunta iba para su hermana, con usted seguiremos luego.

Dylan apretó los dientes y le aguantó la mirada al inspector. Dana puso una mano en la espalda de su hermano para tranquilizarlo, la notó caliente, su temperatura corporal siempre subía con rapidez cuando se ponía nervioso o se enfadaba.

—Con los otros tres chicos la relación era parecida a la que les he contado de Thomas. Nos conocíamos de vista, pero poco más. Creo que hablé con ellos tres o cuatro veces en toda mi vida, no más —dijo Dana mostrando algo más de tranquilidad.

—¿Y sabes si entre ellos eran amigos?

—Creo que no, yo al menos no recuerdo haberlos visto juntos de forma habitual.

—Y dime, Dana, y no tengas miedo a decir la verdad, ¿alguna vez Thomas o alguno de los otros tres chicos te hizo algún tipo de daño?

Como si hubiese estado esperándolo desde el principio, en cuanto escuchó esa pregunta, Hanna saltó como un resorte.

—¿Pero a dónde quiere ir a parar exactamente? ¿Es que considera a mi hija culpable de algo? —preguntó Hanna con indignación.

—Tranquilícese, señora Flanagan, la pregunta iba para su hija, no para usted —intervino Hills alzando la voz más de lo aconsejado.

—Para su información, yo soy su madre, y yo decido qué

preguntas son adecuadas y cuáles no, ¿le queda claro, detective? —remató Hanna con desdén.

—No hay ningún tipo de mala intención en la pregunta, señora Flanagan —dijo Bill—. Solo queremos saber por qué el asesino escogió a esos cuatro niños y no a otros.

—¿Y la respuesta a eso se supone que la va a tener mi hija?

—Si el culpable es realmente Conrad Jones, tal vez escogió a esos chicos por un motivo personal, y no aleatoriamente, como siempre se pensó.

—Ahorre tiempo y dinero, inspector, no hubo nada personal, Conrad es y siempre será un monstruo, y cuanto antes lo entienda, antes dejará de hacerse preguntas estúpidas. Pedí que fuese el inspector Christopher Ran quien hablase conmigo y con mis hijos, él sí entendió lo que pasó, sí supo ver más allá que todos vosotros juntos, sí supo ver el monstruo que hay en Conrad.

Las palabras de Hanna molestaron a Bill y a la pareja de detectives, quienes endurecieron el rostro al escuchar los halagos hacia Christopher.

—Le ruego, señora Flanagan, que nos deje hacer nuestro trabajo, le repito, por última vez, que nosotros somos quienes decidimos qué importa y qué no, qué se debe preguntar y por qué.

—¿La última vez, dice? ¿Me está amenazando? —Hanna desafió a Bill, quien no pudo evitar sentirse especialmente molesto con las palabras y la actitud de esa mujer.

—Si continúa por ese camino, señora Flanagan, entorpeciendo la

investigación y negándose a colaborar, no me quedará más remedio que incluirla en la lista de sospechosos —dijo Bill con seriedad.

Los ojos de Hanna se abrieron de par en par.

—¿Cómo dice? Inténtelo si se atreve, pero le advierto que haré todo cuanto esté en mi mano para hundir su carrera, y ya no tengo más que decir, ni yo ni mi familia. Así que, si son tan amables, márchense ahora mismo de mi casa —Hanna se levantó y con el dedo índice de su mano derecha señaló la puerta principal de la casa.

—Hanna, tranquila, no es necesario llegar a esto —dijo Luke poniendo una mano sobre su mujer, quien lo miró, de nuevo, con reproche.

Rine y Hills miraron a Bill, a la espera de qué decisión tomaba su jefe, algo que no tardó en llegar.

—La próxima vez la citaremos formalmente, en comisaría, a usted y a sus hijos.

—Muy bien, y ahora, por favor, márchense de una vez.

Bill y la pareja de detectives abandonaron la casa de Hanna con sentimientos encontrados. No sabían hasta qué punto el comportamiento de esa mujer y de sus hijos podía ser debido a todo lo que habían vivido, o podían ocultar algo más.

Tras pensarlo durante unos segundos, y antes de arrancar, Bill miró a la pareja de detectives, y les dijo:

—Quiero que habléis con el resto de compañeros y compañeras que iban a la misma clase de Dana Flanagan y Thomas Carpenter, y si puede ser, con todo aquel que conociese bien a las cuatro víctimas, si

existe la posibilidad de que hubiese algún tipo de móvil que una a las víctimas con Dana Flanagan, no puede pasar ni un día más sin que lo sepamos.

La pareja de detectives asintió mientras abandonaban las inmediaciones de la casa de Hanna Flanagan. Ni ellos ni el propio Bill repararon en que, desde una de sus ventanas, alguien los observaba.

CAPÍTULO 34

No diga ni una palabra

Jaycee trató de unir el recuerdo que Conrad le había contado, con las páginas que le había dado a leer y los crímenes de dos mil once. Y no terminaba de comprender bien cómo encajaba todo. Lo que sí estaba claro era que Conrad, tal y como él le había adelantado, estaba de algún modo relacionado con esos horribles crímenes, si él era el responsable o no era algo que todavía no sabían.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Conrad con firmeza.

—¿Quieres volver a tu casa de la playa? —preguntó Jaycee.

—No veo otra opción.

Lo que Conrad había recordado durante el sueño era que él tenía una bonita casa en la playa que nadie más conocía y que utilizaba con relativa frecuencia para escribir y llevarse a sus amantes. El problema era que, en ese sueño, también lo utilizaba para esconder presuntas pruebas que lo incriminaban a él como posible autor de los crímenes de dos mil once. Esas pruebas eran objetos personales de los cuatro niños que murieron asesinados. En esa casa también guardaba su ordenador de sobremesa y su portátil, donde es posible que estuvieran los documentos que lo confirmarían a él como el autor del manuscrito que relataba con suma precisión la muerte de esos niños.

—Podría ser peligroso —añadió Jaycee.

—Vivir es peligroso, doctora, necesito ir hasta allí y ver si todo lo que he soñado es real.

—Eso podría desencadenar muchos más recuerdos, tal vez no sean agradables.

—Estoy preparado para lo que sea. Necesito saber la verdad, le aseguro que, si yo soy el responsable de esos crímenes, yo mismo seré quien me entregue.

Jaycee asintió y pasó una mano por encima del hombro de Conrad. Desde el primer día en que lo vio, nunca había visto en él tanta seriedad como en ese momento.

Antes de poner rumbo hacia Salisbury, Conrad tuvo una sensación muy extraña. Tuvo la sensación de que esa novela que estaba escribiendo en esos momentos, esa que trataba de su venganza contra la persona que presuntamente lo había incriminado, ya estaba escrita, y estaba escondida en esa casa que nadie más conocía.

—Solo necesito que me prometa una cosa, doctora —dijo Conrad mirando a Jaycee doctora con ojos suplicantes.

—¿El qué?

—Que hasta que no sepamos toda la verdad, pase lo que pase y veamos lo que veamos, no diga ni una palabra a nadie.

Jaycee dudó unos segundos antes de responder.

Una potente emoción, esa que estaba unida a su particular atracción por el riesgo y el peligro, invadió el cuerpo de Jaycee Trawick. Esa poderosa emoción hizo que, antes de que arrancasen, se acercase hasta Conrad e hiciese lo que su cuerpo le estaba pidiendo

desde hacía tiempo y que iba totalmente en contra de su profesión. Le dio un beso en los labios.

—Te lo prometo, Conrad, no diré nada hasta que esto termine.

El viaje hasta Salisbury les llevó algo menos de dos horas y fue lo más parecido a una cita de verdad que hasta ese momento habían tenido. A veces el entorno favorece que los acontecimientos tengan lugar, y el reducido espacio que hay en el interior de un coche, sumado a que no puedes salir de allí —al menos no con el vehículo en marcha—, hacen que se haga un esfuerzo extra por dialogar, por entablar una conversación. Ellos dos estuvieron hablando de tú a tú la mayor parte del tiempo, de persona a persona, sin importar quién era médico, paciente, escritor o lectora. Solo un hombre y una mujer hablando de la vida. Como debió ser desde el principio de los tiempos. Aunque como ya era normal en él, Conrad aprovechó la ocasión para hablar de lo que más le gustaba: las novelas y las reglas de la construcción literaria.

—Una de las cosas más importantes de toda novela, y de las que aún no le he hablado, es el ritmo. Y el ritmo viene marcado, irremediablemente, por la sucesión de acontecimientos. Por cómo intervienen la narración y la acción, la descripción o el diálogo. El ritmo es importante para que el lector sienta justo lo que la historia necesita que sienta. Si necesita que sienta el vértigo, el ritmo ha de ser muy rápido, con muchos acontecimientos y mucha acción. Si necesita que sienta la intriga o el suspense, el ritmo ha de combinar narración y acción en su justa medida, aumentando y disminuyendo el ritmo constantemente hasta llegar a un final de infarto.

Jaycee, que era quien estaba al volante, escuchaba atentamente lo que Conrad le contaba. La sensación de plenitud por estar escuchando de primera mano a su escritor preferido, el mismo a quien había besado un rato antes, era total.

—Y no ha de confundirse el ritmo con los giros argumentales, aunque a veces puedan parecer lo mismo, no lo son. Los giros suponen verdaderos cambios en la trama, son hechos que revisten de una gran importancia en el transcurso y devenir de la trama. Los giros, para ser auténticos giros, han de sorprender al lector, no deben esperarlos, son revelaciones o sucesos que ocurren contra todo pronóstico.

Jaycee asintió mientras se preguntaba a sí misma si era eso lo que estaba a punto de ocurrir en su particular historia, un gran giro argumental.

CAPÍTULO 35

La playa de Salisbury

Christopher tenía un lío en la cabeza como hacía tiempo que no recordaba. Algo que le hizo sentirse muy mayor. Como esos ancianos que olvidan frecuentemente tomarse las pastillas del corazón.

Por un lado, su yo más profesional le decía que tenía que avisar a Bill de los últimos y nuevos hallazgos, primero de su conversación con Rebecca Ellis, después lo que ella le había revelado acerca de la casa en la playa de Salisbury que tenía Conrad, y por último, de la duda que su hermana le había instalado en la cabeza, la de si las anteriores víctimas, y sobre todo la última, la de Kevin Lineheart, habían recibido una amenaza en forma de dibujo, como el que había recibido su sobrina Aurora y que él había intentado restarle importancia para no preocupar a su hermana. Pero, por otro lado, estaba tan enfadado con el Catedrático por cómo lo había estado tratando, que no quería darle ni una sola oportunidad de que al final fuese él quien resolviese el caso y se anotase el tanto. El orgullo, ese monstruo de gran tamaño que habita en el interior de cada persona, hacía fuerza por arrastrarlo hacia su territorio, ese lugar donde lo único que importa y está permitido es el bienestar y el éxito de uno mismo.

Su radio interior, esa que lo guiaba y que, como una brújula, le indicaba la dirección a seguir, le dijo que, asuntos personales aparte, la vida de más niños, incluida la de su sobrina, podría estar en peligro,

y que tenía que hacer lo posible por aunar esfuerzos, olvidarse de su propio yo y colaborar con quien hiciese falta para resolver ese caso cuanto antes. Así que, muy a pesar de esa otra parte orgullosa de su interior, llamó a Bill y lo puso al corriente de todo.

—Buen trabajo, Christopher, pero ni se te ocurra entrar en esa casa hasta que consigamos una orden. Ahora mismo llamo al jefe Grayson para que acelere los trámites. Queda menos de una semana para el juicio, si cometemos un error ahora, podría ser crucial y definitivo. Su abogado nos aniquilará sin contemplaciones —dijo Bill cuando terminó de escuchar el parte de Christopher.

Christopher hizo una pausa desde el interior del viejo Dodge. A tan solo veinte metros de él podía ver la bonita fachada de la casa playera de Conrad. Construida en madera de la máxima calidad y levantada un metro del suelo para escapar de las humedades y de las fuertes subidas del nivel del mar. Con tonos azules y blancos, grandes ventanales y tres alturas en cuyo interior, imaginaba, se escondían múltiples nuevas pistas, una valiosísima información que podía desaparecer en cualquier momento, concretamente en el momento en el que a Conrad le diese por acordarse de esa casa. Lo tenía tan al alcance de la mano que no quería tener que renunciar, pero, ¿y si alguien lo descubría tal y como le había dicho Bill? ¿Y si por su culpa Conrad lograba encontrar un resquicio legal para eludir a la justicia? Desde luego que, entrar sin una orden judicial en una propiedad del mayor sospechoso del caso, era un argumento jurídico con el suficiente peso como para que el juez invalidase el juicio o, como mínimo, todas las pruebas que pudiesen encontrar dentro de dicha

propiedad perdiesen su valor.

—De acuerdo, Bill, esperaré a esa orden.

—Bien hecho, Christopher, yo voy a ir personalmente a hablar con la familia de Kevin Lineheart para ver si entre las cosas del chaval metió alguien un dibujo parecido al que metieron en la mochila de tu sobrina, de ser así, le pondremos vigilancia las veinticuatro horas, no te preocupes, no le pasará nada.

—Gracias, Bill, hablamos más tarde.

Cuando Christopher colgó el teléfono vio que tenía tres llamadas perdidas de Hanna, a la que eludió llamar para que no lo desestabilizara. Ya imaginaba lo que quería y lo que le iba a contar, que Bill y sus secuaces habían estado allí y que la habían tratado como a una criminal. No le apetecía aguantar el chaparrón. También tenía en la bandeja de entrada un mensaje de Katherine Wolfe, quien lo invitaba a volver a su casa esa misma noche, quizá, decía, para seguir hablando de Conrad o de lo que fuese con la compañía de un par de cervezas. Christopher, movido por esa sensación de bienestar que le había producido pasar la noche con esa mujer, le respondió que le hiciese hueco en su agenda, que, al caer el día, estaría allí nuevamente.

Y con el ego por las nubes ante la próxima cita con Katherine, bajó del coche y se dijo aquello de que quien no arriesga no gana, ojos que no ven, corazón que no siente, a continuación, puso rumbo hacia la imponente casa de Conrad Jones, omitiendo por completo las advertencias del Catedrático.

Se acercó hasta las inmediaciones de la propiedad tratando de no llamar la atención. No es que a esas horas hubiese mucha gente en los alrededores, pero, alguien, sobre todo alguno de los pocos vecinos que había, lo podía ver. Y no quería que nadie dijese posteriormente que lo habían visto entrar por una ventana, porque, él sabía por experiencia que, cuando menos lo esperabas, había alguien en algún lugar mirando desinteresadamente, tal vez fumando en el balcón, tendiendo la ropa en la terraza, o preparando las brasas para hacer una barbacoa.

Rodeó la casa a paso ligero, evitando mirarla de forma directa y detenerse frente a ella. Buscó algún punto accesible, tal vez una ventana mal cerrada, pero no fue el caso. Todo estaba cerrado a cal y canto, como debe ser cuando se tiene cierto recelo con las cosas personales.

Tras unos cuantos minutos en los que no vio ni un solo punto de fácil acceso, se dijo que no podía estar merodeando por fuera de la casa durante más tiempo, demasiado arriesgado, mejor entrar a las bravas que quedarse ahí plantado a la vista de todo el mundo. Así que se fue a la parte posterior de la casa, esperó disimuladamente a que no pasara nadie y, de un fuerte codazo, rompió el cristal de una ventana. Pero las cosas no siempre son tan sencillas como uno se imagina. La ventana se rompió, desde luego, pero él se llevó un buen corte en el codo que, sin tiempo para ver el alcance exacto de la herida, intuyó que no debía ser pequeño. Se quitó la chaqueta y después se arremangó el suéter hasta la altura de la herida para comprimirla un poco, luego se volvió a colocar la chaqueta. De momento la sangre no

goteaba, que era lo que en ese momento más le importaba. Ya tendría tiempo de cerrar bien esa herida.

Miró a su alrededor para ver por dónde empezaba. Estaba dispuesto a registrar esa casa de arriba abajo en busca de algo que pudiese incriminar a Conrad Jones de forma definitiva. Pero debía conservar la calma y ser metódico para no pasar nada por alto.

Lo primero que rastreó fue la planta baja. Una imponente chimenea, alrededor de la cual había un conjunto de no menos imponentes sillones y sofás, gobernaba un salón de corte señorial, pero con las comodidades más modernas del momento. Televisión de pantalla plana, persianas eléctricas, equipo de sonido de alta fidelidad. No encontró nada que le llamase especialmente la atención, aparte de, igual que le pasó en casa de Katherine, decenas de libros por todas partes.

Rebuscó en las estanterías que cubrían gran parte de las paredes del salón, pero tampoco vio nada. Se fijó en los cuadros que había colgando de las paredes, la mayoría eran paisajes marítimos tormentosos. Un naufragio, un huracán, un maremoto, un asedio pirata. El estilo era el mismo en todos ellos, y no tuvo duda acerca de quién eran, aun así, se acercó hasta ellos para constatar, en la esquina inferior derecha, la firma de la autora: R.E., las iniciales de Rebecca Ellis. Estaba claro que, valiesen lo que valiesen, Conrad había pagado por bastantes de las obras de la joven artista. Movió los cuadros con cautela por si, tras alguno de ellos, Conrad había escondido una caja fuerte, pero no fue el caso.

En un extremo del salón había un rincón que simulaba la barra de

un bar de los años cincuenta. Con un bonito espejo envejecido y un sinfín de bebidas alcohólicas que cubrían muy probablemente todos los gustos habidos y por haber. Cuatro taburetes tapizados en piel marrón estaban alienados frente a esa barra rematada con un peculiar acolchado negro. No encontró nada en el interior de ese minibar.

Se paseó por la cocina, por los dos cuartos de baño de esa planta baja y por un dormitorio en el suelo del cual, había un bonito conjunto de ropa interior femenina color amarillo que dedujo que llevaría allí desde los últimos siete años. Imaginó que también sería de Rebecca.

Subió a la primera planta con algo de nerviosismo en el cuerpo. Todavía no había encontrado nada y, el riesgo a que alguien lo descubriese allí dentro, o escuchase algo desde el exterior, era cada vez mayor. En la primera planta había un par de dormitorios más y otro salón, el cual estaba decorado de un modo más moderno que el de abajo. Lo recorrió todo con una creciente sensación de peligro en su interior. Su radio interna le decía que algo malo iba a pasar si no se iba de allí pronto, pero también, como cuando tienes algo en la punta de la lengua, que, en algún lugar de esa casa, había algo importante. Y decidido a encontrar lo que estaba buscando para irse cuanto antes a casa de Katherine a pasar otra velada de ensueño, subió a la última planta.

Y allí, frente a una pared de lo que parecía ser un gran estudio abuhardillado, vio la primera de las cosas que estaba buscando, un elegante y bonito ordenador sobre una mesa de madera de al menos tres metros de ancha por uno y medio de profundidad. La pared que

había frente a dicho ordenador estaba cubierta por un corcho gigante de tres o cuatro metros de largo y dos de alto. El corcho estaba repleto de pegatinas de colores en las cuales Conrad había escrito encima con rotulador negro. Imaginó que eran las típicas notas que los escritores y guionistas utilizaban para no perderse en el interior de sus propias historias. Sin tiempo para detenerse a leer todas esas notas, sacó el teléfono móvil y le hizo unas cuantas fotos a ese corcho. Ya tendría tiempo de analizarlas más tarde, tal vez con la ayuda de Katherine Wolfe, ¿quién mejor que su ex agente literaria para interpretarlas?

Tras asegurarse de que tenía todo el corcho bien fotografiado, siguió recorriendo ese bonito estudio en busca de más pruebas. Pensó en encender el ordenador, pero quizá haría eso más tarde. Primero prefería buscar objetos físicos y tangibles, antes de embarcarse en las turbulentas aguas de la informática, algo que, desde siempre, se llevó mal con él.

En la mesa donde estaba el ordenador encontró muchas páginas escritas de lo que debía ser la novela que Conrad debía estar escribiendo antes de recibir el disparo, una novela que, según dijo Hanna, podría tratar sobre los crímenes de dos mil once. Amontonó todas las páginas que encontró a su paso y las dejó en una esquina de la mesa, se las llevaría y las estudiaría con calma junto a quien, en su cabeza, ya era su nueva y exclusiva aliada: Katherine Wolfe. En esa buhardilla, al contrario de la imagen con la que se había encontrado en la planta baja, no había ni una sola estantería con libros. Al parecer, en ese lugar, todo lo que había a nivel literario era creación de Conrad. Tal vez en su mundo literario no hubiese cabida para otros

autores, o tal vez, sencillamente, ese vacío literario le permitía aislarse del mundo y concentrarse mejor.

Tras revolver los diversos sofás que había en ese estudio y, casi a punto de desfallecer, se quedó mirando fijamente uno de los sofás que, en realidad, era uno de esos bonitos divanes de madera con vistas a la playa. Uno de esos divanes en cuya parte inferior, en la zona de asiento, se esconde un gran cajón de almacenaje. Fue directo hacia él y lo abrió sin más preámbulos. Sus ojos se abrieron de par en par cuando sus ojos se encontraron frente a frente con un portátil de la marca Dell. Lo cogió con un ligero temblor de manos debido a la emoción y lo dejó junto al taco de páginas escritas que había preparado sobre la mesa para llevárselos consigo. El ordenador de sobremesa podía trastearlo, pero el portátil se lo podía llevar con él y destriparlo con total libertad en la más tierna intimidad.

Cuando volvió de nuevo al diván para ver si veía algo más, sintió cómo la sangre se le helaba al ver que, en el fondo de ese diván, y escondido bajo un par de mantas, había un saco de tela cerrado con un triple nudo. Por su forma y por el triple nudo con el que había sido cerrado le recordó al saco que Conrad llevaba colgando en la espalda el día que él le disparó, el mismo saco en el que estaban las zapatillas de los cuatro niños de dos mil once. Con el corazón palpitando con fuerza en su interior, se dispuso a desatar ese nudo para ver qué había en su interior, sin duda, algo bastante pesado y con algunos objetos susceptibles de poderse romper, pero un ruido proveniente de la calle hizo que se parara de golpe. El ruido era más bien el cierre de la puerta de un coche, seguido de unas voces muy próximas a la vivienda

playera de Conrad.

La radio interior de Christopher le dijo que ese pálpito de que algo malo iba a pasar, estaba teniendo lugar justo en ese momento. Se asomó con mucho disimulo por una de las ventanas que daban a la calle y las pulsaciones aumentaron de marcha al ver que el mismísimo Conrad Jones, acompañado por la joven doctora Jaycee Trawick, se dirigían a la puerta principal de la casa. Era cuestión de segundos que entrasen dentro. Si lo descubrían allí, estaba perdido. La investigación estaría perdida. Tenía que salir como fuese sin ser visto. Pero, ¿cómo? ¿Y cómo llevarse con él todas las pruebas que había visto?

Cogió el portátil y el taco de páginas con una mano y el saco con el triple nudo con la otra. Se asomó a una de esas ventanas y vio cómo Conrad y la doctora Trawick rebuscaban bajo una maceta de la entrada. Vio a Conrad sonreír cuando le mostró a la doctora la llave que había encontrado bajo un gran macetero. Esa llave, al parecer, abría la puerta principal de la casa, algo que, para pesar de Christopher, solo tardaron en constatar unos cinco segundos. Estaban dentro, y Christopher todavía no tenía ni idea de cómo salir de allí sin ser visto.

Se dijo de nuevo aquello de que el que no arriesga no gana, así que puso rumbo al extremo de la buhardilla que daba a la parte trasera de la casa y abrió una de sus ventanas. Se asomó y calculó que lo separaban del suelo unos cinco o seis metros, quizá un par más, afortunadamente había césped. Aun así, de seis a u ocho metros de caída no eran poca cosa. Escuchó a Conrad y a Jaycee hablar por el hueco de la escalera y se temió lo peor, si la fastidió cuando se

quemaron todas las pruebas que se recabaron en dos mil once, ahora llevaba camino de volverlo a fastidiar. No podía dejar que pasase otra vez. Se encaramó a la ventana y se decidió a saltar, y que pasase lo que pasase. El problema fue que, cuando se dispuso a ello, algo en su interior —tal vez el sentido común—, le dijo que precipitarse de una altura de bastantes metros con los dos brazos ocupados, para un hombre de más de cuarenta años, era algo extremadamente arriesgado. Una cosa era lastimarse un tobillo o una rodilla en la caída, otra muy distinta, abrirse la cabeza. Así que, muy a su pesar, tuvo que decidir en tiempo récord de qué objetos prescindir, y dado que no sabía lo que había en ese saco, ni si podía ser importante, decidió que no podía llevárselo con él. Así que lo dejó en el suelo, junto a la ventana, y con su brazo derecho libre, el mismo en el que se había cortado al entrar en la casa, saltó.

Un sonoro crack se escuchó al contacto con el césped. Tuvo que enterrar su cabeza contra el suelo para amortiguar el alarido de dolor que su garganta emitió. Se arrastró como pudo hasta su coche dando un pequeño rodeo, sin saber muy si desde el interior de la vivienda, o tal vez alguien desde fuera, podría estar viéndolo.

Cuando se dejó caer en el interior del Dodge, con el portátil Dell y el taco de folios haciéndole compañía en el asiento de copiloto, respiró aliviado. Al parecer no lo habían visto y había conseguido —eso esperaba—, nuevas y jugosas pruebas. A continuación, no solo empezó a sentir un horrible dolor en su tobillo izquierdo, también vio que la herida que se había hecho en el codo derecho goteaba sangre. Bastante sangre.

A pesar de las heridas, con el ánimo por las nubes y la sensación de que volvía a ser ese policía que un día fue, puso rumbo a casa de Katherine como si ella fuese esa isla en mitad del océano en la que refugiarse, en la que tomar un respiro antes de continuar. En ese momento se olvidó por completo de que había quedado en ir a ver a su hermana y a sus sobrinas.

CAPÍTULO 36

Todo lo bueno se acaba

Conrad se quedó pasmado mirando los cuadros del salón, obviando por un momento a la mujer que tenía al lado. Tal y como Jaycee le había dicho, ir hasta esa casa podía traer consigo un aluvión de nuevos recuerdos, algunos de los mismos, posiblemente, no muy buenos.

Lo primero que Conrad recordó fue a la autora de todos esos cuadros, la misma de ese misterioso paisaje que tenía colgando en su cabaña en el que un hombre le hacía frente a una ola de más de tres metros. La autora de esos cuadros era Rebecca Ellis, ahora la recordaba muy bien, alguien mucho más especial para él de lo que lo había sido cualquiera de sus amantes. Jaycee fue a decir algo, pero Conrad le pidió silencio alzando su mano derecha. En ese momento estaba recordando muchas cosas nuevas, y para su sorpresa, todas buenas. Recordó el día que conoció a Rebecca en la galería de arte de Boston. Recordó la primera vez que visitó su estudio, en Worcester. Recordó la primera vez que la llevó hasta allí, su templo secreto. Por último, también recordó algo más, no tan agradable y que empañó ligeramente todos esos buenos recuerdos: recordó el triángulo amoroso que iniciaron por insistencia suya y del cual, no guardaba tan buenos recuerdos. De nuevo su afán por experimentar cosas nuevas y por vivir situaciones límite, estropeando todo lo bueno que había en

su vida.

—Conrad, tienes que ver esto, es importante —dijo Jaycee tratando de llamar su atención, algo que sin duda consiguió.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has visto?

Jaycee le pidió que guardase silencio poniendo un dedo sobre sus labios. Luego le señaló las escaleras por las que se accedía al piso de arriba. En la barandilla de madera podía verse una pequeña mancha de sangre que, a pesar de los metros de distancia que los separaban, podía intuirse que, por la viveza de su color, estaba bastante fresca. Se quedaron mirándose durante un par de segundos preguntándose si estaban en peligro. Pero tanto el uno como el otro, acostumbrados a zambullirse de lleno en el riesgo, se dirigieron hasta la escalera tratando de no hacer ningún ruido. Si esa sangre estaba fresca significaba que el dueño de la misma todavía podía encontrarse en esa casa. Conrad puso su nariz y sus ojos a escasos milímetros de la mancha de sangre y después miró a Jaycee a los ojos tratando de explicarle con la mirada que *sí*, que aquello era sangre y que alguien la había derramado hacía muy poco. Jaycee no tuvo problema en interpretar esa mirada, luego señaló una nueva gota en el sueño, en dirección a la cocina. Fueron de puntillas hasta allí y pudieron ver los cristales rotos en el suelo y la ventana de la que provenían. Más sangre fresca había sido derramada sobre esos cristales y en el suelo. No tardaron en llegar a la conclusión de que hacía escasos minutos, alguien había entrado en la casa por esa ventana tras romper el cristal y cortarse con él.

Tras armarse con un par de imponentes cuchillos de cocina,

recorrieron toda la planta baja en busca de una presencia inesperada, pero no vieron nada. Se dirigieron de nuevo a la escalera y subieron hasta la primera planta. Buscaron bien en cada una de las estancias, pero tampoco vieron a nadie. Solo quedaba la última planta. La buhardilla.

Subieron las escaleras conscientes de lo peligroso que podría resultar encontrarse frente a frente con el intruso, podría ir armado, podría ser alguien con muy malas intenciones.

Pero en ese maravilloso y diáfano estudio no había nadie. Estaba vacío. Fuese quien fuese la persona que había entrado en esa casa rompiendo la ventana de la cocina, ya no estaba. Fue Jaycee nuevamente, dando muestras de tener una gran capacidad de observación, la que se acercó hasta la ventana que daba a la parte trasera de la casa y que estaba abierta de par en par. Se asomó para ver si por casualidad todavía podía atisbar la silueta del posible intruso, pero sus ojos solo vieron el descuidado césped del suelo en el que, a su parecer, debió aterrizar la persona que utilizó esa vía de escape.

Bajo el umbral de la ventana había un saco fuertemente anudado, que Jaycee no llegó ni a tocar porque Conrad se le adelantó. El rápido movimiento del escritor, que había ido tras Jaycee hasta esa ventana, la cogió por sorpresa e hizo que se sobresaltara levemente. Por un momento se llegó a preguntar, ¿qué tan terrible es lo que hay en ese saco?

——Esto es justamente lo que te comenté que vi en mi sueño, este mismo saco ——dijo Conrad con un ligero temblor en los ojos.

Y sin decir nada más, deshizo el triple nudo sintiendo que lo que hubiese allí dentro podría convertirlo definitivamente en la persona que todo el mundo decía que era: un monstruo.

Jaycee aguantó la respiración mientras Conrad se disponía a abrir bien el saco para poder ver su contenido, durante un instante incluso se vio tentada de marcharse de allí corriendo, pero de nuevo, esa atracción por el peligro y el riesgo la cogió bien fuerte y le impidió moverse ni un solo milímetro.

Lo que había dentro del saco no eran más que objetos personales de niños. Un estuche de metal. Un reproductor de música portátil. Una videoconsola de bolsillo. Unas gafas de sol. Un juego de cartas. Una libreta. Un inhalador para el asma.

Tanto Jaycee como Conrad se miraron a los ojos y, en silencio, se preguntaron si todos esos objetos pertenecieron a las cuatro víctimas de dos mil once, algo que, ciertamente, parecía bastante claro.

Conrad, dando muestras de abatimiento, dejó caer el saco en el suelo y bajó los brazos. La joven doctora nunca lo había visto así, dando claras muestras de derrota, de no poder más.

——Ya está, Jaycee, se acabó, esto prueba que fui yo, y eso que todavía no hemos visto lo que hay en mi ordenador, pero tal y como recordé en el sueño, ya sé lo que vamos a ver, la novela cuyas páginas encontré bajo mi chimenea. La misma que relata detalle a detalle todo lo que pasó con esos pobres niños. Soy un monstruo, y merezco cualquier cosa que la justicia o los familiares de esos niños quiera hacer conmigo.

Hasta ese instante, Conrad no había imaginado ni por un momento que él fuese el responsable de esos crímenes. Puede que a veces tuviese pensamientos extraños y que incluso provocase situaciones que podían llegar a herir a las personas, sobre todo a nivel psicológico, pero jamás en la vida se vio capaz de matar a nadie, menos aún a un niño. Jamás en la vida pensó en hacerle daño real a alguien, menos aún por placer, pero todo hacía indicar que así fue.

——Conrad, escúchame, esto no prueba nada, podrían haberte incriminado perfectamente, igual que dejaron el saco con zapatillas en tu cabaña, o los cordones en tu coche.

——Déjelo ya, Jaycee, no tiene sentido seguir intentándolo.

——Sí, si lo tiene, Conrad. Mira, nunca te lo he dicho directamente, pero creo que mi forma de comportarme durante las últimas semanas da fe de ello; no creo que tú seas el responsable de esos crímenes de los que injustamente se te acusó, de hecho, nunca lo creí, pero desde que te conozco, menos aún. Así que no voy a permitir que el mejor escritor que he conocido se deje vencer por la persona que ya intentó arruinarte la vida en dos mil once y que no dudará en volverlo a hacer ahora, ¿no ibas a escribir la mejor novela negra de la historia? ¿Esa que hablaría de todo lo que pasó entonces y lo que está pasando ahora? ¿Esa que hablaría de todo lo que te ha importado en esta vida?

Conrad, con un especial brillo en los ojos, miró a Jaycee fijamente. Después acarició con ternura su mejilla derecha, gesto que ella correspondió tocando el rostro de él. Después, nuevamente fue ella la que se acercó para volverlo a besar, esta vez con más

intensidad.

——Escúchame, Conrad, vamos a atrapar a quien te hizo esto, ¿de acuerdo? Tú y yo.

——Es posible que la persona que ha estado aquí hace unos minutos se haya llevado cosas que podrían jugar en mi contra.

——No importa lo que se ha llevado, solo que no se ha llevado el saco, eso para empezar, además, tenía cierto miedo a ser descubierto, por eso ha huido, eso nos dice de él que se siente vulnerable y que quizá no lo vea tan fácil. Además, ahora también sabemos que está herido, si por alguna de aquellas es una persona cercana a ti, puede que pudiésemos identificarla. Me atrevería a decir que la herida que se hizo al entrar debe tenerla en la mano o en el brazo. Creo que eso nos da cierta ventaja.

Conrad, que por primera vez desde hacía mucho tiempo sentía que había alguien a quien realmente le importaba, asintió y se levantó con el ánimo renovado. Dispuesto a coger el toro por los cuernos y a enfrentarse a la verdad, algo que empezaría por ver qué había en ese ordenador y qué había escrito en esa pared de corcho.

Y eso fue lo que hizo, ir hasta la bonita mesa de su estudio y encender el ordenador. Al colocarse el teclado cómodamente para introducir una contraseña que tecleó por pura memoria inconsciente, vio que bajo dicho teclado había escondido un papel. Ese papel era un dibujo en el que podía verse a un niño con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico y al cual le habían quitado las zapatillas, que aparecían sin cordones en una esquina. El corazón le empezó a latir con fuerza al ver ese dibujo, pero la sangre se le congeló por completo

cuando recordó que ya lo había visto antes en alguna parte, la cuestión ahora era, ¿dónde?

Antes de siquiera tener fuerzas para decir una palabra o digerir lo que acababa de descubrir o qué importancia podría tener, recibió una llamada de su abogado que descolgó casi sin pensar.

——Conrad, menos mal que respondes, tenemos un problema —— dijo Kurt con su habitual estrés desmedido al hablar.

——¿Cuál? ——respondió Conrad en piloto automático. Para él todo eran problemas, ¿Qué importancia podía tener uno más?

——El problema es que, no me preguntes cómo, pero, han descubierto que tenías una amante, una muy especial con la que, al parecer, estabas muy unido, también parecer ser que tienes una casa en la playa que compraste con una identidad fantasma y que en esa casa podría haber cosas feas, Con, cosas que podrían hacer que te pudrieras en la cárcel para siempre.

Conrad apretó los párpados con fuerza.

——¿Y cómo lo has sabido?

——Ya sabes que tengo oídos en todas partes, Con, lo he sabido porque un contacto de los juzgados me ha dicho que el jefe Grayon ha pedido una orden judicial urgente para poder ir hasta esa casa que está en la playa de Salisbury, de hecho, según me han chivado, la orden debe estar al caer, así que solo es cuestión de tiempo que vayan hasta allí y… Dios, Con, ¿en serio no recuerdas nada de esto?

Conrad cogió aire con fuerza y se preguntó si debía o no ser sincero con su abogado.

——Mira, Kurt, puedes creerlo o no, pero justamente esta mañana he recordado la existencia de la casa de la que me hablas, incluyendo a la amante de la que me hablas, de nombre Rebecca Ellis, por cierto.

——¿En serio lo has recordados? ¿Y por qué demonios no me has llamado para contármelo?

——Eso ahora no importa, lo que importa es que estoy aquí, de hecho, acabo de llegar.

——¿Aquí? ¿Te refieres a que estás en la casa de la playa de Salisbury?

——Sí.

Kurt Elston suspiró ruidosamente.

——Sigo pensando que deberías haberme llamado, Con, pero ya hablaremos de esto más tarde. Ahora lo importante es que estás allí, y eso nos da cierta ventaja. Créeme, yo mismo iría hasta allí para echarte una mano, pero no sé si llegaría a tiempo, tal vez el inspector Bill Lowell y ese par de cabezas huecas que lleva siempre con él ya estén de camino. No importa, no hay tiempo que perder y no es momento para lamentarse. Coge todo aquello que veas que podría resultar de interés, incluyendo cualquier equipo informático o cualquier otro objeto del cual no tengas muy clara su procedencia. Y vuelve de nuevo a la cabaña, nunca pensé que diría esto, pero, tal vez, después del ataque que recibiste, ese sea el lugar más seguro que ahora mismo te puedo ofrecer.

——De acuerdo, Kurt. Te llamo cuando esté de regreso.

——Date mucha prisa, Con, lo digo en serio.

Cuando Conrad colgó el teléfono sintió un nuevo pinchazo en el lóbulo temporal de su cerebro. Uno muy fuerte. La catarata de recuerdos, tal y como le había dicho Jaycee, estaba llegando. En esta ocasión lo que recordó fue que, la persona que había escrito el manuscrito que encontró en la chimenea no era él, era su hijo. Dylan.

CAPÍTULO 37

Estoy harto

La visita de los tres policías había dejado muy tocada a Hanna, que veía cómo día a día su hogar se desmoronaba. A los múltiples problemas que parecían haber aflorado con su marido, se le sumaba el creciente nerviosismo de su hijo y de su hija, ambos contagiados en cierta manera por el pavor y el desmedido histerismo que mostraba ella.

Dana se había encerrado en la habitación con la música bien fuerte. No había forma de hablar con ella, ni tan siquiera de darle un abrazo. Otra vez encerrándose en sí misma, igual que en dos mil once. Hanna pensó en tirar la puerta abajo, pero Luke, mostrando algo más de sensatez, le quitó la idea de la cabeza alegando que hacer eso no haría más que asustarla todavía más. Hanna, a quien la actitud y la forma de ser de su actual pareja irritaba cada vez más, trató de hablar con Dylan para ver cómo se encontraba, cómo se sentía, pero Dylan, dando muestras de una agresividad inusitada, se fue de nuevo dando un portazo.

Pero lo peor de todo era el creciente miedo a que Conrad quedase libre para siempre. Ese hombre ya le había arruinado la vida una vez y no quería que volviese a hacerlo. Por su cabeza empezaron a deambular horribles pensamientos y, de nuevo, volvió a llamar a Christopher, la persona en la que más confiaba y a quien, desde

siempre, había tenido siempre comiendo de su mano. Nuevamente, y esto era muy extraño en él, no le cogió el teléfono. En esta ocasión ella le dejó un mensaje de voz en el que prácticamente le suplicaba que fuese a verla, que le devolviese la llamada, que lo necesitaba más que nunca. Dicho mensaje lo realizó bajo la presencia de Luke, quien hasta ese día nunca había hecho comentarios relacionados con Hanna y su forma de comportarse con algunos hombres. Pero muchas cosas estaban empezando a cambiar, y esa era una de ellas.

——No deberías rebajarte con él de esa manera. No deberías forzar a las personas a hacer lo que no quieren. Si es inspector de policía, debería ser él quien está aquí, pero porque es su trabajo, y no porque seas tú quien lo necesites, ¿lo entiendes?

Las palabras de Luke cayeron sobre Hanna como una losa, que se quedó con la boca abierta mientras se esforzaba por discernir de qué iba Luke con esa nueva actitud tan rebelde.

—Pero ¿cómo te atreves a decirme cómo tengo que hablarle a los demás? ¿Quién te has pensado que eres?

—Tu pareja, y no me gusta verte babear por ese hombre.

—¿Babear? ¿Yo? ¿Pero tú de qué vas? ¿Eres consciente de lo insultante y ofensivo que es para mí todo lo que me estás diciendo? ¡Gilipollas de mierda!

Hanna estaba tan fuera de sí que no le salían ni las palabras. No se esperaba eso de Luke. Nunca había osado hablarle así.

—Vale, Hanna, no empieces otra vez, ¿crees que poniéndote a gritar como una loca y a insultar vas a conseguir algo? Puede que

antes te funcionase, pero ya no tienes veinte años, ni treinta, ya no ejerces ese poder que ejercías en los hombres, ahora solo eres… Dios, Hanna, te estás convirtiendo en una vieja amargada que no es consciente del ridículo que a veces hace.

Quien dijo aquello fue la parte más profunda y celosa de Luke, esa que envidiaba y odiaba a partes iguales a Conrad Jones, que era un títere del monstruo de los celos cuando veía a personas como el inspector Christopher Ran fantasear con la posibilidad —muy provocada por la propia Hanna— de pasar una noche de sexo con su mujer. Ya estaba muy harto de aquello, más de lo que imaginaba. Toda una vida teniendo que dar diariamente las gracias por estar con alguien como Hanna. Toda una vida teniendo que soportar los halagos y la admiración a gentuza como Conrad.

—¡Márchate de mi puta casa, ahora! ¡Hijo de puta! ¡Tu no vuelves a hablarme así en tu puta vida! ¡Fracasado de mierda! ¡Lárgate de aquí y no vuelvas más! —Los gritos de Hanna retumbaron por toda la casa. Con los ojos desorbitados y el rostro encendido se sintió más herida en su amor propio de lo que lo había estado en la vida.

Se fue de allí dando un portazo, igual que lo había hecho Dylan un rato antes.

Tras un par de minutos en los que Hanna empezó a experimentar un súbito ataque de ansiedad, la música que había puesto Dana momentos antes se paró de golpe, algo que llamó su atención. A continuación, vio a su hija bajar las escaleras, con el rostro cubierto de lágrimas y los hombros muy caídos, más de lo normal. Se situó frente a su madre y, por primera vez en su vida, la miró y le habló de mujer

a mujer, y no de hija a madre:

—Mamá, hay algo de lo que nunca te he hablado, pero ya no puedo más.

Hanna, que no sabía si podría soportar más disgustos ni sorpresas desagradables, respondió a su hija sin palabras, solo con la mirada.

—Mamá, soy la responsable de las muertes de los cuatro niños de dos mil once. Yo soy la culpable.

El pinchazo en el pecho que sintió Hanna fue de tal intensidad, que perdió la consciencia inmediatamente, desvaneciéndose en el suelo, a los pies de su hija.

CAPÍTULO 38

No vio nada de eso

Christopher llegó a casa de Katherine sobre las ocho de la tarde, para él, la hora perfecta para una cita, la franja intermedia entre el final de la tarde y el principio de la noche.

—Dios santo, inspector Ran, ¿qué le ha pasado? —La expresión de asombro de Katherine Wolfe fue totalmente sincera. Su imagen impoluta y perfectamente arreglada contrastaba con fuerza con el aspecto de Christopher, ensangrentado, con restos de césped en la ropa y sudado de arriba abajo.

—Hablemos dentro si no es molestia, Katherine, es una historia un poco larga de contar.

—Claro, inspector, pase, por favor —dijo Katherine simulando que no habían quedado en verse esa tarde y casi fingiendo sorpresa ante la llegada del inspector. La deslumbrante agente literaria también reparó en lo que el inspector llevaba bajo el brazo, el portátil de Conrad, el cual reconoció al instante, y un taco de folios que, también al instante, imaginó que debían formar parte del manuscrito de una novela, algo de lo que su bonito y exclusivo apartamento estaba plagado.

Casi como si se conociesen desde hace años, Christopher descargó, entre muecas de dolor y una cojera muy marcada, el portátil y los

folios sobre una de las mesas del salón. Luego hizo ademán de quitarse la chaqueta, pero rápidamente Katherine reparó en la cantidad de sangre que tenía acumulada en la manga derecha.

——Madre mía, inspector, pero ¿cómo se ha hecho esa herida? Déjeme que se la vea en el cuarto de baño ——dijo Katherine tratando de evitar, además, que Christopher lo manchase todo de sangre a su paso.

Al llegar le ayudó a quitarse la chaqueta y el suéter. Después alzó su brazo derecho para ver bien el corte. El tajo nacía en el vértice del codo y subía unos cinco centímetros hacia arriba. Lo peor de todo era su profundidad.

——No sé cómo se ha hecho esto, inspector, ni tampoco si quiero saberlo, pero creo que debería ir a que le viese un médico. Sangra bastante y el corte hay que coserlo ——dijo Katherine estudiando bien la herida.

——Tranquila, he pasado por cosa peores en esta vida. ¿Tendrá por casualidad una venda? Creo que con eso bastará.

——¿Pero qué dice? No bastará, ni de broma, ¿qué problema tiene en que le vea un médico? Tenga esto, de momento presione bien la herida ——Katherine le tendió una suave toalla color negra, que Christopher cogió y se la colocó en su brazo con cuidado.

——¿Puedo confiar en usted, Katherine?

Katherine arqueó las cejas.

——Ya lo hicimos anoche, ¿no? ——respondió Katherine haciendo alusión al grado de confianza que alcanzaron tras pasar la noche

juntos.

——Claro. Le contaré lo que ha sucedido. Primero fui a ver a Rebecca Ellis, la amante de Conrad de la que usted me habló…

——Disculpe, Christopher ——dijo Katherine interrumpiendo la historia del inspector.

——Qué.

——¿Le importa si nos tuteamos? Me resulta un poco incómodo después de lo de anoche.

Christopher, parcialmente deslumbrado por la seguridad de esa mujer, respondió afirmativamente pegando el mentón a su pecho.

——Me parece perfecto, Katherine. Te sigo contando. Rebecca me vino a confirmar lo que tú ya me habías adelantado, que fue la última amante que tuvo Conrad, y por lo que dijo, tuvieron una relación bastante especial. No aportó nada de interés relacionado con Conrad y los crímenes de dos mil once, pero sí me habló de algo muy importante.

——¿De qué? ——preguntó Katherine con los ojos bien abiertos.

——De una vivienda secreta que Conrad tenía en la playa de Salisbury, lugar donde habitualmente se veían.

——¿En serio? ¿Es eso cierto? ¿Y vas a ir hasta allí? ——Katherine se mostró muy sorprendida e interesada en lo que Christopher le estaba contando.

——Ya he ido allí, de hecho, vengo de allí ——dijo Christopher consciente de la admiración que su historia estaba provocando en esa mujer.

La expresión de asombro de Katherine iba en aumento. Incluso dejó escapar un atisbo de deseo en sus ojos.

——Eres una caja de sorpresas, Christopher, ¿y has podido entrar?

Christopher alzó su brazo herido.

——Por una ventana, pero como puedes ver no se me dio demasiado bien. La salida tampoco fue para tirar cohetes ——dijo alzando su hinchado pie izquierdo.

——Estás loco, Christopher, ¿te vio alguien?

——No, y de ahí que tampoco quiera ir a un médico, no quiero que quede constancia de que me han tenido que coser una herida de origen desconocido el mismo día que alguien ha entrado en la casa de Conrad Jones y ha dejado el suelo de la cocina lleno de cristales manchados de sangre, ¿me entiendes? Si el juez o su abogado se enteran de que he estado allí sin una orden, será mi fin, y el fin del caso.

Katherine asintió y evaluó de nuevo la situación. Si algo tenía esa mujer era capacidad para resolver las cosas por ella misma.

——Hace unos años hice un curso muy completo de primeros auxilios, entre otras cosas me enseñaron lo básico que hay que saber para coser una herida.

——¿Me hablas en serio?

——Totalmente, si quieres y te atreves te enseño el maletín que me dieron con el curso. Si no recuerdo mal en su interior había un kit para coser heridas.

Christopher tragó saliva y se dijo que, si esa mujer se veía capaz,

entonces es que era capaz.

——Adelante, Katherine, no tengo ninguna duda de que lo harás perfectamente, eso sí, ¿tiene una cerveza o algo que me haga olvidarme un poco del dolor? Intuyo que no será demasiado agradable.

Katherine sonrió ante las palabras de Christopher. La verdad es que se sentía bien al lado de ese hombre, alguien que no trataba de aparentar lo que no era, algo tradicionalmente infrecuente en los ambientes en los que se movía.

——Tengo una cerveza, por supuesto, pero si lo que quieres es anestesia, creo que te vendría mejor un buen trago de whisky gran reserva.

Christopher sonrió como un adolescente.

——Pues adelante con ese whisky.

Tras un par de tragos a los que Katherine no quiso acompañarlo para que su pulso no se viese alterado, procedió a coserle la herida obviando que todo el material sanitario de ese maletín llevaba como diez años caducado. Y tras unos pocos minutos en los que Christopher apenas se quejó, Katherine cerró esa herida con un buen vendaje. Mejor o peor, la herida ya no sangraba. Después le miró el tobillo, y volvió a hacer alusión a que lo mejor sería que le hiciesen unas radiografías y que se lo viese un médico, porque daba la impresión de que podría estar fracturado en algún punto. Christopher volvió a negarse en rotundo ante tal proposición y Katherine tan solo le puso un vendaje bien fuerte para inmovilizar un poco la articulación.

——Buen trabajo, señorita Wolfe ——dijo Christopher en tono jocoso echándole un vistazo a sus dos vendajes.

——Qué voy a decir yo, el paciente también ha sido muy bueno, y eso siempre ayuda ——respondió Katherine en tono jovial y dándole un toque sugerente——. Creo que ahora sí, me he ganado ese whisky.

——Pues que sean dos ——dijo Christopher, que tras los tragos que le había dado a la botella mientras ella le cosía, estaba más que desinhibido.

Katherine sirvió las dos copas en el salón, como la primera vez que se vieron, después se acomodó en el sofá y se encendió un cigarro.

——Y ahora cuéntame, ¿encontraste algo interesante en esa casa aparte de libros, obras de arte, ropa interior femenina tirada por el suelo, el portátil de Conrad y parte de un manuscrito?

——Vaya, veo que no solo tienes buena vista, tu intuición es extraordinaria.

——Es la que me ha traído hasta aquí.

Christopher sonrió ante la agudeza y la facilidad de expresión de Katherine.

——Pues aparte de todo eso que tan bien has resumido, también le hecho unas cuantas fotos a un corcho que tenía frente al ordenador en el cual había un montón de pegatinas de colores con palabras escritas en su interior.

——Un mapa literario. Al principio Conrad decía que eso solo lo hacían los escritores de segunda fila. Pero con el paso de los años se fue aficionando a ellos hasta el punto de volverse todo un fanático de

esa forma de estructurar y planificar sus historias.

——Pues no debe faltarte razón, porque no es que sea un experto, pero yo nunca había visto nada semejante. Tú misma podrás comprobarlo en cuanto te enseñe las fotografías ——Los ojos de Katherine brillaron al escuchar que Christopher iba a poner toda esa información a su disposición, algo que ansiaba en silencio——. También encontré un saco parecido al que llevaba cuando lo detuvimos en dos mil once, quiero decir, cuando le disparé en dos mil once.

——¿Y qué había en su interior?

——No lo sé, estaba muy bien cerrado. Iba a traérmelo conmigo, pero justo en ese momento llegó Conrad a la casa y tuve que salir corriendo, como ya ves ——Christopher alzó su pie izquierdo, recordando el salto de varios metros desde la ventana de la buhardilla.

——¿Conrad llegó a la casa?

——Sí, supongo que ha recordado su existencia y se ha dirigido hasta allí todo lo rápido que ha podido, por suerte no me ha llegado a ver.

——Dios, Christopher, como se está complicando todo.

——Sí, y más teniendo en cuenta que falta menos de una semana para el juicio. Necesito como sea encontrar algo que lo incrimine, o de lo contrario quedará libre.

——¿Que lo incrimine, dices? Ayer no estabas tan seguro de su culpabilidad. ¿Qué ha cambiado?

Christopher se quedó pensando en la pregunta de Katherine. Y lo

cierto era que tenía razón, ¿qué había cambiado? No debía dejarse llevar por el ansia de Hanna de ver a Conrad entre rejas, ni tampoco por justificar los disparos que él mismo le dio en dos mil once, algo que, siendo sincero con él mismo, deseaba poder hacer para que sus actos y el daño que le hizo a Conrad no quedasen en entredicho.

——Tienes razón, no ha cambiado nada desde ayer y no puedo estar seguro de que él fuese el culpable. Pero en el caso de que sí fuese, y hay forma de saberlo antes de ese juicio, quiero saberlo, necesito saberlo, debo saberlo.

El admitir su incorrección al hablar primero, y la rotundidad con la que expresó lo que sentía después, encendieron de nuevo la llama del deseo de Katherine. Definitivamente, no estaba acostumbrada a que, en el entorno en el que se movía, los hombres reconociesen sus errores, tampoco que fuesen tan sinceros como lo estaba siendo Christopher con ella.

——Eso ya está mejor, inspector, ¿y en qué crees que podría ayudarte yo? Porque para eso has venido aquí antes que enseñarles esas pruebas a tus compañeros, ¿me equivoco?

De nuevo, Christopher tragó salivo ante la exultante capacidad de análisis de Katherine. Parecía estar leyéndole la mente.

——Veo que necesitas muy poco para entender mucho. Lo que necesito es que me ayudes a descubrir si Conrad podría haber estado escribiendo una novela en la que relataba las muertes de dos mil once, si alguien puede analizar la mente de un escritor, y más si ese escritor es Conrad, creo que esa eres tú.

Katherine sonrió ampliamente ante los halagos de Christopher, después alzó su copa y la acercó a la de él.

——Sí, puedo ayudarte, y sí, voy a ayudarte. ¿Empezamos ya, o prefieres que lo hagamos después de cenar? ——dijo Katherine acercándose mucho a Christopher y, lanzándose a sus labios antes de que tuviese tiempo de responder.

——Creo que será mejor cenar un poco antes, después trabajaremos con la mente más despejada.

——Opino lo mismo.

Katherine y Christopher volvieron a mantener sexo apasionado, quizá el mejor que los dos habían tenido nunca. Después se acomodaron y, tras encender el ordenador, empezaron a estudiar al milímetro toda la información de la que disponían.

Christopher, cuyo teléfono móvil descansaba en silencio en el bolsillo de su pantalón, olvidó por completo que había quedado con su hermana para ese mismo día. No vio, por tanto, las múltiples llamadas que le hizo, ni tampoco las de Hanna, ni las de Bill, no vio nada de eso hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO 39

La pulsera telemática de Conrad

Los acontecimientos que se habían sucedido el día de antes habían puesto bastante nervioso a Bill Lowell. Él era una persona metódica, que seguía un procedimiento al milímetro para no perderse por los mares de la incertidumbre, los prejuicios o las mentiras. Pero todo parecía estar fuera de control. El caso estaba tomando un rumbo peligroso a pocos días del juicio al principal sospechoso, Conrad Jones.

Todo se había empezado a torcer con la visita a casa de Hanna, quien prácticamente los tiró a patadas de allí. No terminaba de descifrar a esa mujer, lo que sí tenía claro era que casi agradecería que fuese Christopher quien hablase con ella o con sus hijos la próxima vez. Era una de esas personas que absorben la energía, y Bill no se sentía con fuerzas ni con ganas de que alguien le fuese chupando la poca fuerza que le quedaba, la cual se la quería reservar para el autoproclamado último caso de su carrera y, posteriormente, cumplir la promesa que le hizo a su mujer antes de morir.

Tras esa visita a casa de Hanna, él y sus chicos pusieron rumbo a la casa de Kevin Lineheart, el chico que había aparecido muerto unos días antes. La conversación con sus padres fue bastante peor que la que habían tenido con los padres de Thomas Carpenter en las montañas o con Hanna y sus hijos. No solo se mostraron reacios a

hablar y casi tuvieron que rogarles que les dejaran ayudarlos, sino que su actitud fue muy agresiva.

Tras mucho insistir, dejaron que Bill, solo Bill, entrase a mirar entre las cosas de Kevin para ver si por alguna de aquellas encontraba un dibujo similar al que había encontrado la hermana de Christopher en la mochila de su hija pequeña. La sorpresa de Bill fue mayúscula cuando vio que, efectivamente, entre los libros del colegio de Kevin había un dibujo similar al que Christopher le había descrito. Un niño con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico y sin zapatillas, las cuales estaban tiradas en el suelo en una esquina del dibujo.

Bill se guardó el dibujo ante la atenta mirada de los padres del pequeño Kevin, a quienes tuvo que explicar que podría tratarse de una prueba importante para el caso. Tras dicho hallazgo llamó a Christopher en repetidas ocasiones, pero en ninguna de ellas le cogió el teléfono, algo que ya empezaba a ser costumbre en ese hombre y que irritaba profundamente a Bill. Se dijo que, tal y como le había dicho al inspector Ran de confirmarse la presencia del dibujo entre las cosas de Kevin, había que ponerle vigilancia a la pequeña Aurora, la hija de su hermana. Era cierto que ese dibujo todavía no podía considerarse como algo completamente determinante, pero estaba claro que la casualidad era bastante llamativa. Justo cuando iba a ponerse en contacto con la hermana de Christopher, recibió la llamada del jefe Grayson diciéndole que ya tenía la orden para ir a la casa de la playa de Conrad, en la costa de Salisbury, así que, a la espera de que Christopher diese señales de vida de un momento a otro, decidió postergar la conversación con su hermana para que fuese él mismo

quien lo hiciese en cuanto diese señales de vida.

Puso rumbo hacia Salisbury y, su sorpresa fue mayúscula cuando vio que alguien había estado allí hacía muy muy poco. No solo vio una ventana rota y cristales manchados de sangre, también pudo sentir el calor de una o más presencias previas. Tuvo la sensación de que alguien se les había adelantado y se había llevado de allí cosas importantes. Quizás lo más comprometedoras para Conrad.

No vio ningún equipo informático, o al menos no al completo. Vio una pantalla, un teclado y un ratón, pero no una CPU, tampoco un portátil u otro dispositivo electrónico que pudiese contener información. Las librerías habían sido revueltas y, sobre todo el estudio ubicado en la buhardilla, que había sido limpiado de arriba abajo.

La posibilidad de que Christopher, desoyendo sus órdenes, hubiese sido quien había entrado en esa vivienda y se hubiese encargado de limpiar las pruebas, se le pasó por la cabeza. De hecho, le cuadraba bastante. Alguien dispuesto a todo para reivindicarse que, además, había sido quien había llegado primero a esa vivienda y desde entonces no había vuelto a contestar al teléfono. No obstante, también existía la posibilidad de que hubiese sido el propio Conrad quien, a sabiendas de lo que había en esa vivienda y, tal vez, tras haber sido informado de que la policía se dirigía hacia allí, podría haber ido corriendo a vaciar la casa. Eso también tenía bastante sentido. Por eso solicitó que le enviasen los registros de la pulsera telemática de Conrad. Concretamente de la monitorización de los lugares en los que había estado las últimas veinticuatro horas. Pero

para su sorpresa, el programa informático estaba caído y hasta la mañana siguiente no podrían darle esa información.

Así que, lo primero que hizo Bill al despertar fue volver a llamar para que le diesen de una vez los informes de la pulsera telemática de Conrad, concretamente de los lugares en los que había estado. Su sorpresa fue mayúscula cuando, dichos informes no solo constataron que Conrad había estado en la casa de Salisbury la tarde previa, de hecho, se había marchado justo antes de llegar a él, también le arrojaron otra información muy importante. Al parecer habían descubierto un fallo informático en el programa de control telemático, de ahí que el sistema estuviese "caído", en realidad, más bien, estaba en tareas de mantenimiento, precisamente porque habían descubierto una anomalía en su algoritmo: alguien había accedido al programa para manipular los registros, y los registros manipulados decían que, el día que apareció Kevin en el bosque Hapgood Wright, la pulsera de Conrad había dado errores, o dicho de otra forma: no podían estar seguros de que ese día Conrad hubiese estado en su cabaña o en el bosque donde apareció Kevin, lo que estaba claro era que alguien había tratado de manipularla.

A continuación, y todavía sin tener noticias de Christopher, fue junto a Rine y Hills a mantener una conversación con la hermana de Christopher para advertir del posible riesgo que podría estar corriendo su hija pequeña, la cual había recibido un dibujo que, muy probablemente era el aviso previo a lo que le iba a pasar. Después irían a buscar a Conrad para llevárselo detenido, los fallos en la pulsera hacían sospechar que él podría haber sido el causante de la

nueva muerte, la de Kevin Lineheart, y eso sumado a su visita relámpago a la casa de Salisbury, cuya existencia había negado conocer desde el día que despertó del coma, reafirmaría las sospechas de que él fue el responsable de los crímenes de dos mil once.

CAPÍTULO 40

La desaparición de Dana

Cuando Hanna despertó, tirada en el centro del salón de su casa, tuvo la extraña sensación de haber tenido una terrorífica pesadilla en la que su ex marido, el apodado Hombre del Saco, despertaba después de siete años en coma y a partir de ese momento toda su vida se derrumbaba.

No tardó ni diez segundos en darse cuenta de que aquello no era ningún sueño, la pesadilla era real, era su vida, y era mucho peor de lo que esa sensación pasajera le había mostrado. Se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza, le dolía horrores. Recordaba haberse desvanecido cuando su hija Dana le dijo… Dios, el mero recuerdo de lo que su hija le había dicho le resultaba doloroso, insoportable. ¿Cómo que ella era la responsable de los crímenes de dos mil once? Eso era imposible, por aquel entonces era solo una niña de siete años. Pero, ¿por qué había dicho algo así?

Subió las escaleras y fue corriendo hasta su cuarto, pero allí no estaba. La buscó por toda la casa y la llamó a voz en cuello hasta que le empezó a doler la garganta. Pero no obtuvo ningún tipo de respuesta. Dana se había ido de casa, igual que habían hecho antes Dylan y Luke. Parecía que su destino era quedarse sola para siempre, que todos se alejaban de ella, ¿qué estaba ocurriendo?

Toda esa sensación de tristeza y soledad se convirtió rápidamente en rabia, y esa rabia puso el foco en la persona causante de todo, la persona que primero la sedujo con sus mentiras para después engañarla una y mil veces, el monstruo que le destrozó la vida riéndose de ella y tomándola por una estúpida, a ella, la gran Hanna Flanagan a quien todos en el colegio y en el instituto adoraban.

Presa de esa rabia y esa frustración que muchas veces a lo largo de su vida habían tomado el control de su cuerpo y que la habían llevado a cometer diversas locuras de distinta naturaleza y gravedad, puso rumbo a la cabaña de su ex, a la cabaña de Conrad Jones, si la justicia no lo hacía, sería ella quien acabase con él para siempre.

CAPÍTULO 41

Una noche para recordar

La noche que Conrad y Jaycee habían pasado en la cabaña fue lo más parecido a estar dentro de una película de aventuras que habían vivido nunca. Habían huido por los pelos de la casa de Salisbury justo cuando estaba llegando el inspector Bill Lowell y los detectives Rine y Hills, y lo habían hecho llevándose con ellos todo cuanto podía comprometer a Conrad.

Ya en la cabaña, deslumbrados por las inigualables vistas al lago Walden, se habían dejado arrastrar por la pasión y habían hecho el amor por primera vez desde que habían empezado esa extraña relación. A Conrad le atrajo definitivamente la confianza ciega que ella estaba mostrando en él, aun con todo en su contra. A ella le atraía más que cualquier otra cosa estar caminando y bailando con el peligro más grande de su vida; enamorarse de un posible monstruo, de un asesino de niños, de un paciente, de su escritor favorito. En el fondo de su ser, confiaba en que no podía ser él, en que jamás podría haber hecho algo así, pero el mero hecho de que prácticamente todo el mundo pensase lo contrario, hacía que se generase una diminuta duda en ella. Si estuviese equivocada con Conrad, no solo habría cometido el error más grande de su vida, sino que su propia vida podría estar en serio peligro.

Después de haber repasado durante el resto de la noche las notas

que Conrad tenía en el corcho de su estudio, y de haber podido acceder al disco duro de su ordenador, trazaron una posible teoría: Conrad estaba escribiendo una novela negra grandiosa, una en la que no solo repasaba todo cuanto había sido su vida hasta ese momento, todo cuanto había aprendido, vivido y soñado, sino que en ella se disponía a resolver los crímenes que estaban atemorizando a todo Concord, los de los niños que aparecían sin sus zapatillas y con una bolsa de plástico en la cabeza. Y el motivo por el que los describía con tanta precisión era porque, según lo que podía deducirse de las notas de su estudio, había acudido —a escondidas—, a todos los escenarios del crimen para ver *in situ* cómo habían encontrado a las víctimas, cómo procedía la policía, cómo y cuándo se levanta el cadáver, pero, sobre todo, quiénes, de forma intencionada o no, se dejaban caer por allí. Dicen que el asesino siempre vuelve al escenario del crimen para ver cómo la gente ve lo que ha hecho, quería ver qué había de cierto en ello. Tal vez porque se acercó demasiado al culpable, o tal vez porque el culpable siempre lo tuvo en mente desde el principio, el caso es que el propio Conrad acabó siendo inculpado de dichos crímenes.

El corazón de Conrad latía con fuerza al comprobar no solo que, la novela que estaba escribiendo, era maravillosa, una obra de arte, sino que todo apuntaba a que él no era el culpable, a que todo aquello que habían podido rescatar de la casa de la playa de Salisbury, a poco que se analizase a conciencia, invitaba a pensar con bastante claridad que Conrad no era el culpable de dichas muertes, que el culpable, quizá, era uno de los posibles sospechosos a quien Conrad señalaba en

sus notas, entre los cuales se encontraba Luke Klein, su amigo del alma.

Lo había visto merodear de forma desinteresada, semioculta y guardando las distancias por todos y cada uno de los escenarios del crimen. Lo había estado siguiendo y había visto que, con relativa frecuencia y también a cierta distancia, observaba desde el interior de su coche a los niños y niñas del mismo colegio del que procedían las víctimas, el mismo en el que, curiosamente, también iban sus hijos. Pero a todas esas sospechas les faltaba algo para redondear la teoría, ¿por qué Luke haría algo así? ¿Por qué matar a todos esos niños de esa forma? ¿Qué razones podría tener para hacer algo así? Está claro que no existe ningún motivo que pueda explicar semejante atrocidad, pero, de igual forma, ¿qué es lo que movía a Luke a hacer algo así? ¿Es que estaba completamente loco? ¿Guardaba un psicópata despiadado en su interior? ¿En qué momento de su vida habría despertado semejante bestia? Todas esas preguntas, leídas las notas, ya habían sobrevolado por la mente de Conrad en dos mil once, razón por las cuales había tratado de investigar a fondo el pasado de Luke por si hubiese habido algún tipo de altercado o suceso que él desconociese y que llevasen a pensar que podría ser capaz de ser un asesino de niños, pero, de momento, no había encontrado nada.

Pero las esperanzas renovadas de Conrad se ensombrecieron levemente cuando recordó el manuscrito que guardaba bajo la chimenea de la cabaña, el mismo que relataba los crímenes y que había recordado que lo había escrito su hijo Dylan, ¿qué podía significar aquello, que podría estar implicado de alguna manera? ¿Por

qué su hijo iba a estar escribiendo sobre esos macabros crímenes con tanto detalle? También estaba el dibujo que había encontrado en su estudio, ¿de quién era? ¿También de su hijo? El lío en su cabeza era monumental, tanto que decidió compartirlo con Jaycee, sincerarse con ella por completo.

——No pasa nada, Conrad, es normal que tuvieses miedo a contármelo. Es tu hijo, y lo raro hubiese sido que no tuvieses el impulso de protegerlo. Si quieres que te diga lo que yo haría, lo que te aconsejo, es que vayas y hables con él. Pregúntaselo directamente. Pregúntale por qué escribió ese manuscrito, por qué lo tenías tú. No nos engañemos, falta menos de una semana para tu juicio, y creo que ha llegado el momento de jugar todas las cartas, de conocer qué pasó en dos mil once, de conocer la verdad.

Las palabras de Jaycee calaron muy hondo en Conrad, que, si antes ya confiaba en ella, tras haber pasado la noche juntos, ahora creía ciegamente en todo lo que le decía.

——Tienes razón, es la única manera, enfrentarme a la verdad puede ser doloroso, pero huir de ella, será mortal. El problema, y no sé si lo sabes, es que no puedo acercarme a mi hijo ni a mi hija hasta ver qué pasa en el juicio, tampoco a mi ex mujer, Hanna, que fue la que pidió una orden de alejamiento y le fue concedida. Si se entera de que he estado hablando con Dylan, lo utilizará en mi contra, no me cabe ninguna duda.

——No tiene por qué enterarse, nadie mejor que tú sabe cómo funciona esto.

——¿A qué te refieres?

——A que sabes ocultarte, observar a las personas, esperar el momento idóneo para que nadie más te vea acercándote al interesado. Ese es tu método de escritura, ¿no? El que hemos estado practicando durante este tiempo, observar, estudiar, esperar, actuar.

Conrad asintió embelesado por el candor de las mejillas de la mujer que tenía delante y a quien ansiaba tener de nuevo entre sus brazos.

——De acuerdo, voy a hacerlo, lo necesito. Y en cuanto al dibujo, ¿qué opinas, crees que podría ser de él, de Dylan?

——No tengo ni idea, Conrad, pero te digo lo mismo, pregúntaselo, es la única manera, dar la cara. Tal vez, si no es de él, pueda decirte algo. Has vivido tanto tiempo encerrado en ti mismo que has perdido la esperanza de poder encontrar aliados que crean en ti, que te puedan ayudar a salir de esto.

Conrad asintió nuevamente y, de forma inconsciente, pensó en su abogado, en Kurt Elston, siempre tan preocupado por ocultarlo, porque no hablase con nadie. Porque no contase nada de lo que recordase. Luego le vino a la mente esa extraña sensación de repulsión que sentía hacia él y que no sabía muy bien cuál era su origen. De pronto, un horrible pensamiento se asentó en su cabeza, ¿podría ser que Kurt hubiese tenido algo que ver en su incriminación de los crímenes de dos mil once? No, eso no era posible. Se masajeó las sienes un instante. Tenía la sensación de que se estaba volviendo loco, de que estaba empezando a ver a todo el mundo sospechoso, algo que le hizo recordar otra cosa que también quiso compartir con Jaycee.

——Hay algo más que no te he contado, Jaycee, y que creo que

tienes derecho a saber, después decides si quieres continuar a mi lado.

——¿El qué? ——preguntó Jaycee intuyendo lo que Conrad le iba a contar.

——Cuando era pequeño me diagnosticaron un trastorno mental. Trastorno esquizotípico de la personalidad, consiste en…

——Conrad, no hace falta que sigas, lo sé, sé en qué consiste ese trastorno, y sé que te lo diagnosticaron, y créeme, lo único que ha podido provocarte es que seas aún mejor escritor. Si lo que te preocupa es que pudiera hacer que alguien, incluyéndote a ti, te viese como una persona incapaz de discernir lo que es real de lo que no, te adelanto que no sigas por ahí, para mí no tiene la menor importancia, y en ningún caso cambia eso mi forma de verte. Las personas con ese tipo de trastorno no son asesinas, son solo personas con mucha imaginación, con una imaginación tan poderosa que asusta a quienes no la conocen.

A Conrad se le empañó la mirada.

—¿Y qué hay de la bolsa con todos esos objetos personales infantiles? ¿Crees que podrían ser de ellos, de los niños?

—Probablemente así sea, Conrad, y creo que, como con el saco de zapatillas con el que te vieron cuando te dispararon, fue alguien quien lo puso en tu casa para que la policía lo encontrara, para incriminarte. Eso me recuerda que dicho saco todavía está en el maletero de mi coche, y creo que es vital esconderlo bien cuanto antes, por mucho que nosotros tengamos claro que tú no fuiste, si la policía encontrase este nuevo saco, estarías perdido.

Conrad volvió a asentir, agradecido.

——Gracias, Jaycee, no sé cómo podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

——Yo sí, escribiendo una novela maravillosa.

A Conrad se le escapó una sonrisa.

——Eso está hecho.

Antes de fundirse en un sincero abrazo, su conversación se vio interrumpida por el fuerte frenazo de un coche frente a su puerta. Cuando se asomaron por la ventana vieron de quién se trataba, alguien que no esperaban: Hanna Flanagan.

CAPÍTULO 42

Aprovecha los días que te quedan

Hana Flanagan estaba completamente fuera de sí. En cuanto Conrad la vio, le llegó otra catarata de recuerdos que sintió como una descarga eléctrica en el centro de su cerebro. Fue como ver de golpe un millón de imágenes con toda la intensidad de la vivencia original. Puso las palmas de sus manos sobre los laterales de su cabeza, como un intento por calmar ese dolor inhumano. Jaycee, siempre tan atenta con él, supo interpretar lo que le estaba sucediendo en ese momento y puso una mano sobre su espalda, tratando de transmitirle comprensión y calma. Conrad acababa de recordar con claridad el día en que conoció a Hanna y lo increíblemente bella que le pareció, el día que empezaron a salir, cómo se miraron cuando vieron nacer a su hijo Dylan, primero, y a su hija Dana, después. Y cómo se empezó a torcer todo con el paso de los años. Sus infidelidades, sí, por supuesto. Pero también los gritos de ella, sus continuas discusiones. El cansancio de los primeros años de la crianza de sus hijos. Las continuas amenazas de divorcio de Hanna, el llanto de sus hijos viéndolos discutir. De pronto, tuvo la desagradable sensación de verse a sí mismo como una mala persona, de verse a sí mismo como el monstruo del que todos hablaban.

—¡Qué cojones te pasa ahora! ¿Y dónde está Dana, eh? ¿Dónde la escondes? —Los gritos de Hanna no eran exactamente como los que

acababa de recordar, eran mucho peor. Al fuerte dolor de cabeza que sentía debido a la recuperación de parte de su memoria, se unía ahora la estridente voz de su ex mujer.

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué ocurre con Dana? —Conrad, en un intento por centrarse, trató de ganar algo de tiempo, no sabía qué hacía allí su ex mujer, pero parecía muy preocupada.

—No te hagas el idiota conmigo, llevas toda la vida engañándome y riéndote de mí, pero te juro que eso se va a acabar, esto va a terminar para siempre. ¿Dónde está Dana?

—No sé de qué me estás hablando, Hanna, pero no sé dónde está Dana, ¿es que piensas que le ha podido pasar algo? Si es así, me gustaría ayudar a encontrarla.

Conrad habló con toda la calma y la tranquilidad de la que fue capaz, pero eso no hizo otra cosa que irritar más a Hanna, que lo veía como un intento por su parte de volver a reírse de ella, de volverla a engañar.

—Te juro por mi vida que esto no va a quedar así, pagarás por esto, Conrad, pagarás por todo, te lo juro —Hanna lo apuntó con un dedo y lo miró llena de odio.

Jaycee observaba la discusión desde la distancia, tratando de no intervenir para no complicar aún más las cosas. Aquella conversación la tenían que lidiar ellos, era algo que tenían pendiente desde hacía mucho.

—Hanna, te pido perdón si alguna vez te hice daño, te pido perdón por las veces que te engañé, que te mentí, que no fui la

persona que creías que era, que iba a ser, pero te juro por mi vida y la de mis hijos que yo no maté a esos niños, tienes mi palabra, yo no lo hice, y tampoco sé dónde está Dana, ojalá lo supiese, pero no tengo ni la menor idea, no me he movido de aquí desde ayer por la tarde, y no la he visto desde… —A Conrad se le empañó la mirada al recordar la última imagen que tenía de su hija, con siete años, ahora tendría catorce. Era como si al estar recobrando la memoria estuviese, de algún modo, volviéndose cada vez más humano, más sensible—. No la he visto desde el día de su séptimo cumpleaños.

Hanna, con el rostro encendido y llena de furia, lo volvió a apuntar con un dedo, pero justo antes de volver a amenazarlo y a decirle que no se creía nada de lo que le estaba diciendo, sintió cómo vibraba su teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón vaquero. Lo cogió para ver si por algún casual era su hija o su hijo y su rostro se iluminó cuando vio el nombre que había escrito en la pantalla: Dana.

—¡Dana! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Sí, mamá, estoy bien, bueno, todo lo bien que se puede estar en una situación así, pero ya he vuelto a casa, necesitaba respirar y tomar un poco el aire, eso es todo. ¿Dónde estás tú? Me gustaría que hablásemos.

—Ya voy para allá, hija, no te muevas, que enseguida voy.

Con un evidente temblor de manos, fruto de la tensa situación, volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

—Era Dana, ¿verdad? ¿Está bien? —preguntó Conrad con sinceridad.

—No finjas ahora que te importa, nunca lo hizo. Aprovecha los días que te quedan, Conrad, porque te juro que vas a volver de dónde nunca deberías haber venido.

Hanna se metió de nuevo en el coche y salió de allí casi tan rápido como había llegado, la sensación de contrariedad y desasosiego no hacían más que crecer en Conrad, que, tal y como le había dicho Jaycee, tenía que enfrentarse a la verdad, era su única oportunidad.

CAPÍTULO 43

El manuscrito de Conrad

—Nada, no hay manera, esto no se enciende. Voy a tener que volver a casa a por el cargador, a ver para cuándo Apple y Android se ponen de acuerdo y comparten clavijas —dijo Christopher observando su teléfono móvil con la pantalla en negro.

Katherine rodeó a Christopher con sus brazos y lo miró de forma muy cariñosa. La noche había sido increíble, y no solo en lo sexual, sino en lo profesional. Habían disfrutado el uno del otro y habían disfrutado juntos estudiando y analizando todo el material que disponían de Conrad.

—¿En serio te tienes que marchar? ¿Puedes usar mi teléfono móvil si quieres? —dijo Katherine ofreciéndole su iPhone. No se había parado a pensarlo, pero era la primera vez en los últimos cuatro o cincos años que se olvidaba por completo que tenía que ir a trabajar.

—El problema es que con los años mi memoria ha ido perdiendo facultades y no recuerdo ni un solo número, a veces ni tan siquiera el mío, así que, dependo completamente de la agenda.

—Pero por lo que veo sí has recordado la manera de volver a mi casa.

A Christopher se le escapó una sonrisa.

—Creo que eso no lo olvidaría nunca, llegaría hasta aquí incluso

con los ojos vendados —respondió Christopher con la inocencia de los primeros amores. Después se levantó y le dio un tierno beso en la frente—. En serio, Katherine, necesito hablar con el inspector Lowell y poner en común todo lo que hemos averiguado, también es posible que haya habido avances por su parte y que haya querido ponerse en contacto conmigo para informarme. Ese hombre se toma muy mal que no le cojan el teléfono —Christopher se abotonó la camisa esquivando la dura mirada de Katherine.

—Creo que no deberías temer la reacción de personas como Bill Lowell, Christopher, si algo he aprendido en esta vida es que cada uno es como es, y no hay ni que tratar de cambiar a las personas ni ir por ahí juzgándolas constantemente. De hecho, esa fue la principal razón por la que me separé de mi marido. Quería cambiarme, moldearme a su gusto, a pesar de haberle dejado claro desde el primer día que yo seguiría con mi vida, con mi independencia.

Christopher escuchó atento las palabras de Katherine, y como era habitual en él, lo hizo con humildad.

—Gracias por tus consejos, Katherine. Tienes razón, no debería permitir que personas como Bill me traten de esa forma, o al menos no debería dejar que eso me afectase hasta el punto de condicionar mi forma de comportarme.

—Te voy a decir algo que a muy pocos hombres que no fuesen clientes míos le he dicho, y créeme, si algo tengo es muy buen ojo con las personas. Creo que tú eres especial, Christopher, no eres como los demás, todavía conservas cierta inocencia y pureza que te hacen libre de la contaminación social que padece prácticamente el cien por cien

de la población, es como si tú fueses inmune a esa horrible plaga que termina anulándonos como personas y convirtiéndonos en zombis, en marionetas del gran sistema.

A Christopher nunca le habían dicho nada semejante. De hecho, aquello que estaba viviendo era lo más parecido a una historia de amor que había vivido. Toda la vida detrás de mujeres como Hanna, dando las gracias por una mirada, un beso en la mejilla, una sonrisa bonita. Fue a decir algo, pero la voz se le quebró de la emoción. Algo que Katherine supo leer muy bien.

—No digas nada, Christopher, ahora ve y cumple con tus funciones como policía, sigue tu corazón, y aparta de ti a aquellos que intenten dañarlo.

Christopher volvió a asentir recordando que, además de Bill, también tenía que ir a ver a su hermana. Quedó con ella en ir hasta su casa, pero había preferido ir a casa de Katherine. Es cierto que no podía presentarse en casa de su hermana con el codo ensangrentado y el pie hinchado, no quería que las niñas viesen esa imagen, pero al menos podría haberla llamado cuando aún tenía batería.

Antes de salir por la puerta, Katherine le recordó la conclusión a la que habían llegado la noche de antes en base a las notas que Christopher había fotografiado del estudio de Conrad, a las páginas impresas que se había llevado y, cómo no, a su portátil.

—Christopher, ve con cuidado, por favor, recuerda la conclusión a la que llegamos anoche. Puede que Conrad no fuese el asesino de esos niños, pero es muy posible que sí lo conociese, que tal vez se pusieron en contacto de alguno modo y que, llegado el momento, lo intentó

proteger, así que podría ser cualquier persona de su entorno, empezando por su ex amigo del alma, Luke Klein, de quien él sospechaba bastante, pero también es posible que sea alguien que no esperamos. Y si esa persona se siente amenazada por ti, créeme, hará cualquier cosa por escapar, y creo que no hace falta que te explique qué implica hacer cualquier cosa.

Christopher sintió que, por primera vez en su vida, alguien distinto a su madre o a su hermana se preocupaba realmente por él, algo que no hizo más que reforzar su amor propio.

—No te preocupes, Katherine, iré con cuidado, te llamo en cuanto tenga novedades.

—Claro, yo me quedaré repasando lo que Conrad estaba escribiendo por si descubriese algo más.

En cuanto Cornad salió por la puerta, Katherine se dijo que la novela que estaba escribiendo el autor a quien tanto le debía, era la más grande que había escrito hasta la fecha, con mucha diferencia, y que esa novela, una vez terminada, daría mucho, mucho dinero. Todo eso le hizo recordar algo que le hizo sentir mal, muy mal, algo que tal vez debería contarle a Christopher, o tal vez no.

CAPÍTULO 44

Estoy perdido

Con el detective Rine al volante y el detective Hills de copiloto, de camino a la cabaña de Conrad, Bill seguía tratando de encajar todas las piezas del puzle en su cabeza, pero no era sencillo. El último caso al que se iba a enfrentar estaba requiriendo que diese lo mejor de él, que se esforzase más que nunca y que tuviese que lidiar con todo tipo de adversidades. Compartir investigación con otro inspector, reabrir un caso que debería haberse cerrado hace siete años, enfrentarse al nuevo crimen de un menor, o tener la fecha del juicio del principal sospechoso de los crímenes de dos mil once a la vuelta de la esquina, eran solo algunos de los frentes que tenía abiertos y que tenía que cerrar como fuera, a poder ser, antes de que tuviese lugar el juicio contra Conrad, pero, sobre todo, antes de que tuviesen que lamentar otra víctima.

La conversación con Jane, la hermana de Christopher, había sido bastante más agradable que las que habían tenido con los padres del pequeño Thomas Carpenter o de Kevin Lineheart, las cuales habían sido muy tensas y llenas de malas palabras. Jane era una mujer afable, simpática, con una sonrisa muy bonita y esa sensación de generosidad y bondad que transmiten algunas mujeres que son madres. Al parecer se había separado hacía poco —su marido se había cansado de ser responsable— y se estaba haciendo cargo de sus dos hijas ella sola.

Rachel, la mayor, acababa de cumplir nueve años, y Aurora, la pequeña, que era la que había recibido ese misterioso dibujo, solo tenía siete. Pero ni ese aumento en la carga de trabajo familiar parecían haber sido suficiente para borrarle la sonrisa a esa mujer que, a Bill le recordó a su difunta esposa, incluso imaginó que, si su mujer hubiese llegado a ser madre, se parecería a Jane.

Cuando le contó que el chico que había sido asesinado unos días antes también tenía entre sus cosas un dibujo como el que había recibido Aurora, Jane se asustó mucho. Se llevó ambas manos a la boca para tapar un grito de angustia y preocupación con el que solo hubiese conseguido preocupar todavía más a sus dos hijas.

Bill le explicó que ya había dado la orden para que un policía de incógnito siguiese a su hija día y noche, al menos hasta que supiesen algo más acerca del origen de ese dibujo, dado que todavía no podían estar completamente seguros de que su autor fuese el responsable de dichas muertes. Trató de darle tranquilidad, pero lo cierto es que de sobra sabía que nadie podía estar plenamente tranquilo ante una situación así. No obstante, y a pesar de todo, Jane mantuvo la calma, cogió aire con profundidad y agradeció al inspector Lowell su profesionalidad y dedicación. Cuando le mencionó a su hermano Christopher, ella no pudo ocultar una expresión de decepción mezclada con preocupación ante la ausencia de noticias de Christopher, quien había dicho que iba a ir a visitarla el día de antes por la tarde, pero no lo había hecho. Bill trató de restarle importancia, aunque al parecer, no con el suficiente entusiasmo como para llegarla a convencer.

Cuando ya casi estaban llegando a las inmediaciones del lago Walden, a Bill le empezó a surgir la duda de si a Christopher no podría haberle pasado algo. No sabía nada de él desde la tarde anterior, concretamente desde que lo había llamado cuando estaba apostado frente a la casa de la playa de Salisbury, donde, curiosamente, acudió Conrad más tarde y después él mismo. Se preguntó lo siguiente, ¿y si Christopher, a pesar de sus indicaciones, hubiese entrado igualmente en la casa de la playa de Salisbury antes de tener la orden judicial y una vez allí, hubiese sido sorprendido por Conrad y este, sintiéndose amenazado, lo hubiese matado?

La cabeza de Bill estaba a punto de estallar, ya no estaba para semejante nivel de estrés, para ese ritmo tan vertiginoso. La teoría que acababa de plantearse era muy plausible, de ser cierta, implicaría que a Christopher podría haberle pasado algo malo. Tal vez, cuando tuviesen los resultados de los análisis de la sangre que habían encontrado en los cristales rotos de la casa marítima del escritor, podrían determinar si dicha sangre pertenecía a Christopher o a otra persona.

Tomando una curva cerrada muy cercana al lugar del bosque donde Conrad tenía la cabaña, se cruzaron con un coche que conducía temerariamente y con quien a punto estuvieron de chocar. La persona que conducía dicho coche la pudieron ver perfectamente: Hanna Flanagan. No entendían nada, ¿qué hacía allí esa mujer? ¿Qué había ido a hacer a la cabaña de Conrad, de su ex marido, cuando fue ella quien solicitó una orden de alejamiento contra él?

No tardaron ni diez segundos en localizar la figura de Conrad, de

pie, junto a la cabaña y al lado de una mujer que reconocieron rápidamente: la neuróloga Jaycee Trawick, la misma que se suponía que era la médico que estaba tratándolo de su amnesia retrógrada. De nuevo, como si no estuviesen entendiendo nada de la película, los dos detectives y el inspector al cargo, se preguntaron, ¿qué hace esta mujer aquí? Ambos estaban frente a un elegante Volvo, concretamente frente a su maletero, el cual se apresuraron a cerrar cuando el detective Rine apagó el motor del coche y los tres policías se dispusieron a salir.

——Buenos días, señor Jones, y compañía ——dijo Bill con la mayor amabilidad de la que fue capaz. A Jaycee no le dedicó ni una mirada fugaz, tal vez como castigo por «haberse aliado» con el enemigo——. Nos gustaría que nos acompañase a comisaría.

Los ojos de Conrad se abrieron de par en par, ¿qué ocurría ahora?

——¿A comisaría, por qué?

——Queremos hacerle unas preguntas.

——Puede hacerlas aquí, o mejor, ¿por qué no llama a mi abogado y que le dé cita? ——dijo Conrad recobrando parte de su arrogancia natural.

——Déjese de bromas, señor Jones, porque no es ni momento, ni lugar. Le aseguro que el juez verá con muy ojos su colaboración, si no tiene nada que ocultar, no tiene nada que temer.

——Ya, algo parecido me dijo una persona que usted conoce bastante bien justo unos días antes de dispararme en la cabeza. ¿Es eso lo que me va a pasar si no respondo a sus preguntas en comisaría,

inspector Lowell?

——No diga estupideces, Conrad, nada de eso va a pasar. Pero creo que nos debe una explicación a, primero, por qué no nos había dicho nada acerca de una casa que tiene en la playa de Salisbury comprada con una identidad falsa, o sea, fraudulenta, y segundo, puede que le interese saber que desde la policía de delitos informáticos se han detectado fallos en su pulsera de control telemático, concretamente, fallos en el día que encontraron a Kevin Lineheart en el bosque Hapgood Wright, además de en alguno que otro más. Así que, de confirmarse tales datos, y siempre y cuando no tenga una coartada fiable para la precitada fecha, creo que basta decir que quedará detenido como principal sospechoso del asesinato del joven Kevin.

A Conrad le empezó a palpitar con fuerza el corazón, una mirada de perplejidad trató de buscar comprensión y apoyo por parte de Jaycee, quien a todas luces lamentaba la situación que les había caído encima, pensando en ella misma, su carrera como médica especialista, estaba sentenciada.

—Por lo que respecta al conocimiento de Conrad de la casa de la playa de Salisbury, puedo dar fe que fue durante el día de ayer cuando recordó su existencia, y tal y como se le había pautado y recomendado que hiciese desde el hospital ante una situación similar, me llamó a mí, que soy su médica, para valorar el estado de su memoria y de su cerebro. Así que no tiene ningún derecho a acusar a mi paciente de haberle mentido con relación a eso —La intervención de Jaycee fue muy profesional y convincente, algo que Conrad agradeció.

Bill resopló ante las palabras de la doctora Trawick.

—Disculpe las molestias, doctora Trawick, pero todavía no he podido asimilar del todo qué hace usted aquí, en el domicilio medio quemado de un paciente que es el principal sospechoso del asesinato de cinco niños. No obstante, voy a dar parte ahora mismo a su inmediata superiora para tratar de entender algo de todo esto, hasta donde yo sé, son los pacientes los que acuden al centro hospitalario, y no al revés. Así que, o mucho me equivoco, o puede que esté usted cerca de encontrarse en serios problemas profesionales, doctora Trawick. Y volviendo al motivo por el que estamos aquí, señor Jones, se lo voy a pedir de nuevo, con buenas palabras y mejores intenciones, creo que sería bueno que nos acompañase a comisaría ahora para que le tomemos declaración formal con relación al asunto que más nos preocupa, las irregularidades de su pulsera telemática. Podemos hacerlo así o con una orden firmada por un juez, usted decide.

Ahora fue Conrad quien miró a Jaycee con preocupación, de nuevo, esa "humanización" que estaba experimentando debido a la recuperación de parte de su memoria, hizo que sintiese pena por la joven doctora, se preguntó si el hecho de negarse a colaborar no haría más que enfadar al Catedrático y eso perjudicaría a Jaycee.

—Está bien, inspector Lowell, no tengo ningún problema en ir a declarar con usted, siempre y cuando no molesten ni hagan nada que perjudique la carrera de la doctora Trawick, una de las pocas personas que ha demostrado verdadera profesionalidad en todo este asunto.

A Rine y a Hills se les escapó una sonrisa. No tardaron mucho en imaginar la siguiente situación: joven y atractiva doctora es seducida

por un peligroso criminal para que actúe en su favor a cambio de "otros favores". Bill, por el contrario, trató de ir más allá y se preguntó qué tipo de relación real uniría a Conrad y a la doctora. Todo se estaba complicando cada vez más.

—No me hace especial ilusión causarle ningún tipo de perjuicio a la doctora Trawick, así que, si es usted tan amable —remató Bill invitando a Conrad a que entrase en su vehículo a cambio de no escarbar demasiado en la posible relación que pudiese haber entre Conrad y la doctora.

La mirada de preocupación real con la que Jaycee despidió a Conrad despejó cualquier tipo de duda: entre ellos dos había algo más que una relación médico-paciente. Pero lo peor de todo no fue eso, lo peor fue la forma en la que, de forma inconsciente y de reojo, miró el maletero de su Volvo, gesto que no pasó desapercibido para Rine y Hills, los dos sabuesos de Bill.

——Disculpe, doctora Trawick, antes de que nos marchemos, ¿sería usted tan amable de mostrarnos el maletero de su coche, por favor? ——dijo Hills tratando de sonreír en un intento por inspirar tranquilidad, algo que no consiguió.

Bill, que también había reparado en el detalle de la mirada inconsciente de la doctora al maletero de su coche, captó rápidamente la intención de Hills, algo que, si bien no entraba dentro de aquello de "no molestar a la doctora", tampoco estaba falto de agudeza, ¿y si guardasen allí dentro algo comprometedor?

Los ojos de Jaycee volvieron a delatarla, que buscaron con urgencia la expresión de Conrad, quien parecía mostrarse bastante

indiferente.

—¿Con qué derecho se cree usted para pedirme que haga una cosa así? ¿Es que acaso me está acusando de algo? —Respondió Jaycee con dureza.

—En absoluto, doctora, es por puro trámite, nada más.

—¿Ah, sí? ¿Puro trámite? ¿Es que ahora se dedican a husmear en los coches del personal médico?

—Nada de eso, doctora, nosotros no husmeamos, nosotros comprobamos, y ya escuchó lo que dijo el inspector Lowell hace un momento, si no tiene nada que ocultar, no tiene nada que temer. Abra el maletero de una vez, anda, y no haga esto más difícil.

Bill, que, a pesar de ser por la mañana, ya estaba agotado, resopló ante la tensa situación. Lo cierto es que no pensaba que hubiese nada importante allí dentro, a pesar de que, algo ocultaba la doctora, eso estaba claro. Así que solo quería marcharse de allí ya, le dolían las rodillas y la zona lumbar. Alzó el cuello con dureza y miró a la doctora con seriedad.

—Doctora Trawick, haga el favor, deje que el detective Hills pegue un vistazo a su maletero, solo serán unos segundos, se lo prometo, después nos marcharemos y no la molestaremos más.

Con el corazón a punto de explotar y, tratando de ocultar un temblor de manos muy llamativo, Jaycee abrió el maletero de su coche y se hizo a un lado.

El detective Hills dejó que una enorme sonrisa campara a sus anchas por toda su cara, a continuación, se acercó al amplio maletero

del Volvo, sintiendo la cálida respiración de la doctora a tan solo unos centímetros de él. En ese momento, preso de su gran debilidad, que eran las mujeres, sintió un intenso y arrebatador cosquilleo en el centro del estómago que dispersó parte de la concentración que ese día traía consigo. Lo primero que vio frente a él fue un maletín de piel negro de un tamaño considerable. A lado de dicho maletín había una mochila con detalles fosforescentes y en cuyos laterales pudo ver sendos bolsillos elásticos en los que había paquetes de gasas y apósitos. Imaginó que dentro de esa mochila habría más material médico destinado a las emergencias. También vio un pequeño extintor enganchado a un lateral del maletero. Una bolsa de cartón de Victoria ´s Secret. No se pudo resistir a mirar en su interior. Sin escarbar demasiado vio que había un conjunto de ropa interior rojo y otro negro. Ese cosquilleo que había sentido en el centro del estómago, era ahora un remolino. La respiración de la doctora, muy cerca de él, volvió a sentirla muy intensa. Aparte de todo aquello, solo vio una última cosa, una que llamó la atención del joven y apuesto detective: un ordenador portátil.

—¿Sería tan amable de encender el ordenador y abrir el maletín, doctora Trawick?

—¿Puedo saber por qué? —respondió ella con enfado.

—Solo quiero comprobar un par de cosas, de verdad, es lo último.

Jaycee resopló y tuvo que acercarse mucho a Hills para abrir el maletín y encender el portátil, algo que terminó de rematar esa debilidad del joven detective. El remolino era ahora un tornado.

Hills miró con rapidez dentro del maletín. Solo había documentos

médicos, un fonendoscopio y un martillo de exploración neurológica. En el portátil vio que en la pantalla de inicio aparecía el nombre de la doctora Trawick y permanecía a la espera de la introducción de una contraseña para poder acceder a su contenido, efectivamente, ese ordenador parecía ser de ella.

Hills, con una intensa sensación de quemazón en su interior, pegó un último vistazo al maletero del coche sintiendo que se le escapaba algo, que le faltaba algo más por mirar. Pero ese intenso deseo de su interior, terminó por nublarle la vista y hacerle perder la poca concentración que le quedaba.

—Muchas gracias por su colaboración, doctora Trawick, ya hemos terminado, que tenga usted un feliz día —dijo Hills con una sonrisa de oreja a oreja mientras le tendía una mano a Jaycee, quien se la estrechó de mala gana.

Cuando pusieron rumbo a la comisaría, Conrad, en la parte trasera de ese coche, junto a Bill, pensó: *gracias a Dios, no ha mirado en la parte oculta del maletero, donde debería estar la rueda de repuesto, si lo llega a hacer, estoy perdido*.

En cuanto llegaron a comisaría, Conrad recordó que debería haber llamado a su abogado, a Kurt Elston, algo que hizo inmediatamente antes de responder a nada.

CAPÍTULO 45

Una sensación desagradable

——Mierda, Con, ¿por qué cojones has ido a Comisaría sin una orden? ¿No les habrás dicho nada, verdad?

A Conrad cada vez le molestaba más el tono y la forma con la que su abogado le hablaba, las malas vibraciones que le transmitía eran cada vez mayores.

——He venido porque me ha dicho el inspector Lowell que se han detectado fallos en la pulsera telemática que me pusieron, la misma, precisamente, que tú mismo insiste en que me pusieran.

——Eh, eh, para el carro, ¿qué estás insinuando, que es culpa mía? Yo pedí la pulsera para convencer al juez de que la prisión preventiva no era necesaria, algo que en su momento bien agradeciste, ¿o no? ¿Qué culpa tengo yo de que haya muerto otro niño y tu pulsera haya fallado? No hace que respondas, ya lo hago yo, ninguna.

——Lo que tú quieras, Kurt.

——Dios, Con, ¿en serio vamos a empezar así otra vez?

——Así, ¿cómo?

Kurt hizo una pausa que aprovechó para coger aire y resoplar como un bisonte.

——No me apetecía nada recordar de nuevo el asunto que nos llevó a separar nuestros caminos, pero fue exactamente el modo en el

que te estás comportando ahora lo que provocó que discutiéramos, Con. Empezaste a desconfiar de mí y a decir que te mentía, que quería engañarte y no sé cuántas tonterías más que no me apetece recordar.

De pronto, un nuevo fogonazo irrumpió con fuerza en el cerebro de Conrad. Un torrente de imágenes nuevas aterrizó de forma brusca en su consciencia. En ellas veía las continuas discusiones con Kurt, los gritos, la falta de confianza que tenía hacia él, las altas sospechas de que le mentía, de que ya no trabajaba para él, sino contra él. Pero, ¿qué había de real en todo aquello? ¿Hizo realmente Kurt algo por lo que no debía fiarse de él, o todo formaba parte de su mente paranoica y con una tendencia desbocada imaginar cosas que no eran ciertas? En cualquier caso, en ese momento no tenía a nadie más que a Kurt para salir de aquella, y lo único que tenía realmente contra él era la sensación desagradable que le transmitía cada vez que estaba cerca de él o que hablaba con él. Así que, de momento no tenía otra opción.

——Mira, Kurt, como tú dices, estoy demasiado cansado para hablar de un pasado que no recuerdo, no importa, lo único que quiero es salir de aquí cuanto antes y acabar con esto de una vez.

——En eso estamos de acuerdo, Con, voy para allá, de momento evita decir más de la cuenta, o mejor, no digas nada hasta que yo llegue.

——De acuerdo, Kurt, hasta ahora.

En cuanto colgó el teléfono, Kurt Elston se aflojó el apretado nudo de la corbata, su carnoso cuello soportaba esa prenda cada vez peor. Después se preguntó si había hecho bien aceptando representar de nuevo a Conrad. Miró en su interior, pero no halló la respuesta a esa

pregunta.

Después puso rumbo a la comisaría a toda prisa.

CAPÍTULO 46

Una conversación pendiente

Cuando Hanna llegó a casa no tuvo que buscar demasiado a su hija. Dana estaba en el salón, sentada en el sofá, cabizbaja. Tenía los ojos rojos de haber estado llorando.

——Hija, no sabes el susto que me has dado, ¿dónde estabas? Por un momento pensé que… Dios, no quiero ni nombrarlo… ——Hanna se abrazó a su hija, que permaneció inmóvil en el sofá.

——Como te he dicho por teléfono, necesitaba respirar, despejarme un poco.

Hanna acarició el rostro de su hija con una mezcla entre pena y preocupación.

——Antes de que me desmayase dijiste que tú eras la responsable de las muertes de esos cuatro niños, ¿qué tontería es esa? Tú nunca le harías daño ni a una mosca, eres la persona más buena que conozco. Además, por aquel entonces tú solo tenías siete años…

——Lo dije porque es verdad, mamá, yo soy la responsable. Creo que en el fondo siempre lo he sabido, y también que tenía esta conversación pendiente contigo desde que… todo empezó.

Hanna, sintiendo cómo el corazón parecía estar a punto de reventarle, trató de transmitirle calma y seguridad a su hija, pero el sudor de sus manos decía lo contrario.

——¿Desde que empezó el qué, hija?

——Mi infierno, mamá. Entré en él sin querer, pero en el fondo siento que aún sigo dentro. ¿Recuerdas la época de mis terrores nocturnos? Pues fue entonces cuando empezaron.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Hanna. Dana, en cambio, sintió cómo sus cimientos eran sacudidos de nuevo.

——No te entiendo, hija, ¿qué fue exactamente lo que te pasó?

Dana negó con la cabeza dejando brotar unas cuantas lágrimas de sus ojos, que recogió con la manga de su camiseta.

——Yo tenía siete años, y creo que hasta entonces nunca me había planteado qué significaba ser feliz, precisamente porque ya lo era, nunca me había preguntado qué era un problema de verdad, porque yo nunca lo había tenido. Pero todo cambió una tarde de febrero, lo recuerdo perfectamente, como si fuese ayer. Unos chicos del colegio estaban molestando a otra chica, era de otra clase, no recuerdo bien su nombre. Lo que sí recuerdo es que a los chicos sí los conocía, uno de ellos iba a mi clase, así que pensé que tenía la confianza suficiente para hablar con ellos. Y eso fue lo que hice. Les pedí que dejaran de molestar a esa indefensa chica, además, ellos eran cuatro, y ella solo una. Me hicieron caso, pero lo que no imaginé es que a partir de ese día sería yo a quien empezarían a molestar.

Dana hundió su cabeza entre sus hombros y rompió a llorar, relatar esos recuerdos la estaban llevando al límite.

——¿Y por qué no me dijiste nada, hija? Yo te hubiera ayudado ——dijo Hanna con rabia cuando Dana se calmó un poco.

——Me dijeron que si le decía algo a alguien me harían daño de verdad, y yo les creí, porque cada vez eran más agresivos conmigo. Me humillaban, me golpeaban en sitios donde no dejase marca, y después… me empezaron a pedir que los tocase ahí abajo…

Dana rompió a llorar otra vez, pero en esta ocasión, Hanna no puso ninguna mano sobre su espalda, estaba demasiado enfadada para hacer tal cosa.

——Maldita sea, Dana, deberías habérmelo dicho a mí, deberías habérmelo contado, yo lo hubiese parado, ¿por qué no me lo dijiste?

——¡Porque estabas demasiado ocupada metiéndote en los asuntos de papá! ¡Por eso! ¡Siempre obsesionada por dónde y con quién estaba! ¡Parecía que era lo único que te importaba! ——Dana confesó a gritos algo que pensaba desde hacía mucho y que nunca se había atrevido a decir, su madre la miró con rabia y dureza, nadie le había hablado así nunca.

—No termino de entenderlo, Dana, ¿qué pasó luego? ¿Cómo termina la historia?

—La historia no ha terminado, mamá, pero lo que pasó luego es que fue Dylan a quien, tras verme llorar un día, le conté lo que me estaba pasando. No podía más, y lo cierto es que me consoló y me sentí mejor después de hablar con él. Le dije y le rogué que no le contase nada a nadie, que yo saldría de esto sola, pero al parecer…

—¿Qué? ¿Al parecer, qué? —preguntó Hanna con evidentes muestras de histerismo.

—Al parecer no me hizo caso, se lo debió contar a papá, por aquel

entonces andaba mucho detrás de él con el royo ese de que también quería ser escritor, y el resto de la historia… ya la conoces… —Dana alzó la cabeza, tenía los ojos temblorosos—. Papá acabó con ellos uno a uno, mamá, y ahora ha vuelto, y al parecer ha empezado otra vez, pero con otros chicos… todo es por mi culpa, mamá, si no les hubiese dicho nada aquel día, o si no hubiese hablado con Dylan, ahora estarían vivos, y papá no sería un asesino…

Hanna, viendo que su hija rompía de nuevo a llorar, la abrazó con fuerza y trató de controlar otra vez esa ira interna que a veces la poseía, pero no era fácil, porque todo por lo que había luchado, todo cuanto había hecho, estaba a punto de venirse abajo. Tenía que conseguir como fuese que Conrad volviese a prisión, o se fuese de este mundo para siempre.

CAPÍTULO 47

¿Le pasa algo conmigo?

A pesar de los diferentes asuntos que Christopher tenía pendientes de resolver, llegó a casa con el corazón tranquilo. La relación que había empezado con Katherine, aun habiéndose visto solo un par de veces, estaba siendo muy intensa e importante para él. Su autoestima, tan frágil desde siempre y tan quebradiza desde los últimos años, estaba por las nubes.

Puso su móvil a cargar y se fue directo al cuarto de baño. Necesitaba una ducha y también quería revisar la herida de su codo. Se quitó con cuidado la venda con la que tenía cubierta la herida y comprobó que, aunque los puntos no eran los más finos que había visto, sí habían conseguido cerrar la herida a la perfección, así que cumplían su función. Se asemejaba a uno de esos pavos rellenos, trabajo basto pero efectivo. El tobillo de su pierna izquierda, en cambio, mostraba un moratón bastante feo. Como Katherine había dicho, tal vez podría ser un esguince bastante fuerte, o también podría haber una pequeña fractura, en ambos casos, el tratamiento era parecido: inmovilización y reposo, pero no podía cumplir con ninguna de las dos cosas, ya tendría tiempo, se dijo.

Al salir de la ducha, se colocó un vendaje muy sencillo en el codo y otro en el tobillo, se puso ropa limpia y se sintió un hombre nuevo. Después encendió el móvil y se dispuso a ver los mensajes y llamadas

que había recibido durante la última noche y esa mañana.

Un aluvión de notificaciones estuvo a punto de colapsar su teléfono.

Las primeras que revisó fueron las de Bill Lowell. El Catedrático le había llamado desde el día anterior hasta diez veces. También le había escrito varios mensajes, en todos ellos le decía lo mismo: "¿Dónde se supone que estás, Christopher? Llámame en cuanto leas esto". Christopher sintió el impulso de llamar a Bill justo en ese momento, pero en el último instante recordó las palabras de Katherine y se contuvo. Llamaría a Bill, por supuesto, pero no movido por un miedo incontenible a un posible enfado por no haber estado en línea durante las últimas dieciocho horas. Así que, antes de proceder con las llamadas, continuó revisando las demás notificaciones.

Las siguientes que revisó fueron las de su hermana Jane.

Le partió el corazón ver que sus dos sobrinas le habían enviado una foto en la que se las veía sonrientes, esperando en el sofá de su casa a que llegase la tarde de antes. Pudo imaginar sus caras de decepción cuando vieron que ya no iba a llegar y que incluso no respondía al teléfono móvil. Jane le había llamado casi tantas veces como Bill, y también le había escrito varios mensajes, en todos ellos le preguntaba si estaba bien, que sus dos sobrinas lo estaban esperando, que lo llamase en cuanto pudiese.

Bill se maldijo internamente de nuevo por no estar más cerca de su hermana y de sus sobrinas, por no ser la persona que se supone que debería de ser. Se prometió a sí mismo que el nuevo Christopher no podía permitir que esa situación se repitiera otra vez. No había nada

ni nadie como la familia, su hermana y sus sobrinas eran lo que más quería en el mundo, y sin embargo, él las había descuidado durante los últimos años, algo que tenía que cambiar desde ya, porque la vida no esperaba a nadie y porque estar con ellas era lo que realmente le pedía su corazón. ¿Qué pasaría si a alguna de ellas le pasase algo? Se preguntó Christopher internamente, pero la respuesta a esa pregunta le resultaba tan sumamente dolorosa que no se atrevía siquiera a planteársela. Sencillamente perdería el poco sentido que le veía a la vida.

Por último, y antes de llamar a su hermana para disculparse, darle una explicación más o menos razonable y preguntarle cuándo podía ir a verla, revisó las notificaciones que también había recibido de Hanna. Como era normal en ella, lo había estado llamando de forma compulsiva tanto la tarde noche anterior como esa misma mañana. Tendría perfectamente veinte avisos de llamada suyos y otros tantos mensajes. Visto así, fríamente y desde la distancia, Christopher no entendía muy bien qué tenía esa mujer para que lo atrajese tanto, a simple vista parecía alguien con serios problemas para el autocontrol y para saber dónde están los límites de algunas cosas, empezando por la relación que los unía a ambos, algo que, para qué engañarse, en realidad no pasaba de una eterna promesa de amistad. Pero, aun así, Christopher era incapaz de reaccionar cuando la tenía cerca o escuchaba su voz, sentía que lo tenía embrujado. Por eso, sin saber muy bien cómo, cuando leyó el último mensaje de esa mañana, en el que le decía que tenía la clave para volver a encerrar a Conrad, concretamente, que contaba con una nueva y determinante prueba de

la cual no podría escapar, no dudó en llamarla a ella la primera, a pesar de tener pendientes las llamadas a su hermana y a Bill.

——Christopher, por fin respondes, pensé que te había pasado algo a ti también.

——Disculpa, Hanna, llevo desde ayer incomunicado, te he llamado en cuanto he visto tus mensajes, dime, ¿qué es lo que has descubierto?

——Necesito contártelo en persona si no es mucho pedir, Chris, tengo mucho miedo, creo que va a volver a pasar.

——A pasar, ¿el qué?

——Antes de que digas nada, sé que no debí hacerlo, pero ayer no encontraba a mi hija Dana por ninguna parte y fui a ver a Conrad… No sé muy bien qué es lo que pasa por su cabeza, pero no está bien, Chris, creo que le va a hacer algo malo a alguien si no lo impedimos, y creo que ya sé cómo demostrar lo que hizo, lo que ha hecho con ese pobre chico, con Kevin Lineheart. Te lo cuento todo mejor en persona, ¿puedes ahora?

Christopher cogió aire, no lo tenía claro. Tenía que llamar a Bill, y tenía que ir a hablar con su hermana. Pero, ¿y si lo que le estaba contando Hanna no era ninguna fantasía? ¿Y si tenía la prueba definitiva que demostraba que Conrad era el responsable de las muertes de dos mil once? Todo lo que habían estado revisando él y Katherine le decía que él no era el responsable, al menos eso se deducía de sus anotaciones y la novela que estaba escribiendo, que apuntaba a que era alguien de su entorno, tal vez Luke Klein, a quien

él señalaba de una manera más o menos directa. Eso podría tener cierto sentido si se tenía en cuenta que, tras estar al borde de la muerte durante siete años, su ex mejor amigo había ocupado su lugar en su hogar, ¿lo había incriminado para quedarse con su vida por pura envidia? Quién sabe, todo era posible. En cualquier caso, fuese lo que fuese lo que Hanna tenía que contarle, tenía que escucharla.

——Está bien, Hanna, ahora paso por tu casa.

——No, mejor voy yo a la tuya si no te importa.

——¿A la mía?

——Sí, luego te explico, creo que no es bueno que hablemos aquí. Voy para allá, Chris, enseguida llego. Eres un cielo, no sé qué haría sin ti. Un beso muy fuerte.

Antes de que Christopher pudiese decir algo más, Hanna colgó el teléfono. Lo de que fuese a su propia casa sí que era una irregularidad en toda regla que seguro que Bill vería con muy malos ojos. Miró a su alrededor y se preguntó si no debería adecentar un poco su casa antes de que llegase Hanna. Siempre fantaseó con que una situación como aquella se pudiese llegar a producir en un mundo idílico, pero en esa fantasía su casa aparecía limpia, y no llena de ropa sucia, revistas de motosierras tiradas por el suelo y jarras de cerveza vacías por todas partes. Pero no había tiempo ni para limpiar ni para ordenar la casa, porque tenía dos llamadas pendientes que le importaban más que todo eso.

La siguiente llamada fue a su hermana, quien le transmitió la mucho que se había preocupado al no dar señales de vida, pero a

continuación le contó que se había preocupado todavía más cuando el inspector Bill Lowell se había presentado allí esa misma mañana para decirle que entre las cosas del chico que había muerto hacía unos poco días habían encontrado un dibujo similar al que le habían metido a su hija en la mochila. Eso hacía que el dibujo se convirtiese casi por sí solo, y hasta que no se demostrase lo contrario, en una amenaza muy seria, razón por la cual, Bill había ordenado que un policía hiciese guardia frente a su casa y que vigilase a su hija Aurora desde la distancia.

El corazón de Christopher empezó a golpear con fuerza las paredes de su interior. Así que la amenaza iba a en serio, alguien ahí fuera había puesto el punto de mira en su sobrina pequeña, y eso sí que no lo iba a permitir. Todo empezó a dar vueltas a su alrededor y su cerebro, fruto de una gran convulsión, trató de dar más de sí, de llegar hasta donde nunca había llegado. Sintió que, si algo malo le pasaba a Aurora, si no era capaz de protegerla, entonces todo dejaría de tener sentido.

Tras intentar tranquilizarla, y bajo la promesa de que iría a verlas más tarde, colgó el teléfono para encarar la última de las llamadas.

Bill cogió el teléfono de muy mal humor.

—Por fin te dignas a responder.

—He tenido algún que otro contratiempo.

—Sí, ya, más te vale que puedas demostrarlos, porque de lo contrario te aseguro que voy a ir a por ti —amenazó Bill con un más que evidente enfado.

—Acabo de hablar con mi hermana, me ha contado lo del dibujo, y también que has emitido una orden para que alguien vigile y proteja a Aurora.

—Por supuesto que sí, porque yo cumplo con mi deber y con mis obligaciones como policía, no sé si otros pueden decir lo mismo.

—Mire, inspector Lowell, ya estoy empezando a cansarme de la forma en que me habla y me trata, ¿se puede sabe qué le pasa conmigo? ¿Es que acaso le he hecho algo por lo que deba pedir perdón? —dijo Christopher con el ego renacido a causa de su relación con Katherine. Bill tardó unos segundos en responder.

—Ya hablaremos de esto en otro momento, inspector Ran, en la sala de interrogatorio cuatro me esperan Conrad Jones y su abogado.

—¿Conrad Jones? ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Hemos detectado fallos en su pulsera de control telemático, uno de los fallos se produjo el día que encontraron a Kevin Lineheart en el bosque.

—¿Fallos de qué tipo?

—Fallos de conexión, parece como si durante algunos ratos la pulsera hubiese sido desconectada.

—Pero, ¿es eso posible sin cortarla?

—Me temo que, si la pulsera no ha sido manipulada de forma física, que no es el caso, solo es posible si alguien accede a nuestros servicios informáticos, o también, si la pulsera está defectuosa, pero me parece mucha casualidad.

Christopher guardó silencio durante unos segundos, ¿es que

Conrad contaba con alguien que le estaba ayudando desde la policía, o es que había alguien con acceso a los registros policiales que lo estaba tratando de incriminar?

—¿Y qué dice él?

—Ya te lo puedes imaginar. Que no ha hecho nada ni tiene ni idea de lo que le estamos hablando. De momento le hemos retirado la pulsera y le hemos puesto una nueva en presencia de su abogado. Hemos mandado la vieja a analizar para qué nos pueden decir los de delitos cibernéticos. En cualquier caso, sin signos físicos de que haya podido manipular la pulsera, es difícil acusarlo de tal cosa, así que…

—Lo vais a soltar.

—Sí, apenas quedan cuatro días para el juicio y no podemos permitirnos el lujo de cometer errores ahora con él. Todavía no sabemos quién cometió los crímenes de dos mil once ni quién asesinó al pequeño Kevin, pero en el caso de que realmente fuera Conrad, como siempre se pensó, no podemos dejar que se nos escape por no haber hecho bien las cosas. Lo único que debe preocuparnos ahora es dar con pruebas reales y demostrables, nada más, ¿está de acuerdo con eso, inspector Ran?

La pregunta de Bill sonó a segundas intenciones, algo de lo que Christopher también se estaba cansando.

—¿Qué está queriendo decir exactamente, inspector Lowell? No termino de seguirle.

—Me parece que ya sabe a lo que me refiero, no me andaré con rodeos, ¿entró usted ayer por la tarde en la casa que Conrad tiene en

la playa de Salisbury? Concretamente por una ventana que encontramos rota.

Christopher hizo una pausa en la que tuvo ocasión de ver el vendaje de su brazo derecho y el de su pie izquierdo. Lo del pie podía llegar a camuflarlo, pero, ¿lo del brazo?

—Sí, entré por mi cuenta y responsabilidad, y puedo decir que no me vio nadie y que encontré algunas cosas de interés.

Bill tuvo que morderse la lengua y aguantar la respiración para no explotar con todo lo que tenía dentro.

—Creo que tenemos que hablar muy seriamente, inspector Ran. Me temo que voy a tener que informar de sus frecuentes irregularidades.

—Espere a que termine el juicio a Conrad, después haga lo que tenga que hacer.

—No tenga ninguna duda de que lo haré. ¿Hay algo más que deba decirme sobre lo que encontró en la casa de Conrad? ¿O va a seguir trabajando por su cuenta?

Christopher dejó que las palabras de Bill le resbalaran.

—Me llevé su ordenador portátil e hice fotos de unas anotaciones que tenía en la pared con las que parecía estar apoyándose para escribir su nueva novela.

—¿Y? —Bill recordó el método de escritura de Conrad.

—Mi teoría es que estaba escribiendo una novela negra que, aparte de muchas otras cosas, también hablaba de los crímenes de dos mil once.

—¿Quiere decir que sí que escribió sobre aquellas muertes? Eso podría considerarse una prueba si nos apoyamos en los testimonios de Hanna y de su antigua agente, ambas sostienen que Conrad podría haber matado a esas personas como fuente de inspiración para escribir la novela negra definitiva.

La teoría de Christopher, de pronto, se tambaleó.

—Escribió sobre esas muertes, pero no estoy seguro de que fuese él quien lo hizo.

—Ah, ¿no?

—No. De hecho, en las anotaciones parecía estar llevando a cabo su propia investigación. Seguía de cerca las muertes, sí, y escribía sobre ellas, pero no creo que lo hiciese él. De todos modos, ya lo verá usted mismo y me dirá qué le parece.

El detective Rine le hizo una señal a Bill con la mano, al parecer, Conrad y su abogado se estaban cansando de esperar y se iban a marchar.

—Escúcheme con atención, inspector Ran, venga a la comisaría de inmediato y traiga consigo todo lo que se llevó de la casa de Conrad, y por lo que más quiera, no se le ocurra hablarle a alguien más de esto, si lo hace, y llega a oídos de la prensa o del abogado de Conrad, estamos perdidos.

—De acuerdo, inspector Lowell, enseguida voy para allá.

En cuanto Bill le colgó el teléfono, Christopher cayó en la cuenta de que todo cuanto se había llevado de casa de Conrad, estaba en casa de Katherine, así que, antes de ir a comisaría, debería ir a recuperar

todo aquello.

Pero había olvidado que había alguien que también requería su atención, estaba en la puerta de su casa, a punto de llamar y con una más que sugerente camisa escotada: Hanna Flanagan.

CAPÍTULO 48

Debería haberte elegido a ti

—Christopher, Dios, qué alegría me da verte —dijo Hanna abalanzándose sobre él sin darle tiempo ni a reaccionar ni a decir nada.

Sentir el cálido y sensual cuerpo de Hanna pegado al suyo, hizo que durante unos segundos se desvanecieran todos los propósitos y planes que, tras la última conversación con Bill, había trazado en su cabeza.

—¿Te parece si hablamos mejor dentro? —preguntó Hanna mirando a Christopher a escaso diez centímetros de su cara.

—Claro, por supuesto —respondió Christopher, ligeramente embriagado por el contacto y la presencia de esa mujer.

Hanna tomó asiento en el sofá del salón y esperó a que Christopher hiciera lo propio con la mirada perdida en el infinito, pero rodeada de un halo de preocupación máxima.

—Lo primero de todo, ¿tus hijos están bien? —preguntó Christopher volviendo de nuevo a su estatus de «hombre excepcionalmente atento con mujer que le resulta muy atractiva».

—Sí, gracias a Dios, sí. Bueno, a Dylan no lo he visto desde esta mañana, pero en él es normal desaparecer de buenas a primeras cuando se encuentra al límite, que es como estamos todos en casa —

Hanna miró a Christopher con los ojos humedecidos.

—Entiendo, y dime, ¿qué es exactamente lo que has descubierto?

Hanna asintió mientras tomaba aire para empezar a hablar.

—Como te he dicho, al ver que Dana no daba señales de vida, fui a buscarla a la cabaña que Conrad tiene en el lago Walden, ¿y sabes qué? Allí estaba él muy bien acompañado otra vez.

—¿A qué te refieres con bien acompañado?

—A que había una mujer con él, ni más ni menos que la neuróloga que lo está tratando en el hospital, que, además, por cierto, es bastante más joven —Las palabras de Hanna estaban impregnadas de rabia e impotencia.

—¿La neuróloga que lo está tratando? ¿Te refieres a la doctora Trawick?

—La misma, la vi el otro día haciendo declaraciones a la prensa sobre el estado de la memoria de Conrad, la muy zorra se lo está follando, pude verlo en su forma de mirarlo, de mirarme a mí.

Christopher asintió tratando de encajar el nuevo dato en la cabeza. ¿Qué podría implicar que la doctora Trawick mantuviese realmente una relación sentimental con Conrad? ¿Podría estar falseando su historial médico? Pero, ¿para qué?

—¿Y cómo fue tu encuentro con Conrad?

—De la única manera que podría ir, fatal. Conrad no solo mató a aquellos niños en dos mil once, sino que creo que es el responsable del niño que murió hace unos cuantos días, pero lo peor de todo es que creo que podría estar preparando algo espantoso. Si pudieseis

encontrar la novela que estaba escribiendo antes de que todo ocurriese… —dijo Hanna esperando una reacción por parte del inspector Ran.

Christopher, cuyo cerebro intentaba trabajar en paralelo, asimilaba las palabras de Hanna mientras volvía de nuevo a la novela que estaba escribiendo Conrad y que él pudo leer, la cual, ciertamente, sí hablaba de aquellas muertes.

—¿Y si te dijera que ya la hemos encontrado?

—¿Cómo? —Los ojos de Hanna se abrieron como platos.

—Lo que oyes.

—¿Y entonces? ¿La habéis leído?

—Sí, y como dices, hablaba de aquellas muertes.

El rostro de Hanna se iluminó como un árbol de Navidad.

—Entonces ya está, ¿no? Me refiero a que con eso bastará para meterlo de una vez entre rejas, ¿verdad?

Christopher cogió aire con profundidad. No darle la razón a esa mujer se estaba convirtiendo en algo habitual en los últimos tiempos, algo que, si bien no le agradaba, le estaba sirviendo para decirse a sí mismo que su personalidad ya no pendía de un fino hilo como antes, sino que el rechazo, y más el rechazo de una mujer como Hanna, podía llegar a soportarlo.

—No es tan sencillo, Hanna. En la novela habla de las muertes de esos chicos, sí, pero en ningún momento afirma haber sido él quien los mató, es más… —Christopher cayó en la cuenta de que estaba hablando más de la debido, por enésima vez.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir?

—Que lo que parecía es estar buscando él al responsable de dichas víctimas.

Hanna negó con la cabeza antes de responder. No se lo podía creer.

—No me lo puedo creer, Chris, ¿en serio os vais a creer eso? Por supuesto que no iba a confesar abiertamente en su novela que él mataba a esos niños, la pensaba publicar, ¿entiendes? Lo del royo ese que estaba buscando al asesino solo formaría parte del engaño, ¿acaso crees que en alguna de sus anteriores novelas ponía el nombre y los apellidos de las personas en las que se inspiraba? ¿Crees que Conrad es tan estúpido como para hacer eso?

Christopher se quedó pensando en las palabras de Hanna. Lo cierto es que no le faltaba razón, en ningún caso admitiría la culpa de unos asesinatos en una novela que tenía la intención de publicar y convertirla en un gran éxito.

—Es posible que tengas razón, Hanna, por eso es que debemos ir paso a paso, sin precipitarnos ni dar pasos en falso, faltan cuatro días para el juicio y no podemos permitirnos el lujo de desaprovechar ninguna prueba.

Hanna asintió mientras se pasaba un pañuelo por los ojos para recoger un par de minúsculas lágrimas.

—Hay otra cosa más que no te he contado aún. El verdadero motivo por el que he venido a verte hoy.

—¿Qué cosa? ¿Qué sucede? —preguntó Christopher, ahora sí, con

el pleno convencimiento de que lo que le iba a contar Hanna en ese preciso instante era completamente cierto.

—Esto está siendo muy difícil para mí, Chris, mucho más de lo que te imaginas. Toda mi vida se está desmoronando. Cometí el error más grande de mi vida manteniendo una relación con Conrad, me volví a equivocar con Luke, pero eso no es lo peor…

—¿Qué sucede con Luke? —dijo Christopher interrumpiéndola. Luke era uno de los sospechosos de los que Conrad hablaba en las anotaciones con las que estaba escribiendo su novela.

—Hace tiempo que no estamos bien, nada bien, y ya he tomado la decisión de separarme de él, no es bueno para mí ni para mis hijos, que como comprenderás, son lo más importante de mi vida.

En ese momento, Christopher lo vio claro, la mujer que tenía enfrente sentía verdadero pavor por lo que pudiese pasarles a sus hijos, a quienes anteponía por delante de cualquiera. No todo el mundo podía decir lo mismo.

—Siento mucho que lo vuestro no esté funcionando, Hanna, por cierto, ¿cómo está llevando él todo esto?

—¿A qué te refieres?

—A cómo lo ves, cómo le está afectando el despertar de Conrad y su próximo juicio, a vuestros problemas de pareja, esas cosas.

Hanna cogió aire mientras buscaba la mejor forma de decirlo.

—No sabría muy bien cómo definirlo, pero obviamente, está más raro que nunca. Últimamente me habla fatal, me levanta la voz, también a Dana y a Dylan, sale de casa y no dice a dónde va, se

encierra más horas de lo normal intentando escribir una novela que esté a la altura de ser publicada, se pone muy celoso, incluso agresivo, cuando me ve hablando con otros hombres, sobre todo contigo… en el fondo siempre he sabido que en su interior había alguien con muchas frustraciones y envidias, pero nunca pensé que terminaría convirtiéndose en esto. En el fondo siempre pensé que yo… —Hanna contuvo un pequeño llanto—, le haría feliz, le haría olvidarse de todos esos anhelos, pero ya he visto que ellos son más fuertes que yo.

—Vaya, no sabes cuánto lo siento, Hanna, de verdad.

—Lo sé, Chris, créeme que lo sé, de hecho, no te imaginas la de veces que me he preguntado cómo hubiese sido mi vida si… —Hanna alzó la cabeza para mirar a Christopher a los ojos—, te hubiese elegido a ti.

El corazón de Christopher empezó a latir con inusitada fuerza, tanto que sintió que le iba a explotar. ¿Estaba confesándole la mujer de quien llevaba enamorado media vida que lo había contemplado como posible marido? ¿Estaba diciéndole que todavía sentía algo por él? ¿Tenía una posibilidad real de estar con ella ahora que iba a separarse de Luke?

—No podemos cambiar el pasado, Hanna, pero creo que sí podemos hacer algo con el futuro —dijo Christopher.

Hanna lo miró con los ojos llenos de brillo.

—Todavía no te he contado lo más importante, Chris, el motivo por el que he venido y que creo que podría ser determinante para meter a Conrad entre rejas.

—Claro, perdona, te he interrumpido tantas veces…

—No pasa nada. Esta mañana Dana me ha confesado que los chicos que murieron en dos mil once… se metían con ella en el colegio, la humillaban, la insultaban, la golpeaban, incluso abusaban de ella.

—Por Dios santo, ¿es eso cierto, Hanna? Eso lo cambia todo —dijo Christopher con verdadera emoción.

—Aun no he acabado. Dana me dijo que a la única persona a la que se lo contó fue a Dylan, y por aquel entonces… él trataba de impresionar y de acercarse a Conrad, así que, es muy probable que le contase a él lo que le estaban haciendo a Dana, y es más que posible que él quisiese darle a esos chicos un buen escarmiento, tal vez no fuese su intención acabar con ellos, a lo mejor se le fue de las manos por pura casualidad, pero ya sabemos lo retorcido y cruel que puede ser Conrad, y que, dadas las circunstancias, y lo que esos cuatro chicos le estaban haciendo a su pequeña, tal vez quiso sacar doble partido, acabando con la amenaza a su hija y escribiendo una obra de arte.

—¿Crees que Dana y Dylan testificarían en el juicio?

—Si se lo pido yo, desde luego.

Christopher asintió y se dijo internamente que ahora sí, ya era suyo.

Antes de marcharse rumbo a casa de Katherine para, posteriormente, ir a comisaría, Hanna lo despidió haciendo algo que lo terminó de desarmar, lo besó tierna y dulcemente en los labios.

—Ve con mucho cuidado, Chris, por favor, si te pasa algo, me

moriría de pena.

Y con un nudo en la garganta, y la emoción y la excitación recorriendo sus venas, puso rumbo a casa de Katherine.

El problema es que, cuando llegó a su casa, ella no estaba. A continuación, recibió una llamada que en absoluto esperaba. Era una llamada de Rebeca Ellis, la última amante que tuvo Conrad.

CAPÍTULO 49

El bien más preciado

Tal y como Bill ya se imaginaba, interrogar a Conrad en comisaría no había supuesto ningún avance en la investigación. A su habitual reticencia a hablar con la policía, se había sumado la rocosa presencia de su abogado, Kurt Elston, que no había hecho otra cosa que cuestionar todas y cada una de las preguntas que tanto Bill como los detectives Rine y Hills le habían hecho.

Su pulsera había dado errores en diversos días, uno de ellos cuando encontraron el cuerpo del pequeño Kevin, de eso no había duda, de lo que había duda era de si eso podía suponer que el propio Conrad o alguien cercano a él podría haber manipulado el sistema de localización de su pulsera para que marcase que estaba en un sitio, en este caso, en su cabaña, cuando en realidad estaba en otro, es decir, en el bosque con el cuerpo sin vida de Kevin Lineheart. Todo eso era una posibilidad, como también lo era que alguien estuviese intentando incriminar a Conrad y por eso habría tratado de manipular los registros de su pulsera. En cualquier caso, Conrad negaba toda implicación en dicho crimen y, por recomendación de su abogado, se había negado a responder a cualquier otra cosa. Así que lo habían tenido que soltar por falta de evidencias. Hasta que la policía cibernética, que era quien seguía intentando investigar el origen del error en la pulsera de Conrad, no emitiese su informe definitivo, no

había motivos para acusar a Conrad de la posible autoría del crimen del pequeño.

Todo en la mente del Catedrático se iba complicando cada vez más. Trató de trazar un listado de evidencias y posibles errores de concordancia, como ya hizo al inicio de la investigación cuando el jefe Grayson confió en él para tan importante caso, pero, si antes le parecía que tenía claro qué era evidente y qué no, ahora lo tenía todo borroso. Tenía la impresión de que la mayoría de implicados en ese caso tenía algo que ocultar, empezando por su homónimo y compañero, el inspector Ran, y todo eso, sumado, entorpecía mucho el transcurso de la investigación. Después de darle una vuelta a todo lo que tenía, y mientras esperaba la llegada de Chistopher con las pruebas que se había llevado ilegalmente de la casa de Salisbury, escribió lo siguiente:

1. A falta de tres días para el juicio contra Conrad, todavía no hay pruebas sólidas ni testigos presenciales que lo puedan vincular a los crímenes de dos mil once, tampoco a la nueva víctima, Kevin Lineheart.
2. El posible móvil de los asesinatos, suponiendo que Conrad hubiese sido el responsable, sería vivir y experimentar el asesinato en primera persona como fuente de inspiración para escribir la novela negra definitiva. Todo ello se deduce del peculiar método de escritura que, según contó Hanna Flanagan primero y confirmó Katherine Wolfe después, utilizaba Conrad para escribir sus novelas, a saber: favorecía situaciones y provocaba reacciones para ver, vivir y experimentar cosas a las

que la imaginación, por sí sola, no llegaría.

3. El «método de escritura» como *leit motiv* para asesinar, se podría confirmar o desechar si, tras el estudio del manuscrito de la novela que estaba escribiendo Conrad en ese momento, se concluyese que había tenido acceso a detalles de las muertes de esos chicos que nadie más tenía.

4. El análisis de dicho manuscrito lo ha realizado de forma previa Christopher Ran, el cual dice no haber encontrado nada, no obstante, en cuanto llegue con el ordenador y las anotaciones que Conrad tenía en su casa de Salisbury, se podrá analizar todo con más detalle y rigurosidad.

5. Los padres de las víctimas de dos mil once, al menos de tres de ellas, responden a un perfil social parecido, no obstante, tal y como ya intuyó el inspector Ran, es posible que eso no tuviese nada que ver con haberlos escogido a ellos en concreto. Es posible que dichos padres solo fuesen padres ausentes que apenas tenían control sobre sus hijos, cosa que facilitaría mucho el trabajo de alguien que quisiera llevárselos.

6. La actitud y forma de proceder de Hanna Flanagan, la ex mujer de Conrad, ha sido errática desde el principio. Mostrando una antipatía desmedida con la policía y aportando nuevos detalles a su testimonio de dos mil once que no han hecho otra cosa que despistar. Su perfil psicológico sigue siendo una incógnita. Además de las numerosas faltas de concordancia que se encontraron en su primera declaración, posteriormente también se encontraron episodios de su pasado que no se corresponden

con la imagen de madre entregada a su familia y a sus hijos, sino más bien, se asemejan a un perfil con escasa empatía y tendencia a la manipulación con tal de lograr su fin. Es de vital importancia indagar todavía más en su pasado y seguir de cerca sus pasos.

7. El comportamiento de los hijos de Conrad y Hanna no invita a la colaboración. Se muestran esquivos y reacios a hablar con la policía, hecho que dificulta poder indagar más sobre cómo era su padre.

8. Luke Klein, actual pareja de Hanna, fue un gran amigo de Conrad en el pasado. Su aportación como testigo hasta el momento es puramente anecdótica, no obstante, sería interesante indagar más en su relación con Conrad, qué opina él de todo y, sobre todo, si podría aportar algo relevante a la investigación. Los detectives Rine y Hills se encargarán de indagar un poco en su pasado para ver qué encuentran.

9. Rebecca Ellis, la última amante que tuvo Conrad antes de entrar en coma, fue quien les puso sobre la pista de la casa de la playa de Salisbury. Según Christopher, que fue quien habló con ella, no parece tener nada que ocultar. Solo era alguien que se enamoró de un escritor famoso.

10. La joven doctora Jaycee Trawick parece mantener algún tipo de relación con Conrad, su paciente, algo que, aparte de inapropiado, podría resultar sospechoso. ¿Por qué iba a Conrad a necesitarla? ¿Qué podría estar haciendo ella por él? Es posible que, tal vez, tan solo esté ayudándolo a recordar, algo

que, por otra parte, significaría que Conrad ya ha estado recordando cosas, como por ejemplo la existencia de la casa de la playa de Salisbury, y quisiese recordar el resto para conocer toda la verdad antes que nadie, antes de que sea demasiado tarde. Esta teoría podría significar que, o bien presiente —sin recordarlo bien todavía— que efectivamente fue él, o bien alguien cercano a él.

11. El dibujo de uno niño con la cabeza envuelta en una cabeza de plástico hallado en las cosas de Kevin Lineheart y, posteriormente, en la mochila de Aurora, podría haberlo hecho el responsable de las muertes, en cuyo caso, sería alguien que estuvo lo suficientemente cerca tanto de uno como del otro, pero ¿quién? ¿Un profesor o profesora tal vez? ¿Y por qué ahora precisamente?

12. Que el dibujo pueda formar parte de algún tipo de aviso o amenaza por parte del autor de los crímenes, podría ser clave para encontrar al responsable.

13. En cuanto a la edad de las víctimas, todas tenían siete años en dos mil once, igual que Kevin ahora o que, en su caso, Aurora. Siete años. ¿Podría significar algo esa edad?

14. Si no fue Conrad el autor de los crímenes, ¿por qué alguien querría asesinar a esos niños? ¿Cuál sería el motivo? Sin duda, saber eso, es clave para encontrar a la persona que lo hizo.

15. En cuanto se termine de analizar la pulsera de Conrad y la novela que estaba escribiendo hasta ese momento, habrá

que trabajar a fondo en quién podría ser el autor de ese dibujo o, al menos, quién lo podría haber metido dentro de las cosas de esos chicos. También sería conveniente hablar con Luke Klein sobre su relación con Conrad y, a ser posible, con más personas del entorno de las víctimas de dos mil once y, ahora, de Kevin Lineheart. Encontrar el móvil de los crímenes es la clave.

Tras anotar los quince puntos clave de la investigación, Bill quedó completamente agotado. Su cerebro ya no era lo que era, cada vez estaba peor, y si ese caso no terminaba pronto, no sabe si podría cumplir con lo que le prometió un día a su mujer, y eso es algo que no soportaría, que convertiría su vida en un infierno hasta el último de sus días. Con un incontrolable temblor de manos, fruto del miedo a lo que estaba por venir, sacó el pequeño pastillero del bolsillo de su chaqueta y se tomó un comprimido de *aducanumab*, el medicamento que el neurólogo le había recetado para tratar de mitigar el rápido avance del tipo de *alzheimer* precoz que le habían diagnosticado hacía solo un par de meses. Según las previsiones de su médico, aun tomándose el medicamento diariamente y llevando una vida muy tranquila, en unos cuatro o cinco meses, es posible que la enfermedad ya hubiese avanzado lo suficiente como para que no recordase las cosas más básicas, como su nombre o el de su mujer, a quien había prometido precisamente hacer lo que ella siempre había deseado, contar la historia de sus vidas, escribir la novela sobre su historia de amor, sobre su vida.

Miró nuevamente el reloj y algo le dijo que Christopher no iba a

aparecer, al menos no inmediatamente. Y el tiempo, eso que con tanta frecuencia se pierde y se desperdicia, era su bien más preciado en ese momento, así que no podía perder ni un segundo más. Descolgó el teléfono y llamó a Christopher para ver por dónde estaba, y como era de esperar, no obtuvo respuesta. A continuación llamó a Rine y a Hills para que fuesen en busca de Luke Klein, quería hablar con él a solas, también les asignó la tarea de indagar todo cuanto pudiesen de su pasado.

CAPÍTULO 50

Los pies descalzos

Kurt se lo había repetido una infinidad de veces; «ve a la cabaña, cierra puertas y ventanas, apaga el teléfono móvil, y no salgas para nada hasta que venga yo a por ti el día del juicio, eso es dentro de tres días, creo que no es tan difícil, Con. No podemos cagarla ahora».

Pero sí que lo era, para alguien como Conrad era algo extremadamente difícil. Primero porque había algo en su interior que se oponía totalmente a obedecer, a no ser él quien escribiese el guion de su propia vida, y segundo porque había cosas que necesitaba resolver. Necesitaba encontrar a su hijo y hablar con él, preguntarle por las páginas que escribió sobre los asesinatos, preguntarle si fue él quien hizo ese dibujo que guardaba bajo el teclado en el que se representaba la muerte de esos niños, preguntarle qué opinaba él de su padre, preguntarle, a fin de cuentas, cómo se encontraba, cómo estaba. Ese lado humano que había despertado en él no dejaba de decirle que fuese tras Dana y Dylan, que debía protegerlos, que eran sus hijos, su auténtico legado, y no los libros, como siempre había pensado.

Pero había otro motivo más, de nuevo esa desagradable sensación que le producía Kurt Elston, esa indescriptible sensación de antipatía que le transmitía su mera presencia, su voz. ¿Por qué se empeñaba en decirle que no se moviera de la cabaña? ¿O que no hablase con nadie?

¿O que no le contase a nadie los nuevos recuerdos que fuese teniendo? Eran preguntas sin respuesta que no hacían más que inquietarlo y que empujarlo a querer saber la verdad, a querer terminar lo que había empezado en dos mil once, descubrir al verdadero responsable de las muertes de esos chicos.

Así que, esperó a que empezase a anochecer y marcó el número de teléfono de su hijo con la vaga esperanza de que aceptase la llamada, y tras unos cuantos tonos de un silencio tenso, la aceptó.

—¿Padre?

—Dylan, gracias por cogerme el teléfono, escúchame, necesito verte y que hablemos, es importante, necesito verte ahora.

El corazón de Conrad latía con más fuerza que nunca. Escuchar la voz de su hijo, a pesar del paso de los años, le había transmitido algo muy fuerte, algo que nunca antes había sentido: el amor más puro y real.

Pero Dylan no dijo ni una palabra más, tan solo dejó pasar unos pocos segundos más y después colgó.

Los ojos de Conrad se empañaron con rapidez. El gran sentimiento de amor que acababa de sentir había sido sustituido de pronto por otro de igual fuerza, pero de sentido contrario: una gran, enorme y devastadora tristeza.

No habían pasado ni cinco segundos cuando su teléfono emitió el sonido de un nuevo mensaje. Era de Dylan, y en él solo había una cosa: una ubicación.

Conrad no tardó ni treinta segundos en introducir la ubicación en

el navegador del moderno teléfono móvil que Kurt le dio el primer día y poner rumbo a la dirección que su hijo le había indicado. Afortunadamente no estaba demasiado lejos, concretamente en una zona de un bosque cercano a donde estaba su cabaña. El problema era que, al no tener ningún tipo de vehículo, tenía que recorrer la distancia a pie, en el programa GPS de su teléfono móvil marcaba un tiempo aproximado de llegada de cuarenta y cinco minutos, pero con el ánimo renovado y la ilusión de llegar por ver de nuevo a su hijo, solo tardó treinta y cinco.

Cuando llegó justo al punto que le marcaba su teléfono móvil, su cerebro sufrió una súbita y estremecedora sacudida que no supo muy bien cómo interpretar. Durante unos segundos se desorientó parcialmente, cerró los ojos y trató de tranquilizarse, de serenarse. Cuando volvió a abrirlos buscó a su hijo con la mirada, al niño de diez años que recordaba en su maltrecha memoria, pero no lo vio por ninguna parte, vio otra cosa que le hizo sentir el terror más grande de su vida.

Bajo un árbol de copa ancha y tronco voluminoso, estaba sentado el cuerpo sin vida de un niño. Tenía la cabeza envuelta en una bolsa de plástico, y los pies descalzos.

CAPÍTULO 51

¿Qué tipo de monstruo haría algo así?

Al principio se quedó completamente inmóvil, como una estatua de piedra. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Era real lo que tenía frente así? ¿Su hijo lo había citado con la muerte? ¿Por qué?

Durante unos segundos Conrad se planteó seriamente si no estaría sufriendo alucinaciones, preso de un delirio fruto de la evolución de su síndrome esquizotípico. También se le pasó por la cabeza que estuviese soñando, que aquello solo estuviese pasando en su cabeza, y no en la vida real. Pero, desgraciadamente, aquello no era ni una cosa ni la otra, aquello era lo que era, un cadáver con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico. Lo supo con certeza cuando se acercó hasta él y lo tocó con sus propias manos.

A su cabeza empezaron a llegar muchas preguntas, pero, sobre todo, muchas preocupaciones. ¿Qué se supone que debería hacer a continuación? ¿Llamar a la policía? ¿Llamar a Jaycee, tal vez? ¿O llamar a Kurt? Seguro que él sabría qué hacer.

Casi sin pensarlo, sus dedos marcaron de nuevo el número de su hijo, de Dylan, él era quien lo había llevado hasta allí mandándole esa ubicación, así que, para bien o para mal, él era quien tenía algunas respuestas.

Lo llamó unas tres o cuatro veces, pero en esta ocasión no le

aceptó la llamada. En lugar de eso, recibió un escueto mensaje de su hijo que decía simplemente: «la policía está de camino».

Al leer ese mensaje, lo primero que hizo Conrad fue volver a marcar su número, pero el móvil ni siquiera le dio tono, lo había apagado.

Sin tiempo para razonar ni tomar una decisión en frío, salió corriendo de allí con todas sus fuerzas, con la esperanza de no cruzarse con la policía por aquellos agrestes caminos. Pero cuando apenas había recorrido cien metros, un par de horribles posibilidades cruzaron por su cabeza: la primera de ellas era lo que ocurriría cuando la policía encontrase el cuerpo de ese niño. Volverían a revisar los registros GPS de su pulsera de control telemático y en esta ocasión descubrirían que sí había estado exactamente en ese lugar, lo cual sería muy difícil de defender ante el juez. La otra posibilidad era la que, a todas luces, parecía que era, su hijo Dylan era el responsable de la muerte de ese niño, y entonces, ¿qué ocurriría si la policía descubría la verdad y en lugar de él quien acababa en la cárcel era su hijo? Eso sería aún más terrible que fuese él quien terminase entre rejas, pero más terrible aun le parecía que Dylan hubiese sido capaz de hacer algo así, ¿en qué tipo de monstruo se había convertido su hijo? ¿Eso significaba que el responsable de las muertes de dos mil once también era él?

Lo que hizo a continuación fue la única solución que se le ocurrió en ese momento, por mucho que fuese una auténtica locura. Retrocedió sobres sus pasos y, con un pavor desmedido a ser visto justo en ese preciso momento, cogió el cuerpo del niño con ambos

brazos y sin fuerzas ni valor para mirarlo a la cara, emprendió una endiablada carrera hacia su cabaña. Sin cuerpo no hay delito, ¿verdad? Fue lo único que se le ocurrió a la mente del exitoso escritor.

Cuarenta y cinco minutos después, con el cuerpo completamente sudado y los pies y las piernas llenas de heridas, llegó a su cabaña con el cuerpo sin vida de un niño que no conocía.

CAPÍTULO 52

Una extraña llamada

Con un temblor generalizado que afectaba a todas las articulaciones de su cuerpo, Conrad dejó el cadáver de ese niño en el pequeño sótano de la cabaña, precisamente el mismo lugar donde se dijo que en dos mil once encerraba a las víctimas antes de acabar con ellas.

Se dio una ducha para limpiar su cuerpo y tratar de despejar su mente. Definitivamente no podía contarle aquello a nadie. Nadie en su sano juicio le ayudaría con aquello. Ni Jaycee, ni Kurt, ni nadie. Así que empezó a pensar en la manera de hacer desaparecer ese cuerpo en tiempo récord, pero entonces recibió otra llamada inesperada. Katherine Wolfe, su ex agente literaria.

—¿Katherine?

—Hola, Conrad, ¿cómo estás?

Todo estaba transcurriendo de un modo muy extraño, y muy rápido, parecía que todos los elementos que formaban parte de ese tormentoso momento de su vida, estaban confluyendo hacia un horrible final.

—He estado mejor. Creí que no querías volver a hablar conmigo.

Ahora fue Katherine quien hizo una estudiada pausa. Ella fue una de las primeras personas a las que Conrad llamó cuando despertó del coma, y fue muy tajante cuando le dijo que no quería volver a saber

nada de él.

—Sí, eso fue lo que te dije, pero te pido disculpas por mis formas y por cómo te traté, reconozco que me equivoqué, no debería haberte hablado así, menos después de despertarte de un coma de siete años, y encima con amnesia.

—Bueno, disculpas aceptadas, y ahora, si no te importa, Kathy, tengo bastante trabajo por delante, buenas noches.

—No, Con, no cuelgues por favor, escucha lo que tengo que decir, es importante.

Conrad dudó un instante en si escuchar a Katherine o no. ¿Qué podría querer ahora cuando unas semanas antes lo repudió y le dijo expresamente que era un cadáver literario?

—Tienes treinta segundos para decir lo que quieras, después colgaré.

—Creo que puedo hacer que vuelvas a lo más alto. Creo que la novela que estabas escribiendo en dos mil once es lo mejor que has hecho nunca, qué demonios, lo mejor que nadie ha hecho nunca. Y creo que coincidirás conmigo en que, si hay alguien en hacer volar a un autor de la nada, esa soy yo.

Las palabras de Katherine sonaron tan sumamente convincentes que Conrad no pudo evitar volver a sentir ese cosquilleo que precede al éxito, que precede a la posibilidad de hacer algo increíble. De pronto, un nuevo aluvión de recuerdos volvió a su cabeza. El dolor en las sienes y en el lado izquierdo de su cabeza lo dejó paralizado durante un par de segundos. Recordó todos y cada uno de los

momentos al lado de Katherine. Cómo se conocieron. Cómo empezó su ascenso. Cómo se fue deteriorando su relación con el paso de los años y cómo rompieron el contrato que los unía. Pero también recordó algo más. Algo que ocurrió entre ellos en dos mil once, poco tiempo antes de que el inspector Christopher le disparara en la cabeza.

—¿Con? ¿Sigues ahí? —preguntó Katherine ante la ausencia de respuesta de Conrad.

—Sí, sigo aquí.

—¿Y bien? ¿Te gustaría que hablásemos o no?

—Está bien, pero te adelanto que no dispongo de mucho tiempo.

—¿Qué te parece ahora? Puedo acercarme hasta donde tú estés.

—¿Ahora? —Conrad pensó en el cadáver que tenía en el sótano de la cabaña. ¿Era buena idea dejar que entrase allí esa mujer? ¿Dejarla entrar de nuevo en su vida?

No lo era. Pero, aun así, ese cosquilleo que le había metido en el cuerpo…

—Está bien. Estoy en mi cabaña del lago Walden, aunque te advierto que no está para muchos trotes.

—Sabré adaptarme. Enseguida te veo, Con.

En cuanto Conrad colgó el teléfono, presintió que no debería haber aceptado que fuese esa mujer hasta su casa, en su día llegó a la conclusión de que no la quería en su vida, de que no era buena para él. Por eso rompió su relación con ella. Pero ahora la dejaba entrar otra vez, y como ya ocurrió en dos mil once, tal y como acababa de recordar, lo había hecho por dos simples y llanas razones: le era

imposible renunciar a sus dos grandes pasiones, las mujeres y la popularidad del éxito.

CAPÍTULO 53

Traicionado y herido

Christopher llevaba todo el día tratando de dar con Katherine, pero no había logrado contactar con ella. Algo no iba bien. La había llamado, y ella le había dado varias excusas un poco sospechosas aludiendo a su apretada agenda de negocios. Su radio interior, cada vez más afinada, le decía que algo no iba bien. El día de antes parecían estar viviendo en el más grande de los idilios, y en cambio ahora, parecían estar orbitando en galaxias diferentes. Él detrás de ella, como un cometa espacial, ella rehuyéndolo como si él se tratase de una peligrosa enfermedad.

Christopher, viendo que Katherine no tenía intención de quedar con él ese día, le había dicho claramente que necesitaba el material que se había llevado de la casa de Conrad, es decir, el portátil y el manuscrito, pero ella no solo le había dicho que se encontraba fuera de la ciudad y que no se lo iba a poder dar, sino que, si seguía insistiéndole y presionándola, a lo mejor todo el mundo se enteraba de cómo y quién había conseguido recabar dichas pruebas, algo que, no solo acabaría con su carrera como inspector, sino que invalidarían dichas pruebas para el juicio.

Las palabras de Katherine habían dejado a Christopher herido de muerte. Pero no en el plano físico, sino en el emocional. Mientras leía y releía los mensajes que Katherine le había enviado, se le escaparon

—sin su permiso— unas cuantas lágrimas, algo que no recordaba cuándo era la última vez que había ocurrido.

Se sentía más traicionado y abandonado que nunca, de pronto se vio a sí mismo como un juguete roto e inservible. Pensó en todas y cada una de las personas que habían estado cerca de él y que ahora ya no estaban, ¿por qué nadie se quedaba a su lado? ¿Qué tipo de problema había en él?

La única que permanecía a su lado era su hermana y sus sobrinas, precisamente las personas a las que menos tiempo les dedicaba. ¿Era eso lo que le pasaba, que no cuidaba a las personas que se acercaban a él?

Con la mirada empañada, y rechazando las llamadas y mensajes de Bill Lowell por pura vergüenza, se refugió en aquello que siempre estaba ahí, disponible y con los brazos bien abiertos: la bebida.

A una hora indeterminada de la noche, y a punto de perder la consciencia, recibió una nueva llamada de alguien que no esperaba, una llamada que lo terminó de mandar al mundo de los sueños ebrios. Era Rebecca Ellis, la ex amante de Conrad que había ido a visitar a Worcester unos días antes, la misma que pintaba cuadros inacabados en los que, de un modo u otro, siempre representaban algún tipo de tormenta.

—¿Inspector Ran? —preguntó Rebecca cuando Christopher aceptó la llamada entrante.

—Sí, ¿con quién hablo? —respondió Christopher con una voz gangosa.

—Soy Rebecca Ellis, estuvimos hablando el otro día, ¿lo recuerda?

—Sí, qué pasa.

—Dijo que si recordaba algo importante se lo contase, y bueno, hay algo de lo que no le hablé y que a lo mejor podría ser importante.

A Christopher, que en ese momento solo pensaba en seguir bebiendo hasta el fin de los días, se le aclaró mínimamente la cabeza.

—Cuénteme.

—¿Recuerda que le conté que Conrad me pedía prácticas sexuales poco habituales?

—Sí.

—Pues entre ellas me pidió, poco antes de todo lo que ocurrió en dos mil once, que…

Rebecca hizo una pausa para tratar de coger el impulso que necesitaba para decir lo que tenía que decir.

—¿El qué? ¿Qué fue lo que le pidió?

—Me pidió que hiciésemos un trío.

—¿Un trío? ¿Cómo que un trío? —Christopher se sintió como un trasto viejo al oírse decir lo que acababa de decir, como si aquello perteneciese a otra época en la historia de la humanidad.

—Sí, un día me propuso practicar sexo con otra mujer, ya sabe, hacer un trío.

—Sí, sí, ya sé —dijo Christopher esforzándose por recuperar la compostura—, ¿y quién era esa mujer?

—Eso es lo más inquietante y extraño de todo. Esa mujer era

alguien a quien Conrad había expulsado de su vida un tiempo antes, pero por alguna razón la volvió a dejar entrar, tal vez por el sexo sin condiciones que ella le ofrecía. Esa mujer era su ex agente literaria, Katherine Wolfe, y aunque no lo dijo, estaba completamente desesperada por recuperar su relación profesional con Conrad, esa mujer estaba completamente loca por Conrad.

Christopher se quedó pensando unos cuantos segundos, lo que le faltaba, Katherine manteniendo un trío con Conrad y Rebecca antes de los disparos de dos mil once, la misma mujer que, tras haberse quedado con las pruebas que él mismo se había llevado de la casa de Salisbury, ahora le estaba dando largas. Y entonces, una posibilidad se cruzó por su mente, ¿podría ser que Katherine le hubiese estado mintiendo todo este tiempo? ¿Podría ser que Katherine, con esa forma que ella tenía de volcarse con los autores, hubiese estado ayudando a Conrad a cometer los crímenes de dos mil once y ahora se había aprovechado de él para deshacerse de las únicas pruebas que todavía existían? Por supuesto que todo eso era una posibilidad, una que no le gustaba nada.

—Gracias por todo, Rebecca, creo que lo que acaba de contarme será de gran utilidad, si recuerda algo más, no dude en volver a llamarme, sea la hora que sea.

—Por supuesto, inspector Ran, cuídese.

En cuanto colgó el teléfono, olvidando por completo el estado de ebriedad en el que se encontraba, Christopher se subió a su viejo Dodge y puso rumbo al lugar donde Katherine, «la traidora», podría estar, en la cabaña de Conrad, urdiendo un nuevo plan para salirse

otra vez con la suya. Pero en los planes de Christopher no entraba, como era obvio, quedarse dormido al volante debido a la gran cantidad de alcohol que había bebido en las horas previas.

CAPÍTULO 54

Dos días para el juicio

Bill no había pegado ojo en toda la noche, solo faltaban dos días para el juicio, y el día anterior no había parado de ir en busca de nuevas pruebas, de nuevos testimonios que arrojaran un poco de luz en lo que pasó en dos mil once. Tenía la sensación de que su cerebro se estaba deteriorando a pasos agigantados, de que la fina cuerda que lo mantenía unido a sus recuerdos, a su memoria, y a todo cuanto era y había sido en esta vida, estaba a punto de romperse.

Al primero a quien fue a buscar fue a Luke Klein, pero no hubo forma de encontrarlo, era como si se lo hubiese tragado la tierra. Ni en los bares que, según habían podido saber, solía frecuentar cuando necesitaba pensar, ni en los cines a los que solía ir, ni en sus librerías preferidas. En casa tampoco estaba, la propia Hanna les había dicho que habían discutido y que no tenía ni idea de dónde podría encontrarse. Como era normal en ella ——al borde del histerismo—— había querido saber por qué lo buscaban, pero ni Bill ni la pareja de detectives le habían respondido, hecho que había contribuido a que el estado anímico de Hanna todavía se alterase más.

De forma paralela, habían tratado de hablar una vez más con posibles testigos que pudieran haber visto y oído algo en dos mil once. El día que habían estado hablando con Dylan y con Dana, ante la impertinente presencia de Hanna, a Bill se le había antojado que la

pequeña de la familia ocultaba algo, o que al menos había algo que no se había atrevido a contar. Hablar de nuevo con ella, estando su madre delante, hubiese sido una utopía, así que la mejor opción pasaba por hablar con el entorno cercano de aquellos chicos de dos mil once, lo cual incluía el entorno de Dana, dado que tenía la misma edad que las víctimas de dos mil once. Y lo que descubrieron tras haber hablado con una antigua compañera suya, y ya a altas horas de la noche, fue que aquellos chicos podrían haber estado molestando a otros chicos y chicas de la clase, entre ellos, a Dana, fuesen lo que se dice unos abusones. Esa chica también dijo explícitamente que a ella también la habían estado molestando, hasta que un día, Dana la intentó proteger y entonces también la empezaron a molestar a ella. Pero aparte de eso, no podía contar mucho más porque no había mucho más, ni eran los únicos chicos del colegio que se dedicaban a atemorizar a otros ni tampoco conocía algo más sobre ellos que pudiese ser remarcable.

Esa revelación, en los términos en los que se movía el cerebro investigador de Bill, lo cambiaba todo. Aquello hacía que Conrad, aparte de lo que hubiese podido escribir en la novela de dos mil once que Christopher todavía no había entregado como prueba, pudiese tener también otros motivos para asesinar a esos chicos; vengarse de lo que le habían hecho a su hija. Pero, dicha hipótesis hacía que entrase en juego otra posibilidad, una que volvía de nuevo a una de las personas que más problemas le había causado desde el principio y de quien siempre había sospechado algo raro: Hanna Flanagan. La misma que, no solo fue quien dio el aviso a la policía en dos mil once,

concretamente al inspector Christopher Ran, de que había visto cosas sospechosas en su por entonces todavía marido Cornad Jones, sino que había ido variando su discurso y su testimonio con el paso de los días. Había entorpecido la investigación con su forma de comportarse y de proceder desde el principio, y, nuevamente, había estado intentando que fuese el inspector Christopher Ran quien hablase con ella y con sus hijos, ¿tal vez para poderlo manipular a su antojo y que nuevamente se encargase de ir a por Conrad? ¿Sería posible que, al enterarse de lo que aquellos chicos le estaban haciendo a su hija en dos mil once, hubiese decidido darles un escarmiento y después incriminar a un marido que no había hecho otra cosa que engañarla con otras mujeres de forma continuada? Por supuesto que lo era, y más si se tenía en cuenta lo que habían averiguado de ella, concretamente de su pasado. Las cosas que había sido capaz de hacer para salirse con la suya, su ausencia de empatía y su sangre fría. Su falta de remordimientos y de ética.

Con esa nueva hipótesis bajo el brazo, y ya sin la esperanza de que Christopher diese señales de vida por enésima vez, lo primero que hizo Bill antes de salir de casa fue llamar al jefe Grayson y ponerle al corriente de todo lo que había acontecido durante los últimos días. Incluyendo lo que había hecho Christopher, su allanamiento de morada, la ocultación de pruebas o una posible relación directa suya con Hanna Flanagan, quien a partir de ese momento pasaba a ser una de las principales sospechosas. El jefe Grayson, siendo consciente de la gravedad de los actos que Christopher había cometido, y teniendo en cuenta lo que podrían suponer para el transcurso de la investigación y

del juicio, decidió arrancar el problema de raíz y tomar una decisión que, aunque le dolía, era la única que se podía tomar después de tener conocimiento de algo así. Decidió apartar del caso a Christopher de forma inmediata y emitió una orden de búsqueda para que se presentase en comisaría con máxima premura para prestar declaración y hacer entrega de su placa y su pistola, a partir de ese momento, aunque no hubiesen podido notificárselo en persona todavía, estaba suspendido de empleo y sueldo.

Tras las contundentes órdenes de Grayson, las cuales, todo hay que decirlo, dejaron un regusto amargo e impregnado de tristeza en Bill, puso rumbo al domicilio de Hanna Flanagan para hablar nuevamente con ella y, a ser posible, con su hija, pero cuando estaba a medio camino, recibió una llamada del detective Rine. Acababan de encontrar a Luke, y no precisamente en muy buen estado.

——¿Dónde? ——preguntó Bill.

——Tirado en un sendero del bosque Adams, muy cerca del lago Walden. Lo ha encontrado un cazador. Por la postura en la que estaba tumbado se ha pensado que estaba muerto, por eso ha llamado a la policía.

——¿Y en qué estado se encuentra ahora? ¿Cree que puede mantener una conversación?

Rine tardó un par de segundos en responder, el tiempo que empleó en tantear a Luke, que al parecer se encontraba allí con él.

——Es posible que sí, aunque no sabría decir hasta qué punto es fiable en estos momentos.

——De acuerdo, Rine, buen trabajo, llévalo a comisaría y haz que se beba un par de cafés bien calientes sin nada de azúcar, voy para allá.

Bill dio un volantazo y puso rumbo a la comisaría. Luke era otra de las personas en las que había puesto el foco durante el último análisis de la situación que había hecho. No solo había sido amigo de Conrad en el pasado, sino que "había ocupado su lugar" cuando este fue abatido de un disparo. Por otra parte, siempre había querido ser escritor, así que tenía motivos para sentir cierta envidia hacia Conrad. En cualquier caso, hablar con él, y más en el estado en el que se encontraba, es posible que, más que un problema, fuese una ventaja. Suele decirse que solo los niños y los borrachos dicen la verdad, y Luke estaba tremendamente borracho.

Cuando llegó a la comisaría se dirigió directamente a la sala de interrogatorio donde Rine y Hills habían llevado a Luke. Le habían echado una manta por encima y entre las manos sujetaba una taza humeante. Bill aplaudió internamente el buen hacer del par de detectives que tenía como ayudantes. Lejos de lo que mucha gente decía y pensaba de ellos, para él realizaban su trabajo de un modo intachable.

——Buen trabajo, chicos, ¿ha dicho algo? ——preguntó Bill mientras trataba de ir avanzando algo observando a través del cristal de visión unilateral lo que transmitía la postura y la expresión de Luke.

——No mucho, solo que no tenemos por qué retenerlo aquí, que va contra sus derechos, que él no había hecho nada, y que toda la

culpa la tiene la zorra de su mujer.

Bill arqueó la ceja derecha al escuchar aquello.

——¿Eso ha dicho?

——A lo mejor no con esas palabras exactas, pero más o menos.

Bill asintió y, tras coger aire, abrió la puerta de la sala de interrogatorios donde aguardaba Luke, pero justo antes de entrar, se detuvo en seco junto al umbral de la puerta, como si se hubiese quedado paralizado. Era la primera vez que le pasaba, y era algo que su neurólogo ya le había dicho que le podía pasar: durante unos segundos se desorientó de tal manera que no supo ni qué hacía allí, ni quién era él, ni mucho menos la identidad de la persona que aguardaba sentada a tan solo un par de metros de él. Afortunadamente, ese terrorífico lapsus solo duró unos pocos segundos, lo suficiente para que nadie se diese cuenta. Definitivamente, la enfermedad había dado otro paso hacia delante y lo estaba empujando con fuerza hacia el vacío.

Trató de apartar los malos pensamientos de su cabeza y se sentó frente a Luke dispuesto a exprimir al máximo a ese hombre.

——Por lo que veo, no ha pasado muy buena noche. Dormir al raso en el bosque Adams hasta arriba de Whisky no es precisamente como dormir en un hotel de cinco estrellas.

——No me gusta el Whisky, soy más de Bourbon ——respondió Luke con cierta soberbia.

——Como quiera, señor Klein, si le soy sincero, me trae sin cuidado lo que beba o deje de beber. Mire, iré al grano, quedan menos

de dos días para que se celebre el juicio a Conrad Jones por las muertes de dos mil once, como imaginará, tenemos algo de prisa por saber qué ocurrió exactamente hace siete años. Ni que decir tiene que, si fue realmente Conrad, y no encontramos nada contra él, dudo mucho que se le pueda volver a enjuiciar por la misma causa, así que, quedará libre para siempre. Esto no sería un gran problema en el supuesto caso que él no fuese el verdadero culpable, el problema sería que, ante la falta de pruebas, y con el único sospechoso dado por inocente, podría ser que al juez le diese por cerrar el caso. Podría ser que el auténtico culpable quedase libre de toda culpa. Y eso, ya sea Conrad o quien fuese, es algo que no nos podemos permitir. La persona que hizo algo así, debe pagar.

Luke apenas parpadeó mientras Bill pronunció su discurso.

——¿Y qué se supone que puedo hacer yo por usted?

——Quiero que me cuente todo lo que sepa sobre Conrad y Hanna, quiero que repare en los pequeños detalles, y quiero que me diga si alguna vez vio usted algo sospechoso en Conrad o en Hanna. Pero, sobre todo, quiero que sea sincero conmigo. Es ahora o nunca, señor Klein. Es el momento de decir la verdad.

Durante los veinte o treinta segundos que tardó en responder, en el interior de Luke se libró una batalla titánica. Su “yo” más auténtico luchaba por contar de una vez todo lo que sentía, todo lo que sabía, en cambio, su “yo” público, luchaba por mantener las cosas como estaban, por seguir siendo la mentira en la que llevaba trabajando toda la vida: la persona que deseaba que los demás viesen cuando lo mirasen.

Tal vez debido a la gran cantidad de alcohol que había estado bebiendo, o tal vez debido a que ya no podía soportar ni un minuto más el peso de la propia mentira que recaía sobre él, Luke Klein decidió por primera vez en mucho tiempo sincerarse ante alguien, al menos en parte, ese alguien fue el inspector Bill Lowell.

——No sabría decir con exactitud cuándo empezó todo, lo que sí sabría decir es que, muchos de mis problemas empezaron cuando la conocí.

——¿Se refiere a su mujer, a Hanna Flanagan?

Luke asintió.

——Sí, a Hanna Flanagan.

——Cuénteme, señor Klein, ¿por qué piensa eso? Hasta hace bien poco, todo el mundo a su alrededor pensaba que eran ustedes una pareja modélica, una de las que ya no quedan, una de las que se aman.

Luke soltó una sonrisa sarcástica desde lo más profundo de su ser.

——Hanna no ha querido nunca a nadie que no sea ella misma, bueno, miento, puede que a su hijo y a su hija un poco sí, pero ni por asomo como se quiere a ella.

——¿Y a Conrad? ¿A él tampoco?

Luke se encogió de hombros antes de responder.

——Por Conrad sentía admiración, hubo un tiempo que incluso devoción, le hacía sentir bien que una persona con su fama y éxito quisiese estar con ella, era cuestión de ego, más que de amor.

Bill escribió un par de escuetas anotaciones en su bloc de notas, lo suficiente para no olvidar lo más importante de lo que Luke le estaba

contando. Aquella afición suya por apuntar todo cuanto veía y oía había aumentado de forma exponencial con la irrupción del Alzheimer.

——¿Y por usted? ¿Cree que ella nunca le quiso?

Luke negó con la cabeza antes de responder.

——Por supuesto que no, ya le he dicho que muchos de mis problemas empezaron cuando la conocí, precisamente porque me enamoré perdidamente de esa mujer desde el preciso momento en el que la vi. Al principio pensé que ella también sentía algo por mí, pero pronto descubrí que ese algo solo era un interés velado por acercarse a Conrad, el objeto que de verdad codiciaba. Ella sabía que Conrad y yo éramos amigos, así que me utilizó para acercarse a él de forma inocente, casi accidental. Y luego ella solita hizo el resto. Siempre ha tenido mucha facilidad para despertar el deseo en los hombres, y en aquella época, además, Conrad estaba atravesando un momento muy delicado, acababa de perder a sus padres y a su hermana en un accidente de tráfico y llevaba camino de hundirse en una depresión muy profunda. Hanna se acercó a él y le ofreció una salida, le ofreció un futuro.

——Entonces podría decirse que Conrad sí estuvo enamorado de ella, ¿no es así?

——Sí, podría decirse que sí. Ya le he dicho que es una mujer muy seductora, muy persuasiva, y algunos hombres tendemos a enamorarnos de quien nos ofrece todo aquello cuanto anhelamos, de cuanto soñamos, y a Hanna se le daba muy representar muy bien esa figura, la de la mujer ideal.

——¿Y cómo se tomó usted que ellos dos empezaran una relación? Imagino que no le debió sentar muy bien ——dijo Bill tratando de empujar a Luke hacia lo que quería escuchar: toda la verdad, esa que no se le cuenta a nadie.

——¿Cómo cree usted que me lo tomé? Horriblemente mal. Por aquel entonces Conrad y yo hacía tiempo que no éramos los amigos que fuimos, y he de decir que, en gran parte, era por mi envidia hacia él. Sí, me avergüenza profundamente confesarlo, pero nunca pude soportar el repentino éxito que tuvo y la soberbia con la que alardeaba de ello. ¿Sabía que yo fui quien le corrigió los primeros textos? ¿Que fui yo quien le orientó para crear su método de escritura? ¿Sabía que yo fui quien le animó a escribir y a tomar algunas de las decisiones más importantes de aquella primera novela que lo encumbró? ¿Sabía que yo era la única persona que lo animaba a terminar lo que empezaba? ¿Y sabía que jamás me agradeció nada de aquello? ¿Que ni siquiera lo mencionó en alguno de los cientos de medios que lo entrevistaron? Eso duele, ¿sabe? Y también puedo decir que escuece mucho.

Bill escuchaba como si de un psicólogo se tratara. El hombre que tenía delante le estaba abriendo su corazón a alguien por primera vez en su vida, y ese alguien era él. Algo en su interior le dijo que tal vez, aquella podría ser una de las últimas vivencias que tendría el placer de experimentar en plenas facultades, pensar en eso le emocionó y le entristeció a partes iguales.

——Puedo imaginar lo duro que resultó aquello para usted.

——No sé si puede, pero de alguna extraña forma, siempre que yo

estaba a punto de centrar mi carrera, de encontrar la inspiración y la paz necesaria para hacer una obra literaria que fuese digna, Conrad publicaba algo nuevo y obtenía un rotundo éxito que, sin saber muy bien cómo, me descentraba. Me quitaba la motivación y mi inspiración desaparecía. Y lo peor de todo era que no tenía la valentía necesaria para confesarle ni a él ni a nadie cómo me sentía, no tenía la fuerza suficiente para alejarme de él y de su vida. Era como una pesadilla de la que nunca despertaba, le juro que lo intenté muchas veces, pero siempre había una noticia en un periódico, un comentario en la facultad, una conversación de pasillo, siempre había algo, por pequeño que fuese, que me recordaba la figura de Conrad y me sacaba nuevamente de mis propósitos, de mi vida. Todo empeoró, como ya ha visto, cuando le presenté a Hanna y empezaron una relación. Luego tuvieron un hijo y una hija y se esforzaron por que yo estuviese siempre ahí, en cada cumpleaños, en cada celebración. Era una tortura que no tenía fin.

Sin previo aviso, Luke rompió a llorar como nunca pensó que lo haría. Permaneció así durante unos cuantos segundos, cuando se hubo sosegado un poco, se disculpó y miró a Bill con abatimiento.

——Siéntese libre de expresar todo cuanto sienta o piense, señor Klein, no he venido aquí a juzgar a nadie, y no tiene que disculparse, yo solo quiero atrapar a un culpable.

Luke asintió mientras se enjuagaba las lágrimas.

——Intenté aguantar un tiempo así, y al final conseguí distanciarme lo suficiente de Conrad para poder vivir sin sufrir su presencia constante, aproveché una tonta discusión que me sirvió de

excusa para tomar distancia. Aunque tampoco lo conseguí del todo. A veces me daba por ir hasta el colegio de sus hijos y aguardaba cerca de la puerta para poder verlos salir, para poder ver a Hanna recogerlos. A veces me imaginaba que aquellos eran mis propios hijos y que Hanna era mi mujer, y que el hombre que estaría esperándolos en casa era yo, en lugar de Conrad… Dios, debo de estar pareciéndole un psicópata, ¿no?

——No, en absoluto, solo alguien que… no ha encontrado la felicidad allí donde la ha buscado, nada más.

Luke asintió y suspiró. Algo en su interior estaba vaciándose; esa rabia y esa envidia que llevaban años carcomiéndolo por dentro.

——Y cuénteme, señor Klein, ¿qué ocurrió tras los sucesos de dos mil once?

Luke miró al infinito y una sonrisa sincera colmó su rostro.

——Tras las muertes de esos chicos y la posterior inculpación de Conrad, Hanna y los chicos estaban destrozados, y no le miento si le confieso que una parte de mí se alegró. Disfruté viendo cómo la persona que representaba mi fracaso era condenada por los actos más horribles que se recordaban por estos lugares, aunque, otra parte de mí, no era así como le hubiese gustado que sucediese, de esta forma, lo que me hubiese gustado es que se hubiese hundido por su propio fracaso, o yo haber ascendido por mis propios méritos, pero no me acababa de convencer que acabase fuera de juego de esa forma. El caso es que, lo crea o no, Hanna y los dos pequeños sí me preocuparon realmente, cómo se estarían sintiendo, lo que estarían sufriendo, así que les ofrecí mi ayuda y… ——A Luke se le volvió a dibujar una

bonita sonrisa en la cara——, ahí fue cuando empezaron los meses más felices de mi vida, curiosamente, coincidiendo con el peor momento de Hanna y de los chicos.

——Imagino que, con el paso del tiempo, la relación entre usted y la señora Flanagan fue perdiendo intensidad.

——Exactamente, a medida que ella se recuperaba anímicamente, el interés por mí iba decayendo. Lo más triste de todo era que siempre tuve la sensación de que para esa familia yo era algo así como un empleado del hogar. Me hacía cargo de casi todas las tareas de la casa, ayudaba a Dana y a Dylan con los deberes del colegio, me encargaba de tener en orden las facturas, de que no faltase comida en la nevera, de que la ropa estuviese limpia, de llevarlos y recogerlos de sus actividades extraescolares. De todas esas cosas que aparentemente no se ven o no cuentan para el currículum de la vida, que solo se hacen. Y Hanna, a cambio, muy de vez en cuando, me regalaba una noche romántica en la que, sin saber muy bien cómo, acababa convenciéndome de que, con el paso de los años, me acabaría queriendo a tiempo completo, y no a ratos sueltos.

Luke abrazó de nuevo la taza de café y sorbió un poco. A cada minuto que pasaba se mostraba más tranquilo.

——Agradezco mucho que esté usted reparando en todos los detalles, señor Klein, pero necesito saber si vio usted algo sospechoso, tanto entonces como ahora. Ya que está siendo sincero conmigo, lo seré yo también con usted. Tenemos motivos para pensar que Hanna Flanagan podría estar ocultándonos cosas, cosas importantes. Incluso, quién sabe, motivos para pensar que podría haber tenido algo que ver

en las muertes de esos chicos.

Luke alzó una mirada llena de pavor, luego volvió a centrarse en la taza de café, a continuación, volvió a mirar al inspector Bill Lowell a los ojos.

—Si le soy sincero, creo que tanto Hanna como Conrad son capaces de lo mejor y de lo peor. Son dos de esas personas que poseen una fuerza tan arrolladora que podrían llevarse por delante a quien fuese y como fuese. Una parte de mí siempre se resistió a pensar que Conrad hubiese sido capaz de hacer algo así, y otra parte, en cambio, siempre me dijo que había algo en la forma de comportarse de Hanna y de sus hijos que no era del todo normal, pero, ¿puede alguien ser normal después de vivir algo tan traumático como eso?

El corazón de Bill empezó a latir con fuerza, su cerebro, en cambio, pareció estar a punto de sufrir un nuevo lapsus. Sin pedir permiso se sacó un cigarro del bolsillo de su chaqueta y se lo encendió allí mismo. Aquello era otro hábito que hacía años que había dejado y que había recuperado tras ser diagnosticado de Alzheimer precoz. De algún modo, fumar lo relajaba y hacía que su cerebro se centrase de nuevo y no se distanciase aún más de él.

—¿Qué es exactamente lo que vio en Hanna y sus hijos que calificaría como «no normal»?

—Había varias cosas. Por una parte, a Dana y a Dylan los escuchaba a veces hablar en silencio de algo que le había pasado a Dana y que podría estar relacionado con los chicos que murieron en dos mil once. Cuando me veían cerca se callaban de golpe y cambiaban de tema. Le intenté sacar ese tema a Hanna en varias

ocasiones, pero siempre se las arreglaba para cambiar de tema y no hablarlo, era como si supiese a qué me refería, pero quería hacer como que no existía. Por otra parte, Dana empezó a tener terrores nocturnos. Se despertaba en mitad de la noche gritando y llorando, a veces decía que había visto a una figura observarla en la oscuridad, algo que, como puede imaginarse, pensamos que era fruto de su imaginación, algo que formaba parte de la propia pesadilla. Aún así, un día que me había quedado a escribir por la noche, escuché a Dana despertarse de unos de sus terrores nocturnos. Cuando salí de mi estudio para ver cómo estaba pude ver esa figura que decía ver a veces en la oscuridad: su hermano Dylan. Al parecer, a veces se ocultaba en el interior de la propia habitación o en el umbral de la puerta, se quedaba allí observándola, supongo que, con afán de protegerla, de velar por ella. Vi que repetía la operación en otras ocasiones, pero nunca me atreví a decirle nada, ni a él ni a Hanna. Él era y sigue siendo un chico muy reservado, y Hanna no se hubiera tomado a bien que le hiciese una revelación de ese tipo. Ella estaba convencida de que lo sabía todo de sus hijos, incluso lo que sentían o pensaban, así que decidí no entrometerme. No obstante, siempre pensé que, a lo mejor, Dylan se sentía de algún modo responsable de Dana y la quería proteger en silencio, velaba por ella cuando nadie más lo hacía. Pero nunca supe el porqué de esa obsesión.

El cerebro de Bill empezó a atar cabos, la historia de la que habían tenido conocimiento la noche anterior, esa que les contó la antigua compañera de Dana sobre un posible acoso escolar por parte de los chicos de dos mil once a ella, era perfectamente compatible con

lo que acababa de contarle Luke. Podría ser que en dos mil once, tras haber estado sufriendo alguna forma de acoso por parte de aquellos chicos, Dana le contase a su hermano Dylan y a sus padres lo que le estaba pasando. Luego, uno de sus progenitores, decidió tomarse la justicia por su cuenta y asesinó a esos chicos. Y Dylan, por su parte, sintiéndose culpable por lo que había pasado, decidió proteger a su hermana desde las sombras. ¿Podría ser? Desde luego que sí, ahora la cuestión era, ¿fue Conrad o fue Hanna? ¿Y quién mató al pequeño Kevin hace menos de una semana siguiendo el mismo *modus operandi*?

——Ya estamos terminando, señor Klein, su información está siendo muy valiosa para nosotros, solo una cosa más, ¿ha visto este dibujo en alguna ocasión? ——dijo Bill mostrándole el dibujo que le habían dejado en la mochila a Kevin Lineheart y, posteriormente, también a Aurora, la sobrina de Christopher. No es que fuese una prueba irrefutable, pero sí podría arrojar algo más de luz en el caso.

Los ojos de Luke se abrieron de par en par nada más ver el dibujo que le mostró Bill.

——Hacía tiempo que no lo veía, pero cuando me trasladé a casa de Hanna, durante un tiempo lo vi en multitud de ocasiones.

——¿Sí? ¿Y quién los hacía?

——Dylan, dibujaba eso una y otra vez, pero después dejó de hacerlo y tampoco comenté nada de eso con Hanna, siempre pensé que formaba parte del trauma de lo que había pasado. ¿Por qué lo pregunta?

——Porque hemos encontrado uno igual entre las cosas del chico

que apareció muerto hace una semana. Y porque podría ser que esa persona, también fuese el responsable de los crímenes de dos mil once.

Luke se quedó completamente blanco.

——¿Piensa que podría ser Dylan? ¿Que fue él?

——Eso es algo que vamos a averiguar muy pronto, señor Klein, muchas gracias por todo. De momento usted solo permanezca localizable y si ve a Hanna o a alguno de sus hijos, le ruego que actúe con total normalidad y, por supuesto, no le cuente nada de lo que hemos hablado ahora. Ya falta poco para que todo esto termine, señor Klein, para que todos podamos recuperar nuestra vida.

Luke asintió y vio como el inspector Bill Lowell cerraba la carpeta que tenía encima de la mesa y salía de aquel cuarto con determinación.

En la mente de Bill se estaban sucediendo muchas posibilidades, quedaban menos de dos días para el juicio, y podía pasar cualquier cosa. El testimonio de Luke podía valer para interrogar a Dylan por los dibujos, pero eso tampoco era prueba suficiente, y estando en presencia de su madre, dudaba mucho que fuese a derrumbarse y a contar todo cuanto sabía. Así que, la mejor opción que se le ocurrió en ese momento fue vigilar de muy cerca a Dylan y a Dana y, cómo no, volver a hablar muy seriamente con Hanna, puede que no tuviesen pruebas materiales suficientes para acusarlos, pero sí para al menos estrechar el cerco sobre ellos, atemorizarlos y hacerles creer que tenían más de lo que decían.

CAPÍTULO 55

Hola, papá

El día anterior había sido muy extraño, pero, sobre todo, muy intenso. El cerebro de Conrad estaba a punto de despertar por completo, de recordar todo cuanto ocurrió en dos mil once. Podía sentir cómo la burbuja bajo la que se ocultaban todos sus recuerdos, era tan sumamente fina que estaba a punto de romperse y dejar libre a toda su memoria.

Tras recibir el mensaje de su hijo e ir hasta la ubicación del bosque que le había mandado, encontró el cuerpo sin vida de ese chico, después se lo llevó a su casa todo lo rápido que pudo y lo escondió en el sótano. Pero los acontecimientos no dejaron de producirse. A las continuas llamadas de Jaycee para ver cómo estaba y, sobre todo, cómo y cuándo se deshacían del saco de pruebas que guardaba en su coche, y de Kurt Elston para repetirle una y otra vez que no hiciese ni dijese nada, se sumó la auto invitación de su ex agente, de Katherine Wolfe, y cuando llegó hasta su casa apenas le bastaron un par de minutos para, nuevamente, volverlo a seducir. Su problema con las mujeres, al igual que sus problemas con el exceso de ego, no iban a desaparecer nunca. Eran como una maldición que lo acompañarían hasta el final de sus días.

Estar con Katherine le recordó todo lo que habían pasado juntos, por qué discutieron, y cómo volvieron a estar juntos en la cama en dos

mil once, esta vez, con la presencia añadida de otra mujer, Rebecca Ellis.

La idea de Katherine era, en primer lugar, ayudarlo a demostrar que él no había hecho nada y, en segundo lugar, terminar de dar forma a esa novela que estaba escribiendo en dos mil once y que, según ella, era lo mejor que había leído en su vida.

A Conrad le extrañó ese cambio de actitud en Katherine, quizá porque vio en el manuscrito que todo parecía indicar que él no era el responsable de aquellas muertes, así que, ¿por qué no volver a replantearse una relación profesional? Cuando él le preguntó cómo había podido tener acceso al manuscrito de la novela que estaba escribiendo en dos mil once, ella le contó la verdad, que el inspector Christopher Ran había entrado en su casa de Salisbury y se había llevado con él su portátil, además de algunas páginas de un manuscrito y fotos de las anotaciones que tenía en la pared. Tras escuchar aquello, la rabia se apoderó de Conrad durante unos instantes. Que alguien hubiese profanado su templo en su ausencia y hubiese leído una novela suya que todavía no estaba terminada, era algo que no podía soportar. La propia Katherine sabía de sobra lo mucho que eso le molestaba, y aun así había osado ir hasta allí para ofrecerle, a parte de una intensa sesión de sexo, volver a colaborar juntos. Tal vez, debido a que él tampoco se encontraba en la mejor situación posible para iniciar una negociación, ella había decidido dar un paso adelante y saltarse algunas de las antiguas normas no escritas que definían su relación. Y, por otra parte, que el estúpido del inspector Ran hubiese estado husmeando entre sus cosas, se hubiese

acercado tanto a él y hubiese estado colaborando con la propia Katherine y, quién sabe, acostándose con ella, era algo que todavía aborrecía más. De todos modos, por lo que Katherine le había contado, Christopher, el muy estúpido, no había encontrado el saco con las pruebas que podrían haberlo mandado directamente a prisión, el mismo saco que se había llevado Jaycee en la parte del maletero reservada para la rueda de repuesto.

A todo ello había que sumarle que no podía quitarse de la cabeza el cuerpo sin vida que tenía en el sótano de su casa, que todavía no se habían deshecho de las otras pruebas y, por último, que faltaban menos de dos días para el juicio y sabía de sobra que tanto Christopher como Bill estarían dando el máximo para encontrar algo contra él. Así que, con el fin de buscar un nuevo aliado, más que otra cosa, le dijo a Katherine que volvían a ser socios, hecho que se consolidó con un nuevo apretón de manos y la promesa, por parte de Katherine, que nada de lo que le había dejado el inspector Christopher Ran volvería a manos de la policía, esas pruebas habían sido recabadas de forma ilegal por Christopher, así que no podían reclamarlas de ningún modo. Ese era el regalo que Katherine le hacía por volver a confiar en ella para publicar una novela que, tras resolverse el juicio y declararse que Conrad era inocente, daría muchos millones, algo que necesitaba imperiosamente porque, lejos de estar nadando en la abundancia como le gustaba decir y aparentar, estaba atravesando una gran crisis profesional. Sus autores representados estaban generando unos ingresos muy inferiores a los esperados, y la separación de su marido le había supuesto muchos

gastos. Así que, podría decirse que estaba muy muy desesperada, tanto como para dejar plantado al inspector Ran, por quien había empezado la relación más sincera y auténtica de las que había tenido en su vida. Algo en ella se murió por dentro cuando salió de la propiedad de Conrad para poner rumbo a su casa y poner a buen recaudo las pruebas que Christopher le había confiado con la mayor inocencia del mundo, tal vez esa parte de su corazón que todavía albergaba la esperanza de tener una vida de verdad, una vida en la que entrase el amor verdadero y la sinceridad. Una en la que no existiesen ni las mentiras, ni las traiciones, ni las falsedades.

Tras darse una ducha fría, Conrad trató de serenarse un poco. Lo primero ahora era deshacerse del cuerpo que había en su sótano, si alguien lo encontraba, estaba perdido. Y lo segundo era llamar a Jaycee para ver cómo se deshacían del saco de pruebas que tenía ella en el coche. Después de eso, solo tendría que hacer lo que su abogado le había estado diciendo que hiciese todo este tiempo, sentarse a esperar la hora del juicio y salir de allí como una persona nueva e inocente. Después podría dedicarse junto a Katherine a terminar esa novela que volvería a encumbrarlo hasta lo más alto de la literatura. Mientras se dirigía al sótano de la cabaña, recordó algo que durante aquellos días había sido una parte muy viva en él, recordó a sus hijos, recordó que no había sido el padre que debía, que los quería con todo su corazón y que no debería estar cometiendo de nuevo el mismo error, centrarse única y exclusivamente en sí mismo. Con la cabeza hecha un lío, abrió la puerta del sótano, encendió la pequeña bombilla amarilla y ante él vio algo que lo dejó helado. Lo que se suponía que

era el cuerpo del chico con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico que él mismo había dejado allí la noche anterior, era en realidad el tronco de un árbol de aproximadamente un metro de largo con una bolsa de plástico mal atada en uno de sus extremos.

Al ver aquello, un fuerte y violento espasmo zarandeó su cabeza. Recordó nuevamente la noche anterior, pero recordó lo que en realidad había pasado, y no lo que su mente había imaginado. Tras acudir a aquel claro en el bosque, había visto la figura de su hijo, exactamente en el mismo lugar en el que le había dicho que estaría, pero algo en él se truncó e hizo que viese cosas que no existían. Fue como si la realidad, por un instante, hubiese dejado de existir para él, siendo substituida por una escena imaginaria que solo trataba de…

Ahora lo veía claro, de protegerlo, de protegerlo de lo que, casi a ciencia cierta, pasó en dos mil once.

Con el corazón a punto de explotar y el cerebro a punto de recordarlo todo, salió del sótano y, una vez fuera de la cabaña, se encontró de nuevo con esa persona de la que había huido el día anterior de un modo puramente irracional e inconsciente: su hijo Dylan.

—Hola, papá, creo que tenemos que hablar.

CAPÍTULO 56

Para mí ya estás muerto

——Ayer te fuiste corriendo nada más verme, pero creo no se puede escapar eternamente de ciertas cosas, ¿no crees, papá? ——Las palabras de Dylan sonaban frías y muy sólidas. Era como si hubiese estado preparándose para ese momento durante mucho tiempo.

El cerebro de Conrad volvió a sufrir un espasmo doloroso, esta vez menos intenso que la noche anterior, a continuación, esa burbuja que había estado conteniendo sus recuerdos desde que despertó del coma, se rompió y entonces, por fin, lo recordó todo.

——Hola, hijo, aunque no te lo creas, tenía muchas ganas de verte, lamento haber salido corriendo ayer, mi cerebro no estaba al cien por cien, pero ahora ya lo está, acabo de recordarlo todo, y…

——¿Y qué, papá?

Las lágrimas habían empezado a brotar de los ojos de Conrad.

——Que las cosas podrían haberse hecho de otra manera, solo eso, y que pase lo que pase a partir de ahora quiero que sepas que siempre te he querido, y que siempre te querré. Soy tu padre, aunque a veces no lo haya parecido, y ahora lo sé, ahora lo veo claro, para mí, tú y tu hermana sois lo más importante.

Dylan miraba a su padre con seriedad, trataba de aparentar fortaleza, pero en realidad estaba a punto de derrumbarse y de

echarse a llorar.

——¿Sabes una cosa, papá? Siempre quise ser como tú, te admiraba, buscaba tu cariño y tu atención por todas partes, soñaba con que te fijases en mí, con que me vieses, pero nunca lo hacías, era como si fuese invisible para ti. ¿Puedes imaginarte una vida así? ¿Carente del amor que se supone que debería de ser algo natural?

Conrad negó con la cabeza.

——Solo puedo decirte que lo siento, hijo, y que nunca quise que las cosas fuesen así. Soy un ser imperfecto, lo admito, en esta vida he cometido muchos errores, pero te aseguro que eso ya ha terminado.

——¿Seguro?

——Tienes mi palabra, hijo.

——Ya, permíteme que lo dude. ¿Puedo preguntarte algo, papá?

——Sí, por supuesto.

——Bueno, en realidad son varias cosas.

——Tenemos tiempo.

——No mucho.

——Pues empieza por lo más importante.

——¿Quisiste alguna vez a mamá?

Conrad se miró los pies y después las manos, era como si estuviese viéndose a sí mismo por primera vez en la vida.

——Imagino por qué me haces esa pregunta, y creo que mereces una respuesta sincera. Sí, la quise, y mucho, y aunque te parezca mentira, todavía la quiero. Pero como te he dicho antes, soy un ser

imperfecto, y uno de mis grandes defectos siempre ha sido mi dificultad para ser fiel. No sé si tengo algún problema o es solo un exceso de egoísmo, pero siempre he sentido un impulso muy fuerte por estar con otras mujeres, y ciertamente, nunca me trabajé a fondo para impedirlo.

Dylan asintió sin decir nada.

—¿Por qué te importaba tanto seguir escribiendo y cosechar más y más éxitos?

—La ambición y el ego es algo que, cuando empieza a crecer en tu interior, es difícil de parar. Es como uno de esos huracanes que van cogiendo más fuerza a medida que avanzan. Me volví adicto al éxito y al reconocimiento del público, y a más tenía, más quería. Anhelaba que todo el mundo me conociese, que todo el mundo admirase mi obra, anhelaba ser uno de los mejores escritores de la historia. Hubo un tiempo en el que traté de cambiar esa tendencia, fue cuando me vine aquí, a esta cabaña, antes de que nacieseis vosotros, pero con el tiempo volví a caer otra vez en lo mismo. No sé qué más puedo decirte, hijo, pero es la verdad, el ego y la ambición son algo que pueden llegar a ocupar todo tu interior, todo cuanto eres y deseas, y supongo que eso fue lo que me pasó a mí, por eso antepuse escribir a todo cuanto tenía, a todo lo que de verdad importaba, hasta que… bueno, ya sabes hasta cuándo.

——Supongo que te refieres a cuando te conté lo que le habían hecho a Dana.

—Exacto.

—¿Y qué sentiste exactamente en ese momento? ¿Qué fue lo que te hizo cambiar?

——Creo que ya sabes la respuesta a eso, hijo, porque creo que lo que sentimos ambos no fue muy distinto, una sensación de rabia y de ira tan intensa que era incapaz de contener y que tenía que dejar salir fuera de algún modo. Nunca antes había sentido un dolor tan intenso sin haberlo sufrido yo mismo. Todo lo demás pasó a un segundo plano. Sentí que lo único puro que había en mí, es decir, tu hermana y tú, estaba siendo aniquilado por… ya sabes, por unos miserables. Por otra parte, sentí que por fin había algo que me unía a ti, o a lo mejor siempre estuvo ahí y nunca fui capaz de verlo, pero el caso es que cuando empezaron a morir esos chicos y tú empezaste a escribir sobre ello y a hacer aquellos dibujos, pensé, ¿por qué no? ¿Por qué quedarnos de brazos cruzados? ¿Por qué no descubrir juntos quién estaba detrás de aquello? ¿Por qué no escribir juntos una novela? Unir mi visión sobre las cosas de la vida, y la tuya, alguien con un grandísimo talento para la edad que tenías. A la vista están aquellas hojas que escribiste y que todavía conservo, por cierto.

Dylan soltó una pequeña sonrisa sarcástica.

——Hablas como si las muertes hubiesen llegado por obra y gracia divina y no por tu propia mano, siempre imaginé que había algo en ti tan sumamente monstruoso que no se responsabilizaba de sus actos, pero, papá, ¿ni siquiera reconocerlos?

Conrad, que hacía un par de minutos que acababa de recuperar toda su memoria, trató de reorganizar y de centrar de nuevo todo cuanto tenía en el interior de su cabeza, como el que trata de darle un

orden a los libros que se acumulan sin ton ni son en las estanterías de su librería. Frunció el ceño y buscó la mejor forma de hacerle ver la verdad a su hijo. Antes de empezar a hablar sintió algo de miedo por si la extraña alucinación que había tenido la noche anterior con el tronco del bosque no hubiese sido un episodio aislado y ya le hubiese pasado en más ocasiones, concretamente en dos mil once. Pero rápidamente eliminó las dudas de su cabeza y se centró en lo único de lo que podía hablar: sus recuerdos.

—Dylan, no sé qué recuerdas exactamente ni tampoco lo que estás pensando e insinuando, pero yo no maté a aquellos chicos, si es lo que has estado creyendo todo este tiempo.

Dylan volvió a reír por no llorar.

—Vale ya, papá, estamos los dos solos, aquí y ahora, y los dos sabemos lo que pasó. Yo hice los dibujos, escribí lo que sentía en aquellos momentos, tal y como tú me aconsejaste para canalizar toda la rabia y el odio que en ese momento sentía hacia aquellos chicos que habían empezado a morir justo después de contarte lo que le habían hecho a Dana. Vale que por aquel entonces me creyese tus mentiras, o mejor, que creyese tanto en ti que ni tan siquiera se me pasó por la cabeza que tú pudieses estar detrás de todo aquello. Pero ahora ya no soy ningún niño, papá. ¿Quieres decirme que no fuiste tú?

Conrad alzó ambas manos y miró a su hijo fijamente.

—¿Ves estas manos, Dylan? Pues puedo decirte que han matado a muchas personas, sí, no lo niego, más de las que imaginas, pero siempre a través de las letras, ni por asomo le he puesto un dedo encima a nadie, si es lo que piensas. Por supuesto que me hubiese

gustado darles una buena tunda a aquellos chicos que le habían hecho tanto daño a Dana, pero tienes mi palabra que jamás se me pasó por la cabeza hacer algo así, lo juro.

—Ya, claro, ¿y todas las pruebas que encontraron aquí en tu cabaña? ¿Y los cordones que encontraron en tu coche? ¿Y el saco de zapatillas con el que tratabas de huir cuando te dispararon? ¿Y los disparos al inspector Ran?

—Te juro que no sé de dónde salió todo aquello, solo sé que alguien los puso en mi cabaña y en mi coche. Tampoco disparé a nadie, debió hacerlo la persona que me incriminó y no estaba demasiado lejos de allí, yo también escuché los disparos, por cierto, pero imaginé que provenían del inspector, no que iban dirigidos a él. Te juro por mi vida que lo único que hice fue tratar de buscar al verdadero culpable, tarea que, si mal no recuerdo, hicimos juntos, y puedo decir que lo pasé en grande trazando teorías y siguiendo pistas junto a ti. Estaban muriendo aquellos chicos uno a uno de forma misteriosa y con un particular *modus operandi*, ¿no me digas que no era digno de novela? ¿No me digas que no era digno de ser contado? Y, por otra parte, la policía no parecía tener ni idea de quién era el responsable, ¿no me digas que no hubiese sido genial que tú y yo hubiésemos dado con el responsable y al mismo tiempo le hubiésemos dado forma a una novela grandiosa?

Dylan negó con la cabeza. Puso ambas manos sobre sus caderas.

—No sé cómo te atreves a negarlo, papá. Ya me engañaste una vez y me hiciste creer lo que no era, pero te aseguro que no volverá a pasar. Sé quién eres, y sé lo que hiciste, ahora sé un hombre y da la

cara —Dylan tensó la postura y apretó los puños. En su cabeza no cabía otra cosa que no fuese la culpabilidad de su padre.

Conrad volvió a levantar ambas manos.

—Hijo, dame dos días, qué digo dos, dame un día, y te prometo que te demostraré quién es el verdadero culpable.

Dylan volvió a negar con la cabeza.

—Haz lo que te dé la gana, papá, para mí ya hace tiempo que estás muerto, solo te pido una cosa, aléjate de nosotros y olvida que existimos, ¿de acuerdo? Eso es lo único que te pide tu hijo. Adiós, papá, esta es la última conversación que tendremos —Dylan se dio la vuelta para marcharse.

—Un día, Dylan, solo uno, y te prometo que demostraré lo que pasó en realidad.

Conrad pronunció sus palabras viendo cómo su hijo se alejaba por el sendero de tierra por el que se accedía a su casa. Ahora que lo había recordado todo y que tenía claro que él no había sido, solo tenía que centrar sus cinco sentidos para evitar lo que, casi con total seguridad, volvería a intentar la persona que trató de incriminarlo en dos mil once. Quedaban menos de dos días para el juicio y estaba convencido de que se encontraba ante el momento más delicado de su vida, el momento de la verdad.

CAPÍTULO 57

Date prisa, porque se está ahogando

Christopher abrió los ojos y lo primero que sintió fue un terrible dolor de cabeza. A continuación, fue consciente del lugar en el que estaba: el interior de su coche. El problema no era ese, sino más bien dónde y en qué estado estaba su coche. Tampoco tenía ni la menor idea del tiempo que llevaba allí, ni mucho menos de cómo podrían haber transcurrido las cosas durante las últimas horas. No sabía si había pasado una noche, un día, o dos.

Lo último que recordaba era la traición de Katherine y la posterior llamada de Rebecca Ellis contándole que antes de abatir a Conrad en dos mil once, Katherine, en contra de lo que le había contado, había vuelto a mantener relaciones con Conrad. Así que todo apuntaba a que lo había estado utilizando para quedarse con las últimas pruebas que podían incriminar a Conrad, todo apuntaba a que, de algún modo, ella era su cómplice. El problema era que estaba tan borracho que se había quedado dormido al volante mientras ponía rumbo a la cabaña de Conrad. Podría decirse que estaba vivo de milagro, porque al salirse de la carretera se había despeñado montaña abajo y había terminado empotrado contra un árbol.

Tras recuperar la orientación y comprobar que los golpes en la frente, brazos y cara, no parecían revestir gravedad, trató de salir del coche para reanudar su particular cruzada, pero con el accidente, la

puerta se había abollado y estaba atascada. Fue a probar suerte con la de copiloto, pero entonces comprobó que el volante estaba casi tocando su pelvis, así que le era casi imposible moverse. Se empezó a sofocar viendo que la cosa era mucho más grave de lo que parecía. Estaba atrapado, y no tenía ni idea de cómo salir de allí. Trató de localizar su teléfono móvil para pedir ayuda. No estaba ni en su chaqueta ni en los bolsillos de su pantalón. Trató de hacer memoria, pero fue inútil, la noche anterior estaba tan ebrio que apenas recordaba haberse sentado al volante y haber puesto rumbo a la cabaña de Conrad. Miró a su alrededor y nada. No estaba. Pero la fortuna quiso que, justo en ese preciso instante, su teléfono empezara a sonar en alguna parte de ese coche. Trató de concentrarse en el sonido de la llamada y vio que lo tenía justo en los pies, podía tocarlo con las botas. El problema, nuevamente, era que no podía doblarse sobre sí mismo, así que al principio le resultó imposible acceder a él. Llevando al límite su escasa flexibilidad, empujó el teléfono con un pie y lo llevó hasta un lateral del espacio reservado para las piernas, lo elevó un poco y, tras inclinar el tronco hacia un lado, estiró su brazo izquierdo y consiguió cogerlo.

Si hubiese podido verse en un espejo justo en ese instante, hubiese visto que su rostro irradiaba felicidad pura. Christopher se hallaba en un momento tan bajo de su vida, que le bastaba con muy poco para contentarse. Pero su rostro se empezó a agriar muy pronto. No solo tenía múltiples llamadas de su hermana Jane, sino también de Hanna y de Bill. Luego empezó con la ronda de mensajes. Su pulso estaba acelerado. Los primeros que leyó fueron de Bill, quien le informaba

por deferencia que, a causa de los hechos acaecidos durante los últimos días, por orden del jefe Grayson debía personarse inmediatamente en la comisaría, a partir de ese momento estaba relegado del cargo de inspector y debía entregar su placa y su pistola. Christopher maldijo internamente a Bill y su estricta forma de proceder, aunque en cierta manera era cierto que él tampoco se había ceñido a lo que se entiende por una colaboración de igual a igual, así que, ¿qué esperaba? En cuanto a los mensajes de Hanna eran nuevamente catastróficos y amenazantes, le decían que si no hacía algo rápido Conrad se iba a volver a escapar, que intuía que iba a hacer algo muy malo, y que tenía que tenía que investigar a fondo lo que le había dicho acerca de lo que le había pasado a su hija de pequeña y la presunta venganza personal de Conrad hacia aquellos chicos. Pero sin ninguna duda, el mensaje que hizo que todo su mundo se viniese abajo fue el de su hermana Jane. Era muy sencillo, pero no dejaba lugar a dudas. Aurora había desaparecido, alguien la había secuestrado, y ni siquiera la protección que se suponía que le habían puesto había sido suficiente para detener al responsable.

Sus peores pesadillas se habían hecho realidad, alguien había secuestrado a su sobrina, y algo en su interior le decía que Conrad estaba detrás.

Una fuerza sobrehumana se apoderó de él. Tenía que salir de allí como fuera. Empezó a empujar su espalda contra el asiento del coche, mientras trataba de plegar sus piernas contra la parte inferior del volante. Sintió cómo sus rodillas crujían, cómo su tobillo izquierdo aullaba de dolor, y cómo la herida de su codo derecho se reabría. Pero

tenía que hacerlo, tenía que salir de allí inmediatamente y hacer algo bueno por una vez en su vida. Volvió a intentarlo con toda la fuerza que fue capaz de reunir, sobreponiéndose a cualquiera de las múltiples fuentes de dolor que reclamaban su atención, y por fin sintió cómo el respaldo del asiento crujía, empujó un poco más y el respaldo se reclinó hacia atrás por completo. Ya se había liberado de la presión que ejercía en él el volante, y ahora solo era cuestión de abrir una puerta y salir de allí. Probó suerte con la de copiloto y en esta ocasión se abrió sin problemas.

En cuanto salió del coche, y con la idea de correr hasta la cabaña de Conrad, recibió un nuevo mensaje en su teléfono móvil: «¿La quieres? Pues ven a por ella. Date prisa, porque se está ahogando». El mensaje era de un número desconocido, y traía consigo una ubicación. Conrad puso rumbo hacia esa ubicación con todas fuerzas, no estaba demasiado lejos de allí, pero sus fuerzas eran demasiado escasas, aun así, si no lo lograba, ya no le quedaría nada. Era ahora o nunca, la última oportunidad para reengancharse a la vida.

CAPÍTULO 58

La hora de la verdad

Tal y como Conrad había imaginado, la persona que lo incriminó en dos mil once y que lo había vuelto a intentar cuando asesinó a Kevin Lineheart, estaba a punto de darle el golpe definitivo.

Recibió un mensaje de un número desconocido, y en esta ocasión ya no había lugar a dudas, lo estaban retando para el último asalto.

«Tengo a Dana, y se está empezando a ahogar. Si la quieres, ven a por ella. Pero te lo advierto, ven solo». El mensaje tenía adjunta una ubicación que no estaba demasiado lejos de allí.

Pero cuando iba a poner rumbo a esa ubicación, lo sorprendió el ruido de un coche que se acercaba. No tardó en reconocer el Volvo de Jaycee Trawick. La joven doctora salió del coche con cara de pocos amigos.

——¿Se puede saber por qué no contestas a mis llamadas? ¿Es que quieres que me dé un infarto? ——dijo Jaycee con el rostro acalorado ——. Te recuerdo que en el maletero de mi coche hay unas cuantas cosas bastante comprometedoras.

Por supuesto que las habían, el saco con los objetos personales que habían encontrado en su casa de Salisbury y que, ahora lo recordaba, había llevado él mismo hasta allí apenas un par de días antes de que le disparasen, cuando la persona que estaba detrás de

aquellos crímenes escondió ese saco en un armario de su cabaña, tal vez, a la espera de que la policía efectuase allí un registro tras recibir una llamada anónima y lo encontrase todo. Pero ahora mismo no tenía tiempo para deshacerse de ninguna prueba, ahora solo tenía tiempo para una cosa, rescatar a su hija de la persona que la tuviese retenida. Conrad se acercó hasta la joven doctora y puso sus manos sobre sus hombros.

——Escúchame con atención, Jaycee, y esto no es ninguna broma. La persona que trató de incriminarme en dos mil once y que lo está volviendo a intentar ahora, tiene a mi hija, y si no acudo inmediatamente al lugar que me acaba de indicar, le va a pasar algo malo, muy malo. No puedo ocuparme de esas pruebas ahora, pero tampoco quiero que las tengas tú. Déjalas en mi cabaña y ya me haré cargo de ellas cuando pueda.

——¿En tu cabaña? ¿Estás seguro?

——Completamente, Jaycee. Ah, y otra cosa, una muy importante. Hay algo de lo que no hemos hablado hasta ahora y que me gustaría contarte antes de que… bueno, dejémoslo en mejor antes que nunca.

——Me estás asustando, Conrad. ¿A qué te refieres?

——Al final de las novelas, ya sabes, cuando se resuelve todo.

A Jaycee se le dibujó una sonrisa en la cara. Los finales eran sin duda la parte que más adoraba de las novelas.

——Ya hablaremos de eso en otro momento, ahora vete a por tu hija.

——Sí, pero antes de irme quiero que sepas algo importante, algo

que, a todo escritor o escritora, le duele en el alma.

——No te sigo.

——Yo creo que sí, Jaycee. Cuando has convivido con tus personajes durante unos cuantos meses, a veces durante años, duele decirles adiós, despedirse de ellos.

——¿Qué estás queriéndome decir exactamente, Conrad?

——Que al final siempre has de decidir a quién matas y a quién salvas. Y aunque a veces pueda parecer que los escritores disfrutamos con ello, no es verdad, no es cierto. Para nosotros todos los personajes son importantes porque todos conviven en nuestro interior, perder a uno, a dos, o a todos, por mucho que digan o se piense, no es una buena cosa, Jaycee, no es un buen trago. Pero, en fin, no vayamos a ponernos ahora sentimentales. Lo importante, en realidad, es sorprender al lector hasta el minuto final, ahí termina la batalla.

Jaycee sonrió de pura emoción escuchando una vez más los secretos más íntimos de su escritor favorito, alguien con quien ya se había ilusionado por tener una relación más íntima.

——Ve con cuidado, por favor, Conrad, y por Dios, vuelve sano y salvo.

Conrad acarició con ternura el delicado rostro de Jaycee.

——Te aseguro que, si eso pudiese decidirlo yo, lo haría. Pero en la vida no eres tú quien escribe la palabra fin.

Conrad salió en dirección al lugar que le habían indicado dejando tras de sí a una mujer con lágrimas en los ojos y el corazón a punto de explotar.

Cuando ya casi estaba llegando a la ubicación exacta, llamó a su ex mujer, a Hanna, no fuera el caso que todo hubiese sido un engaño y Dana estuviese con ella. Pero tenía el teléfono apagado. Muy extraño en ella, la verdad.

Apenas unos cuantos minutos después llegó al lugar donde había sido citado. Era un pequeño claro del bosque Adams, el cual colindaba con el bosque donde él tenía la cabaña, el bosque Walden. Miró a su alrededor y al principio no vio nada, pero enseguida escuchó un ruido que provenía de algún punto del frondoso bosque que se extendía a unos cuantos metros de donde él se encontraba. Avanzó con rapidez y el ruido se fue haciendo más y más intenso, no tardó demasiado en identificar su fuente, qué era en realidad. Gemidos. Eso es lo que era el ruido, los gemidos de alguien que, como le habían advertido en el mensaje que había recibido, se estaba ahogando.

Corrió con todas sus fuerzas hacia el lugar de donde procedía ese ruido y, tras unos árboles, vio una pequeña cabaña de madera, similar a las que utilizan los cazadores y leñadores para refugiarse del temporal. Se acercó hasta ella y vio que la puerta estaba cerrada con una cadena. Se asomó por la única y minúscula ventana que había y entonces la vio. Maniatada en el suelo, una niña se retorcía con una bolsa de plástico cubriendo su cabeza. Al instante supo que esa niña no era Dana, no era su hija, pero se estaba ahogando, tal y como le habían dicho en ese mensaje, y tenía que hacer algo.

Tiró de la puerta con todas sus fuerzas, pero la madera era bastante más gruesa y robusta de lo que parecía. Examinó la cadena y el candado con la que había sido cerrada y también tiró de ellos sin

éxito. Los gemidos seguían escuchándose, pero cada vez más apagados. Si no conseguía entrar en esa cabaña de inmediato, la joven que había allí dentro moriría con total seguridad. Dio una vuelta rápida a la cabaña para ver si había alguna otra forma de entrar que no fuese esa puerta, por el pequeño ventanuco, no le cabía ni la cabeza. Se desesperó y se maldijo internamente. No había forma humana para entrar allí. Iba a presenciar cómo la vida de una niña se iba, y la sensación de angustia y de pavor que sintió fue algo mucho más desagradable y terrorífica que cualquiera de las novelas que hubiese escrito o leído.

Empezó a tirar de nuevo de la puerta, tratando de desencajarla o de echarla abajo, pero una voz muy reconocible hizo que se parara en seco.

—Siempre quisiste saber lo que se sentiría al morir, ¿verdad, amigo? Pues ahí lo tienes, tan cerca que casi lo puedes tocar. Tienes la muerte a tan solo unos segundos de distancia, siéntela, vívela, escríbela.

Cuando Conrad se giró vio a la persona que acababa de pronunciar esas palabras: Luke Klein. Durante un par de segundos se quedó petrificado. Durante muchos años la persona que tenía delante fue más que un amigo, podría decirse que para él era casi como un hermano. Recordó cuando se conocieron siendo todavía dos jóvenes llenos de sueños y con toda la vida por delante. Los primeros amores y las múltiples aventuras que vivieron juntos. Cada uno de los maravillosos momentos que habían pasado el uno al lado del otro. Algo en su interior se rompió para siempre en ese momento. Hacía

muchos años que él y Luke ya no tenían contacto, pero en el fondo siempre guardó la esperanza de que todavía hubiese algo, de que esa amistad pura e inocente de los primeros años, todavía existiese en alguna parte del interior de ellos mismos.

—No sé qué es lo que pretendes exactamente con todo esto, Luke, pero creo que esa chica de ahí dentro no tiene por qué morir.

—Yo creo que sí.

—Es a mí a quien quieres, ¿verdad? Pues aquí me tienes —dijo Conrad abriendo sus brazos en cruz.

—No es así como funciona, amigo, si hubiese querido acabar contigo yo mismo ya lo habría hecho hace mucho tiempo, es mejor cuando la historia que has creado sigue su propio camino y son tus personajes quienes al final deciden, y no tú. ¿No es esa la esencia de toda historia con magia?

—Creo que hace mucho tiempo que se te ha ido la cabeza, amigo, las historias van de contar algo, de entretener, de emocionar, de divertir, no de que la gente real muera.

Luke sonrío viendo cómo Conrad trataba de razonar con él.

—La cabeza se me fue hace mucho, Conrad, por supuesto que sí. No todos tenemos la suerte de que el viento sople siempre a nuestro favor. Algunos tenemos que construir nuestras propias velas y aprender a navegar en aguas revueltas. Tu vida, en cambio, siempre ha sido un mar en calma.

—Como quieras, Luke, no voy a discutir ahora sobre esto. Tuve éxito, sí, pero no creo que eso me convierta en el responsable de que

tú no lo tuvieses. Suelta a esa chica ya, por favor. Apenas se la escucha moverse.

—La chica no se suelta, se queda ahí, muere ahí. Y ya está. Este es su final.

—Dónde está mi hija, ¿dónde está Dana?

Luke volvió a sonreír.

—¿Ahora te preocupas por ella?

—Eso no es tu problema, te juro que como le pase algo a Dana…

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? Te recuerdo que los personajes no deciden nada, es el autor quien decide, quien manda, y en toda esta historia, el autor soy yo.

Conrad se acercó un poco a Luke. Su instinto primario lo estaba empujando a la lucha, a sacarle la verdad a golpes a ese hombre, a que liberase a la niña que estaba a punto de morir, a que le dijese dónde estaba su hija.

——Tranquilo, compañero, no te acerques demasiado porque igual puedo resbalarme y hacerme daño. Y si eso pasa, ¿quién salvará a esa niña? O mejor aún, ¿quién salvará a tu hija? Todavía no sabes dónde está.

—Te lo ruego, Luke, suelta a esa niña y a Dana y haz conmigo lo que quieras. Esto es algo entre tú y yo. ¿Te molestó que Hanna me eligiese a mí? ¿Es eso? Pues ya es tuya, ¿no? ¿Qué más quieres?

—No tienes ni idea de lo que he sufrido en esta vida, y todo por tu culpa. Lo que quiero es que tú sufras lo mismo que yo. Lo siento, pero no me voy a conformar con menos.

Conrad escuchó un gemido ahogado que procedía del interior de la cabaña y se asomó para ver el estado en el que se encontraba la chica. Lo que vio le horrorizó por completo. La chica estaba convulsionando. Con las extremidades completamente rígidas y la boca abierta, la bolsa se le había pegado totalmente a la cara, se había quedado vacía de aire, de oxígeno. Conrad empezó a tirar de la puerta con todas sus fuerzas, a darle patadas, a golpearla dejando caer su cuerpo contra la dura madera. Pero era inútil, la puerta no se movía. Se giró de nuevo con la intención de abalanzarse sobre Luke, pero se quedó petrificado al ver que alguien más había llegado: el inspector Christopher Ran. Estaba sudado de arriba abajo, exhausto, con la ropa hecha jirones, su brazo derecho chorreando sangre, en cuya mano sujetaba su arma reglamentaria, y el rostro cubierto por multitud de pequeños cortes.

Christopher tardó un par de segundos en asimilar lo que estaba pasando. La cabeza le dolía horrores fruto de la borrachera del día anterior y del posterior accidente que había tenido con el coche. Aparte de eso, la frenética carrera por el bosque para poder llegar lo antes posible a ese lugar lo había dejado al borde de la inconsciencia. Pero allí estaba, y no podía volver a perder otra vez, no ahora, no podía dejar que a Aurora le pasara algo.

——¡La tiene ahí dentro, en la cabaña, y se está ahogando, la tiene él! ——gritó Luke de pronto apuntando con su dedo índice a Conrad y a la cabaña donde Aurora perdía la vida segundo a segundo.

Christopher se aclaró la vista y trató de centrar su mente. Miró hacia la cabaña y hacia Conrad. Luego miró hacia Luke.

——¡Es mentira, es él quien la tiene encerrada, y se va a morir si no hacemos algo ya! ——chilló Conrad viendo que, nuevamente, estaban haciéndole responsable de algo terrible que estaba pasando justo en ese mismo instante.

Christopher miró hacia uno y otro. Alguien mentía, de eso no había ninguna duda, y su cabeza le decía que ese alguien tenía que ser Conrad. La persona con la que Katherine se había conjurado para quedarse con las últimas pruebas que podrían hacer que pagase de una vez por lo que había hecho. Se acercó lo más rápido que pudo hasta la cabaña y, tras ver que la puerta estaba cerrada con un candado, se asomó por la pequeña ventana. Conrad estaba a tan solo dos metros de él. Cuando vio a su sobrina allí dentro, sintió como todo él se helaba por dentro. Aurora se estaba muriendo, y tenía que salvarla fuese como fuese.

——¡Tiene la llave en el bolsillo de su pantalón! ¡He visto como se la guardaba! ——gritó de nuevo Luke señalando a Conrad.

Christopher, que nunca antes había sentido tanto miedo, apuntó a Conrad con su arma. Un extraño *déjà vu* lo invadió por dentro. Recordó lo ocurrido en dos mil once. Cuando le dio el alto, escuchó unos disparos y luego Conrad salió corriendo.

——La llave, ¡ya! ——dijo Christopher mirando a Conrad.

——¡No tengo ninguna llave! ¡Es él quien la tiene! ——dijo Conrad a voz en cuello.

Christopher miró a uno y a otro, tenía que hacer algo ya, o Aurora moriría. Un sonido se escuchó del interior de la cabaña.

Instintivamente, Conrad se abalanzó sobre la ventana, a tan solo medio metro de donde estaba Christopher, quien, también instintivamente, y viendo la rapidez con la que se había movido el escritor, le disparó al cuerpo. Los ojos de Conrad se llenaron de miedo cuando vio el agujero que acababan de hacerle un poco más abajo de las costillas. Se llevó ambas manos al estómago y se dejó caer en el suelo, despacio, sin fuerzas para hablar, ni apenas para respirar.

Sin tiempo para pensar ni para ver si realmente tenía la llave en el bolsillo del pantalón, Christopher empezó a disparar contra el candado de la puerta. Hicieron falta cuatro tiros a bocajarro para dar en el blanco. A continuación, abrió la puerta y se fue directo hasta su sobrina pequeña. No se movía. Estaba completamente quieta, como un ser inerte. Le arrancó la bolsa de plástico de la cabeza y le tomó el pulso. No lo encontró. Durante unas milésimas de segundo, perdió toda esperanza, fue como si el mundo acabase de terminarse en ese instante. Pero todo eso desapareció de golpe cuando miró a su sobrina a la cara. Algo que nunca antes había sentido se apoderó de él y le dijo que aún podía salvarla, que tenía que salvarla. Localizó la base del esternón y empezó con las maniobras de reanimación cardiopulmonar que tantas veces habían practicado en la academia. No recordaba con exactitud cada cuántos impulsos en el pecho había que parar para insuflar aire por la boca, así que lo hizo como buenamente pudo. Tampoco sabría decir a ciencia cierta si estuvo uno, dos o tres minutos tratando de que su sobrina volviese a la vida, solo que, de pronto, como por obra de magia, abrió los ojos.

El corazón de Christopher empezó a latir con fuerza, con más

fuerza de lo que lo había hecho nunca. Su sobrina estaba viva, lo había conseguido. Se abrazó a ella con todas sus fuerzas y las lágrimas brotaron de sus ojos sin pedir permiso. Aquel fue sin duda el mejor momento de los que había vivido en esta vida.

——¡Lo ha conseguido, inspector! ¡La ha salvado! ——gritó Luke a espaldas de Christopher, que lo miró y asintió en señal de agradecimiento.

Pero un ruido hizo que ambos se giraran hacia Conrad, que, tumbado bocarriba y con la camisa completamente empapada en sangre, estaba tratando de decir algo, tal vez sus últimas palabras. Christopher se acercó un poco más a él para ver si podía entender algo, pero a Conrad se le había llenado la boca de sangre y apenas le quedaban fuerzas para respirar. Miró a Christopher a los ojos y después miró hacia su mano, donde sujetaba su teléfono móvil, después volvió a mirar a Christopher y, haciendo un gran esfuerzo por hacerse entender, intentó de nuevo decir algo, pero las palabras salieron de su boca a un volumen tan bajo que no se escuchó nada. Christopher se acercó aún más a él, pegó su oreja todo cuanto pudo a la boca de Conrad, y entonces escuchó perfectamente lo que le dijo: "mensaje… el mensaje, ¿recibió usted un mensaje antes de venir aquí? el mensaje…"

——¿Qué ha dicho? ¿Qué está diciendo? ——preguntó Luke con insistencia.

Christopher se separó un instante de Conrad. Arrugó el entrecejo y trató de entender en silencio lo que acababa de escuchar. ¿Estaba Conrad invitándolo a que revisase el mensaje que había recibido por

parte de un número desconocido y que era lo que lo había llevado hasta allí? En caso afirmativo, tal vez… ¿Y si el hecho de que Katherine lo hubiese estado engañando no tuviese como finalidad destruir las importantes pruebas que él mismo había sustraído de la casa de Salisbury? ¿Y si su única intención hubiese sido volver a ganarse la confianza de Conrad con la finalidad de publicar juntos esa novela inacabada que, a todas luces, le había parecido más que brillante? Su vieja y oxidada radio interior le dijo: ¿por qué no? A continuación, sacó su teléfono móvil y localizó el mensaje que había recibido tan solo un rato antes, luego miró de reojo a Luke y le dijo:

—Me ha pedido por favor que llame a una ambulancia, que tiene miedo a morir. Tanto tiempo hablando de la muerte y ahora resulta que no la quiere cerca —dijo Christopher mientras, disimuladamente, marcaba en su teléfono móvil el número del mensaje que había recibido un rato antes diciéndole que tenía a su sobrina. A continuación, pulsó el botón de llamada.

El inconfundible sonido de un móvil vibrando, se escuchó muy cerca de donde él estaba. Christopher miró a Luke de reojo y vio cómo, instintivamente, se llevaba una mano al bolsillo de su pantalón.

—No ha debido hacer eso inspector, hubiese sido más fácil para todos —dijo Luke al ver que Christopher acababa de descubrirlo.

Antes de poder localizar dónde tenía el arma reglamentaria, Christopher vio cómo una piedra de grandes proporciones, tras la que se ocultaba la mano de Luke, impactaba de lleno contra su frente. El inspector Ran perdió la consciencia inmediatamente.

CAPÍTULO 59

El hallazgo definitivo

Durante las últimas horas Bill había intentado localizar a Hanna y a sus hijos, pero no había tenido suerte con ninguno de ellos, era como si se los hubiese tragado la tierra.

Trató de repasar por última vez todo cuanto tenía, pero, sin nuevos hallazgos, le resultaba difícil continuar. Christopher se hallaba desaparecido, pero lo que más le aterraba era la reciente desaparición de Aurora, su sobrina, algo que le hacía pensar en dos cosas: la primera era que podría ser que la persona que hubiese secuestrado a Aurora lo hubiese hecho con la intención de hacer daño a Christopher, ya que, Aurora no entraba dentro del perfil de víctimas anteriores, las cuales eran chicos en su totalidad, esto le hacía pensar directamente que la persona que pudiese querer algo así sería alguien a quien el inspector Ran hubiese hecho mucho daño, para esto, no se le ocurría mejor candidato que Conrad, quien recibió dos disparos por su parte que le costaron varios años en coma. La segunda cosa en la que había pensado era la posibilidad opuesta, que la persona que había secuestrado a Aurora lo hubiese hecho con la intención de provocar una reacción en Christopher, y no causarle un daño directo. Es decir, podría ser que esa persona quisiese que Christopher reaccionase con violencia, como ya hizo en dos mil once, con la finalidad de recuperar a su sobrina. Para ese perfil no se le ocurría mejor candidata que

Hanna, ya señaló a Conrad en dos mil once y ya avisó al inspector Ran personalmente para que le diese caza. Podría ser muy posible que, en esta ocasión, hubiese hecho lo mismo, pero usando otros medios, es decir, secuestrando a la sobrina del inspector y dándole pistas de que era Conrad quien la tenía. En cualquier caso, todo parecía estar a punto de terminar en tragedia, hasta que los detectives Rine y Hills irrumpieron en su despacho con una noticia que lo cambiaría todo.

——Inspector Lowell, tiene que escuchar esto ——dijo Rine con entusiasmo.

Bill Lowell alzó la mirada y se fijó en la pareja de detectives, parecía que acababan de correr una maratón. Hills llevaba una carpeta marrón bajo el brazo, que dejó sobre la mesa, delante de Bill.

——¿Qué es? ——preguntó el Catedrático.

——¿Recuerda que nos pidió que aparte del pasado de Hanna investigásemos también el pasado de Luke Klein? ——dijo Rine.

——Sí.

——Pues atento a lo que acabamos de encontrar. Al parecer, Luke Klein se crió en Maine, a unas cuatro horas de aquí, y cuando tenía siete años estuvo a punto de perder la vida. Su padre era una pieza de mucho cuidado, y se le iba bastante la mano, tanto con él como con su hermano como con su madre. Andaba todo el día haciéndoles la vida imposible, hasta que un día, Luke se enfrentó a él, y como era de esperar, su padre no se lo tomó nada bien. Empezó a golpearlo con dureza, según su hermano, que es quien nos ha contado esta historia, la intención de su padre no era otra que matarlo. Luke salió corriendo

en dirección al bosque completamente descalzo, pero su padre fue tras él. Estuvo persiguiéndolo durante un buen rato hasta que al final, ya en el bosque, consiguió ataparlo. Empezó a golpearlo de nuevo con dureza, hasta que al final, no contento con la increíble paliza que le estaba dando, envolvió su cabeza con una bolsa de plástico y empezó a ahogarlo. Pero, por suerte, dos cazadores vieron lo que estaba ocurriendo, le pidieron al padre de Luke que se detuviese, pero según cuentan, estaba como poseído. Al final tuvieron que abatirlo a tiros para que soltase al pequeño, que aun así se salvó de puro milagro. Estuvo un par de meses en la unidad de críticos. Según cuenta su hermano, la persona que salió del hospital era otro Luke, algo en él había cambiado para siempre. Después de aquello, se refugió en los libros, en las novelas, en los estudios, al parecer, Luke era muy brillante en la escuela y en el instituto, tanto como para conseguir una beca en la prestigiosa Universidad de Harvard, que fue donde conoció a Conrad. Según cuenta su hermano, después de mudarse hasta allí, no volvió nunca más por casa, era como si renegase de su pasado y de su familia.

Cuando Rine terminó su relato, lo primero que pensó Bill fue cómo era posible que a primera hora de ese mismo día hubiese estado interrogando a Luke allí mismo y no hubiese sido capaz de identificar en él algo más. Definitivamente, este sería su último caso, porque estaba perdiendo demasiadas facultades, y eso no era bueno para nadie. Aun así, todavía le llegó para tomar una última decisión.

——Hay que ir ahora mismo hacia el bosque Adams, es allí donde lo encontraremos ——dijo Bill levantándose de la silla.

——¿Está seguro, inspector? ——preguntó Rine.

——Es allí donde lo hemos encontrado esta mañana, completamente borracho y después de haber estado un día desaparecido. Es muy posible que, en algún lugar, no muy lejos de allí, tenga algún tipo de cabaña o refugio donde podría haber pasado la noche bebiendo y, quien sabe, encerrando a su última víctima, en este caso a la pequeña Aurora. Por otra parte, el bosque Adams colinda con el bosque Walden, donde Conrad tiene su cabaña, si Luke es la persona a la que estamos buscando y también quien se encargó de asesinar a aquellos chicos en dos mil once y colocar todas esas pruebas en la cabaña de Conrad, es muy posible que su centro de operaciones no estuviese muy lejos de allí, en este caso, el bosque Adams.

Los dos detectives encontraron muy razonables las deducciones del inspector Bill Lowell, a continuación, emprendieron una carrera contrarreloj hacia el bosque Adams.

CAPÍTULO 60

Esto es lo que hay

——Inspector Ran, inspector Ran, debería haber sido usted un poco más listo, no sé qué es lo que Hanna veía en usted, pero desde luego yo siempre lo he encontrado de lo más estúpido. ¿Cómo se le ocurre comprobar el número de la persona que le ha enviado el mensaje conmigo delante? ¿No ha pensado que me tenía a menos de medio metro de usted?

Tanto Christopher como su sobrina Aurora pendían por sus muñecas de una viga de la pequeña cabaña. El inspector Ran acababa de recuperar el conocimiento, pero Aurora estaba inconsciente. Luke la había golpeado con violencia cuando, viendo lo que le había hecho a Christopher con esa piedra, se había puesto a gritar con todas sus fuerzas.

——Te encontrarán igual que te he encontrado yo, así que te recomiendo que te vayas ahora que estás a tiempo y que nos dejes en paz. Ya has hecho bastante daño, Luke, no creo que sea necesario seguir haciéndolo ——dijo Christopher sintiendo cómo la sangre que manaba de la herida que Luke le había hecho en la cabeza descendía con lentitud hacia sus labios.

Luke soltó una sonrisa sarcástica.

——¿Y se puede saber quién me va a encontrar? Esta mañana he

estado en comisaría con su compañero, el anciano Bill Lowell, y no ha sospechado ni lo más mínimo de mí. Hanna, por su parte, tampoco creo que esté en disposición de hacer nada.

——¿Qué has hecho con Hanna? ¿Dónde está? ——preguntó Christopher con preocupación.

——Hanna está bien, tranquilo, igual que su hijo y que su hija, están donde más les gusta estar, pero no sé si aguantarán demasiado tiempo…

——¿Qué quieres decir? ¿Qué les va a pasar?

Luke sonrió de nuevo. Definitivamente se había quitado la máscara que había llevado puesta todo este tiempo.

——¿Sabe una cosa, inspector? De niño sufrí lo inimaginable a manos de mi padre, pero de algún modo extraño y casi milagroso logré sobrevivir de una muerte que parecía segura, pero, ¿sabe qué? Desde entonces no ha pasado ni un solo día en el que no me haya preguntado si eso fue lo mejor que me pudo pasar, si sobrevivir fue algo bueno para mí. Los recuerdos de mi infancia, de cada golpe que recibí, de cada humillación y paliza que mi padre me dio, de cómo me intentó asfixiar con una bolsa de plástico en la cabeza, siempre han estado conmigo, cada maldito día de mi vida, y créame, ha sido un auténtico infierno. Hubo veces en los que lo intenté de veras, en los que llegué a pensar que mi vida podría llegar a ser una vida verdadera, una vida digna, feliz, como la de cualquier otra persona. Pero qué va, siempre se me ha negado todo. El éxito, el amor, el reconocimiento, el cariño, soy como un juguete roto que no debí sobrevivir a mi padre. Y eso es exactamente lo que le hice a todos esos

chicos que, de no ser por mí, sus vidas no hubiesen sido otra cosa que un infierno, el cual, además, estaba empezando a quemar al resto. ¿Sabe a lo que se dedicaban los juguetes rotos que tuve que eliminar en dos mil once? Eran torturadores natos que no tenían ningún tipo de límite, igual el pequeño Kevin Lineheart. He de decir que, al igual que yo, no tenían a nadie que realmente los quisiera, sus padres eran horribles, pero, qué se le va a hacer, el mal estaba hecho, y alguien tenía que poner solución. Y de paso, como ya ve, tuve la ocasión de que fuese Conrad quien pagase por todo ello y, por un golpe de suerte del destino, estar con la mujer a quien amaba, pero como ya ha podido comprobar, el maldito Conrad despertó y Hanna nunca me dio el amor que yo necesitaba. Así que… esto es lo que hay, y esto es lo que va a pasar…

Antes de que Luke, que sujetaba la pistola de Christopher con su mano derecha, pudiese decir algo más, se escuchó una voz que provenía del exterior de la cabaña.

——Levante las manos inmediatamente, Luke Klein, queda detenido por el asesinato de cinco niños.

Luke se giró sorprendido y vio frente a él al inspector Bill Lowell, a ambos lados tenía a los detectives Rine y Hills.

Luke alzó su mano derecha de forma instintiva, apuntando hacia Bill, quien tensó su dedo en el gatillo, al igual que la pareja de detectives.

—No vuelva a moverse ni un solo milímetro, Luke, se lo advierto, o le juro que disparo —dijo Bill muy en serio.

—¡No disparéis! ¡Tiene a Hanna y a sus hijos en algún lugar y les va a pasar algo si nos los encontramos pronto! —gritó Christopher para evitar lo que parecía inevitable.

Tanto Bill como la pareja de detectives se vieron tentados de bajar sus armas, si lo que estaba diciendo Christopher era cierto, de la decisión que tomasen en ese momento podría depender la vida de tres personas.

Pero Luke, empeñado en ser él quien pusiese el punto y final a esa historia, no iba a permitir que las cosas sucediesen de un modo ajeno a él.

—Como le he dicho antes al inspector Ran, esto es lo que hay, qué se le va a hacer, y esto es lo que va a pasar —dijo Luke con una frialdad que sonaba a despedida. Tensó su brazo derecho en dirección al detective Hills, a quien ya había identificado como el más impulsivo de los tres, y antes de apretar el gatillo contra él, obtuvo la respuesta que ansiaba: dos disparos rápidos y certeros. Uno fue a parar a su pecho, el otro al cuello. El cuerpo de Luke cayó al suelo como el de un muñeco.

—¡Mierda, detective Hills! —gritó Bill mientras se abalanzaba sobre el cuerpo de Luke con la intención de detener la hemorragia masiva que se avecinaba. Puso una mano sobre su cuello y otra sobre su pecho y le rogó que le dijese dónde tenía a Hanna y a sus hijos, pero Luke solo tuvo tiempo de estirar una sonrisa triste, después perdió la vida en el acto.

Mientras los detectives Rine y Hills descolgaban a Christopher y a su sobrina, Bill se apresuró a ver el estado en el que se encontraba

Conrad, que estaba inconsciente, tirado en el suelo con un agujero de bala en el estómago. Le puso una mano en el cuello y, tras unos cuantos segundos en los que solo notó el tacto de la piel fría, dijo:

—El escritor todavía está vivo, hay que llevarlo ya a un hospital.

Durante unos instantes Bill y Christopher se miraron a los ojos, tal vez preguntándose cómo habían estado tan ciegos de no ver al verdadero culpable, tanto en dos mil once como ahora, pero antes de ponerse a discutir o echarse cosas en cara, tenían que encontrar a Hanna y a sus hijos.

—Creo que ya sé dónde están Hanna y sus hijos —dijo Christopher de pronto.

—¿Dónde? —preguntó Bill.

—Creo que están en su casa, pero deben estar siendo asfixiados de algún modo. Antes me ha dicho Luke que estaban donde les gustaba estar, y tanto Hanna como sus hijos siempre han sido muy caseros. Tenemos que ir ya, y tenemos que echar la puerta abajo antes de que sea demasiado tarde —dijo Christopher mirando a Bill a los ojos a sabiendas de que el Catedrático no aceptaba esas formas de proceder sin una orden de arriba. Entrar a la fuerza en una casa ajena sin una orden era algo que no había hecho nunca.

—Llamaré al jefe Grayson para que envíe una patrulla inmediatamente —dijo Bill mirando a Christopher con complicidad.

Tal y como dijo, llamó al jefe Grayson y la patrulla no tardó ni diez minutos en derribar la puerta de la casa de Hanna. Y allí, en la habitación de matrimonio, la encontraron tanto a ella como a sus dos

hijos, amordazados y cada uno de ellos con un buen tajo en las muñecas, a punto de morir desangrados, solo a punto.

CAPÍTULO 61

Epílogo

La muerte de Luke Klein, y con ella, la resolución definitiva del famoso caso del Hombre del Saco supuso una enorme sacudida para todo Concord, algo de lo que se hizo eco gran parte del país. No todos los días se atrapaba a un asesino de niños, pero, sobre todo, no todos los días se cometían errores tan grandes como el que había supuesto dejar a Conrad Jones siete años en coma, alguien a quien se había incriminado injustamente.

Dicen que el tiempo pone las cosas en su sitio, aunque no siempre es así. Por fortuna, el tiempo y, todas las personas que participaron en el caso, sí tuvieron a bien arreglar cuentas con la verdad en el caso del Hombre del Saco.

A Luke Klein no se le pudo juzgar porque murió como consecuencia de los dos disparos mortales que recibió por parte del detective Hills, pero se encontraron las pruebas suficientes tanto en la cabaña que tenía en el bosque Adams como entre sus cosas privadas que escondía en la casa que compartía con Hanna y sus dos hijos. Así que, en esta ocasión, ya no hubo ninguna duda de quién fue el culpable, tanto en dos mil once como ahora.

Tanto Hanna como sus hijos estuvieron muy cerca de perder la vida a causa de la gran cantidad de sangre que perdieron en las

heridas que les había hecho Luke. Necesitaron unos días de ingreso hospitalario y varias transfusiones para poder volver a casa. Aunque la recuperación psicológica tardaría bastante más en llegar. Según contó Hanna, antes de amordazarlos y de cortarles las venas, Luke le confesó que, en dos mil once, se enteró de lo que le hacían a su hija porque a veces iba hasta la puerta del colegio de Dana y Dylan para verlos salir, y uno de esos días vio como aquellos cuatro chicos se propasaban con ella. Los siguió en más ocasiones hasta que descubrió los diferentes tipos de abuso al que la sometían, así que decidió acabar con aquellos chicos por que amaba a Hanna y a sus hijos y por quitar de en medio a cuatro chicos que, como ya le pasó a él de pequeño, no eran más que malas semillas que acabarían por contaminar todo cuanto tocasen.

En cuanto a Christopher, aceptó un cargo que le ofreció el jefe Grayson, un cargo de asesor, más que de campo. Seguía ostentando el rango de inspector, pero lo haría más bien desde la oficina, desde casa. A partir de ahora se había propuesto, y de momento lo estaba cumpliendo, estar cerca de quien de verdad amaba, la única familia que le quedaba, su hermana y sus dos hijas. No quiso saber nada más ni de Katherine ni tampoco de Hanna. Las dos únicas mujeres de quien había estado enamorado solo le habían hecho daño, así que, a pesar de que recibió llamadas de ambas, decidió apartarlas para siempre de su vida y centrarse en él y en su familia. Solo el tiempo diría qué pasaría a partir de ahora.

En cuanto al inspector Bill Lowell, tal y como había prometido, dejó la policía para siempre. Tenía que centrarse en frenar su enfermedad el tiempo suficiente para poder cumplir la promesa que le

hizo a su mujer: inmortalizar su historia. Y de momento, tanto el descanso como el cambio de actividad, parecía que le estaban yendo muy bien. Tenía lapsus un par de veces por semana, pero su cerebro todavía funcionaba, y sus recuerdos, aun los conservaba.

Y en cuanto a Conrad Jones, en esta ocasión no estuvo siete años en coma, pero necesitó dos operaciones y un mes en la unidad de críticos para poder salvar la vida. De nuevo, un disparo por parte de Christopher Ran había estado a punto de matarlo, pero, otra vez, había conseguido esquivar a la muerte. La novela que estaba escribiendo en dos mil once y la que había empezado a escribir con la ayuda de Jaycee, las dejó para siempre inacabadas. Le pidió amablemente a Kurt y a Katherine que se apartaran de su vida, al parecer eso mismo fue lo que intentó en dos mil once. Para él eran dos de esas personas que eran tóxicas para su vida, que no hacían más que contaminar sus pensamientos, sus decisiones. Tomó la gran decisión de dejar de escribir durante una temporada y de apartarse definitivamente de la novela negra. Si alguna vez volvía a sentarse delante de un teclado, lo haría para escribir algo bello, algo que hablase de las cosas buenas, y no de las malas, algo de lo que, tal vez, algún día, hiciese que su hijo y que su hija se sintiesen orgullosos de él.

Con Jaycee mantuvo una relación de amistad, de momento solo eso, amistad. No quería volver a hacerle daño a ninguna mujer más, y eso era algo que tarde o temprano sucedería si no arreglaba uno de sus grandes problemas de raíz. la lujuria. Se dijo que, la próxima vez que estuviese con una mujer, lo haría para siempre y desde el amor

más profundo y sincero de su corazón. Jaycee lo entendió y le dijo que esperaría el tiempo que hiciese falta, si acaso, toda la vida. Su relación con su ex mujer, con Hanna, mejoró lo suficiente como para poder hablar sin gritar, como para poder mirarse a los ojos sin odio, como para poder sentarse un rato juntos contemplando lo que más perfecto y bello que jamás habían hecho, sus dos hijos.

FIN